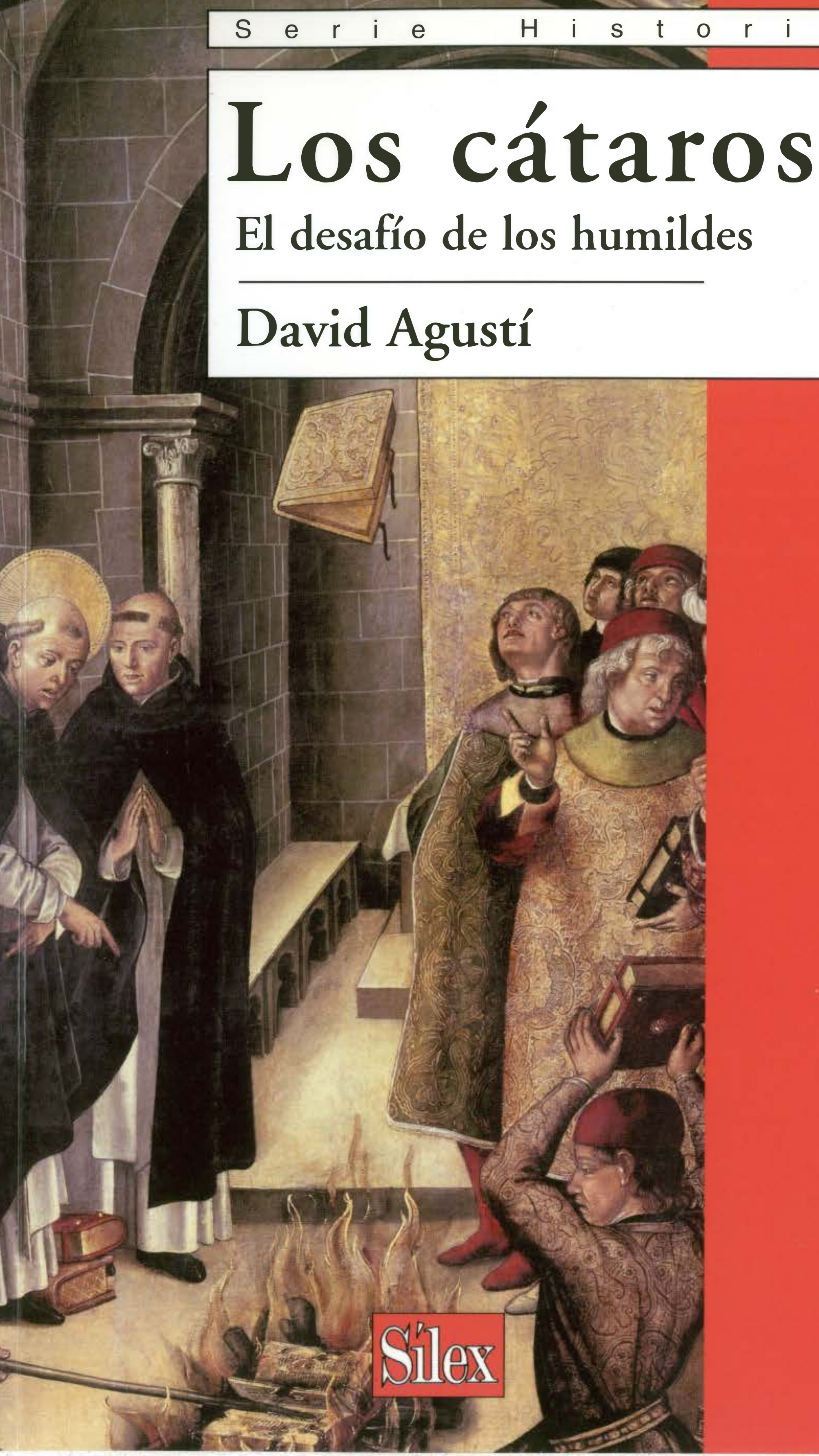
Serie Historia

Los cátaros

El desafío de los humildes

David Agustí



Los cátaros

Serie Historia

Los cátaros

El desafío de los humildes

David Agustí



Foto de cubierta: Sto. Domingo de Guzmán y los albigenses. Pintura de Pedro Berruguete conservada en el Museo del Prado. Fotografía: Oronoz

c/ Alcalá, nº 202. 28028 Madrid
www.silexediciones.com
correo-e: silex@silexediciones.com

I.S.B.N.: 84-7737-167-9
Depósito Legal: M-9.988-2006
Dirección editorial: Ramiro Domínguez
Coordinación editorial: Ángela Gutiérrez y Cristina Pineda Torra
Diseño cubierta: Ramiro Domínguez
Producción: Equipo Sílex
Fotomecánica: Preyfot S.L.
Impreso en España por: ELECE, Industria Gráfica
(Printed in Spain)

Contenido

Un prólogo necesario

La historia de los cátaros todavía no es muy conocida. Diversos estudios históricos, como los de Anne Brennon, René Nelli y Jesús Mestres, nos sitúan perfectamente dentro del mundo de la herejía que convusionó el siglo XII europeo. Sin embargo, son estudios que tienen poca resonancia, porque lo que busca actualmente conocer la gente es el misterio que se dice que envuelve a esta fe. Las distintas publicaciones aparecidas en los últimos años –sean novelas, sean ensayos– ofrecen una visión distorsionada de lo que fueron los cátaros, proporcionando a su vez una idea equivocada de la Edad Media. Los romances medievales nos llevan a imaginar mil y una historias, pero la realidad es que fue una época cruel para los hombres que la vivieron y trágica con los que no tenían el poder.

El objeto de este libro es situar a los lectores, de una manera sencilla y entendible, en el proceso histórico que condujo al surgimiento de diferentes herejías como la cátara y cuál fue su desarrollo, el motivo de su persecución y de su posterior eliminación. En realidad, es la historia de los distintos sucesos que llevan a la Iglesia católica a imponerse como poder espiritual y temporal mediante su conversión en contrapoder del Sacro Imperio Germánico y en elemento unificador de toda la cristiandad. Para ello, debía eliminar cualquier disidencia que surgiera en su interior. Y, para la Santa Sede, el catarismo fue un desafío demasiado peligroso como para dejarlo evolucionar. Lo tenían que eliminar por cualquier medio.

Este libro se estructura en tres partes bien diferenciadas. En la primera se desarrolla el conflicto político-social de la Plena Edad Media, durante el que se establecen las bases de la Europa dirigida desde la silla de san Pedro. La segunda parte desentraña la herejía desde su principio hasta su desaparición. En ella se explica la doctrina y la estructura de esta nueva Iglesia y, también, los métodos de la Iglesia católica para oponerse e intentar suprimir el catarismo. La parte central está dedicada al mayor drama vivido por un colectivo cristiano durante toda

la Edad Media, la cruzada. Reclamada por Inocencio III, la cruzada lleva a la hoguera a miles de creyentes en el catarismo, pero la herejía resiste. Años de guerra permanente no consiguen arrancar la enfermedad del Languedoc y, por esta razón, desde Roma se crea la mayor máquina de terror que jamás haya existido y que ha permanecido viva hasta épocas muy recientes a la nuestra, la Inquisición. El desarrollo del catarismo en la Corona de Aragón y el final de la herejía cierran este grupo de capítulos. El libro concluye con un análisis de por qué el catarismo ha vuelto a interesar con tanta intensidad, ocho siglos después de su desaparición, a través de leyendas y mitos que nada tienen que ver con la realidad histórica.

El Languedoc medieval y el conflicto Roma-Imperio

El periodo conocido como Plena Edad Media es producto de un cierto auge y renacimiento de una sociedad que no acaba de dejar las costumbres del Antiguo Imperio Romano, pero que acoge y se inunda de las nuevas culturas venidas del norte europeo. Los procesos que se van a iniciar durante este periodo no son cambios radicales, no significan la aparición de una civilización distinta a la de esos momentos, sino que, simplemente, marcan los procesos de transformación de la sociedad feudal.

Entre los años 1050 y 1330 se desarrolla la metamorfosis de una sociedad dormida en el sueño de una edad perdida. A principios del siglo XI se produce un auge significativo de la demografía. El aumento de la población hace que sea necesario buscar nuevos lugares para vivir y trabajar la tierra, así como para formar una familia. Son muchos los bosques que se talan y se transforman en nuevos núcleos de población y, también, son muchas las familias que cogen sus pocos enseres y deciden repoblar nuevas zonas como las llanuras del Elba. Sin embargo, la transformación de la sociedad feudal del siglo XII viene dada por las mejoras en las técnicas de cultivo y por la aparición de las ciudades y la burguesía comercial.

El campo se trabaja con herramientas de madera, que se rompen con facilidad, los arados no consiguen profundizar bien en la tierra y

ello significa no poder cultivar en buenas condiciones. A partir del siglo XI las técnicas de cultivo son sustancialmente superiores y, con ellas, se consiguen mejores cosechas y una alimentación de mayor calidad. La Plena Edad Media no es un periodo especialmente caracterizado por las hambrunas, al contrario.

Por otro lado, el movimiento migratorio de la población no puede llevarse a cabo sin la existencia de lugares donde establecerse. Muchos campesinos abandonan el duro trabajo del campo y se dirigen a las ciudades o a otros lugares en los que, sin pretenderlo, crean nuevos emplazamientos. Las ciudades son lugares dinámicos, abiertos a cualquier persona y a cualquier idea. En ellas se establecen los artesanos, gente que construye objetos de necesidad y los vende, y que constituye la base de una nueva estructura social que transformará, en los años venideros, el concepto de sociedad.

La mejora en la calidad de vida, a pesar de darse aún un alto nivel de mortalidad, y el agrupamiento en las ciudades posibilita que los hombres ya no estén tan ligados al trabajo y a la tierra, y les proporciona tiempo libre suficiente para preocuparse de otras cosas, como plantearse cuestiones que hasta entonces no les habían preocupado; entre ellas, la salvación del alma. Más allá de las consideraciones sociales, la transformación del siglo XII se da en el aspecto más privado: la espiritualidad.

Durante los primeros años, la fe sólo atañe a los clérigos y a los nobles, nadie más puede tener la capacidad de entender y predicar el mensaje de Cristo. La institución que sustenta tal concepto es una Iglesia católica monolítica y siempre bajo la autoridad de los emperadores, convertida en un mero instrumento del poder. El nuevo siglo trae dos revoluciones dentro del mundo espiritual: el *dominium mundi* de la Iglesia católica a través de la reforma gregoriana y el acercamiento de la fe a la población mediante las órdenes mendicantes y, por supuesto, las herejías.

Movimientos como el valdense y, en especial, el cátaro provocan una revolución social inaudita. En primer lugar, la fe la predican laicos en lengua vernácula, algo inconcebible para la Santa Sede, que quiere resguardar el mensaje de Cristo de las gentes incultas y salvajes. Además,

las herejías conceden una inusitada relevancia a sectores de la población marginados por la Santa Sede, como la mujer. Uno de los grandes protagonistas políticos de la Plena Edad Media es, no cabe duda, la lucha contra estos movimientos cristianos que ponen en verdadero peligro a la institución eclesial.

Pese a todos los cambios, la sociedad feudal sigue siendo la misma. Las transformaciones consiguen mejoras, pero no provocan ningún cambio real del modelo de sociedad. Una de las zonas donde se van a notar con rotundidad estos procesos de cambio y una verdadera lucha de poder es el Languedoc.

Occitania es un país situado al sur de la Galia, donde gobierna un grupo de nobles sin la tutela real de un rey o del emperador. La situación social de Occitania es distinta a la de otros territorios europeos. Dentro del sistema social occitano existe una fuerte relación entre los nobles, los artesanos y el campesinado. La vida allí transcurre mucho más tranquila, sin las tensiones lógicas provocadas por la dinámica del feudalismo. La relación de vasallaje no es tan intensa en Occitania, ya que los nobles suelen ser copropietarios de las mismas tierras y de los mismos castillos. Se dan situaciones en las que la titularidad de un castillo la comparten tres o cuatro miembros de una misma familia. La burguesía surge en aquellas tierras con naturalidad y llega a alcanzar igual poder que los nobles. Las dos grandes ciudades occitanas, Carcasona y Tolosa, están gobernadas por un grupo de cónsules, que son los representantes de la burguesía mercantil. No es un país rico pero tampoco pobre, lo que permite vivir a todos en una situación de tanto sosiego que da lugar a que surjan locos contadores de historias, los trovadores, que, con su amor cortés amenizarán las noches de los castillos.

Sin embargo, la Iglesia católica se encuentra en una situación muy precaria y la reforma no ha conseguido mejorar las condiciones de los párrocos y la inculta y nefasta predicación que realizan. En este instante, Occitania pasa a ser punto de mira de toda la cristiandad, ya que aparece el enemigo más peligroso al que nunca se haya enfrentado la Santa Sede, el catarismo.

Por primera vez en la historia, la Iglesia católica debe enfrentarse a un problema que puede provocar su desaparición. La Santa Sede está inmersa en un largo y difícil proceso de emancipación del Imperio Germánico y de reestructuración interna que le suponga alcanzar el máximo poder y erigirse en amo del mundo. Los representantes de la Iglesia en los territorios no son los mejores ejemplos para convertir el catolicismo en el denominador común europeo. La simonía y el nicolaísmo son dos de los pecados que la Santa Sede quiere erradicar de sus predicadores. La reforma gregoriana será la responsable de otorgar a la Iglesia su papel fundamental dentro de la historia. La reforma define dos líneas de actuación: la primera, mitigar los excesos de los clérigos; y la segunda, pero no menos importante, conseguir la supremacía papal por encima de cualquier rey o emperador mediante el establecimiento de unos preceptos que todavía persisten en la Iglesia actual.

Los reformadores son conscientes de que llevará tiempo establecer esta máxima autoridad, pero lo que no esperan es que en Europa aparezcan disidencias que les compliquen más aún el desarrollo de los cambios. El surgimiento de las herejías les debería hacer entender que, a pesar de los intentos de reforma, continúan alejados de una sociedad que los ve más como príncipes que como representantes de Dios. Sin embargo, en lugar de solventar la situación acercándose al pueblo, se distancian aún más y combaten con guerra y fuego las herejías.

Después de todo, herejías como la cátara llevan a cabo aquello que la Iglesia no hace, predicar la palabra de Dios de una manera entendible, humilde y cercana.

El catarismo aparece como una Iglesia paralela, con una estructura muy bien definida y con una fe que agrada a todos los sectores de la población medieval. Se establece por casi toda Europa, pero, por diversas razones, tan sólo consigue desarrollarse plenamente en el norte de Italia y, sobre todo, en Occitania. En el Languedoc se amalgama una mezcla increíble de circunstancias para los tiempos que corren, que será la formula del éxito pero, a su vez, de la desgracia que asolará este

país. Todas las capas sociales abrazan de una manera u otra la nueva fe cristiana. El catarismo teje una red entre población e Iglesia que le hace pervivir y convertirse en un desafío a la preponderancia de la Santa Sede. Los cátaros viven dentro de la misma sociedad que los campesinos y que los nobles, deben trabajar para sobrevivir y no admiten ninguna posesión. En cierto modo, la herejía entronca con la sociedad feudal.

La Iglesia católica no puede admitir que un grupo de pobres incultos le robe el dominio del mundo y, por ello, combate la herejía con todas sus armas. Primero, a través de la guerra mediante la convocatoria de la primera cruzada en tierras cristianas de la historia; y en segundo lugar, luchando por la supremacía espiritual a través de las órdenes mendicantes y de la Inquisición.

La cruzada dura más de cuarenta años, devasta el Languedoc y únicamente logra una ocupación militar del territorio. Simón de Montfort, uno de los personajes de mayor relevancia militar, dirige cruelmente la cruzada. Este ambicioso guerrero llega a convertir la persecución de la herejía en un intento de establecer su propio reino y conquista y ocupa a sangre y fuego los castillos y territorios de los nobles del Sur. Sin embargo, tras muchos años de destruir ciudades y quemar perfectos (sacerdotes cátaros) en las hogueras, el resultado final de la cruzada es que la herejía permanece viva en las montañas y en algunas ciudades como Tolosa.

La Iglesia católica no ha conseguido la victoria total sobre la herejía y persiste en ella su afán de aniquilar al catarismo. Para ello crea la Santa Inquisición, el verdadero motor de la desaparición de los cátaros. El sistema policial instaurado por la Santa Sede utiliza unos métodos de denuncias y terror que en pocos años deshace toda la organización cátara. La Inquisición sabe que, eliminando a los pastores, no quedará nadie para predicar.

El movimiento cátaro desaparece con rapidez, pero muchos de sus miembros se exilian a lugares más seguros como la Corona de Aragón. La última parte de este libro está dedicada a analizar la incidencia del catarismo en la corona aragonesa e incluso en algunas ciudades de otros reinos hispánicos. Aunque la influencia de la herejía fue más

bien escasa –tan sólo encontramos algunas comunidades occitanas establecidas en Morella, como es el caso del perfecto Belibaste–, puede asegurarse de que, en algunos casos, el catarismo existió en el seno de la Corona de Aragón, sobre todo en el Pirineo catalán debido a la proximidad territorial con el Languedoc y a los lazos de amistad y familiares entre nobles de un lado y otro de la frontera. Como ejemplo, valga el caso de la familia noble de Castellbó, centro neurálgico del catarismo en Cataluña.

El mito

El objeto de este libro no es explicar el catarismo a partir de las leyendas y los mitos que surgen a su alrededor sobre el Santo Grial y el tesoro de Montsegur. En realidad, no existe más grial que el trabajo diario de predicación que realizan los perfectos para extender una religión que no acepta los preceptos ni los modos de vida de la Iglesia católica. Puede que sea ésta la razón –el hecho de que se trate de una religión paralela a la católica–, la que ha despertado tanto misterio. Sin embargo, es cierto que han aparecido diversas teorías, la mayoría de ellas totalmente increíbles, que han despertado el sueño de muchos buscadores de tesoros. Este capítulo final intenta explicar por qué el catarismo ha vuelto ha despertar tanto interés casi ochocientos años después de su desaparición.

En definitiva, este libro narra quiénes fueron y cómo vivieron los cátaros, la gran herejía que planteó un verdadero reto a una Iglesia católica que intentaba establecer el *dominium mundi*, su poder sobre el mundo.

La construcción europea

Paisaje general de la época

Prouille, año mil

Los largos y soleados prados del sur francés, cerca de la gran fortaleza de Carcasona, son de una gran belleza. Los colores verdes se confunden con el rojizo de la tierra labrada. El brillo del sol se entremezcla con el resplandor del aire limpio que traen los vientos del Norte.

Un enorme caserón, con aire señorial, preside una pequeña loma desde dónde se aprecia un camino. Es la vía principal que une los distintos pueblos de la comarca. El camino que a diario realizan campesinos y que los sábados se llena de gente que va de un pueblo a otro para comprar en su mercado semanal. A un lado, en el margen izquierdo y no muy lejos del caserón, se encuentra una pequeña iglesia. Sus gruesas paredes son símbolo de la importancia de lo que representa, los capiteles de sus columnas explican la historia de Dios y de la cristiandad. Es un lugar de meditación, de recogimiento, pero también para aprender a ser humilde frente al Señor.

Es el atardecer pero aún hace calor. Los feligreses van llegando despacio para escuchar el sermón semanal del viejo fraile. Uno a uno se van saludando y hablan, con preocupación, de la mala cosecha de este año y de cómo podrán pagar los impuestos a sus señores. Es un año maldito. Sus medios técnicos para trabajar la tierra son escasos y ha sido un año de una inusitada sequía. El hambre acecha y con ella las enfermedades. Las epidemias matan a sus hijos y a sus mayores. Hace mil años que nació el Salvador, ¿pero quién hay ahora para guarecerles de la furia de los aristócratas, de las guerras y del hambre?

La iglesia se va llenando. Es oscura y fría, pero silenciosa y acogedora. Se escucha el ruido de las hojas en constante movimiento de los frondosos árboles en que dan sombra a la entrada del recinto sagrado. Los fieles se sientan y entra el viejo fraile. Poco a poco, caminando

atropelladamente. Su rostro redondo y su cuerpo hinchado no reflejan la dureza de la vida, aunque sus manos son ásperas, de trabajar en el campo, y su lenguaje, tosco y vulgar.

Unos cuantos feligreses escuchan las palabras del fraile, pero no entienden muy bien qué les está contando. Eso sí, saben que si pecan sus almas irán al infierno. Eso les asusta. En su retahíla dominical, el monje habla sobre la salvación de las almas, sobre Jesús y nuestros pecados, pero no se le ve muy convencido de lo que explica. Él, a su vez, se lo ha oído muchas veces a otros hermanos, pero desconoce si es cierto o no.

Mientras, en un huerto cercano a la parroquia, la mujer del sacerdote recoge hortalizas y tomates para la cena. Vive feliz. Tiene un techo, alimentos y vive gracias a la protección de su señor. El noble le ha dado trabajo a su marido y la posibilidad de un futuro. Para ellos y para sus hijos. Todo a cambio de unos tributos.

Así es la Europa de inicios del siglo XI. El Viejo Continente padece de muchas enfermedades: la baja demografía, la altísima mortandad, las hambrunas, las epidemias. La aristocracia es la única que puede subsistir un poco, pero a las capas más pobres de la sociedad sólo les queda morir. La única clase que se escapa un poco a esta situación es la Iglesia. La institución eclesial se va enriqueciendo y, también se aleja, poco a poco, del ideal evangélico, de la vida en pobreza, tal y como vivían los discípulos de Jesús.

En el año 1016, el obispo de Laón, en una carta dirigida al rey Roberto el Piadoso, divide la sociedad del momento en tres clases: los que oran, los que luchan y los que trabajan. La división en *oratores*, *bellatores* y *laboratores* es simple e idealizada, pero es cierto que la base social en la Edad Media se fundamenta en estos tres pilares.

La segunda mitad del siglo XI se presenta bastante diferente de los primeros cincuenta años. A partir de 1050 y, sobre todo, de 1060 se produce una revolución agrícola que conlleva un aumento de la productividad de las tierras y una mejora en las condiciones alimenticias de las familias. La revolución agrícola se basa en el progreso técnico (por ejemplo, la utilización de herramientas de hierro, como las rejas del arado y el rastrillo) y en la aparición de distintos métodos de

cultivo. Otro elemento revolucionario es la utilización del arado con ruedas tirado por caballos y no por bueyes, que permite remover más profundamente la tierra y posibilita una mayor cosecha. Pero no sólo eso, también aparece la rotación de cultivos trienal. La superficie cultivada se divide en tres partes. En dos de ellas se cultiva y la tercera se deja en reposo, en barbecho. Además, la división del terreno cultivable faculta a los campesinos a diversificar los sembrados. En primavera se pueden sembrar judías, lentejas y otras legumbres, y en invierno, trigo y centeno.

El progreso agrícola proporciona mejoras en las condiciones de vida de los campesinos. La mayoría de ellos que encontramos en la iglesia de Fanjeaux son adultos, hay pocos hijos. La mortalidad infantil es uno de los rasgos principales del siglo XI. Pasado el año cincuenta de este siglo, las familias cada vez se alimentan mejor y las condiciones de vida mejoran, lo que resulta en el crecimiento de la natalidad. En las familias hay más bocas que alimentar, en el campo más brazos para labrar y para la Iglesia, más almas que salvar.

No es un problema aislado. La Iglesia, como institución, se halla descentralizada, sin coordinación y sin una estructura que permita su unidad. Los párrocos son gente pobre que vive de lo poco que obtienen de su tierra, del diezmo (tributo sobre la décima parte de la cosecha de los campesinos), que por norma general se embolsan los nobles, y del escaso dinero que perciben de sus señores protectores.

A mediados del año mil, llegan aires frescos para la Iglesia, llenos de esperanza y de liberización para una organización degradada y dividida. Aunque el principal obstáculo para renovar la Iglesia ha sido la Iglesia misma, también la línea marcada por los distintos emperadores ha dificultado las pequeñas posibilidades de evolución y cambio. Al más alto nivel político se produce una de las más cruentas luchas que han existido en la Edad Media hasta entonces: el enfrentamiento entre el papado y el imperio por el control del mundo cristiano, el *dominium mundi*.

La historia de estos años se define por dos hechos fundamentales; por un lado, el dominio de la dinastía carolingia en sus primeros años y, por otro, más tarde, por el poder imperial germánico. Dos épocas

que ponen de manifiesto dos tradiciones y dos culturas muy distintas, la franca y la germánica, pero con una misma visión de futuro y de objetivo político, la unidad de Europa.

Carlomagno instaura un imperio a su medida, fuerte pero poco sólido. Desde el final del imperio romano no se encuentra en Occidente una unidad como la que fomenta este emperador, aunque lo que caracteriza su gobierno y el de sus sucesores es la constante inestabilidad de las fronteras. Húngaros y demás pueblos fronterizos amenazan la paz de Occidente. El Imperio no cesa de luchar para contenerlos, pero el desgaste político y económico es enorme. Aunque éste no es el mayor de los problemas del nuevo Imperio. Los sucesores de Carlomagno no tienen su entidad política ni su fortaleza y en poco tiempo provocarán la desmembración del Imperio en varios principados.

Décadas más tarde, otro personaje persiguirá el sueño de Carlomagno. Su manera de pensar es distinta, su cultura es germánica y no tiene nada que ver con el monarca franco. Pero el sueño es el mismo. Un Occidente unido bajo la tutela del emperador. Otón I el Grande crea una unidad europea más fuerte, centrado su eje de gravedad política en Alemania e Italia, aunque sin olvidar el reino franco. La dinastía otónida pone bajo su control directo, sometiéndolos a vasallaje, a todos los nobles germanos e italianos y, sobre todo, inicia un proceso de secularización de la Iglesia.

En estos años Europa es la protagonista de su propia construcción y de la lucha por el poder en el mundo occidental.

Los vaivenes de un imperio

El 25 de diciembre del año 800, Roma es una fiesta. Los nobles lucen sus mejores vestidos, en los banquetes se comen las mejores comidas y las calles de la ciudad que había dominado el mundo brillan con un esplendor especial. En la basílica de San Pedro, el papa León III lleva en sus manos la corona de emperador. Desde hace trescientos años, Roma no tiene emperador. Por fin, despacio, pero con gesto solemne, el papa coloca la corona en la cabeza de Carlomagno.

"*Karolo, Augusto, a Deo coronato, magno et pacifico imperatore, vita et victoria.*" (A Carlos, Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador, ¡vida y victoria!)

Con estas palabras, León III inviste a Carlomagno emperador.

El Imperio vuelve a renacer en Occidente. Europa está bajo el dominio del nuevo emperador. Pero Carlomagno no ejerce sólo como un emperador clásico, sino que además reúne en sí mismo la figura de protector de la Iglesia. El marcado carácter cristiano es el rasgo principal de la política del nuevo emperador.

Carlomagno es un personaje prácticamente inculto, incapaz de leer y escribir, pero que habla el franco y el latín con normalidad. Su persona sorprende a todos aquellos que lo ven por primera vez: alto, fuerte, con cuello grueso y facciones duras y alargadas. Le gusta disfrutar de placeres como la equitación y la caza y aborrece cualquier tipo de lujos. Viste a lo franco, con pieles, despreciando las ricas sedas.

Su personalidad es tan fuerte que el Imperio se construye a su medida y placer. Este hecho le beneficia mientras él gobierna, pero, tras su muerte, se inicia la decadencia del Imperio. Sus sucesores no poseen ni su personalidad ni su firmeza. El Imperio no podrá sobrevivir mucho tiempo tras la desaparición de Carlomagno.

En el año 814, le sucede en el trono su hijo Luis el Piadoso. Su debilidad y su mal hacer en el gobierno anuncian el desastre. Cambia las costumbres de su padre y se rodea de clérigos muy estrictos que le marcan el camino que debe seguir. En el año 822, se somete a una tremenda penitencia en Attigny, impuesta por los obispos por haber solucionado con dureza una revuelta en Italia.

Lentamente, la escasa fortaleza de los descendientes de Carlomagno provoca que el imperio se vaya disgregando. Los hijos de Luis el Piadoso aprovechan un levantamiento de los nobles francos para iniciar una cruenta guerra civil. Luis es derrotado y depuesto de sus funciones en el año 833. Más tarde se le devuelve el trono, pero el proceso de descomposición ya esta en marcha. En el año 843 se firma el Tratado de Verdún, por el cual los hijos de Luis se reparten de forma definitiva los territorios: Carlos el Calvo se queda con la parte occidental

del Imperio (toda Francia, parte de Alemania y la Marca Hispánica); a su hermano Luis el Germánico le corresponde la parte oriental (los países al norte de los Alpes y al este del Rin); mientras que Lotario se queda el título de emperador y el territorio situado entre el de sus hermanos (desde Frisia, en el norte, hasta la frontera con los territorios de la Iglesia). Los tres estados carolingios surgidos de la repartición tienen poco futuro y pronto llegan las primeras disputas. Lotario no puede resistir y, a su vez, su territorio se fragmenta rápidamente.

Los documentos contemporáneos recogidos en los *Annales de saint Bertin*, de los años 842-843, narran de esta manera el acuerdo de desmembración del Imperio Carolingio:

> "Llegado Carlos, los hermanos se reunieron en Verdún. Allí fue hecho el reparto: Luis recibió todo el territorio más allá del Rin, las ciudades de Spira, Worms, Maguncia y sus pagos. Lotario, el territorio que se encuentra entre el Rin y el Escalda, hasta el mar, y del otro lado, por el Cambresis, el Hainaut, los países de Lomme y de Meziers y los condados vecinos al Mosa hasta la confluencia del Saona y del Ródano, y el curso del Ródano hasta el mar, con los condados contiguos. Fuera de estos límites, Lotario obtuvo solamente Arras de la humanidad de su hermano Carlos. El resto hasta Hispania lo recibió Carlos. Después de haber hecho los correspondientes juramentos, se separaron".

La desintegración del territorio heredado de Carlomagno se traza definitivamente en el Tratado de Meersen de 870, por el cual queda clara la división del Imperio entre la parte románica y la germánica. Este tratado es la base para la futura aparición, siglos más tarde, de Francia y Alemania.

Tras la muerte de Lotario, Carlos el Calvo es coronado emperador setenta y cinco años después de Carlomagno. La alegría le dura poco tiempo. Su hermano Luis intenta conquistar sus tierras, pero, tras una feroz lucha, Luis el Germánico muere el 26 de agosto del 876.

Con el posterior fallecimiento, un año después, de Carlos el Calvo, en el año 877, se abre un largo periodo de formación de distintos principados y reinos. Es un periodo de luchas internas, de muertes y

de cortas regencias. Hasta que en el año 931 sube al trono Enrique I de Sajonia, quien centra su autoridad en resolver los problemas internos que asestan desde hace casi un siglo su reino, pero quien, sobre todo, concentra sus pretensiones en alejar a los magiares de sus fronteras, a las que somete a una férrea vigilancia, pues tiene claro que para pacificar su reino es preciso primero impedir las constantes invasiones bárbaras. Es el último sajón en gobernar la Europa occidental.

Diez de agosto del año 955. Sentado en una de las laderas que suben a las imponentes montañas austriacas, Otón I descansa tumbado observando el lugar donde se ha fraguado su victoria. Hace más de sesenta años que los pueblos del Este asedian las zonas fronterizas de lo que fue el dominio de Carlomagno. Otón I el Grande, llamado así más por sus increíbles dotes militares que por su escasa estatura, es un hombre recto, racional, poco dado a la religión. Hijo del rey Enrique I y de Matilde de Westfalia, se encuentra con un imperio destrozado y dividido, el cual tiene el deber de unir. Durante su reinado centra todo su esfuerzo en consolidar interna y externamente el Imperio: devolver la grandeza a los dominios de Carlomagno, y para ello necesita de todo su ingenio y preparación militar. El agotamiento de años de lucha se refleja en su rostro cuando desde la ladera dirige su mirada a las pacíficas aguas del río Lech, a cuyas orillas ha aniquilado a los húngaros que intentaban penetrar en su territorio. Allí marca la frontera, en ese instante consolida el Imperio, ya no debe preocuparse más.

Sin embargo, la lucha por afianzar el Imperio no ha empezado aquí. Veinte años antes, el gran Otón I hubo de enfrentarse, primero, a las numerosas traiciones dentro de su propio círculo familiar y, segundo, a los enfrentamientos con los duques alemanes, que no querían perder su parcela de poder. Para todos ellos, Otón era un peligro. La victoria en Lech marca pues, también, su superioridad sobre los ducados alemanes. La muestra de fuerza ejercida somete definitivamente a los duques. Pero Otón aún no ha conseguido su objetivo. Ha consolidado las fronteras exteriores y ha doblegado a sus enemigos internos, pero, de momento, no deja de ser un rey alemán, y no el emperador. Es consciente de que le queda por dar un último paso, puede que el más difícil, ir a Roma y ser coronado por el papa. A

principios del 951 se casa con Adelaida, una joven princesa italiana, pero este matrimonio no conlleva la más mínima intervención del rey alemán en la política italiana. Otón tiene que buscar otra excusa, Roma lo vale. Espera pacientemente su oportunidad y ésta aparece cuando Berengario II, rey que compite con Otón I por la Ciudad Santa, intenta conquistar Roma. El pontífice Juan XII se ve obligado a pedir ayuda a su vecino alemán. Ante esta posible amenaza de coalición, Berengario II no tiene más remedio que desistir de sus planes sin que se haya producido batalla alguna.

Así, el 2 de febrero del 962, Otón I el Grande es coronado en Roma emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Pese a reinar en Alemania, en Francia y en Italia, el emperador no puede apaciguar los ánimos en esta última zona. Después de años de tensiones, en el 966 impone duras penas a los rebeldes y establece en cada ciudad un delegado imperial con plenos poderes. Este mismo sistema ya lo había probado en Alemania, aunque en el país germano, más que establecer delegados ha fortalecido a una institución concreta y situado al frente de ésta a dirigentes muy poderosos y con los mismos intereses que el emperador.

Otón I planea, pues, extender esta táctica a lo largo y ancho de todo el imperio. Así, instaura la Iglesia imperial. Para ello se acoge a la tradición alemana de que los monarcas eligen a los obispos, pero, como en anteriores ocasiones, dando un paso más. Otón teme que los obispos se unan a los nobles que tanta presión ejercen. Entonces decide dar más poder a los obispos. Equipara su autoridad a la de un conde y les concede el derecho de inmunidad, además de diversas regalías, y la opción a percibir impuestos como el diezmo.

A pesar de que todas las reformas están establecidas con el objeto de controlar la situación, la imposición de una Iglesia controlada por el Estado crea muchas quejas de la Santa Sede. Es el inicio de siglos de lucha entre los emperadores alemanes y el papado.

El 7 de mayo del año 973 muere el gran emperador alemán. La victoria conseguida contra los húngaros en las orillas del río Lech le había abierto la posibilidad de convertirse en el pacificador y unificador de sus dominios, pero su ansia de poder y control, en realidad, ha

abierto el frente de una batalla más dura a la que tendrán que enfrentarse sus sucesores, el llamado conflicto de las investiduras.

Los combates fronterizos

Con tan solo dieciocho años, Otón II sube al trono después de la muerte de su padre. Vive en un periodo bastante más conflictivo que el de su antecesor. Los nobles romanos se sublevan y derrocan al papa Benedicto VI, favorito de Otón I.

El nuevo emperador, más allá de dejarse atemorizar por los romanos, se encamina rápidamente hacia la Ciudad Eterna. En ningún momento la comitiva percibe peligro alguno y Otón II entra por las puertas de Roma como un poderoso soberano. Con Roma bajo su control, parece dispuesto a regresar a su patria, pero en ese momento los territorios itálicos son atacados con fiereza por los árabes. A mediados de 981, con un ejército de 2.100 caballeros, Otón II se dirige a combatir al enemigo árabe en Calabria.

La suerte no le favorece. Los más de 2.100 soldados alemanes se tienen que doblegar ante el ímpetu y la crueldad enemiga. El 13 de junio de 982, el emperador alemán sufre la peor derrota de los últimos siglos. El propio emperador queda a las puertas de la muerte.

La derrota infligida por los árabes tiene más trascendencia de lo que parece. La debilidad mostrada por los germanos provoca una serie de levantamientos fronterizos. Otón II no llega a poder resolver ningún conflicto, ya que el 7 de enero de 983 fallece en Roma.

Tras la muerte del soberano, un niño de tres años que juega a ser guerrero y que sueña con historias principescas hereda el trono germánico. Es el futuro Otón III. Su corta edad provoca la necesidad de una regencia mientras no tenga la capacidad de gobernar. La administración del gobierno recae, sorprendentemente, en dos mujeres totalmente opuestas pero con un mismo fin, el bien del niño y el futuro de su país.

En primer lugar encontramos a Adelaida, viuda de Otón I, una mujer religiosa que pretende la libertad de la Iglesia y procura el aumento de los bienes eclesiásticos. En segundo lugar, Teófano, mujer del

segundo de los otones y con una visión bizantina de sometimiento de la Iglesia al trono.

La regencia no esta ausente de peligros, aunque ambas intentan mantener el país tal y como lo ha dejado su predecesor. Pero les coge por sorpresa el ataque por dónde menos se lo esperan. Enrique el Pendenciero, duque de Baviera, para vengarse del rechazo sufrido cuando su primo Otón II sube al trono, secuestra al infante aprovechando el viaje de las dos regentes a Italia. Sin embargo, con el apoyo del obispo de Maguncia y de la mayoría de los príncipes alemanes, Adelaida y Teófano consiguen que el duque rebelde le devuelva sano y salvo al futuro monarca.

Pasan los años y las regentes están intensamente ocupadas en la defensa y mantenimiento de las fronteras exteriores, sobre todo las de las tierras del este del río Elba, donde sufren los constantes ataques eslavos. Al cabo de poco tiempo, Teófano muere y Adelaida queda como única regente. Aunque ya no gobernará por mucho tiempo, ya que el joven Otón ha cumplido los quince años, su mayoría de edad.

En el año 995, Otón III sube al trono del imperio germánico. Influido por las ideas de Teófano, el joven soberano implanta la tradición de someter la Iglesia al Estado. Aunque su mayor preocupación en el inicio de su reinado es la expansión territorial y el mantenimiento de sus fronteras. Aplaca con relativa facilidad las acometidas eslavas, pero son los acontecimientos en Italia los que le llenan de inquietud.

Crescencio, noble italiano que ya había provocado alguna revuelta durante el reinado de Otón II, se convierte en el nuevo señor de Roma. Derroca al papa y establece en la silla de san Pedro al antipapa Juan VI. A principios de 998, Otón III entra en Roma y combate de manera encarnizada contra los partidarios de Crescencio. La acometida es sangrienta, aunque más crueles son las represalias del emperador contra Crescencio y el nuevo papa. Al italiano lo hace prisionero después de asediar el castillo de Sant'Angelo, lo decapita delante de una gran multitud, tira su cuerpo por las murallas del castillo y, finalmente, cuelga el cuerpo, patas arriba, en el monte Mario. Trágico también es el final del antipapa. El ensañamiento con su cuerpo es brutal. Se le cortan las orejas, la lengua y la nariz y se le deja totalmente ciego.

Más tarde lo llevan ante el Sínodo, que lo depone, y lo conducen por toda Roma montado en un asno al revés.

Otón III pretende dar ejemplo con estas humillaciones. Avisa a sus posibles enemigos de que su crueldad será máxima si le retan. Tras estos hechos, vuelve a reinar la tranquilidad, hasta que el soberano peregrina hacia Aquisgrán para ver la tumba de Carlomagno. En su ausencia, las aguas vuelven a enturbiarse en Italia, y más en el sur, dónde se perpetra la secesión del Imperio. Inesperadamente, Otón III muere en el castillo de Paterno el 23 de enero del año 1002.

La sucesión del trono no conlleva ninguna dificultad. Al contrario, produce cierta sorpresa porque sube al trono un primo de Otón e hijo de uno de los causantes de las mayores crisis durante su reinado: Enrique II, hijo de Enrique el Pendenciero. Su reinado transcurre sin grandes escándalos ni grandes aciertos. Centra su labor de gobierno en luchar contra las invasiones fronterizas. Fallece en julio del año 1024, sucedido en el trono por su hermano, Conrado II. Éste es coronado emperador en el año 1027 y su política imperial se fundamenta sobre todo en restablecer el poder imperial en aquellos lugares donde ha quedado más debilitado, por ejemplo, en Italia, y en fortalecer definitivamente las fronteras machacadas por los húngaros. Finalmente, el emperador fallece en 1039.

El reinado de Enrique III, sucesor de Conrado II, comienza como finaliza el anterior, combatiendo a los húngaros. Pero la gran pesadilla de los reyes germanos durante todo su dominio es Italia. El nuevo reinado no está exento de dificultades con la política de la península itálica. A mitad del siglo XI, Italia se encuentra totalmente enfrentada en una guerra fraticida entre papas y antipapas. A finales de 1046, Enrique decide combatir la guerra civil que se cierne en estas tierras. Depone a Gregorio VI y al antipapa Silvestre III, y erige como legitimo sucesor de Pedro a Clemente II. Este hecho tendrá suma importancia en el devenir próximo en la difícil relación entre el Imperio y la Iglesia. Enrique somete bajo su directa autoridad al sumo pontífice. Clemente II es el papa más sometido al poder real hasta el momento y, durante la Navidad del año 1046, Clemente II corona como sucesor de Carlomagno a Enrique III.

Pese al esfuerzo de Enrique, en Italia continúan los conflictos. Los normandos irrumpen con fuerza y, tras arduas batallas, consiguen derrotar a los ejércitos del papa y del emperador, conquistando la parte más meridional de la península Itálica.

La dinastía germana parece estar perseguida por la mala suerte. Algunos de sus más destacados miembros han muerto de una manera trágica y repentina. Enrique III no puede escapar de un final trágico y fallece joven, en 1056, a los 39 años, dejando como heredero a un niño de cuatro años. La regencia la asume su viuda, Inés de Poitou, pero entonces la presión de los príncipes alemanes y de los obispos se hace tan dura que la mujer no resiste y cede la regencia al obispo de Colonia.

Los sucesos se precipitan y, el 9 de marzo de 1065, Enrique IV es coronado a la edad de nueve años. Lógicamente sigue bajo la tutela del obispo, pero poco a poco se va afianzando en él, gracias a la presión de los príncipes alemanes, la necesidad de deshacerse de esta atadura.

Con Enrique IV se inicia uno de los periodos más complejos pero más apasionantes de la Edad Media. Sucesos que influirán en las posteriores decisiones políticas y la formación de distintos reinos. Sucesos que provocarán una cruel y devastadora guerra entre el poder terrenal y el temporal, entre el emperador y la Santa Sede.

Durante estos siglos, la Iglesia sufre cambios que serán fundamentales para su desarrollo en el futuro. La renovación que surgirá del nuevo Estado carolingio provocará, primero, que la Iglesia quede absolutamente subordinada al monarca y, en segundo lugar, que se inicie un proceso de independencia del Estado y de supremacía en lo espiritual, pero también en el terreno temporal.

La subordinación de la Iglesia al Estado hará que, en el siglo x, una de las peores crisis que ha sufrido nunca. La llamada Edad de Hierro del Pontificado, se caracteriza por la presencia de papas indignos de su cargo que, en la mayoría de los casos, son civiles pertenecientes a la familia del senador romano Teofilacto.

En los inicios de la Edad Media, Iglesia y Estado comparten políticas, decisiones y futuro. Aunque el Estado se preocupe de que la

Iglesia no esté gobernada por papas influyentes, sino todo lo contrario, la Santa Sede no dejará de luchar por su emancipación para dejar estatal y convertirse en un poder político.

La reforma del espíritu

La Iglesia y Carlomagno

La coronación como emperador de Carlomagno significa un paso muy importante para una Iglesia que hasta este momento se encuentra desunida y representada por un clero pobre e inculto. La Santa Sede está tremendamente desprestigiada y la única manera que tiene de volver a recuperar una posición privilegiada es demostrar su poder en el terreno temporal. La coronación supone el reconocimiento de la Santa Sede como el único medio posible para que un monarca sea reconocido en toda la cristiandad como emperador.

El nuevo emperador se nombra a sí mismo defensor de la Iglesia y estructura la institución como parte del Estado. Varios obispos pasan a ser consejeros de Carlomagno convirtiendo sus funciones en propias de civiles. Además, el césar utiliza toda su potestad real para nombrar obispos y abades, otorgando estas funciones a nobles con el fin de asegurar su vasallaje. Este hecho permite a los nobles gozar de las tierras de las abadías y enriquecerse a costa de ellas, aunque deben servicio a Carlomagno.

A pesar de que algunos obispos se convierten en consejeros reales y sus funciones devienen más políticas que espirituales, el emperador les dota de herramientas suficientes para que de alguna forma los clérigos no abandonen sus funciones espirituales. Crea la figura del *advocatus*, persona que se encarga de descargar al obispo de las funciones de tipo más administrativo e incluso judicial. Las nuevas medidas impuestas desde el propio Estado favorecen la aparición de una jurisprudencia propia de la Iglesia. Además, Carlomagno somete a la Iglesia, en el sentido más espiritual, a un concepto temporal: el *ban*. Esta medida consiste en el derecho que tiene el emperador para mandar y prohibir incluso como máximo representante de la Iglesia. El alto clero, durante el periodo carolingio, es muy poderoso y posee grandes riquezas, pero por esta misma razón esta absolutamente sometido a las

necesidades del rey en el momento que éste necesite algún tipo de ayuda. El alto clero proviene de las grandes familias nobles, que en realidad viven como señores feudales. Por otro lado, las riquezas de las que son poseedores hace que muchos obispos, por no decir todos, sean nobles que llegan al obispado gracias a las prebendas de cargos. Por estas razones, es normal que el nivel espiritual del alto clero sea cada vez más deficiente.

La situación de riqueza y poder del alto clero difiere en gran medida de la realidad de los clérigos, de los sacerdotes de las pequeñas parroquias. Los clérigos son simples siervos de su señor feudal, tanto sea éste un noble como un obispo. Viven de lo que les da su señor y del pequeño diezmo que reciben de sus feligreses, aunque en la mayoría de las ocasiones deben entregar el diezmo a su señor obispo. El sacerdote es pobre, constituye el último escalafón eclesial, pero, a pesar de ello, es la figura que más en contacto está con los feligreses. Carlomagno lo sabe y, por ello, lanza, en el año 811, una capitular por la que establece los mínimos conocimientos que deben tener los párrocos: el padrenuestro, el rito de los exorcismos y el *Sacramentum Gregorianum*.

El emperador está convencido de que los clérigos son la correa de transmisión perfecta del mensaje cristiano… pero también de las iniciativas reales, ya que la estructura de la Iglesia llega de una forma más directa a la gente.

Pero el cristianismo no avanza sólo con el apoyo del Estado, hacen falta feligreses que expliquen con su propia voz la vida de Jesús. Carlomagno es conocedor de ello y se acoge con todo su poder al sacramento bautismal. Obliga a bautizarse a todo aquel que no lo haya hecho, organiza bautismos colectivos mediante la "utilización" de unidades enteras de su ejército y amenaza con la muerte a aquellos pueblos conquistados que no se quieran acoger al sagrado sacramento. Muerte o bautismo, nacer en una nueva fe o morir por las antiguas y obsoletas creencias.

Otra de las razones por las que el césar protege a la Iglesia es la cultura. El monarca se da cuenta de que los monjes son poseedores del conocimiento, adquirido durante toda la vida de retiro en los monasterios. Los monasterios no son muy del agrado del emperador, ya que

piensa que una gran cantidad de hombres encerrados en un mismo lugar es motivo suficiente para provocar suspicacias y planear rebeliones, y además disminuye la capacidad de sus ejércitos, en los que estos hombres podrían estar enrolados. Pero, por el contrario, utiliza los monasterios y las abadías como bastiones de dominación en territorios hostiles y también como medio de implantar la fe en estas zonas.

Durante el Imperio Carolingio los monasterios son la fuente de la riqueza cultural. Los mayores intelectuales son clérigos que cultivan sus almas en los *scriptorium*, descifrando y traduciendo textos de la Antigüedad. Tras siglos de crisis cultural en una Europa que inicia su camino en la Edad Media, algunos monjes consiguen salvaguardar la cultura occidental en monasterios como el de Corbie y Saint-Denis. Mucho de lo que hicieron aquellos hombres del medievo aún perdura. En el año 770 aparece un nuevo tipo de escritura, más redondeada y clara, llamada carolina, que en la actualidad, en el siglo XXI, se sigue utilizando. Carlomagno procura que en los monasterios se enseñe la Biblia y el padrenuestro, pero también gramática y retórica. Los eruditos monjes utilizan sin ningún esfuerzo el latín clásico para transcribir los textos, lengua dejada en el olvido muchos años atrás.

Los monasterios son el centro cultural y espiritual del medievo carolingio. Los monjes, en resumidas cuentas, dedican su vida a la traducción de textos, al estudio de las antiguas escrituras, muchas de ellas prohibidas, y a la oración. Todo ello enfocado a una mayor espiritualidad, de un mayor contacto, como cristianos, con Dios. La regla de san Agustín, establecida en el Concilio de Aquisgrán en el año 817, rige la vida monástica y le da un impulso hacia la oración y la ocupación conjunta de las tareas del monasterio. Sus preceptos contemplan, entre otras, las siguientes normas:

> "En primer término, ya que con este fin os habéis congregado en comunidad, vivid en la casa unánimes, tened una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios."
> "Perseverad en las oraciones fijadas para horas y tiempos de cada día."
> "Que no sea llamativo vuestro porte, ni procuréis agradar con los vestidos, sino con la conducta."

> “Y para que podáis miraros en este librito como en un espejo y no descuidéis nada por olvido, léase una vez a la semana. Y si encontráis que cumplís lo que está escrito, dad gracias a Dios, dador de todos los bienes. Pero si alguno de vosotros ve que algo le falta, arrepiéntase de lo pasado, prevéngase para lo futuro, orando para que se le perdone la deuda y no caiga en la tentación.”

La vida monástica marca la vida de muchas personas, clérigos e incluso nobles que deciden dejar su vida más terrenal y llena de avatares para vivir en la reflexión, la tranquilidad y la espiritualidad que se percibe en los monasterios, en sus claustros, y en el coro.

Algunos de los monasterios que se fundan son pequeñas abadías que poco a poco ven mermados sus propios recursos de subsistencia y que son propiedad de algún noble. El noble utiliza la abadía para “llegar a Dios” y obtener el perdón de sus pecados. Por norma general, los abades suelen ser laicos familiares de los propios nobles.

Otros monasterios, en cambio, crecen y se convierten en poderosos centros eclesiales en los que se conjugan la vida religiosa y política. El crecimiento de tal estructura eclesial llega a convertir a algunos monasterios en el centro jerárquico de otros monasterios que se unen a él y se desarrollan bajo su dependencia. Son los casos de Cluny o el Císter. Estos ejes religiosos llegan a tener bajo su dependencia centenares de abadías y prioratos distribuidos por toda Europa. Con anterioridad, las abadías de Fulda, Reinchenau y Saint-Gall marcan el contrapeso de los obispos frente a la monarquía y, además, son los centros más importantes de espiritualidad. Pero su influencia no llega a ser tan importante y decisiva como lo es la de Cluny.

Cluny y los monjes negros

La aparición los monjes negros de Cluny revoluciona el concepto de la vida monástica de los siglos IX y X. Su sobriedad, su forma de convivencia y la vida dedicada en exclusiva a la oración son las características que dejan asombrados a los laicos. Cluny se convierte, para muchos, en un contrapoder de la Santa Sede, ya que la independencia del

abad cluniacense respecto del papado le lleva a vivir al margen de la máxima autoridad eclesial. Aunque para la Santa Sede llega a ser un perfecto instrumento para alcanzar la salvación eterna.

> "Me haré amigo de sus pobres, y con el fin de que tal acción no temporalmente, sino continuamente sea desarrollada, sustentaré con mis riquezas a aquellos que se recojan en profesión monástica".

Con estas palabras, Guillermo, conde de Maçon y duque de Aquitania, funda el 11 de septiembre del 909 el mayor monasterio de la historia. Su importancia reside en su grandeza, en su estructura y en la gran cantidad de clérigos que se concentran en él. Pero aún es más importante por su independencia de la Santa Sede. En realidad, Vernone, el primer abad, establece la *libertas* romana, la libertad ante cualquier injerencia laica o episcopal.

El ideal de vida recogido en Cluny y en todas las abadías dependientes es el ensalzamiento de la liturgia, dejando de lado cualquier otra actividad. Las misas y las oraciones duran alrededor de siete horas diarias, toda una jornada laboral. El máximo exponente de la vida de los monjes es la oración.

Para un monje negro la jornada empieza alrededor de las tres y media de la madrugada. Durante algo más de dos horas se dedica a la lectura de varios salmos y a la oración, para luego descansar cerca una hora. A las seis y media de la mañana se despierta aún con el recuerdo de los salmos leídos y vuelve a la lectura y la oración, intercalando de tanto en tanto misas privadas. Hacia las once de la mañana se reúne con todos sus compañeros para realizar una misa, aunque la misa mayor se produce un poco más tarde, antes del almuerzo. La jornada continúa, aunque ya se está agotando el día. A las cuatro de la tarde tocan a vísperas y el monje debe prepararse para leer los últimos salmos, para las últimas oraciones, mientras camina en procesión hacia la iglesia de Santa María. Finalmente, cena. La jornada de lectura y oración del monje finaliza a las seis de la tarde, después se retira a dormir.

El recogimiento, el aislamiento en una vida espiritual no significa, sin embargo, que se aparte del mundo. De hecho, su estructura

interna es totalmente feudal: los monjes juran vasallaje al abad al iniciar su vida monacal. El feudalismo también marca las relaciones de Cluny con las abadías dependientes por toda Europa. Souvigny, La Charité-sur-Loire, Sauxillanges y Saint Martin-des-Champs son los cuatro principales prioratos que surgen de esta dependencia. A su vez, los priores rinden homenaje al abad. De Cluny llegan a depender a lo largo de su historia cerca de 1.500 abadías.

Carlomagno ha sido el gran precursor de la expansión de los monasterios y de la vida que en ellos se lleva. Vela por las mejoras de la Iglesia por formar parte del Estado. No la observa como una institución independiente, sino como un anexo de sí mismo, del imperio. Por esta razón, todos los hombres que ocupan la silla de San Pedro durante su reinado suelen ser personajes con pocos valores, muy dados a la vida alegre y carentes de cultura.

Sin embargo, Luis el Piadoso, hijo y sucesor del gran Carlos, concibe la Iglesia y su relación con el Estado de una manera casi totalmente opuesta a la de su padre. Quiere una Iglesia más independiente, reformada, que la existente hasta entonces. Luis refuerza una Iglesia en la que los clérigos gozan cada vez más de mayor libertad, aunque siempre bajo la atenta mirada del Estado. Por un lado, devuelve a los monasterios y abadías las tierras que el anterior emperador había concedido a los nobles. En segundo lugar, sustenta la libertad eclesial en una serie de reformas dirigidas por Benito de Aniano, el futuro san Benito. En el año 817, impone la regla benedictina a todos los monasterios. Dicha regla fija la función del monje en el culto y la plegaria, alejándolo de posibles desviaciones predicatorias que no tengan un fin estrictamente espiritual.

La renovación de la Iglesia que realiza el nuevo emperador da pie a un concepto distinto de unidad sobre Europa. Hasta ese momento la unidad emana del Estado, del Imperio, aunque sea una unidad ficticia. En muchos periodos, el Imperio tan sólo afecta a Francia y, más tarde, a Alemania y a parte de la península itálica. El nuevo concepto de unidad impuesto por Luis se basa en la cultura. Toda la red de monasterios, y después, sobre todo, desde Cluny, proporciona a Europa un vínculo cultural y de cristiandad.

A pesar de que Luis el Piadoso tiene una visión de la Iglesia distinta a la de su padre, no puede evitar que la comunidad eclesiástica sufra las consecuencias de la partición del imperio tras la muerte de Carlomagno. La Iglesia padece en ese momento un intento de secularización debido a la existencia de iglesias privadas. Desde los inicios de la Edad Media, algunos nobles erigen templos y monasterios en sus tierras con el fin de llevar el mensaje de Dios a la población, una población campesina y sin cultura. Muchos de los abades y obispos de estas zonas son laicos cuyo comportamiento dista mucho del ideal evangélico. Carlomagno, al creerse máximo defensor de la Iglesia, la intenta proteger de las intromisiones laicas, pero sus herederos no lo consiguen. La institución eclesial cae en un profundo descrédito tras la muerte de Carlomagno y los papas que ocupan la silla de san Pedro no tienen el nivel adecuado para tal misión. Sólo uno de ellos, Nicolás I, a lo largo de muchos años, demuestra un cierto renacimiento en la Santa Sede.

El nuevo papa, de fuerte carácter y gran cultura, tiene que afrontar muchos retos, pero, sobre todo, se le recuerda por ser el primer prelado que forja el concepto de cristiandad como de unidad de todos los pueblos cristianos, por encima de cualquier consideración política.

El siglo IX se cierra para la Santa Sede con un periodo de profunda crisis que será llamada el siglo de hierro, provocada por la caída de la silla de san Pedro en manos de las diversas familias que dominan Roma. Teofilacto es uno de estos personajes que rigen durante tiempo los destinos de la Iglesia romana. ¡Incluso sus hijas llegan a dirigir la Santa Sede! Al frente del papado se sitúan, pues, personajes indignos, como es el caso de Esteban VI, quien, en el año 896, desentierra el cadáver de su antecesor para que sea juzgado y condenado. El pueblo de Roma, cuando descubre esta actuación atroz, lo persigue y asesina. De esta manera, se suceden muchos papas de carácter indolente y menor espiritualidad.

El año mil

No sólo es la Santa Sede la que entra en crisis durante este periodo. Toda la Iglesia como institución queda afectada. El caso más claro es el de los párrocos. Los siglos X y XI nos los muestran como figuras

sin voluntad, absolutamente sometidos al señor feudal y con muy poca cultura. Su nivel espiritual es peor aún. Los sacerdotes viven en concubinato o están casados. En estos dos siglos, la espiritualidad no mueve a los clérigos ni a los obispos. Para unos, la fe es un modo de subsistencia; para otros, un modo de enriquecerse.

La perfecta espiritualidad no existe, pero sí que es cierto que gracias al Estado la Iglesia se expande por todo el imperio. Los nobles no cesan de construir parroquias, abadías, prioratos y colegiatas en sus territorios, lo que conduce a un aumento considerable de creyentes y posibilita la expansión del feudalismo, que, con su complejo sistema de relaciones (el vasallaje), llega a controlar la anarquía y la violencia existentes al inicio de la Edad Media.

Con el paso de los años, la Iglesia se va aposentando y creciendo en poder, hasta el punto de convertirse en guía de la sociedad del año mil. El alto clero sigue teniendo un peso importante en las decisiones imperiales. Por su parte, el Sacro Imperio Germánico de los otones sujeta a la Iglesia y la subordina al Imperio. Poder terrenal y poder espiritual se entremezclan para dirigir la cristiandad, un modelo parecido al Imperio Bizantino, pero con la excepción de que el emperador no es el máximo dirigente eclesial (aunque sí lo sea en la práctica), mientras que en Bizancio el trono del emperador es bicéfalo: gobierna y dirige la fe.

Así, las pequeñas parroquias de las aldeas procuran que el mensaje de Cristo llegue a todos los fieles y, además, los párrocos se convierten en los auténticos transmisores de la política de Estado. Ellos son los que hacen llegar al pueblo el mensaje elaborado por las altas jerarquías eclesiásticas. Mensajes impregnados de conciencia de pueblo y de imperio.

Pero el mejor resorte que impulsa a la sociedad feudal del recién nacido primer milenio continúa siendo el monacato. Los monasterios ofrecen una nueva opción a aquellos que quieren alejarse de la cruenta vida medieval. Los claustros se convierten en centros de paz, alejados del mundo exterior, donde se conjuga la búsqueda de la espiritualidad y la salvación de una minoría social. Cluny se convierte en la base y la vertebración de la cultura y la sociedad, de la espiritualidad

y el poder. Es el claro reflejo de la estructuración de la nueva sociedad feudal. Y es en la abadía cluniacense donde se fragua una innovadora y curiosa relación: entre monjes y caballeros.

El vínculo entre el monje y el *milite* (caballero) se da por una sencilla razón: muchos de los monjes son miembros de esta nueva aristocracia que prefiere buscar el refugio del alma en los claustros de las abadías en lugar de acabar siendo el motivo de los rezos de los monjes para la salvación de su espíritu.

La aparición de las primeras órdenes

A finales del siglo x, en Europa crecen de forma desmesurada el descontrol y las situaciones de violencia. Hasta tal punto llegan éstas que, en el año 989 se instaura la Tregua de Dios: asambleas donde los clérigos se reúnen con los nobles para reconducir la situación y pacificar los territorios. Este tipo de pactos entre clérigos y señores se da en zonas en continua guerra como Cataluña y toda el área pirenaica. La Tregua de Dios es efectiva, pero no se logra expandirla a toda la cristiandad. La Iglesia, que se ha convertido en guía de la sociedad, necesita encontrar un sistema que controle los excesos violentos de los caballeros.

El alto clero se percata de que tiene que imponer una solución que permita el sosiego de la sociedad. La encuentra y la aplica en dos sentidos:

En primer lugar, mediante la exigencia de privaciones espirituales y temporales para la purificación del alma. El clero llega a prohibir a los caballeros lo que les produce más placer, aquello por lo que existen: la guerra. No se debe guerrear bajo la premisa de la ley divina con una excepción: se puede matar al infiel, al soldado del islam. La Santa Sede ordena a la caballería dirigirse a los reinos hispánicos con el fin de ayudarlos en su lucha contra el invasor musulmán. Les hace jurar fidelidad al servicio sobre las reliquias de los santos y bajo la pena de la excomunión.

La medida tomada por el papado tiene tanto éxito que da paso a uno de los acontecimientos cruciales de la época: las cruzadas. En el año 1095, durante el Concilio de Clermont, el papa Urbano II renueva la

Tregua de Dios y concede total indulgencia a aquellos caballeros que deseen defender a los cristianos amenazados por los turcos. El Pontífice llama a la cristiandad a realizar una cruzada para salvar los lugares santos de la ira de los infieles. Bajo el grito de *Deus lo volt* (Dios lo quiere), nobles y caballeros se embarcan para luchar.

En segundo lugar, mediante la creación de grupos de soldados que velen por la seguridad de los cristianos en Tierra Santa: san Bernardo, en su escrito *De laudibus novae militiae*, afirma:

> "Lo ideal sería no verter sangre de paganos si hubiese un medio de defenderse de ellos sin recurrir a la violencia, pero como desgraciadamente no existe tal medio, el caballero cristiano se ve impelido a empuñar la espada."
> "El soldado de Cristo tiene un motivo para ceñir la espada".

En el año 1119, el francés Hugo de Payens funda la Orden de los Pobres Soldados de Cristo, los templarios. Los componentes de esta orden son soldados que viven como monjes, pero con el deber de tomar las armas para defender a la cristiandad. Los devotos soldados deben vivir bajo la misma regla que los monjes. Al año siguiente, Raimundo de Puy funda la orden de los hospitalarios.

Mientras, la organización de la propia Iglesia evoluciona paulatinamente. Entre el alto clero y los abades de los monasterios se abre un profundo debate sobre las obligaciones de los monjes. ¿Los monasterios deben servir para alcanzar el máximo grado de espiritualidad personal a través de la oración o deben ser el centro de expansión del mensaje de Cristo? Ambas cosas. Los monasterios son lugares de retiro espiritual, pero al final del siglo XI aparece la figura del canónigo regular. Este monje vive en los monasterios y en las abadías, pero su fin es el de adoctrinar sobre las enseñanzas de Jesús.

La orden del Císter

Año tras año, los monasterios siguen siendo el núcleo vital de la Iglesia. Y por ello, las novedades y reflexiones espirituales que se

realizan en ellos son las precursoras de la renovación eclesial. Cluny es el centro espiritual, pero su estructura y organización crea, también, la incomodidad de ciertos monjes. Es el caso de san Roberto. Siendo abad de Saint-Michel-de-Tonnerre, en el año 1071 se retira para meditar sobre la comunidad y su espiritualidad. Pocos años más tarde, funda en Molesmes un nuevo monasterio, pero la debilidad de su carácter –no está hecho para dirigir– hace que vuelva a retirarse y a recluirse en la meditación. En el año 1098 regresa a Molesmes, pero son los propios monjes quienes le rechazan. Abandonado, recurre al duque de Borgoña, que le hace entrega del bosque de Citeaux para que se recoja allí. Finalmente, el papa Urbano II le pide volver a su antigua congregación.

La orden tiende a desaparecer debido a su poca proyección y falta de medios económicos. Hacia el año 1118, un joven inglés, Esteban Harding, dirige la orden e intenta salvarla de la desaparición. Manda escribir una regla interior donde se establecen los objetivos de la nueva orden: renunciar a todo contacto exterior y basarse en la pobreza y en el trabajo manual para llegar al máximo exponente espiritual. Es el verdadero inicio de la orden del Císter. Los monjes deben renunciar a las fuentes de ingresos tradicionales como el diezmo y otros de origen feudal. Huyen de las grandes aglomeraciones y se establecen en zonas alejadas y desérticas. Reducen la extensa liturgia cluniacense para instaurar una a su medida que les permita orar, pero también trabajar en el campo. En realidad, el "desierto" que buscan los cistercienses para cultivar el espíritu se convierte en un modelo de vida de trabajo agrícola, que se extiende por numerosas zonas y que aumenta la capacidad productiva de los campesinos y mejora su calidad de vida.

El impulso definitivo a la consagración de la orden lo da otro joven, Bernardo de Fontaine, quien, junto a treinta jóvenes, ingresa en la congregación. Al cabo de dos años, Bernardo es llamado a dirigir el monasterio de Claraval. San Bernardo es el verdadero precursor de la expansión, en todos los sentidos, del Císter. A partir de entonces, los monjes blancos difunden la idea principal de san Bernardo: la profunda veneración a la humanidad de Cristo y la devoción a la Virgen María. San Bernardo encabeza una renovación espiritual que

devuelve al Evangelio la búsqueda de la espiritualidad. La vida en pobreza, al igual que Cristo, el trabajo de la tierra y la piedad son los ejes de esta nueva visión, que es aceptada por el papado.

A lo largo de los siglos x y xi se genera un aire de renovación eclesial. La reforma de la Iglesia esta conducida por monjes, aunque su quehacer diario no es el propio del monasterio, sino el de dirigir al alto clero.

La reforma eclesiástica

Al ser los monasterios el centro de vida cultural y espiritual, no es de extrañar que sean los monjes los destinados a buscar las soluciones a los problemas diarios de la Iglesia y a demandar una reforma que cambie el modo de vida del clero.

Los reformadores se han percatado de que el clero ha entrado en un proceso de degeneración. Por un lado, los sacerdotes no respetan los votos al estar casados o vivir en concubinato. De ahí el término nicolaísmo, que proviene del diácono Nicolás de Jerusalén, quien aducía que, para apagar la concupiscencia, lo más adecuado era dar rienda suelta a los placeres. Por otro, denuncian la existencia de una compraventa de cargos eclesiásticos que da lugar al origen del término simonía, que proviene de Simón el Mago, quien le preguntó a san Pedro si le podía comprar el poder de hacer milagros, y de ahí que se llame así la compraventa de cargos eclesiásticos. En tercer lugar, se presenta el problema más grave, la investidura de cargos eclesiásticos por parte de laicos y, sobre todo, por parte del emperador.

La mayoría de sacerdotes, al estar impuestos por nobles, son laicos alejados, en su mayoría, de la espiritualidad. Su comportamiento es irrespetuoso y su conocimiento de la fe, ínfimo. No tienen reparos en vivir con sus esposas o sus concubinas. Sus actuaciones públicas son de una gran depravación moral y utilizan las parroquias para sobrevivir, no para llevar el mensaje de Cristo. La lucha contra el nicolaísmo es el intento de mejorar la moral del bajo clero.

Los reformadores pretenden convencer al clero de que el ejercicio de lo espiritual no tiene nada que ver con el sueldo que puedan recibir. Se

debe dignificar la causa espiritual. Pero –a pesar de la lucha contra la simonía–, se acepta que la Iglesia debe tener ciertos ingresos para garantizar la expansión de la obra de Dios.

Cualquier noble, en su feudo, tiene la potestad de nombrar abades y sacerdotes, lo que acaba provocando una rápida secularización del clero, ya que se suelen conceder estos cargos a laicos con el fin de beneficiarse de los impuestos que percibe la Iglesia. Los reformadores consideran como elemento primordial la separación del poder temporal. Juzgan que la Iglesia debe estar por encima del emperador. La cristiandad entera tiene que estar dirigida únicamente por el papa.

Es el primer enfrentamiento entre el bien y el mal. El poder temporal (el mal), corrompido por el dinero y por las guerras, sólo puede ser combatido por el poder espiritual (el bien). El conflicto de las investiduras, que luego analizaremos y que durará largo tiempo, no es más que la batalla por la supremacía de poder entre Iglesia y Estado. Bajo el Sacro Imperio, la Iglesia ha pasado a ser un simple instrumento del emperador.

Pedro Damián, uno de los más representativos reformadores, le explica al emperador Enrique IV cuál es la visión de la Iglesia en todo este asunto:

> "Se ciñe al rey con una espada para que vaya armado contra los enemigos de la Iglesia, el sacerdote ora en muchas vigilias para ganar el favor de Dios para el rey y para el pueblo. El príncipe debe conducir los asuntos terrenales con la lanza de la justicia; el segundo debe dar al sediento agua del manantial de la divina elocuencia. El primero ha sido establecido para forzar a los que hacen daño con el castigo de las sanciones legales; el segundo está ordenado a esto: a atar a algunos con el celo del rigor canónico por medio de las llaves del reino que ha recibido, y para absolver a otros a través de la clemencia de la compasión de la Iglesia".

Los reformadores intentan que el poder gire en torno a ellos. Sin precedente alguno en toda la historia, se acogen al derecho de condenar y excomulgar a los nobles e incluso a los soberanos si no llevan una vida

digna o si no están de acuerdo con la separación del poder temporal y el espiritual. El mismo Pedro Damián se lo hace saber a Enrique IV:

> "Un rey debe ser reverenciado siempre que obedezca al Creador. Por otra parte, cuando un rey resiste las órdenes divinas, es justo que sus súbditos le desprecien; pues, si uno se convence de que debe gobernar como rey, no por Dios, sino por su propio interés, entonces no batalla en el campo de la Iglesia el día de lucha, y está muy preocupado por sus propios intereses para venir en la ayuda de la Iglesia cuando ésta se encuentre en peligro".

La reforma no es bien acogida entre todo el clero. Muchos la rechazan porque se siente bien protegidos bajo la sombra del poder feudal. Mientras, nobles y reyes se niegan a arrodillarse ante una institución que hasta ahora ha estado sometida a sus designios. El enfrentamiento entre los dos poderes es inevitable.

León IX (1049-1054) abre su pontificado con el objetivo de conseguir la libertad de elección del papa, desvincularla de la potestad imperial y permitir que sean los cardenales los encargados de elegir al sucesor de Pedro. Cuatro años más tarde, el papa Nicolás II lleva a la práctica la separación entre los dos poderes. Pone las bases para que. en el año 1073, un nuevo papa sea el artífice de la mayor reforma existente hasta entonces. Ese año, bajo el nombre de Gregorio VII (1073-1085) accede a la silla de san Pedro Hildebrando, un antiguo y culto monje cluniacense. Esta es la razón por la que la gran reforma eclesiática de la Edad Media se conoce bajo el nombre de reforma gregoriana. Aunque la reforma ha empezado años antes de su llegada al pontificado y no finalizará hasta muchos años después, Gregorio VII da el definitivo paso de la lucha contra las investiduras laicas, propiciando unos años de terribles conflictos entre la Santa Sede y el emperador.

En 1075, Gregorio VII establece el programa de la reforma con el *Dictatus Papae*. Bajo el nombre de *Quid valeant pontifices romani*, implanta veintisiete normas que conducirán a la supremacía del poder espiritual sobre el temporal. El *Dictatus Papae* establece, entre otras:

"Que la Iglesia romana ha sido fundada solamente por Dios".
"Que solamente el pontífice romano es llamado universal con pleno derecho".
"Que todos los príncipes deben besar los pies solamente del papa".
"Que su título es único en el mundo".
"Que es lícito deponer al emperador".

El 9 de marzo de 1065, el emperador Enrique IV llega a la mayoría de edad y ya puede reinar sin ninguna interferencia. De inmediato se da cuenta de que su situación no es la misma que la de sus antecesores. La regencia ha concedido la suficiente libertad a una serie de monjes empeñados en quitarle todo el poder. No puede consentirlo. No entiende por qué aquellos súbditos no le son leales. Al contrario, se encuentra con que es él quien debe someterse a sus vasallos. Su reacción para recuperar el pleno poder y la oposición del papa abren una pugna que durará desde ese mismo año hasta 1122.

El conflicto de las investiduras

La lucha para que los laicos no puedan investir ningún cargo eclesiástico, por pequeño que sea, centra la tensión política en Europa durante esta época.

El recién coronado emperador se niega a aceptar las prerrogativas del papa al considerarlo su vasallo, por lo que está privado de la potestad de darle órdenes. Y percibe como una temible amenaza el hecho de que ya no pueda elegir los cargos de la Iglesia. El territorio controlado se le puede ir de las manos.

A partir de ahora existe la posibilidad de tener un peligroso foco de revolución dentro del Imperio. Por esta razón, rechaza sin pensárselo las prerrogativas de Gregorio VII y expulsa de Alemania al arzobispo Adalberto de Brema.

Se inicia un largo periodo y profundas tensiones entre el emperador y el papa que desembocan en la excomunión del emperador en el año 1077. Gregorio VII no cede ante las presiones diplomáticas de los

nobles y rechaza cualquier acuerdo con el Imperio, a excepción de aquellos casos en que el emperador ceda en sus pretensiones. El *Dictatus* ordena la desobediencia de los súbditos a su emperador.

Gregorio VII justifica la excomunión del emperador de la siguiente manera:

> "Se me ha dado, por tu gracia, el poder de atar y desatar en los cielos y en la tierra. Por lo cual, fundado en esta comisión, y por el honor y defensa de tu Iglesia, en el nombre de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por tu poder y autoridad, privo al rey Enrique, hijo del emperador Enrique, que se ha rebelado contra tu Iglesia con audacia nunca oída, del gobierno de todo el reino de Alemania y de Italia, y libro a todos los cristianos del juramento de fidelidad que le han dado o pueden darle, y prohíbo a todos que le sirvan como rey. Pues es propio que el que trata de disminuir la gloria de tu Iglesia, pierda él mismo la gloria que parece tener".

Enrique IV, al ver que la resolución del problema está paralizada, decide presentarse ante el papa. Éste, hospedado en el castillo de Canossa, dispone que el emperador espere a las puertas de castillo, bajo una fuerte nevada, durante tres días. Finalmente se entrevistan y Gregorio VII levanta la excomunión.

Tras un breve periodo de paz, Enrique IV vuelve a la carga. Gregorio VII le excomulga de nuevo y aquí sí que el emperador dice basta e inicia una campaña bélica contra Italia. En 1083 entra sin dificultad en Roma y designa inmediatamente un antipapa, Clemente IV. Gregorio VII huye a Salerno y muere en el exilio en el año 1085. Estos acontecimientos abren un periodo que se va a caracterizar por la designación de muchos papas y antipapas. Los antipapas son, simplemente, los papas designados por el emperador.

El conflicto de las investiduras no desaparece con la derrota de Gregorio VII. Los siguientes pontífices no ceden ante el emperador pero tampoco le importunan demasiado. Con Pascual II en la silla de san Pedro, Enrique IV ofrece una posible solución al problema. El monarca accede a la independencia de la Iglesia en las investiduras a

cambio de que la Santa Sede renuncie a cualquier derecho y poder temporales. La solución es inviable. La Iglesia debe tener bienes y dinero para conseguir llevar a buen término las reformas gregorianas.

El acuerdo casi definitivo no llega hasta el año 1122, durante el Concordato de Worms: el emperador Enrique V reconoce la independencia del poder espiritual y renuncia a las investiduras laicas. Mientras, la Iglesia accede a que, una vez realizada la investidura, el emperador otorgue los bienes temporales a los nuevos cargos eclesiásticos.

Treinta años pasarán antes de que la herida entre el poder temporal y el espiritual vuelva a abrirse. En el año 1152, es designado emperador el feroz Federico I Barbarroja, quien somete a la Iglesia alemana bajo su autoridad enfrentándose a la Santa Sede. E incumple varios de los acuerdos firmados en Worms. Pero el problema llega a su punto culminante con la designación de Alejandro III (1159-1181) como nuevo pontífice. Los enfrentamientos se suceden con rapidez. Alejandro III excomulga finalmente a Federico Barbarroja.

El emperador reacciona hábilmente y expulsa con sus tropas a Alejandro de Roma. La historia se repite. El emperador designa a un nuevo antipapa, Víctor IV. No obstante, a diferencia de lo sucedido con Gregorio VII, el pontífice cuenta con la valiosa ayuda de la Liga Lombarda. En 1176, los dos ejércitos se enfrentan en una dura batalla en Legnano. Las tropas del emperador, mermadas por la malaria, son vencidas. Federico I se ve obligado a firmar la paz de Venecia, en la que acepta respetar la independencia de la Santa Sede. Aunque, en su interior, Barbarroja no se deja convencer. En la década de los ochenta, continúa enfrentándose a la Santa Sede durante los papados de Lucio III y Urbano III.

Tras la muerte de Federico I, sube al trono su hijo, Enrique VI, quien se casa con la heredera del Reino de Nápoles y Sicilia y, geográficamente, el pontificado queda rodeado –aprisionado– por el Imperio. De nuevo pende la amenaza de una invasión sobre la Santa Sede. Pero Dios vuelve a proteger la silla de san Pedro. El soberano muere inesperadamente en el año 1197 y con él finaliza definitivamente el conflicto de las investiduras. Un año más tarde, es designado como sucesor de Pedro Inocencio III, el papa más importante de la cristiandad medieval.

La batalla entre el bien y el mal

La Plena Edad Media se caracteriza por la lucha continua entre el bien y el mal, entre lo espiritual y lo maligno; y, posteriormente, entre el poder temporal y el espiritual.

El maligno, el diablo, representa todas aquellas maldades que Dios tiene que combatir para salvar a la humanidad. Dios no sólo debe vigilar por las almas, sino asimismo velar por las acciones de los hombres en la tierra. El Creador ejerce la justicia mediante grandes manifestaciones, como pueden ser diluvios y otras catástrofes naturales, y las epidemias.

Los siglos x y xi vienen determinados por la gran violencia que remueve los cimientos de la sociedad. Guerras, poder y sexo son las constantes de un pueblo sin cultura y sin un mínimo de moral. Es signo de normalidad que un señor feudal, un noble o un soldado luche en una encarnizada guerra, destruya y queme las ciudades que conquiste y viole y mate a todas las mujeres y niños que encuentre por delante. Pero también es usual que, de repente, este mismo soldado se arrepienta de sus pecados y se retire a la vida contemplativa o a un bosque, para él un desierto, a rezar, y se convierta en una persona venerable y ejemplo que seguir a todos los feligreses. Y ese hombre arrepentido es considerado casi un santo. Por primera vez, la gente puede observar y escuchar a un hombre que anuncia el Evangelio, tal como lo había hecho Jesús en su época, con humildad y santidad. Se inicia así un aumento de la creencia religiosa, pero, significativamente, con unos efectos contrarios al esperado. Muchos laicos, sabiendo del comportamiento no muy santo de la mayoría de los sacerdotes, deciden atacarles y así salvar sus almas.

Buena parte de la lucha de Dios contra el mal queda representada en la aparición de miles de reliquias. Las reliquias son partes de cuerpo de algún santo venerado. Y, junto con las reliquias, surge un nuevo tipo de feligrés, el peregrino. Éste deambula de ciudad en ciudad en busca de su más preciado deseo: venerar las reliquias de los santos.

Al final de la Plena Edad Media se produce el mayor conflicto entre el bien y el mal. Los reformadores de la Iglesia juzgan la intromisión

del poder temporal en las decisiones eclesiásticas como la muestra de las acciones del diablo sobre el bien. El conflicto de las investiduras, por lo tanto, va más allá de la lucha por la preeminencia de un poder sobre el otro. Si vence el poder temporal, la salvación de las almas corre un gran peligro. Roma debe dirigir el combate contra el mal y apartar de una vez por todas las garras del emperador de la casa de Dios.

El bien y el mal son la fuente de inspiración y de crecimiento de una sociedad que, más allá de su dualismo, pretende encontrar una verdadera espiritualidad dentro de un sistema de poder, el feudalismo.

El constante debatir entre lo digno y lo miserable, entre lo sagrado y lo maldito, provoca la aparición de distintos movimientos religiosos que se alejan, en algún punto, del mensaje oficial de la Santa Sede, aunque todavía permanecen dentro de una correcta espiritualidad. Pero, paralelamente, empiezan a surgir asimismo aquellos movimientos que sí provocarán una ruptura entre la Iglesia y la sociedad y que incluso llegarán a crear una nueva Iglesia.

Afloran las herejías.

Los movimientos religiosos

El persistente enfrentamiento entre lo perverso y lo espiritual crea una serie de movimientos que azotarán las tesis doctrinales del momento, pero que no irán más allá. Por ahora no son un gran problema para la institución eclesiástica porque no se difunden, quedan en el más estricto círculo religioso.

La llegada del año mil produce la aparición de los milenaristas, que pretenden convertirse en los únicos que pueden tener conexión directa con Dios. Rechazan algunos de los sacramentos, como el matrimonio. A pesar de tratarse de un movimiento claramente herético, su influencia en la sociedad es más bien pobre.

Los debates teológicos llegan al periodo carolingio con una fuerza tremenda. En anteriores centurias las dialécticas espirituales habían marcado el camino de apertura de los movimientos que más tarde influirán en la sociedad feudal. Durante esta época, los debates son meramente teológicos, aunque algunos de ellos llegan a preocupar al

Imperio, puesto que cuestionan postulados básicos de la misma cristiandad.

A finales de los siglos VIII y IX aparecen dos posturas contrarias al mensaje oficial de la Santa Sede. No son realmente herejías, pero el estado carolingio las combate como si de sectas se tratara: el adopcionismo y la teoría de la doble predestinación.

Elipando de Toledo y Félix de Urgel, bien distintos y bien distantes entre sí, son los protagonistas de la propagación del adopcionismo. La tesis que desarrollan es que Jesús es hijo natural de Dios en cuanto a su condición divina, pero es hijo adoptivo de éste en cuanto a su propia naturaleza humana. La teoría desmorona la idea de la divinidad de Jesús como hijo de Dios. La Iglesia se defiende del adopcionismo a través del Beato de Liébana, quien, en su obra *Apologeticum*, rechaza con contundencia los argumentos de Félix y Elipando.

La doble predestinación es la otra piedra que golpea a la Iglesia durante el periodo carolingio. Algunos autores consideran que Dios predestina a unos pocos elegidos para la vida eterna y a otros para acabar en las profundidades del infierno. Según esta teoría, el sufrimiento de Cristo para la salvación de las almas no es para todos, sino sólo para algunos elegidos.

Una vez sobrepasado el temible año mil, las controversias teológicas continúan incesantes. Quizá quien provoca mayor rechazo por parte de la jerarquía eclesial es Averroes de Córdoba. De origen musulmán, Averroes intenta introducir las teorías aristotélicas en el mundo cristiano. El alto clero le acusa a él y a sus seguidores de defender una doble verdad: una para la razón y otra para la fe. Le culpan de defender la razón por encima de la fe, lo que conlleva la negación de la inmortalidad del alma individual. Otra causa para considerarlo herético es la idea del mundo eterno. Según el averroísmo, el Génesis es imposible.

La desaparición del Imperio Carolingio, el nacimiento de un nuevo orden bajo el dominio de los otones y las propuestas de los reformadores eclesiásticos provocan una serie de inquietudes en el seno de una sociedad que hasta ese momento no se había involucrado en los problemas reales de su entorno.

Los debates puramente teológicos tienden a desaparecer, mientras que los ricos,los mercaderes, los burgueses y, en general, toda la población viven un resurgimiento de la vida evangélica, del modo en que vivían Jesús y sus apóstoles. Son movimientos religiosos que no provienen de los monasterios ni de las parroquias, sino que, por primera vez, nacen de la gente, de los pueblos y, sobre todo, de las ciudades.

Es un momento en el que la reforma gregoriana intenta reforzar la estructura organizativa eclesial y su base jurídica, pero también durante el cual la Iglesia se aleja de su base espiritual. Se abre, pues, una profunda brecha entre el movimiento espiritual y la institución eclesial. La Iglesia no puede aceptar que la predicación de la palabra de Dios la dirijan unos incultos laicos. Deben ser ellos, cultos y preparados, quienes esgriman el mensaje de Cristo. Gautier Map, un clérigo inglés, opina así sobre los laicos y la espiritualidad:

> "¿No sería como echar margaritas a los puercos dar la Palabra a unos simples que estamos seguros de que son incapaces de recibirla y aún más de transmitir lo que han recibido?"

La separación entre Iglesia y movimientos populares se percibe claramente en el rápido rechazo que provocan estos últimos. Cualquier desviación es vista como una herejía, como una disidencia en el seno de la Iglesia. Y como tal se debe combatir y destruir. En realidad, algunos de estos movimientos populares están encuadrados dentro de una perfecta espiritualidad.

Es el caso de los llamados valdenses. Valdo, rico comerciante de Lyon, abandona toda su riqueza y decide vivir en la pobreza para alcanzar la perfección espiritual. Su ideal es acercarse a los predicamentos de los apóstoles y difundir el mensaje de Cristo. Para ello, hace traducir los Evangelios a lengua vulgar y, una vez aprendida la Palabra, inicia su predicación por las plazas y las calles. En muy poco tiempo se le unen decenas de seguidores. Valdo, contrario incluso a herejías como el catarismo, cree que la Iglesia debe antes aprobar su manera de vivir. A tal efecto, se dirige a Roma con un pequeño grupo de seguidores para ser recibido por el papa Alejandro III. El pontífice es el

único que cree en la firmeza y la humildad de sus palabras y le concede el derecho a predicar siempre y cuando obtenga previamente el permiso del arzobispo donde Valdo y sus fieles se establezcan. Pronto surgen los primeros problemas. El arzobispo de Lyon les niega el permiso de predicar. Hacen caso omiso, pues están convencidos de que han de obedecer el mensaje del Señor antes que la palabra de los hombres que intentan apartarles de su misión. Finalmente son excomulgados por el papa Lucio III en el año 1184. El nuevo papa aprovecha la excomunión para proceder contra otros movimientos populares. A pesar de ello, el movimiento valdense sigue vigente en zonas de Francia e Italia.

En el norte de Italia se sitúa el segundo movimiento popular juzgado herético por la Iglesia. Milán, la ciudad más importante de Italia, es considerada cueva de herejes. Allí toma forma toda la actividad espiritual de la Lombardia. En el año 1175 aparece un grupo denominado *humiliati*, los humillados, también conocidos como la Pataria. Son laicos que viven con sus familias y llevan una vida espiritual de pobreza basada en el trabajo manual. Viven en comunidad, evitan decir mentiras, visten de forma muy sencilla y piden lo mismo que los valdenses, el derecho a predicar. La demanda de la divulgación de la Palabra en plazas públicas es lo que conduce a Lucio III a condenarlos como herejes junto a los seguidores de Valdo.

Joaquín de Fiore, clérigo del sur de Italia, funda una nueva orden, los florentinos, que deriva de los movimientos populares. En sus dos obras, *Expositio in Apocalypsim* y *Concordia Novi et Veris Testamenti*, expone la teoría de que la historia del mundo está dividida en tres edades.

La primera edad se inicia con el Antiguo Testamento; la segunda, la edad del Hijo, llega a su punto culminante con Cristo; la tercera y última edad será, según Fiore, la edad del Espíritu Santo y se caracterizará por la vida en la pobreza, la caridad y la paz bajo el dominio de una Iglesia totalmente espiritual, alejada del poder terrenal.

El joaquinismo es finalmente condenado por el papa Alejandro IV (1255), ya que, según el alto clero, las ideas de Joaquín pretenden eliminar toda la base teológica establecida para pasar a un nuevo Evangelio basado en sus escritos. Lo curioso del joaquinismo es que, pese

a su condena como herejía, años más tarde será incorporado por algunos sectores franciscanos.

Los debates teológicos y los movimientos populares posteriores no son realmente herejías, pero provocan un gran temor en la Santa Sede. La reforma gregoriana consigue sanear y renovar la Iglesia como institución. Con la reforma, el pontificado se alza como único dirigente de la Iglesia y le es preciso poseer las herramientas jurisdiccionales necesarias para establecer el control. Además, el papado establece las verdades de la fe, la simbología y el mensaje oficial de la institución. Y los diversos desviacionismos son percibidos como peligrosos para ese control que tanto ha costado establecer. Por esta razón, y no por otra, son considerados herejías. Aunque en realidad lo único que pretenden tanto los valdenses como los *humiliati* es reformar la Iglesia desde la visión popular. En definitiva, predicar la fe desde su laicismo, pero con un gran sentido espiritual.

Pero, a partir de finales del siglo XII, brota una verdadera herejía que agrieta los más profundos cimientos del edificio eclesial. Los cátaros nacen como movimiento popular para acabar convirtiéndose en una auténtica Iglesia paralela y contrapuesta a la Santa Sede.

Las herejías

Los primeros padres de la Iglesia se ocuparon de crear un orden jurídico y una estructura lo suficientemente sólida para unificar y domesticar todas las posibles desviaciones que surgieron durante los primeros años de cristianismo. Para ello, instauraron unas normas basadas en textos, escogidos por ellos mismos, que sustentan las enseñanzas y la fe. De aquí surge la ortodoxia, siendo ésta la doctrina mayoritaria, la más hegemónica.

La imposición de un ideario mayoritario hace que todas aquellas posiciones que se alejan, aunque sea de manera muy sutil, de la ortodoxia sean perseguidas y juzgadas como un peligro no sólo para la Iglesia, sino también para la sociedad misma. La heterodoxia, o el conjunto de movimientos al margen de las enseñanzas oficiales, es considerada como un ataque frontal al mensaje de Cristo.

Los que se alejan de los preceptos oficiales escogen (*hairein*) y opinan (*hairesis*) sobre otra vía para profundizar en la fe. De escoger y opinar, del *hairein* y de la *hairesis*, proviene la palabra herejía.

La herejía es, por definición, todo aquello que se aparta del pensamiento hegemónico y que suele estar en minoría. La sociedad medieval se debate constantemente entre el bien y el mal. Este dualismo provoca visiones distintas de los conceptos clásicos de fe. Pero en una sociedad como la carolingia, donde Imperio e Iglesia conviven y en la que el emperador es la cabeza visible de la Iglesia, el hereje es un traidor y merece la muerte como castigo. Posteriormente, una vez ya iniciada la reforma eclesiástica, ser hereje significa apartarse directamente del poder espiritual y cuestionar el poder temporal de la Santa Sede.

Muchas son las herejías que brotan desde el inicio del medievo. La mayoría son simples discusiones teológicas o movimientos populares que lo único que pretenden es adaptar el mensaje de la Iglesia a una nueva realidad. Tanto los joaquinistas como los valdenses y los *humiliati* de Milán aspiran a que la gente de los pueblos y de las ciudades pueda acceder con mayor facilidad a la palabra de Cristo y, de esta manera, que no sólo sea el clero el que tenga la potestad de predicar. Tal inquietud religiosa es un signo de cambio, nada tiene que ver con un cuestionamiento profundo de la fe y de las estructuras eclesiásticas.

Ya avanzada la Edad Media, hacia el siglo XII, aparece sin embargo una auténtica herejía. Un movimiento dualista que, en principio, no constituye un riesgo para la Iglesia, pero que, al cuestionar la divinidad de Jesús, pone en peligro todo el edificio cristiano. De hecho, el catarismo llega a crear una Iglesia paralela a la romana, con su estructura organizativa y con su propia fe.

El catarismo se sustenta en dos creencias más antiguas que, sin embargo, comparten el mismo concepto dualista de la fe. Estas dos visiones dualistas del mundo provienen de Europa oriental. Son el maniqueísmo y el bogomilismo búlgaro.

El maniqueísmo procede de Manes (216-270), predicador persa que no atacó al cristianismo con sus teorías, sino que estableció una religión totalmente nueva. El maniqueísmo se basa en la constante lucha entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad. La batalla dual

entre estos dos conceptos finalizará con la victoria del bien, gracias a la intercesión de Dios. Pero la clave para considerar el maniqueísmo como una herejía es la creencia de que el cuerpo humano es la cárcel del espíritu, aunque a través del cuerpo el espíritu se purifica. Estas tesis contradicen el papel de Jesús en la salvación de las almas.

El bogomilismo es una doctrina surgida en Bulgaria en el siglo x, predicada por el monje macedonio Bogomil y basada en un dualismo extremo, que defiende la redención del alma a través de la lucha entre el bien y el mal. Los bogomilos habían llegado a Bizancio, donde fueron combatidos y vencidos; pero, gracias a las cruzadas y al comercio de las ciudades repúblicas italianas con Bizancio, sobrevivieron y expandieron por Francia e Italia.

A pesar de algunas diferencias, lógicas por el distinto origen geográfico, el catarismo adopta la doctrina dualista y la manera de vivir de los herejes dualistas. Los cátaros viven de manera sencilla, pobre, rechazan comer carne y declinan cualquier manifestación sexual que pueda impedir la purificación del alma. En realidad, buscan el máximo desarrollo de la vida espiritual. Así se inicia la mayor de las desviaciones sobre la ortodoxia. Se puede considerar a los cátaros como la más verdadera y peligrosa de las herejías cristianas medievales.

El país cátaro

Occitania siempre ha sido una importante referencia tanto en la época romana como la carolingia. Los romanos dividen la Galia en dos zonas que, poco a poco, se irán definiendo como los países de habla oíl, la primitiva lengua francesa, y los territorios de habla oc al sur. Tras la desaparición del Imperio Romano nace el reino visigodo de Tolosa, lo que provoca, entre otras cosas, la aparición de pequeños poderes nobles que se consolidan durante la Edad Media. La nueva clase feudal va adquiriendo más autoridad y, por tanto, una mayor independecia del poder real. El gran problema de Occitania durante el medievo es su alejamiento del poder imperial, lo que facilita los enfrentamientos entre las diferentes dinastías que gobiernan los distintos territorios y da pie a una situación en la que los grandes nobles, como los condes de Tolosa, se comporten casi como reyes, aunque no tengan la facultad para establecer un reino.

No es posible definir Occitania como una simple zona geográfica. Es algo más. Es un territorio castigado por la historia, por la herejía, sobre todo en el Languedoc. Asimismo, no se puede identificar el Languedoc con la totalidad del sur de Francia, sino con algunas de sus zonas. Un territorio que queda en el olvido tras la absorción por parte del rey de Francia tras la cruzada anticátara.

El país de Oc está dominado por un buen número de nobles, lo que le hace ser una región especial, distinta a todas las de su alrededor. Esta zona es el resultado de la fragmentación de la antigua Septimania visigoda. Su reparto entre los distintos poderes la convierte en una zona proclive a la disidencia, tendente a la defensa de muchos intereses en pocos kilómetros cuadrados. Cada uno de sus nobles defiende causas distintas que les llevan a oponerse entre ellos la mayoría de las veces. Pero, a finales del siglo xii surge un motivo por el cual se unirán en la defensa común de una misma causa: la lucha contra los Capetos, dinastía dominante del norte francés que intenta dominar el Languedoc.

La zona está dividida en varios dominios. El territorio más importante es el perteneciente al conde de Tolosa, que ocupa el mayor territorio en el centro de Occitania. Las posesiones del conde se extienden desde Tolosa hasta el marquesado de la Provenza y, también, amplían su extensión el ducado de Narbona y el condado de Foix. La familia Trencavel, vizcondes de Béziers, Agde y Nimes y condes de Carcasona y Razés, domina el resto de la zona.

Pero entre ellos se alza un dominio mayor que les convierte, en muchos casos, en simples vasallos. Es la Corona de Aragón. Ésta controla toda la zona pirenaica y la Provenza, además de Montpellier. La unión entre María de Montpellier y el rey Pedro II de Aragón, en el año 1204, ha convertido al rey aragonés en señor de Montpellier.

Los condes de Tolosa, pertenecientes a la dinastía de los Saint-Gilles, son durante muchos años enemigos de los Trencavel. La causa es que el afán expansionista de los Saint-Gilles por constituir un reino topa con el territorio de los Trencavel, que parte en dos los dominios de los condes tolosanos. Los Trencavel dominan todos los territorios alrededor de Carcasona, pero el problema principal, el verdadero conflicto con los Saint-Gilles, es que son vasallos de la Corona de Aragón. Si el conde de Tolosa decide atacar a los Trencavel, sabe que tendrá que enfrentarse a la poderosa corona aragonesa. De hecho, la decisión de Raimundo VI, conde de Tolosa, de unirse a los cruzados para luchar contra el catarismo puede ser tomada como un ataque frontal en una guerra abierta entre ambas familias, ya que si el conde Raimundo se une a los cruzados, no serán sus territorios los devastados, sino los de Trencavel.

El enfrentamiento entre ambas dinastías no es el único conflicto que se produce en Occitania y, en concreto, en el Languedoc. También interfiere la ambición de dos grandes y poderosos reinos por conquistar estas tierras. El Languedoc se encuentra entre los capetos y la Corona de Aragón. Contrarios a ser absorbidos por alguna de estas dos dinastías, los Trencavel y el conde de Tolosa ansían, cada uno por su parte, una libertad política que les permita convertirse en un reino. Pero sus diferencias hacen que sea imposible. Aunque, en el siglo XIII, aparece un hecho que será la causa de que los nobles se unan y luchen contra la pérdida total de sus dominios: el catarismo.

La sociedad occitana

Occitania no es un territorio excesivamente poblado comparado con el norte de Francia e Italia. A finales del siglo XII la esperanza de vida aumenta gracias a la elevada natalidad que domina este periodo. No es una zona conflictiva en cuanto a guerras y, por tanto, no se producen grandes bajas entre la población masculina. Las grandes guerras les quedan muy lejos; de todas formas, entre los distintos señores surgen pequeños conflictos. Estas batallas se resuelven con la participación de mercenarios aragoneses o vascos, por lo que la población del sur de Francia no se ve casi afectada.

La relación señor-vasallo, típica de la época medieval, presenta unas características propias en esta zona. Los vasallos son menos vasallos. No es que el pacto que une los servicios de unos con la dependencia a los otros sea menor que en otros países, pero los señores de las pequeñas ciudades forman territorios casi independientes del soberano o del señor al cual deben vasallaje. Este hecho será fundamental con la llegada del catarismo. Los nobles occitanos, lejos de seguir queriendo depender del todopoderoso emperador o de la Santa Sede, aceptan la herejía como un camino hacia la independencia política. La nobleza occitana no es guerrera, no basa su existencia en las guerras. Los nobles viven de sus tierras y en algunas zonas, como no poseen demasiadas riquezas, comparten la titularidad con otros nobles. Casi todos los castillos del Languedoc pertenecen a varios nobles, no tan sólo a una familia. El problema que se encuentra esta nobleza es que es pobre y no puede subsistir durante muchos años únicamente con el beneficio de sus tierras.

En el eslabón más bajo de la sociedad ocurre algo similar. Los siervos, ligados a las tierras del señor de por vida, tienen allí mayores posibilidades de comprar su libertad que en otras zonas. La libertad conquistada no les garantiza para nada la adquisición de un trabajo con el que ganarse el pan, ya que, al menos, como siervos, tienen el alimento casi asegurado. Muchos de estos vasallos liberados emigran a las grandes ciudades como Tolosa y allí se convierten en artesanos.

A finales del siglo XII y durante los primeros años del siglo XIII, la población vive del medio rural. Se crían vacas, corderos y caballos con el fin de producir lana, pieles para vestir y, sobre todo, carne. Pero se da la circunstancia de que las antiguas ciudades importantes romanas como Tolosa y Carcasona mantienen una fuerte influencia en el medio social. Poco a poco, la gente que vive en el campo se va desplazando a estas dos ciudades y a algunas de nueva formación. Los campesinos y la población de las pequeñas áreas urbanas se autoabastecen mediante el cultivo de sus propios alimentos.

Si hasta este momento la economía es básicamente de subsistencia, a partir de ahora se convierte en una economía mercantil. Esta nueva concepción viene dada por el flujo de mercancías del campo a la ciudad. Se abren nuevos mercados donde vender la fruta, la lana y la carne. Su apertura depende de los privilegios que el monarca quiera conceder a una zona determinada, mientras que las ferias son promocionadas por los comerciantes, siendo los ingresos obtenidos para ellos o para el noble o la autoridad municipal que corresponda.

En las ciudades aparece un nuevo orden, una nueva clase social que sostendrá el peso económico y el avance comercial. Los burgueses, ávidos de riquezas para equipararse a los nobles, reconducen el mercado y crean una estructura comercial estable. Efectivamente, se enriquecen, pero a su vez provocan que todos los estamentos sociales se muevan para producir y vivir en unas condiciones mucho mejores que las conocidas hasta ahora. Para ello necesitan de una nueva mano de obra que nace a la luz del comercio, los jornaleros y los obreros industriales. Son la clase más empobrecida de las ciudades, pero, a su vez, los brazos y el motor de la industria.

La aparición de la burguesía como clase mercantil y capitalista se debe al avance técnico y productivo que se da en el campo. Los campesinos desarrollan una economía de mercado al desplazarse y vender sus productos en los mercados que poco a poco se van estableciendo en muchas ciudades. Pero no sólo eso, sino que también utilizan el dinero ganado para mejorar los mecanismos de producción. La nueva clase social no basa su riqueza en las tierras, sino en el dinero. A medida que se van estableciendo las bases para una sociedad capitalista,

el campo y las tierras dejan de ser los ejes centrales de la economía, lo que provoca una irrefrenable brecha en el mundo feudal.

El aumento de la población en las zonas urbanas se debe a la fuerte emigración que se produce del campo. Un gran número de campesinos se desplaza a las grandes ciudades. Y las poblaciones urbanas se ven obligadas a controlar de alguna manera este trasvase de población. La incipiente burguesía mercantil establece una serie de controles para que no todo el mundo pueda acceder a los lugares más representativos dentro de la estructura social urbana. Se reserva el poder político a los mercaderes más ricos, lo que reduce claramente el número de familias que pueden acceder a cargos como el de cónsul o de concejal.

En palabras de un coetáneo:

> *"Meliores, quorum auctoritate pretaxata villa tunc pollebat et in quipus summa iuris et rerum consistebat"*.
> (Los mejores, sobre la autoridad de los cuales descansaba la prosperidad de la ciudad y que condensaban en sus manos lo esencial del poder y la fortuna.)

La burguesía va adquiriendo poder político y económico a través del apoyo de los consulados de mar y su proyección comercial hacia otros países. Como consecuencia de ello, el desarrollo y la expansión comerciales necesitan de un elemento casi desconocido en la época: la banca. La burguesía basa todo su enriquecimiento en las nuevas técnicas bancarias. Pero este afianzamiento de la banca comercial choca frontalmente con los preceptos de la Iglesia católica, que califica de usura el préstamo con crédito y lo prohíbe, declarando excomulgados a los fieles que lo ejerzan. Ésta es una de las razones por las que la burguesía occitana no puede acercarse a una Iglesia que rechaza las mejoras para obtener un futuro mejor.

En Occitania aparecen centros mercantiles muy importantes como Cahors y lugares donde se constituyen sociedades de accionistas entre la burguesía; la sociedad de accionistas de los molinos de Tolosa es un buen ejemplo de que el sistema feudal tradicional ha finalizado.

Las ciudades en el siglo XII-XIII son el centro de la economía y, por tanto, de la libertad, sobre todo en el Languedoc. La vida social se centra en el interior de las ciudades, los nobles y los clérigos buscan ese lugar donde la burguesía comercial está avanzando con impararable poder. Cada vez más, los campesinos empobrecidos dejan sus obligaciones feudales para buscar oportunidades en la ciudad, otra circunstancia que choca frontalmente con los intereses de la Iglesia católica. Las ciudades permiten la entrada de cualquier persona, de cualquier idea, y protegen a aquellos que viven en ellas. En Tolosa, los cónsules deciden eliminar los pogromos contra los judíos. Una vez al año, los cristianos de Tolosa podían apalear a los judíos en la plaza pública, acción permitida por la Santa Sede, y esto es lo que prohíben las nuevas leyes impuestas por los cónsules. Para Roma, las ciudades del Languedoc son el reflejo de la decadencia espiritual que vive la zona. Tolosa y Carcasona son las dos ciudades más importantes de Occitania. Ambas, representan el auge comercial y el progreso social, pero también encarnarán la cara más trágica y cruel de la cruzada contra los cátaros.

Tolosa

Es la capital del condado que surge a raíz de la formación de territorios que administraba la Marca Hispánica durante el periodo carolingio. Los territorios emancipados no siempre se convierten en pequeños estados que dependen del emperador o posteriormente de un rey. Los Trencavel son la dinastía gobernante del condado tolosano hasta que éste es absorbido por el rey de Francia en el año 1271. Tanto el condado como la ciudad son los máximos exponentes de la defensa del catarismo, lo que provocó la destrucción de poblaciones como Lavaur y varios asedios a la ciudad. Tolosa siempre se comporta con diligencia con los herejes, posiblemente porque el gobierno de la ciudad está en manos de los cónsules, representantes de la burguesía comercial. Comercio y catarismo son conceptos que van unidos. La nueva herejía rechaza la totalidad de los preceptos del feudalismo, mientras que se decanta por una sociedad libre y abierta al comercio.

Por esta razón, Tolosa se convierte en centro y defensa de la herejía, llegando a producirse proclamaciones como la realizada por los cónsules, en 1205, en las que se declara que en la ciudad nadie puede ser acusado de hereje, con la intención de impedir acciones contra los vecinos y los comerciantes seguidores de los cátaros.

Carcasona

Ciudad importante en la Narbonense romana, en el año 725 es conquistada por los sarracenos y recibe el nombre de Karkashuna. Medio siglo después el Imperio Carolingio la recupera para sí hasta su desmembración. En el año 1082 se inicia el gobierno de la dinastía de los Trencavel, lo que le confiere un gran impulso comercial. El vizconde de Carcasona, Raymon Roger, acoge el catarismo y lo protege durante varios años, hasta que, en 1209, los cruzados cercan y derrotan a la ciudad. El vizcondado pasa entonces a manos de Simón de Montfort, noble que conduce al ejército cruzado a ganar varias contiendas.

La ciudad de Carcasona aparece como inexpugnable e impresiona su vista desde la orilla del río Aude. Construida sobre una loma, está presidida por cincuenta y dos torres vigía y una increíble doble muralla. En el año 1240, Monfort ordena construir un poblado junto a las empalizadas debido a la expulsión de los habitantes que apoyan la insurrección del joven Raimundo de Trencavel.

La lengua de oc: trovadores y juglares

Todo ello choca con una tremenda realidad. El Languedoc no es un país, ni tan sólo una región, es una zona dentro de Occitania donde su nombre viene determinado por el idioma en que se habla, la lengua de oc, utilizada entre las costas atlánticas y mediterráneas del sur francés. A la lengua occitana pertenecen otras lenguas como el provenzal y el gascón, aunque la lengua de oc no es exclusiva de la Gascuña ni de la Provenza.

La occitana se convierte en la lengua de los nobles e incluso de los cátaros, pero, sin duda, su verdadera importancia la adquiere a través

de la música, de las filigranas poéticas, y de la expresión oral del amor cortés que surgen de las voces e instrumentos de los elegantes trovadores.

Durante el siglo XII aparecen unos poetas que, con su particular forma de narrar historias, convierten un ejercicio de entretenimiento y galantería en una forma literaria que aún perdura en la actualidad. En los campos verdes del Languedoc, los trovadores cantan las historias de sus amadas, descubren el amor, lo erotizan y lo convierten en un juego. El nombre de trovador proviene del latín *tropare*, que significa adaptar un texto existente a una nueva melodía musical.

La poesía creada por los trovadores aparece en una época llena de conflictos. Los problemas entre los nobles, los llamamientos del santo pontífice a las continuas cruzadas hacen que el periodo comprendido entre el siglo XII y finales del XIII esté jalonado por grandes enfrentamientos polítios y sociales. Los trovadores ejercen una decisiva labor de transmisión de información y, alguna vez, de propaganda política. La decadencia trovadoresca se inicia justo con la cruzada contra los cátaros. Los nobles del Languedoc, protectores de los trovadores, son prácticamente eliminados durante la cruzada y, por tanto, éstos pierden a sus patrocinadores. En muchos aspectos, el desarrollo y el final de los trovadores está relacionado con la vida y aniquilación de los cátaros.

Los trovadores no crean un nuevo tipo literario, sino que imitan los textos latinos de la Antigüedad, los adaptan y narran en su propia lengua y con la voluntad de embellecerlos y mejorarlos. Estos narradores de historias de amor provienen de las clases nobles o, en algunos casos, del clero. Los nobles y el clero son los únicos estamentos con la posibilidad de acceder al aprendizaje de la tradición literaria clásica. Los poemas están maravillosamente estructurados, la métrica es perfecta. Los poetas del siglo XII poseen todos los conocimientos sobre retórica y musicalidad de su época.

El trovador compone los poemas, pero necesita de alguien que los transmita, que los explique, en definitiva, que los cante. El compañero inseparable del poeta es el juglar, figura poco o mal conocida, ya que siempre se le ha visto como un simple bufón que lo único que sabe hacer es divertir al noble. El juglar va mucho más allá. No sólo

canta, a la perfección, los poemas, sino que también ejerce de mensajero entre zonas distintas. En las puestas en escena delante de los nobles y de todos aquellos que quieran escucharlos, se presentan solos con uno o varios instrumentos y recitan los poemas. Los instrumentos más utilizados son la viola de brazo y la viola de gamba, de mayor tamaño.

La lengua utilizada por los poetas es la lengua oc, conocida también como lemosín. La lengua oc es la lengua del sur del territorio francés. Hablada de costa a costa, del Atlántico al Mediterráneo, tiene el mismo origen que cualquier otra lengua del entorno geográfico, el latín. Aunque entre las distintas zonas existen diferencias en su forma de hablar, en su pronunciación, se trata de una única lengua. Es más parecida al catalán que a su forma escrita de la Gascuña. Esta similitud entre el occitano y el catalán provoca que muchos poetas catalanes escriban sus obras en la lengua oc, que, de hecho, une unos territorios de los cuales muchos pertenecen a la Corona de Aragón. La lengua occitana es de una gran riqueza y da pie a una prolífica literatura medieval desde el siglo XII al XIV. El primer escrito en lengua oc es *Cançon de sancta Fides dagen*, un relato hagiográfico compuesto por 593 versos. Pero es a partir del siglo XII cuando se convierte en la lengua literaria más influyente de Europa.

La lengua oc se divide en cinco zonas lingüísticas diferenciadas, aunque en realidad se hable el mismo idioma:

– El languedociano, utilizado en la zona compuesta por Albi, Carcasona y Perpiñán.

– El provenzal, que se habla en la zona comprendida por Niza, Nimes y Aviñón; junto con el provenzal alpino, que se da cerca de los Alpes.

– El auvernés, hablado entre Clermont-Ferrand y Rodez.

– El lemosín, perteneciente al territorio de Limoges.

– El gascón, que se expande desde Burdeos hasta los Pirineos.

Todas estas lenguas conforman el occitano, idioma nada parecido al francés actual, y con muchos rasgos comunes con el catalán. El

occitano aparece como evolución del latín vulgar, como las demás lenguas romances, la diferencia es que el occitano casi no evoluciona,y apenas sufre cambios y mezcla con otras lenguas. Se sitúa en una zona en la que la romanización dura muchos años y donde la tradición agrícola es muy pobre, razón por la cual no se produce ninguna colonización. Durante los siglos XI, XII y XIII adquiere su máximo esplendor, convirtiéndose no sólo en la lengua de uso normal, sino también en el idioma jurídico.

Más allá de su utilización de una lengua u otra o si son más conocedores o no de la retórica, lo que nos ha quedado de aquellos magníficos poetas son sus poemas, sus canciones, dedicadas al amor, a la dama y al noble enamorado. Al amor cortés.

El amor cortés

El *fin'amor* o amor cortés es algo más que un poema dedicado al amor. Los trovadores nos cuentan historias de amor sobre una dama y un caballero, pero con una insólita peculiaridad: la dama suele estar casada con otro. Los poemas se centran en tres personajes: la dama u objeto del amor, el incansable amante y el celoso marido. El poema narra el proceso de enamoramiento de la pareja infiel. Desde los inicios del juego amoroso, el flirteo, los dos amantes se van conociendo hasta llegar al momento en que el amor se apropia de su voluntad y no pueden vivir el uno sin el otro. Este momento, en la retórica trovadoresca, se conoce como *joie*.

El amor cortés es un juego amoroso entre las clases nobles, por tanto es refinado y culto. Narra el coqueteo entre dos nobles hasta convertirse en amantes platónicos a espaldas del marido de uno de ellos. Esta literatura trovadoresca es, pues, asimismo importante porque por primera vez concede importancia a un personaje olvidado en la vida medieval, la mujer, característica compartida con los cátaros.

El catarismo y el amor cortés coinciden en la misma época y en el mismo territorio. Esta coincidencia se da porque trovadores y cátaros se encuentran conviviendo en los mismos castillos. Es posible que muchos nobles, y sobre todo las damas, escuchasen por la tarde las

pláticas cátaras y por la noche se sentaran junto al fuego a disfrutar de las deliciosas melodías trovadorescas. Ambos, cátaros y trovadores, celebran reuniones en las cortes de la aristocracia occitana. Los trovadores no se implican en absoluto en la lucha cátara, pero persiguen unos objetivos parecidos. Los cátaros buscan la liberación del alma mediante la pureza y la realización de buenas acciones como Buenos Hombres, y los trovadores ambicionan ser mejores personas a través de la búsqueda del amor. Entre unos y otros surgen nuevas coincidencias. Curiosamente, y desde puntos muy alejados, rechazan el sacramento del matrimonio. Unos, los cátaros, porque significa la sacralización de un acto carnal; los otros, los poetas, porque para ellos el matrimonio no es más que un acto social, absolutamente alejado del amor verdadero. Todo ello les convierte en herejes delante de la Iglesia romana. Se persigue a los cátaros por sus ideales, mientras que se acosa a los trovadores por medio de la Inquisición por defender, según el Santo Tribunal, el adulterio.

La Iglesia católica

En los primeros años de la Edad Media, la Iglesia católica intenta copar el máximo poder temporal posible, pero asegurándose de que el emperador y los distintos monarcas continúen siendo sus protectores. La alta política es la única ocupación de unos prelados que cada vez se enriquecen más y viven en un mundo lejos de la que debería ser su máxima preocupación, la predicación del mensaje de Cristo. La Iglesia católica está muy lejos del pueblo, pero también de sus sacerdotes. Los clérigos suelen ser muy pobres y sin ningún tipo de cultura, sobreviven de las rentas que les conceden los nobles. La protección que busca Roma en los monarcas tiene la grave consecuencia de que los nobles son quienes eligen a los sacerdotes de sus parroquias. Entonces, los clérigos tan sólo tienen dos señores: la comida y el noble. De esta manera su moralidad va decreciendo y se convierten en unos funcionarios más de la administración. Su subsistencia depende directamente del señor feudal. Por su parte, los obispos son más parecidos a los nobles que a unos siervos de Dios. Sentados en sus ricas sillas, ven crecer su

influencia y sus arcas. Más preocupados por contar el dinero que por sus parroquias, no organizan ni estructuran con eficacia el territorio occitano.

La degradación moral del clero se produce en toda Europa, aunque se da con más virulencia en aquellas zonas donde el poder del emperador es muy leve, y el Languedoc es un perfecto ejemplo. En poco tiempo, el sometimiento del clero a los nobles y su escasa catadura moral provocan la aparición de las herejías. Los herejes existen desde hace siglos, siempre han aparecido grupos que han atacado ciertos puntos dogmáticos de la Iglesia, pero en el Languedoc aparece una herejía que debilita directamente la base de la Santa Sede y que cuestiona su poder y su moral para ser la guía espiritual del cristianismo.

Treinta años antes de iniciarse la cruzada contra el catarismo, esta herejía ya convoca a una gran cantidad de seguidores. La nueva fe arrastra a la gente corriente, al pueblo, a aquellos que ven cómo la Iglesia se ha alejado del mundo real y los ha relegado. Además, la fe cátara se basa en la expansión del mensaje de Dios a través del retorno al evangelismo a través de la predicación y mediante el ejemplo de humildad y pobreza. Los sacerdotes de las pequeñas diócesis se encuentran ante un gran dilema entre seguir explicando aquello que les dictan los obispos y denunciar a los herejes o adaptarse a la nueva fe y acogerla sin prejuicios. Para ellos es muy difícil distinguir si lo que explican desde los obispados es cierto o si los nuevos hermanos, los cátaros, explican el Evangelio de una manera alejada de la doctrina de la Santa Sede.

Inocencio III, el papa de la persecución a los cátaros, escribe en referencia a los prelados del Languedoc: "Los prelados son en esta región del Languedoc el hazmerreír de los laicos".

Años antes de la cruzada, se intenta desde Roma solucionar el grave problema de la herejía del Languedoc. Un observador de excepción, Bernardo de Claraval, san Bernardo, visita la zona y entiende perfectamente por qué estos territorios se han contagiado de tal enfermedad. De esta forma describe la situación que observa:

> "Las iglesias están sin fieles, los fieles sin sacerdotes y los sacerdotes sin honor. Tan sólo se ven cristianos sin Cristo."

Bernardo alude al cristianismo sin cruz, a aquellos que predican el mensaje evangélico sin querer saber nada del cuerpo de Cristo ni de ninguna simbología propiciada por Roma: los cátaros. Bernardo establece su orden, el Císter, en tierras languedocianas para influir en esta sociedad y alejarla de la herejía. Su convencimiento es que si se trabaja de una manera distinta y más cercana la espiritualidad, la población volverá a abrazar la única y verdadera fe. El tiempo demuestra su poco éxito, debido principalmente a que el Císter no llega nunca a conectar con la gente. Bernardo impone al frente de la orden en el Languedoc a sacerdotes extranjeros que se expresan en latín, mientras que los cátaros son occitanos y hablan y predican en la lengua de oc.

La poca efectividad del Císter permite aún más la propagación de la nueva fe, lo que aumenta la preocupación de la Iglesia católica. En el año 1179 se celebra el tercer Concilio de Letrán, en el que se ponen las primeras piedras de la represión posterior al catarismo. Veintisiete capítulos aprueban excomulgar y perseguir a los herejes y a aquellos que les protejan, y poner bajo protección eclesial a los nobles que se levanten en armas contra ellos. Las medidas aprobadas son una parte de la acción que emprende la Iglesia de Roma en estos años, la reforma de toda la Iglesia católica.

Los cátaros aparecen en la época en que se intenta establecer la reforma gregoriana. Las especiales características de una zona como Occitania, que esta lejos de cualquier control tanto imperial como papal, la convierte en el primer objetivo de la reforma.

La reforma gregoriana no es de fácil aplicación en la sociedad feudal occitana, que es muy compleja, ya que las relaciones sociales se basan en el simple vasallaje entre los distintos señores feudales. No hay ni un mínimo apunte de control externo del emperador ni de ningún soberano. Desde los campesinos hasta los señores se entrelaza un tejido de relaciones muy complicado. Los grandes señores feudales, como los Trencavel o los Saint-Gilles, sufren a veces serios problemas para controlar los distintos territorios. Su única forma de someter estas tierras es a través de los párrocos que imponen en las parroquias. La reforma propone que, a partir de su establecimiento, la Iglesia católica quede totalmente desligada del poder temporal, que no se permita

ninguna interferencia del emperador o de los señores feudales en las decisiones y en los problemas de la Santa Sede. Pero, también, la reforma pretende limpiar el aspecto espiritual de una Iglesia católica cada vez más oscura, más sucia. La lucha contra la simonía y el nicolaísmo es constante.

La reforma eclesiástica entra de lleno en el Languedoc años antes de que se establezca en otras zonas europeas, debido a la aparición del catarismo y a la lucha contra la herejía. El catarismo aparece en el Languedoc al igual que en otras zonas, como Lombardía, pero es allí donde arraiga con más fuerza y se integra a la perfección en el complejo tejido social. Por esta razón, la lucha contra la herejía no es tan sólo el intento de erradicar un problema dogmático dentro de la Iglesia católica, sino que es la batalla de la Santa Sede para convertirse en la institución más importante de la Edad Media. Inocencio III es muy consciente de que no sólo debe combatir en el plano político para transformar la Iglesia en una institución hegemónica, sino que ha de eliminar cualquier desviación de la fe y a la sociedad que la sustente. La persecución contra el catarismo en el Languedoc es la lucha para destruir la sociedad estamental occitana y sustituirla por una que esté plenamente controlada por la Iglesia de Roma.

La fe cátara

El paisaje, siglo y medio después

Prouille, año 1160

La parroquia cercana se ha quedado vacía. Ahora son pocos los feligreses que se disponen a escuchar el sermón del párroco. Cien años atrás, la parroquia disfrutaba de vida propia; aldeanos y nobles coloreaban con sus vestidos aquella pequeña y oscura iglesia. Ahora, la luz de las velas que iluminaban las almas de los creyentes se va apagando. La fe no decae, pero sí la creencia en la Iglesia.

El camino que lleva a la parroquia cada vez es más solitario. Algún feligrés aparece de tanto en tanto, alegrando el corazón del párroco. El sacerdote celebra misa, aunque sólo asistan una o dos almas. Cuando levanta la vista para ofrecer el cuerpo de Cristo, ve en los ojos de los aldeanos la pérdida de la fe. Sus oraciones, murmuradas, no sabe bien si dirigirlas para que Dios salve las almas de los asistentes o para que le dé fuerzas para continuar por el camino de la palabra de Cristo. Se percata de que ya no cuenta para nada en el pueblo. Nobles, comerciantes y campesinos pasan de largo, no se paran delante de la puerta de la casa del Señor. Prefieren escuchar las historias de aquellos personajes que se hacen llamar Buenos Cristianos.

> "De buenos no tienen nada –piensa–. Se dedican a explicar historias que alejan las almas de la salvación. Pero ellos no lo ven. Creen en esa nueva Iglesia. Creen en una Iglesia que permite a las mujeres dar el mensaje de Dios. ¡Qué vergüenza!"

El murmullo de la oración se hace más latente. Sabe que debe intentar ganar la partida, aunque es consciente de que ya casi todo está perdido. Finaliza la misa. Los dos aldeanos se despiden de él. Le agradecen el esfuerzo. Se apoya en la puerta y, mientras observa cómo los

dos carromatos se alejan, repite la historia de la crucifixión de Cristo. Los capiteles de su iglesia narran la vida del Salvador. ¿No son capaces de leerlo? No, pero para eso está él. Cabizbajo, se sienta en la puerta. Los carromatos suben por el camino de la ladera hacia Fanjeaux. Alza la mirada y ve la temible fortaleza en que se ha convertido la ciudad. Toda ella es un castillo. Desde su altura vigila las tierras de su señor, delimita las tierras con los señores de la región de Carcasona.

El sacerdote es viejo y sabio. Por ello, tampoco le extraña la situación. Hace años que sus señores, los obispos, se encargan de difundir los nuevos aires que trae la reforma que han iniciado desde Roma. La Iglesia debe ser libre, independiente, y velar para que ningún noble se inmiscuya en sus asuntos. El papa los ha liberado de las ataduras de los laicos y, además, les ha garantizado el cobro del diezmo para subsistir. Pero no es sólo eso. El papa también ha luchado para que los sacerdotes no se aprovechen de su situación privilegiada y pequen. Los obispos, sus señores, saben que a la gente no les gusta ver a un sacerdote viviendo con su mujer o durmiendo con otras mujeres cuando le plazca. No les gusta observar que, mientras ellos pasan hambre, el sacerdote tiene cada vez una barriga más y más abultada. La mayoría de los párrocos vive en pecado. El sacerdote lo sabe. La misma capilla donde ahora él susurra sus oraciones ha estado dirigida por sacerdotes de vida alegre. Y esto al final se paga.

Con los años, el fervor religioso ha ido perdiendo fuerza. Las reformas suscitadas desde un lugar tan alejado como Roma no han gustado a una sociedad que vive tranquila, sin prisas. En la región dónde se encuentra Fanjaux, los nobles no son señores absolutamente poderosos y los comerciantes no se han enriquecido de manera extraordinaria. Los artesanos viven con lo justo y los campesinos no se mueren de hambre. No es de las zonas más ricas, pero se vive bien. Es un paisaje de amplias vistas, con grandes extensiones de cultivo flanqueadas a lo lejos por las oscuras siluetas de los montes pirenaicos, coronados por la constante vigilancia de sus castillos.

La sociedad que convive en Fanjaux es de aquéllas en las que no se da una clara separación social. Todas las escalas sociales viven de la agricultura y el comercio sin buscar el enriquecimiento de grandes

ciudades como Tolosa. Un pueblo donde se den estas condiciones de paz, respeto y tranquilidad económica es el lugar ideal para la aparición del catarismo.

Es una ciudad imponente. Desde el camino de la parroquia se perciben en su pétrea totalidad las catorce torres del castillo que vigilan el valle. ¿Pero para vigilar qué, a quién?

Fanjaux se convierte en la centinela de una zona, el Languedoc, que se extiende por el sur de Francia hasta las costas mediterráneas. Es una zona de verdes prados, de grandes extensiones coronadas por las imponentes murallas de los Pirineos. El amarillento color de la arena y la brisa del mar se entremezclan con los cálidos y verdes prados bañados por un rojizo sol que se esconde al anochecer bajo las altas y frías cumbres pirenaicas. Nimes, Montpellier, Béziers y Narbona marcan el límite mediterráneo, mientras que Foix y Tolosa definen la frontera meridional. El Languedoc queda delimitado por el norte por el río Aude. En su interior se encuentran Albi, Carcasona y Fanjaux, centros herejes incuestionables.

Los Buenos Hombres

Durante el siglo XII se dan unas circunstancias especiales para que surja el catarismo. Y, además, no se puede centrar el catarismo tan sólo en la zona del Languedoc. Surge por toda Europa, aunque sí es una realidad que donde tiene más repercusión es en la Occitania medieval.

La pregunta es: ¿cuáles fueron los motivos para que apareciera una herejía como la cátara, que más que una secta sería la formación de una nueva Iglesia cristiana, con sus ritos y dogma propios?

La reforma gregoriana es una de las causas de que en el siglo XII surja la Iglesia de los Buenos Hombres. La reforma centra sus objetivos en lograr la independencia de la Iglesia con respecto al Imperio y en consolidar su poder espiritual, pero también el temporal. Es una buena reforma desde el punto de vista de la Santa Sede. Organiza la Iglesia de tal modo que la convierte en el árbitro de la sociedad y en un poder mayor que el de los príncipes europeos. Pero todo ello tiene

un precio. A medida que se van configurando los grandes pilares eclesiásticos, la Iglesia se separa cada vez más de la sociedad civil.

El modelo en que la Iglesia fundamenta y sostiene todo su poder es el feudal. La relación básica establecida es el vasallaje. El papa y los obispos no dejan de ser señores feudales que poseen tierras y que cobran sus impuestos.

Desde inicios de siglo, la sociedad laica se desplaza a las grandes ciudades, aquellas ciudades romanas, como Carcasona y Tolosa, que han sido olvidadas en el tiempo y que vuelven a resurgir con fuerza. El modo de vida de los europeos deja de ser el medio rural. Poco a poco van apareciendo nuevas clases sociales, como los artesanos, los comerciantes y, sobre todo, la burguesía, que se aposentan en las nuevas y pobladas urbes. Y la Iglesia observa con recelo a los burgueses al constatar cómo éstos se están apoderando del poder jurisdiccional que pertenece a la Santa Sede. Los comerciantes crean asociaciones, los gremios, para ayudarse y protegerse mutuamente, y presionan a los señores para que les concedan unos derechos jurídicos que hasta ahora no tenían ni necesitaban.

La legitimidad de las nuevas clases sociales en pedir más derechos es valorada por la Iglesia como un ataque directo. Es más, se abre una profunda brecha entre laicos y eclesiásticos, hasta el punto de que los clérigos llegan a considerar a los laicos como unos pobres hombres sin cultura incapaces de aprender el mensaje de Cristo por su poca capacidad, gentes que viven sin buen juicio, atizados por la lujuria y el vino. Este menosprecio se percibe en la sociedad laica y se vuelve recíproco.

En medio de esta insondable brecha aparecen unos hombres que predican pueblo por pueblo y ciudad por ciudad. Con su amabilidad y sus conocimientos, captan a los ciudadanos. No viven de los impuestos de los demás, se ganan el pan trabajando con sus propias manos. La mayoría son tejedores, pero también hay artesanos, médicos y de muchas otras profesiones. Su misión principal es transmitir el mensaje de Dios, del verdadero Dios, del Espíritu Santo.

La sociedad laica ve en los cátaros la respuesta a su espiritualidad y a la imposición del catolicismo. Los Buenos Hombres, como les gusta llamarse, abren un mundo espiritual en el que las personas pueden

llegar a la salvación de las almas mediante una vida de buena conducta. No presentan a un Dios despiadado, castigador, sino que el verdadero Dios es la salvación, la luz. Para los mercaderes significa, también, dejar de pecar, ya que las transacciones financieras no son consideradas por los Buenos Hombres como usura y, por tanto, pecado. Asimismo, en un mundo donde la mujer sufre un fuerte rechazo porque su existencia es considerada lujuriosa, la aparición del catarismo les concede la libertad de equipararse a los hombres. De hecho, la mujer cátara también puede predicar la palabra de Dios.

Surgir de la misma sociedad y plantear un cristianismo simple pero puro es lo que explica el éxito de esta nueva Iglesia.

La reforma entra de lleno en Occitania casi cincuenta años antes de establecerse en el resto de Europa. Tanto los señores feudales como los sacerdotes ven cómo desde Roma, un lugar que nunca se ha ocupado de ellos, pretenden reformar el modo de vida que tantos años han disfrutado y no ven otro remedio que rebelarse. Y en el preciso momento en que los distintos estamentos occitanos empiezan a desvincularse de Roma, aparece un grupo de hombres, de soñadores, que viven bajo el ejemplo de Cristo, bajo sus preceptos. Se trata de un cristianismo arcaizante. Predican una vida pobre, siguiendo los preceptos del Nuevo Testamento, y se rigen por una liturgia muy rígida, parecida a la de Cluny. De hecho, el catarismo es un racionalismo que se aleja de la ortodoxia al rechazar la mayoría de los sacramentos establecidos por la Iglesia católica.

La aparición de estos nuevos cristianos provoca que muchos de aquellos que rechazan la Iglesia oficial se acerquen a ellos. Los sacerdotes son los primeros en observar que la nueva religión no les impide vivir de la misma manera que hasta ahora y, por otro lado, también ven que el nuevo cristianismo es más puro, más próximo a las enseñanzas de Jesús. Mientras, los señores feudales ven el catarismo como la aparición de un contrapoder. Los señores occitanos no quieren estar sometidos a ningún rey y menos a un papa. Lo que pretenden es controlar sus tierras y poder llegar a crear un estado propio. Por ejemplo, el conde de Tolosa, tiene todos los medios para convertir su condado en un Estado. El deseo de controlar su propio país y no depender de

gobernantes extranjeros facilita que los señores occitanos se acojan al catarismo y lo utilicen como contrapoder a las imposiciones de la Santa Sede.

Cuando la Iglesia, encabezada por Inocencio III, percibe el peligro que para ella significa la aparición de la Iglesia de los Buenos Hombres, hace un llamamiento a toda la cristiandad para luchar contra ellos. Así, son perseguidos a sangre y fuego los nobles que los apoyan, los mismos que financian los poemas de los trovadores. Con la cruzada, en pleno siglo XIII, se destruye algo más que una herejía. Se destruye el amor puro hacia Dios y, también, el amor hacía la belleza, y –valga la redundancia– hacia el amor verdadero descrito por los trovadores.

Los perseguidores del catarismo ven en la herejía un camino peligroso que podría llevar a la destrucción y desaparición de la Iglesia católica. En realidad, este peligro no existe. Los cátaros forman una religión cristiana aparte de la católica. El problema fundamental es que la Santa Sede percibe el movimiento hereje como un debilitamiento de las bases del edificio que está construyendo mediante las reformas impulsadas por Gregorio VII. Los cátaros no se presentan como una desviación de la propia Iglesia, sino como una religión con una liturgia propia y con una estructura distinta.

El papado no puede aceptar de ninguna manera que en el corazón de Europa se funde una Iglesia paralela a la existente.

Los cátaros en Europa

La nueva Iglesia de los Buenos Cristianos no aparece únicamente en Occitania, también se desarrolla en otras zonas europeas. Aunque, sin duda, es en el sur de Francia dónde llega a desarrollarse con mayor intensidad.

El catarismo aparece en lugares como Bulgaria, la Renania e Italia. El brote cátaro en estos territorios no significa que se produzca una dispersión desde Occitania. Lo más probable es que el catarismo haya surgido a la vez en distintos territorios incluso muy lejanos entre sí. En Europa, dada la presión que ejerce la lucha de poderes entre la

Iglesia y el emperador, la gente de las ciudades y de los pueblos busca una liturgia, una creencia que pueda desarrollar sin manipulaciones externas. Es así como muchos entienden el movimiento cátaro y por eso lo adoptan. Por otra parte, las diferencias entre las distintas regiones hace que el catarismo sea aceptado por clases sociales distintas y, en algunos casos, este hecho provocará su desarticulación.

En zonas como la Renania y Borgoña, el catarismo se establece principalmente en la clase clerical. En realidad, en la Borgoña los cátaros son los sacerdotes de las iglesias, que han visto en la nueva religión el abrazo del verdadero evangelismo. En Renania sucede de distinta manera. No son los clérigos quienes se convierten, pero sí serán los defensores de los cátaros cuando éstos sean llevados a la hoguera. No los defienden porque compartan su doctrina, pero ven en ellos personas preparadas con las que poder debatir teológicamente. Precisamente un renano, Eckbert de Shonaü, será el responsable de que el término cátaro haya llegado hasta nuestros días. En uno de sus escritos, relata que los herejes se denominan ellos mismos como *catharos*, esto es, puros. Es la primera vez que se utiliza el término que perdura hasta la actualidad.

Otros territorios acogen el catarismo desde orígenes distintos. En Bulgaria e Italia el dualismo se instala entre las clases sociales más bajas; aunque, al igual que en Occitania, en la península Itálica los cátaros están absolutamente protegidos por los nobles. En Italia el catarismo se desarrolla de tal manera que se distinguen dos maneras de observar la nueva religión. Por un lado están aquéllos que la profesan de un modo moderado, los garetenses, ubicados sobre todo en la región que abarca Milán y sus alrededores. Los garetenses explican la religión cátara desde un punto de vista cercano a la creencia católica de un principio único, en el que el diablo desobedece a Dios y dedica su existencia a la creación del mundo corrupto, del mundo visible. Por otro lado, se encuentran los llamados albaretenses, situados en la zona del lago Garda. Éstos tienen una visión mucho más severa, prácticamente absolutista. Para ellos existe un Dios creador del bien y otro, Lucifer, creador de lo maligno. De esta vertiente ideológica surge el texto en el que se basa todo el dogma cátaro, el *Libro de los dos principios* (*Liber de*

duobus principiis), está escrito por Juan de Lugio, de la escuela del obispo Desenzano, a mitad del siglo XIII. Curiosamente, tan solo ha llegado a nuestros días una pequeña parte de este documento, que originariamente contaba con diez volúmenes. Fue descubierto a principios del siglo XX y publicado por primera vez en el año 1939.

Bulgaria ostenta un carácter especial dentro de la formación del catarismo occitano. Allí, durante el siglo X, surge un nuevo credo fundamentado en una concepción dualista del mundo. Un monje macedonio llamado Bogomil, el amado de los dioses, difunde esta nueva visión por todo Oriente. Tiene tanto éxito que rápidamente sus prédicas se difunden por todo el país. Pese a ello, no es aceptado por las clases dirigentes, ya que la base social de la nueva religión está formada por gente de condición muy baja y la consideran un factor revolucionario. El bogomilismo es la primera constatación pública del dualismo en Europa, por lo que siempre se ha creído que es la precursora de la aparición del catarismo. La prueba de ello es la presencia de Nicetas, el obispo bogomilo de Dragovitia, como el máximo dignatario cátaro en la reunión de San Félix, en 1167, donde la Iglesia cátara se organiza por primera vez territorialmente. A pesar de ello, la presencia del alto dignatario búlgaro también se puede entender como un reconocimiento al catarismo, surgido casi al mismo tiempo, y de manera paralela, que el bogomilismo.

El movimiento cátaro, en definitiva, es un cristianismo dualista que surge por toda Europa. En cada lugar se reconoce a los cátaros como hombres con los que se pueden debatir teológicamente las escrituras y los Evangelios.

Sin embargo, serán perseguidos encarnizadamente por aquellos que ven en el catarismo un profundo y peligroso alejamiento de las propuestas de la Iglesia católica. Su persecución culminará con la muerte en la hoguera de sus miembros y su consecuente desaparición del territorio. Y será Occitania la región donde se mantendrá más fuerte y fiel a su dogma, y también donde se desarrollará la mayor persecución. Pues es en Occitania donde se dan las mejores condiciones para el desarrollo de la herejía a causa de su aceptación por parte de todo el tejido social. Allí, el catarismo extiende sus redes desde el

comerciante hasta el campesino, pero también, y sobre todo, es aceptado e impulsado por los nobles de la zona.

El dogma cátaro

La documentación acerca del dogma y de los rituales cátaros es más bien escasa. La mayoría de los hechos nos vienen explicados a través de los documentos inquisitoriales, los interrogatorios a diferentes gentes sobre los herejes, así como las declaraciones de los propios cátaros al tribunal. Si bien es cierto que existe asimismo una serie de documentos, encontrados recientemente, surgidos de la pluma de los propios teólogos cátaros. Parece que la historia ha querido ocultar las ideas de los Buenos Hombres para que muchos siglos más tarde vuelva a ser conocido su mensaje. Entre la documentación perdida se encuentra el *Ritual occitano de Lyon*, el documento más antiguo de la Iglesia cátara. También han aparecido el llamado *Ritual latino*, texto muy parecido al anterior, y el *Ritual occitano de Dublín*. A través de estos textos se ha podido conocer la vida de los Buenos Hombres, sus ideas y sus objetivos cara a la salvación de las almas.

Hay sobre todo un texto que desvela muchos de los misterios que rodean el catarismo, el llamado *Summa de catharis*, escrito por Rainiero Sacconi, un cátaro convertido al catolicismo, en el que analiza con precisión el *Libro de los dos principios* (del que se hablará más adelante y que es, sin duda, el referente escrito más importante que se conoce).

A partir de la lectura de estos textos, sabemos que los cátaros constituyen una iglesia diferenciada de la católica, fundamentada en los Evangelios y con un definidor exponente dualista. Los cátaros tan sólo aceptan el Nuevo Testamento, ya que en él se explica el proceso de liberación de las almas. El Nuevo Testamento y, sobre todo, el sermón de la montaña, es la base de la predicación de estos herejes. Los cátaros no aceptan el Antiguo Testamento porque en él se recoge la historia de la creación del mundo por el dios del mal, por la tentación maligna. Por el contrario, el Nuevo Testamento es el texto ideal para seguir con sencillez y precisión los preceptos emanados de Cristo.

El Evangelio con el que predican los Buenos Hombres está traducido a la lengua occitana. Este hecho no los distancia mucho de los valdenses, que mandaron traducir a lengua vulgar los textos para poder predicar con pleno conocimiento de las escrituras, aunque sí que marca un punto de inflexión entre los dos movimientos religiosos. Lo que separa a unos de otros, a los que tan sólo son un movimiento dentro de la Iglesia y los que fundan una nueva religión, es la manera en que se traduce el Evangelio. El texto cátaro esta traducido de forma que justifica la concepción dual del mundo. La traducción de los evangelios se acerca a la ya existente y conocida como *Vulgata*. Los herejes centran en este texto la base de su dogma, el dualismo. Los cátaros basan su visión dual del mundo en el Evangelio de san Juan. La traducción en lengua occitana difiere en un pequeño punto, mejor dicho: en una coma, en la versión utilizada por los herejes. En el prólogo del Evangelio, según ellos, quedan establecidos los dos principios fundamentales.

En la traducción occitana, el Evangelio dice en su inicio:

"*... et sine ipso factum est nihil quod factum est.*"
(... y todo lo ha hecho él, y nada se ha hecho sin él.)

En la versión de los Buenos Hombres se lee:

"*... e senes lui es fait nient.*"
(... todo lo ha hecho él, y es sin él que se ha hecho la nada.)

La diferencia radica en que, en la versión cátara, se usa el término *nient* (la nada) como traducción de *nihil* (nada), tal como se utiliza en la lengua occitana.

El casi inapreciable desvío de la traducción da a entender que Dios ha creado todo lo bueno, lo hermoso, pero que el mundo material, lo visible, ha sido hecho sin él. Dios no es el responsable del mundo maligno, sino que él es la fuente de riqueza, de luz, el origen y el final de la salvación de las almas.

Cabe explicar muy bien el hecho de la existencia de un bien y un mal porque, de hecho, la misma Iglesia católica acepta la existencia de

estos dos conceptos. La Iglesia católica basa buena parte de su doctrina en la existencia de un cielo salvador y un infierno al que son condenadas las almas impías. El dualismo cátaro va mucho más allá de estas precisiones. En definitiva, los cátaros creen en una doble creación: aquella realizada por el Dios de la verdad, formada por las almas y lo invisible, y aquella obra por Satanás, formada por todo lo corruptible, el mundo, las estrellas, la tierra, los cuerpos.

La Doble Creación

Los cátaros creen en la existencia de un Dios bueno, verdadero, creador las almas. Las creaciones del Dios del bien no son visibles, porque pertenecen al mundo del bien. En el otro extremo reina el Dios del mal, aquel que crea todo lo visible, el mundo conocido y que vemos con nuestros ojos cada día. El mundo visible es inestable, en él habita la muerte y la corrupción, la violencia, la destrucción, todo aquello creado por la tentación del mal. Nada de lo que existe en este mundo pertenece a la creación de Dios. El tratado de la doble creación, el *Libro de los dos principios*, define de manera absoluta esta dualidad:

> "Existen dos mundos: el visible y el invisible. Cada uno de ellos tiene su dios. El invisible tiene el buen Dios, el que salva las almas. El otro, el visible, tiene al Dios de la maldad, que hace las cosas visibles y transitorias".

De esta manera, los cátaros rechazan la idea de que Dios sea un dios de venganza, castigador de aquellos que cometen pecados. Los herejes defienden que el buen Dios nada tiene que ver con los problemas y la decadencia en que está sumido el mundo.

El *Libro de los dos principios* está elaborado como si fuera un instrumento de enseñanza de las tesis cátaras. Fue escrito por Juan de Lugio alrededor del año 1250. En él queda plasmada la verdadera línea dogmática de los herejes. En siete capítulos recoge desde la Creación hasta la salvación de las almas. En él se explica el origen del universo: Satanás es hijo de Dios, pero en un ataque de rebeldía se desploma del

mundo invisible. El libro menciona este instante como el momento de la creación del universo. Satanás crea todos los planetas, las estrellas y a los hombres. Como consecuencia de ello, las almas que también se han precipitado con él quedan encerradas en los cuerpos de los hombres hasta su liberación final y su retorno al bien. El ser humano se encuentra entre el bien y el mal. El hombre no deja de ser una creación del maligno, ya que está compuesto de carne corruptible, pero también es el receptáculo adonde van a parar las almas mientras no son libres. Por tanto, el cuerpo del hombre ejerce de prisión de los espíritus. El alma queda adormecida en el cuerpo gracias a las malas artes de Satanás. Cuando el cuerpo muere y desaparece, el alma transita de cuerpo en cuerpo hasta alcanzar la purificación y regresar al mundo celestial.

El maligno tienta las almas y les ofrece todo tipo de privilegios para que desciendan al mundo. El último de los cátaros, Belibaste, cuenta de esta manera la caída de las almas al mundo material:

> "El diablo comenzó a llamarlos. Y entonces fue cuando les dijo que si querían bajar a su mundo inferior, a su reino, les concedería bienes y deleitaciones más importantes y más grandes que las que les había dado el Santo Padre. Les otorgaría campos, viñas, agua, oro… y, además, les proporcionaría esposas".

Así pues, algunos de los ángeles de Dios se dejan vencer por la tentación y quedan prisioneros en las cárceles humanas. Sin embargo, Dios, cuando establece el mundo invisible, no crea la posibilidad de que sus ángeles escojan entre el bien y el mal, porque, simplemente, el mal no existe. Dios no inventa el libre albedrío que justifica la Iglesia católica para probar la existencia del mal. El Dios del bien no puede ser el creador de la maldad y, por tanto, no puede dar libertad a sus ángeles para que elijan entre el bien y el mal.

Asimismo, los cátaros distinguen entre el mal y la tentación del mal. Para ellos es peor la tentación del mal que el propio mal. La tentación es el camino que conduce al pecado. Los herejes reconocen una doble tentación maligna: aquella dirigida hacia el cuerpo del hombre

y aquella que afecta directamente al espíritu. En cuanto a la primera, no es tan preocupante, porque atañe al cuerpo, que en poco tiempo se degradará y morirá. La peor tentación maligna es la que se dirige directamente al mal, la que atrae al alma hacia sí y, por tanto, al pecado.

El pecado para los cátaros es un tanto distinto del concepto utilizado por los católicos. No creen en la existencia de los pecados veniales, tan sólo de los mortales. Incluso la idea de pecado mortal es distinta a la de la Iglesia. Los Buenos Hombres confeccionan una lista de pecados que consideran muy graves, extraídos del sermón de la Montaña del Evangelio de san Mateo. Pecar significa implícitamente pertenecer al mundo diabólico y, por tanto, la caída del alma.

Algunos de los pecados que aparecen en el sermón de la Montaña son los siguientes:

> "Se guarda de no matar y no consiente ninguna muerte (…) ya que Jesucristo dice: si quieres obtener la vida, no matarás."
> "Se guarda del adulterio, ya que Jesucristo dice: no cometerás adulterio."
> "Se guarda de jurar, ya que Jesucristo dice en el Evangelio: no jures nunca, ni por el cielo, que es el trono de Dios, ni por la tierra".

Jurar y matar son dos de los principales pecados que debe evitar cometer un cátaro. En el Antiguo Testamento, la relación entre los seres humanos se debe a diversos juramentos. Para los herejes, el Antiguo Testamento está inspirado en la obra del maligno, ya que narra la creación del universo. Al considerar el Antiguo Testamento como texto inspirado por el propio demonio, todo aquello que aparece en él es pecado; por tanto, jurar también lo es. Algo parecido sucede con matar. Los cátaros no sólo se refieren a dejar sin vida a una persona, sino también a cualquier animal, ya que el cuerpo del animal podría ser la prisión de algún alma perdida.

Los Buenos Hombres creen en la existencia de una tentación carnal, el deseo del sexo. Aunque la mujer como tal está muy reconocida en la sociedad cátara, para los herejes existe el sexo o el deseo sexual como pecados mortales. Pero tan sólo es pecado para aquellos que han sido bautizados por el ritual del *consolament*, los perfectos. Aunque

rechazan cualquier tipo de relación entre hombre y mujer en general, la aceptan porque la procreación es el único sistema que tienen las almas de viajar de cuerpo en cuerpo cuando éste muere.

Si existe el pecado, también debe existir la manera de redimir los pecados. Los Buenos Hombres utilizan para ello prácticamente el único sacramento que aceptan: el *consolament*, el bautismo a través del Espíritu Santo mediante la imposición de manos; un sacramento aprendido de las enseñanzas de Jesucristo.

Entonces, ¿qué representa Jesucristo para los Buenos Hombres? ¿Creen en el mismo Jesús que los católicos?

El Cristo de los cátaros

Las diferencias entre la Iglesia católica y la Iglesia de los Buenos Hombres se acentúan cada vez más a través de las acciones de unos y otros. La brecha entre los conceptos teológicos se va ensanchando continuamente hasta provocar las iras de la jerarquía católica. Los cátaros y los católicos suelen debatir en un principio estas diferencias, pero si hay un tema en el que no se ponen de acuerdo es en la figura de Jesucristo.

Los Buenos Hombres son cristianos, por tanto creen en que Jesús fue el fundamento para la transmisión del mensaje de Dios en la Tierra. Este concepto no difiere en absoluto de la noción que tiene la Iglesia católica sobre Jesús. Para la Santa Sede, Jesús baja a la tierra como hijo de Dios para redimir el pecado original mediante su muerte en la cruz. Toda la base dogmática católica gira en torno a este hecho preciso.

Los Buenos Hombres rechazan la idea de que Jesús muriera en la cruz para salvar a los hombres. En primer lugar, no aceptan que Jesús muriera en la cruz, porque el hijo de Dios no puede ser carne ni puede sufrir. Tampoco puede morir, ya que, de ser así, no sería el hijo de Dios. Por este motivo, los cátaros rechazan el símbolo de la cruz y la Eucaristía. Les resulta incomprensible que la Iglesia católica acepte que el vino pueda convertirse en la sangre de Cristo y el pan en su cuerpo. No les cabe en la imaginación la idea de que Jesús fuera un

ser material, sino un ser luminoso que vino a anunciar el camino para la salvación de las almas.

"La cruz es odiosa para Dios, la cruz donde su hijo ha sufrido."

Esta frase define perfectamente el pensamiento de los Buenos Hombres, aunque no los de los primeros años. Con el paso del tiempo, algunos perfectos cátaros aceptan la idea de que Jesús sufrió, aunque no murió, en la cruz.

En cambio, para los cátaros Jesús es el hijo de Dios que ha venido a despertar la conciencia de las almas encarceladas en los cuerpos humanos y a mostrarles cuál es el camino para la liberación hacía el verdadero mundo. La visión cátara de Jesucristo se ciñe a los Evangelios. Las citas del Evangelio de san Juan son la base de sus creencias:

"mi realeza no es de aquí" (Juan 18, 36).
"no son del mundo, como yo tampoco lo soy" (Juan 17, 16).

Jesús, para el catarismo, ha venido a enseñarnos que este mundo no es el auténtico, y que él no pertenece al mundo visible. Jesucristo enseña un sacramento que permite la salvación de las almas. El *consolament* o bautismo espiritual es el único sacramento que aceptan los cátaros y es el que, según ellos, Jesús nos muestra a través de los Evangelios.

La gran perversión que aprecia el papado en el dogma de los herejes es aceptar un cristianismo sin cruz, sin símbolos y sin redención. Para los Buenos Hombres, la única redención posible es aquella que conduce a la salvación de las almas mediante la imposición de manos para recibir abiertamente al Espíritu Santo.

Es el camino que nos ha venido a enseñar Jesús, el de la salvación a través del bautismo por el Espíritu Santo, el *consolament*, el único sacramento de los cátaros.

Los Buenos Hombres rechazan todos los sacramentos que impone la Iglesia oficial. Consideran que los sacramentos católicos, la mayoría de veces, hacen referencia al aspecto físico y material. Por tanto, creados por el maligno. Los cátaros tan sólo aceptan el bautismo original, el que bendice a través del Espíritu Santo, como único sacramento posible.

> "Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo" (Actos, I, 5)

El *consolament* consiste en la imposición de manos por parte de un perfecto, sacerdote cátaro, mediante la oración del *Pater* (padrenuestro), única oración valida. El bautismo del espíritu no se realiza a los pocos años de vida, sino que debe imponerse cuando el creyente es adulto y acepta por propia voluntad la llegada del Espíritu Santo y sabe distinguir entre el bien y el mal. Los Buenos Hombres creen que el bautismo católico es falso, ya que nunca garantiza que el niño bautizado, en el futuro sea puro; en cambio, con el bautismo cátaro sí que se garantiza esa pureza, puesto que el nuevo creyente recibe voluntariamente al Espíritu Santo.

Para los herejes, éste es el verdadero bautismo, similar al de los primeros cristianos y que requiere varios años de noviciado, hasta que la persona esté preparada para recibir el sacramento bautismal. El bautismo por imposición de manos significa, también, la entrada del creyente en el mundo de los sacerdotes cátaros, los perfectos.

El *consolament* se puede realizar en dos situaciones bien distintas. La primera, la ya mencionada, como ceremonia para pertenecer a la élite cátara. En segundo lugar, como extremaunción. El *consolament* significa la liberación del alma. El alma del bautizado queda libre del mundo del mal y tiene asegurada su ascensión al mundo del verdadero Dios. Por esta razón, los creyentes moribundos piden que se les imponga el bautismo, con el fin de que sus almas asciendan al cielo y no tengan que reencarnarse en otros cuerpos para llegar a la salvación. En

el caso de que el moribundo sane y siga viviendo, el *consolament* efectuado queda anulado.

El sacramento de los cátaros puede quedar anulado también por otras circunstancias. La vida de los perfectos tiene que ser muy estricta y pura, y cualquier desviación revoca el sacramento recibido y los realizados a otros creyentes.

El *consolament* en los moribundos conduce, en las épocas de persecución contra los herejes, a situaciones un tanto esperpénticas. Algunos de los creyentes llegan a practicar la *endura*. Este ritual no es más que un suicidio a través de la huelga de hambre, para poder recibir el sacramento y que se libere el alma encarcelada en el cuerpo. Los cátaros nunca reconocieron este ritual y nunca lo propagaron, aunque en diversas ocasiones fue llevado a cabo.

En definitiva, el sacramento del *consolament* corresponde en realidad a tres sacramentos de la Iglesia católica: el bautismo, la extremaunción y la ordenación.

El ritual del bautismo

El ritual de bautizo cátaro, por tanto, de entrada a la Iglesia cátara, se produce en público. El hombre o la mujer que va a recibir la unción del Espíritu Santo es observado por los perfectos y por los creyentes que quieran asistir a la ceremonia.

El bautismo se celebra en una amplía sala de un castillo, el señor del cual es un gran creyente. El que va ser ordenado entra en la sala acompañado del más anciano de la comunidad. Contempla complacido a su alrededor a todos sus vecinos y amigos, que le sonríen felices. Con la mirada le dan su aprobación. Su aspecto ha cambiado mucho desde los dos últimos años. Se ha tenido que preparar duramente para llegar a este momento. Ha pasado hambre (debido al ayuno) y ha tenido que renunciar a los placeres carnales para llegar a convertirse en pastor de la Iglesia.

El anciano se sitúa frente a él. Le mira a los ojos y hace tres reverencias, el *melhiorament*. “Bendícenos, perdónanos, amén”, recita el anciano mientras le muestra el libro sagrado, el Nuevo Testamento. Es

el libro que deberá acompañar al iniciado el resto de su vida y que le ayudará a salvarse. El hombre coge el libro y realiza a su vez las tres reverencias. Se pone de rodillas mientras el anciano le explica qué significa todo el proceso y qué vida debe llevar:

> "Debéis comprender, si queréis recibir esta oración, que tenéis que arrepentíos de todos vuestros pecados y perdonar a todos los hombres. Si no perdonáis sus pecados, nuestro Padre no os perdonará los vuestros."

Continúa la explicación y llega al momento en que le indica cuál es la oración principal, el *Pater*. El anciano explica al nuevo cristiano cuál es el significado del *Pater* y cuál su utilidad. Entonces, el decano coge el Libro y le pregunta: "¿Tenéis la voluntad de recibir la santa oración y conservarla toda vuestra vida con castidad, veracidad y humildad?". El hombre dirige la mirada hacia sus conocidos y con voz fuerte y clara grita: "Sí, tengo la voluntad". El anciano se postra ante él y recita el padrenuestro mientras el joven lo va repitiendo palabra por palabra. Ahora ya tiene derecho a recitar el *Pater*.

La ceremonia está finalizando. El anciano termina de explicar al nuevo cristiano cuáles son sus obligaciones:

> "No debéis comer ni beber sin haber pronunciado esta plegaria".

El hombre no puede esconder ya su alegría. Alegría por acercarse a Dios y ser su siervo entre el mundo del Mal. Observa al viejo maestro de ceremonias y, cuando éste acaba su plegaria, dice en voz alta:

> "Que el señor os dé buena recompensa por este bien que me habéis hecho para el amor a Dios".

Sus amigos y su familia ven la felicidad en su rostro. Se arrodillan y recitan ocho veces el padrenuestro. La larga ceremonia ha finalizado. Ahora ya es un nuevo cristiano.

La ordenación

Pasan dos días y el recién bautizado tiene que pasar por otra ceremonia. En este caso, va a dar un salto cualitativo muy importante en su vida. Se va a convertir en sacerdote, en perfecto. Los textos cátaros encontrados no hacen referencia al tiempo que debe pasar entre el bautizo y la ordenación. De hecho, se puede producir justo después de la ceremonia de la unción del Espíritu Santo.

El hombre vuelve a entrar en la gran sala, donde, de nuevo, se han congregado sus amigos, sus familiares y los creyentes que han querido asistir. Ya no está tan nervioso. Ya ha pasado una vez por esta situación. Los nervios aparecerán más tarde, cuando el perfecto que le ordene le explique cuál será su responsabilidad frente la verdadera Iglesia de Dios. Se adentra en la sencilla sala despacio, seguido del anciano, que, además, es su padrino. Los dos llegan delante del perfecto y se arrodillan ante él y realizan el *melhiorament*.

La gente reunida empieza ha rezar. El susurro de la oración parece un cántico destinado a pedir que sean perdonados los pecados del perfecto. Un *consolament* realizado por un perfecto impuro, no es válido. El rezo ha finalizado. El anciano y padrino del hombre perdona los pecados al perfecto.

Mientras, los susurros vuelven a hacerse audibles. El hombre contempla cómo los demás creyentes también piden perdón por sus pecados. Se purifican para recibir al nuevo ordenado. Tan pronto como van desapareciendo las voces de los purificados, el perfecto coloca el libro de los Evangelios sobre una mesa. El hombre sabe qué debe hacer. Se arrodilla ante el perfecto, recibe el libro y es preguntado si quiere seguir y recibir la ordenación. Con voz clara dice que sí, que acepta ser un buen cristiano. El perfecto pasa a describir cuál será su función a partir de este instante. El hombre, por su parte, alza la voz y ruega:

> "Perdóname. Por todos los pecados que he podido cometer de pensamiento, palabra u obra. Pido perdón a Dios, a la Iglesia y a todos vosotros".

Todos los creyentes y el anciano le responden, y le piden a Dios que le sean perdonados los pecados.

La ceremonia está llegando a su punto culminante. Él lo sabe y empieza a inquietarse. Es el momento que tanto ha ansiado durante estos dos años. Años de penuria y de abstinencia, todo un largo camino para encontrarse con Dios. Se arrodilla delante del perfecto. Éste sujeta el Evangelio de san Juan y lo coloca encima de la cabeza del hombre. Los demás creyentes, todos, ponen su mano derecha encima del libro.

"Padre Santo, acoge a tu siervo en tu justicia y deposita sobre él tu gracia y el Espíritu Santo", reza el perfecto. Acto seguido, se lee el Evangelio de san Juan y finaliza la ceremonia con tres nuevas oraciones. Finalmente, el ya joven ordenado besa el libro, hace tres reverencias y da gracias al perfecto y a los creyentes. El hombre se ha convertido en un nuevo pastor de Dios, en un nuevo perfecto.

El *consolament* de los moribundos

La ceremonia en que se bautiza al enfermo para salvar su alma no difiere mucho de los anteriores rituales. El proceso es el mismo, aunque dependiendo del estado del enfermo se hace menos extenso. El moribundo afronta la muerte con la esperanza de que su alma se salvará y subirá al cielo junto a Dios.

El *consolament* a los enfermos es en realidad un tipo de *endura* (suicidio) muy suave. Cuando los enfermos reciben el sacramento, los perfectos deben vigilar que no pequen. El enfermo ha de rezar el *Pater* antes de cada bebida y comida y no puede comer carne. Normalmente, los enfermos a los que se les efectúa el *consolament* no suelen vivir muchos días más.

De hecho, la *endura* propiamente dicha se lleva a cabo en condiciones extremas, sobre todo durante las persecuciones. Aunque se conocen casos en que se la ha utilizado para llegar a la salvación espiritual, muchos perfectos están en contra de utilizarla y, casi en su totalidad, no la recomiendan.

Aunque los casos no son frecuentes, sí se dan ocasiones en que se llega a un suicidio corporal. Algunos enfermos piden el *consolament*

mucho antes de morir. La mayoría de las veces se recuperan y queda eliminado el bautizo, pero en algunos casos los bautizados no quieren pecar, buscan la salvación extrema de su alma y se dejan morir.

Aunque todos los creyentes quieran ser bautizados para salvar sus almas y que éstas suban al cielo al lado del verdadero Dios, no todos ellos pueden recibir el *consolament*. Tan sólo les queda la oportunidad a través del sacramento a los moribundos. Para asegurarse el bautismo antes de morir, sellan un acuerdo con los perfectos. La *convenenza* es una especie de pacto o de favor que realiza el creyente a través del cual le pide al perfecto que antes de morir le bautice, ya que, por llevar un tipo de vida determinado o por su profesión, no puede recibir el *consolament*.

Los cátaros conservan otros rituales que les acompañan durante el resto de su vida. El catarismo es una religión que no acepta ningún tipo de símbolo ni de imagen, pero que posee algunos rituales que, de hecho, no difieren en absoluto de los Evangelios. Uno de ellos es el *apparelhamentum*, confesión que realizan todos los Buenos Hombres una vez al mes. Estas confesiones, al igual que todos los actos de los cátaros, son públicas. A pesar de ello, en contadas ocasiones, cuando un perfecto ha cometido un pecado de gravedad, la confesión se realiza de manera privada entre el perfecto y el obispo.

Otro de los ritos que realizan los cátaros, y quizás el más utilizado, es el *melhiorament*, consistente en arrodillarse tres veces ante el perfecto o la perfecta rezando una oración. Cada vez que se arrodillan, deben decir:

> "Buenos cristianos, dadnos la bendición de Dios y la vuestra. Rogad a Dios por nosotros, para que nos proteja de una mala muerte y nos conduzca a un buen fin, entre las manos de fieles cristianos".

El perfecto o la perfecta se dirigen entonces al creyente de la siguiente forma:

> "Recibid la bendición de Dios y la nuestra. Que Dios os bendiga, arranque vuestra alma a la mala muerte y os conduzca a un buen final".

En realidad, los creyentes no se arrodillan ante los perfectos como hombres, ya que para ellos el cuerpo procede del maligno, sino que es una reverencia hacia su alma purificada.

Melhiorament significa literalmente mejora. Los creyentes no están bautizados y, por tanto, mejoran su condición mediante este ritual para obtener, al final de sus días, la salvación de su alma.

La liturgia cátara no finaliza con estos ejemplos. Existe un rito más, parecido al católico, pero que en sí mismo dista en mucho del rito oficial de la Santa Sede. Es la bendición del pan. La vida de los cátaros se realiza prácticamente en comunidad. La oración, la predicación, pero también las comidas. La bendición del pan es el rito con que se inicia cualquier comida. El perfecto o el anciano de la comunidad coge el pan y lo parte mientras reza el *Pater*. Es una liturgia totalmente ligada a la oración dominical. Mientras el anciano reparte el pan, los comensales piden la bendición. El pan bendecido que sobra se guarda para una próxima comida. La bendición del pan de los Buenos Hombres nada tiene que ver con la eucaristía católica. El pan no representa el cuerpo de Cristo. No pueden concebir que el cuerpo, signo material del maligno, esté representado en una porción de pan. La bendición del pan significa vida, no muerte.

La Iglesia de los Buenos Hombres se revela como un nuevo cristianismo, con sus rituales y su dogma totalmente distintos a la Iglesia católica, pero, al igual que ésta, pronto se hace necesaria a los cátaros una organización que les facilite predicar y vivir en función de sus creencias. La manera en que viven su fe, no desde la privacidad sino de una manera totalmente pública y abierta, provoca la necesidad de organizarse jerárquica y territorialmente.

La organización de la Iglesia cátara

La Iglesia cátara se ha extendido por el norte de Francia, Flandes e Italia, pero en ninguna de estas zonas se ha llegado a consolidar, ya que la Iglesia católica y muchas veces la propia población se han encargado de ahogar este nuevo evangelismo que rompe con los preceptos tradicionales.

En Occitania existen comunidades cátaras que son autónomas unas de otras. Están ligadas entre sí por el motivo obvio de compartir un mismo objetivo, pero están estructuradas como las primitivas comunidades cristianas. Son pequeñas y muy independientes. Cuando tiene suficientes miembros, la comunidad cátara se estructura mediante la elección de un obispo, que dirige la congregación, y de un cierto número de diáconos que aseguran la propagación del mensaje de Dios por todo el territorio, así como la administración de la comunidad en ausencia del obispo.

Los cátaros del sur francés viven en sus comunidades mientras rezan y trabajan en las casas que tienen como centro de reunión y oración. Es la clara representación del primer cristianismo, de la pureza de la tradición y de la visión de la vida a través del Evangelio.

Pero en el aire comienza a flotar un espíritu diferente, la necesidad de organizarse y coordinarse.

Las comunidades cátaras se presentan ante Nicetas, el gran obispo bogomilo, en la reunión de San Félix de Caramán, cerca de Albi, en el año 1167. Por primera vez se reúne un concilio cátaro bajo el consentimiento de los nobles de la zona. Acuden las cuatro comunidades del sur de Francia, el obispo Nicetas, representante de la Iglesia del norte de Francia y, por último, Marcos, un cátaro italiano. Les acompañan centenares de perfectos que en absoluto quieren perderse el primer concilio de su Iglesia.

El Concilio de San Félix es importantísimo para el futuro de la herejía. En él no se discute el funcionamiento estricto de la Iglesia, ni tampoco se debate cuál es su objetivo. Bajo la atenta mirada del viejo y experimentado Nicetas, San Félix significa la edificación real de la Iglesia cátara en Occitania.

El acta final de San Félix, más que un documento dogmático, es un escrito organizativo y estructural de la Iglesia cátara. Se consigue pasar de una estructura pequeña y desorganizada a crear una red de comunidades muy bien delimitadas territorialmente y perfectamente organizadas bajo el objetivo común de mejorar la gestión de las comunidades; pero, sobre todo, de mejorar la difusión de la fe a través de la predicación.

El acta de San Félix finaliza con el reconocimiento como obispados de Albi, Tolosa y Carcasona.

La creación de estos obispados conlleva, por tanto, la ordenación de nuevos obispos. Aquí aparece el viejo Nicetas, el obispo con más reputación, pero no el de más poder. Según los cátaros, los obispos son iguales a los demás, no deben tener más poder que el resto de los creyentes. Él es el encargado de ordenar, mediante el *consolament*, a estos nuevos obispos. Aunque a la reunión asisten ya diversos obispos ordenados, como el del norte de Francia, éstos vuelven a recibir la ordenación de manos de Nicetas.

La organización territorial de las comunidades cátaras queda fijada en San Félix. Aunque los cátaros ya poseían con anterioridad una clara estructura interna donde quedaban definidas las responsabilidades de cada miembro de la comunidad (la comunidad cátara se estructura entre los obispos, los diáconos, los perfectos y los creyentes, cada uno de ellos con un papel fundamental en la formación de este nuevo evangelismo), si hay un hecho en que la estructura organizativa es importante es en la transmisión del mensaje evangélico por todo el territorio occitano, ya que, con su predicación, llegan a todos los estamentos sociales, desde los más altos hasta el pobre campesino. Los obispos, los perfectos y los creyentes son las piezas clave para que el mensaje del Dios bueno llegue a todos los rincones de la Occitania. Por esta razón, el catarismo es muy peligroso para la Iglesia católica.

El obispo es el máximo jerarca de la Iglesia cátara en su territorio, pero ello no significa que sea el personaje con más peso. No existen ni cardenales ni papas por encima de ellos. No se puede identificar de ninguna manera a los obispos cátaros con sus homónimos católicos. Los obispos cátaros viven en las casas dirigidas por las perfectas, lejos de la suntuosidad y de las riquezas de los prelados de la Santa Sede. Son gente sencilla y su potestad para realizar y presidir cualquier ritual es lo único que les diferencia de los perfectos y de los creyentes. Son los encargados de realizar las ceremonias de mayor trascendencia. El jerarca hereje sabe que es pobre y humilde y vive en total coherencia con su condición.

La estructura organizativa de los cátaros empieza por la figura del obispo. Las diferencias con la Iglesia católica se hacen más notorias

cuando se observa la vida de unos y otros, cuando la gente de los pequeños pueblos y de las ciudades observan y escuchan al pomposo obispo católico o al prudente y siempre humilde Buen Hombre.

El obispo cátaro no vive en grandes palacios ni lleva lujosas ropas. Tan sólo es un miembro más de la comunidad, eso sí, con la autoridad para dirigir y organizar el grupo de creyentes de su territorio. Vive en las casas que regentan las damas cátaras y su dedicación es exclusiva a la oración y a la predicación. A pesar de vivir en estas casas, suele viajar a distintos lugares para llevar el mensaje de Dios. Recorre el país acompañado de un *socius* o diácono formado por él mismo. La costumbre cátara es la de nunca viajar solos, siempre en pareja. En realidad, el *socius* es quien organiza todo el viaje y tiene asimismo la potestad de presidir cualquier ritual.

La Iglesia en su totalidad elige a unos obispos auxiliares para que ayuden en todo lo que puedan al obispo. Son el hijo mayor y el hijo menor. El objetivo principal de estas dos figuras es la de ayudar al obispo y prepararse para –cuando éste muera– sustituirlo. Entonces el hijo mayor es designado obispo y el hijo menor pasa a ser hijo mayor. Por regla general, el nuevo obispo es elegido por la totalidad de la comunidad, aunque, como viene predeterminado, el hijo mayor ocupa su lugar. Así se evita el vacío que causa la muerte del obispo.

En toda fe existen aquellos que vuelcan su vida a la predicación y a una vida austera que les conduzca al cenit dogmático. Muchos escogen el camino del ascetismo, el retiro al desierto para acercarse a Dios; otros siguen una vida santa con el mismo objetivo. El horizonte de estas personas no se encuentra en una tierra física, ni tan sólo en un cielo narrado en unas escrituras. El verdadero espacio de estos personajes es el mundo entero, el territorio máximo donde puedan llevar y explicar la palabra de Dios.

En cualquier religión, y sobre todo cristiana, los sacerdotes deben llevar una vida austera, de rezo constante y de propagación con humildad de los Evangelios. Según esta premisa no debería haber ninguna diferencia entre un sacerdote católico y uno cátaro, pero la realidad es otra. El modo de vida de unos y de otros es radicalmente distinto, incluso años después de la instauración de la reforma gregoriana.

Los sacerdotes deben dar ejemplo. Ejemplo de religiosidad, de santidad, pero también de humanidad, y para ello deben tener conocimientos de todo aquello que afecta a Dios y al hombre. Los sacerdotes cátaros suelen ser mucho más cultos que los católicos. Se permiten poder debatir con ellos cualquier cuestión teológica sin ningún temor a quedar en ridículo. He aquí una de las grandes razones del triunfo del catarismo. La Iglesia católica se ve incapaz de competir cultural y teológicamente con los clérigos herejes. Los cátaros son capaces de llegar a cualquier capa social, visten con humildad y transmiten un mensaje creíble. Para la población del medievo francés es más fácil creer en los Buenos Hombres, más próximos a ellos, que en los lejanos y suntuosos obispos católicos, cargados de joyas y preocupados por cobrar el diezmo a los más pobres. La clase sacerdotal cátara queda englobada en los mal denominados por los inquisidores como perfectos.

Perfecto es el nombre que los inquisidores dan al sacerdote cátaro, a los Buenos Hombres, cuando son descubiertos y llevados ante la justicia para ser condenados a la hoguera. Por esta razón, el término perfecto no es utilizado entre los miembros de la comunidad.

Los perfectos son aquellos creyentes que, después de un largo tiempo de preparación, reciben el *consolament* como bautismo y como ordenación y se convierten en sacerdotes con la potestad de poder predicar y rezar el *Pater*, la oración dominical. Realizan el bautismo a una edad con voluntad propia para decidir el camino que quieren realizar. Los cátaros rechazan por completo el bautismo de un niño por el rito del agua bendita, ya que alegan que el niño no puede decidir ni saber qué es lo que está recibiendo.

Una vez consolados, los perfectos tienen la misión de predicar, sobre todo los domingos y días festivos, y pueden otorgar el *consolament* a otros creyentes que decidan libremente dar el paso hacía una vida totalmente ascética.

Su vida es humilde, casi pobre. Visten con ropas totalmente negras, larga la cabellera y densa la barba (durante los momentos de mayor crueldad de la persecución de los cruzados, se afeitan la barba, visten ropas normales y se cortan el pelo para no delatarse). Las mujeres perfectas visten también de negro, con el pelo totalmente recogido y

cubierto. Todos los perfectos y perfectas llevan siempre encima el Evangelio de san Juan, su gran arma para predicar el mensaje de Dios. Suelen vivir en comunidad en las casas cátaras, pero siempre separados los hombres de las mujeres. Los hombres pueden estar acompañados de ellas, pero sin el menor contacto físico. Incluso, al cabo de las ceremonias, con el beso ritual, lo hacen a través del libro sagrado.

El pecado carnal es el más grave en el que puede caer un perfecto o una perfecta. Las perfectas tienen bastante complicado caer en dicho pecado, ya que viven en las casas vigiladas constantemente por obispos y diáconos. El hombre perfecto sí que debe superar constantes pruebas de castidad. Durante los viajes con mujeres, y para despistar a los inquisidores, duermen juntos, siempre vestidos, y ni tan siquiera se rozan, aunque en ocasiones se produzca, como es lógico, algún desliz.

Jurar y mentir suelen ser pecados muy graves para los Buenos Hombres. Quizás la prohibición de mentir sea el pecado que más dificultades les conlleva, sobre todo ante las preguntas del Santo Tribunal. Durante los primeros años de predicación, difícilmente mienten, ya que su vida está dedicada al apostolado, pero los problemas surgen cuando empiezan a ser perseguidos y el nudo de de la Inquisición les aprieta. Cuando son llevados ante el Santo Tribunal y los temibles inquisidores les preguntan si son buenos cristianos, no saben engañar. Su justa coherencia dogmática les conduce de cabeza a la hoguera.

Su ordenación como Buenos Hombres hace que sus almas no vuelvan a reencarnarse en otro cuerpo, sino que, al morir el cuerpo, el alma ya purificada se reúna con el verdadero Dios. A pesar de ello, los perfectos y perfectas purifican el alma cada día mediante sus continuos rezos, la meditación y la predicación. Al estar convencidos de que el alma se purifica pero el cuerpo es un ente material que proviene del maligno, cuidan muy poco de sí mismos. Suelen ayunar con frecuencia a pan y agua. No comen ningún tipo de carne, ya que la carne es corrupta y proviene de un animal muerto. Acostumbran a comer verduras, frutas y beber un poco de vino. También aceptan tomar pescado. Durante la Edad Media se cree que el pescado surge espontáneamente del agua.

Son los compañeros inmejorables para compartir reuniones y mesa. Siempre dispuestos a predicar la palabra de Dios en cualquier lugar, aprovechan incluso las comidas en casa de los creyentes que los invitan.

Cuando caen en alguna pequeña ligereza, son ellos mismos quienes se autoimponen las penitencias. Si el pecado proviene de comer carne, se obligan más días de ayuno. Una vez al mes deben asistir al *servicium*, la confesión de los pecados en público. Si el perfecto comete un pecado grave, el obispo o el diácono les confiesa en privado.

A diferencia de otros movimientos contemporáneos, los perfectos creen que deben subsistir de su trabajo y nunca de la limosna. Suelen tener diversos oficios: los más frecuentes son los tejedores y comerciantes. Es usual ver en las casas cátaras a mujeres y hombres tejiendo. De hecho, los cátaros también son llamados tejedores.

Y no es sorprendente que uno de los oficios más destacados sea el de comerciante. El comercio les permite viajar y conocer nuevos territorios dónde predicar.

Durante años surge un gran numero de perfectos. Los seguidores del catarismo ven en ellos el modo para llegar a la plenitud espiritual. No es de extrañar que la mayoría de los creyentes desee alcanzar la vida espiritual de los Buenos Hombres. La cantidad de perfectos desciende durante la cruzada, pero no sus partidarios. Detrás de cada perfecto existe una gran masa de personas, hombres y mujeres que creen en sus enseñanzas, que viven para alcanzar la liberación del espíritu y que les defienden a ultranza, incluso escondiéndolos de los inquisidores y los cruzados.

Los creyentes son todos aquellos que componen la comunidad cátara pero que no han sido bautizados mediante el *consolament.* La vida de los creyentes viene determinada por su situación de encontrarse a mitad de camino entre el bien y el mal. Son conscientes de que pertenecen al mundo formado por el maligno, pero dedican su vida a purificar su alma para que sea finalmente liberada de la atadura del mundo material. Observan y tienen como ejemplo a los perfectos. El perfecto debe ser el guía para estas pobres almas encarceladas, pero el creyente tiene que adoptar una vida de purificación que

le conduzca hacia el conocimiento del bien y a convertirse en sacerdote de su Iglesia.

La vida de los creyentes es absolutamente normal, igual a la de cualquier católico de la época. Sin embargo, la permanente consciencia de pertenecer al maligno les hace adoptar signos de vida parecidos a los de los perfectos. Se acogen a la prohibición de mentir, de jurar, no pueden rezar el *Pater* pero comen carne y no han de rezar a cada momento. Eso sí, saben que deben vivir en pureza y mejorar en el camino hacia la purificación. Un método para progresar en ese camino es el *melhiorament*, la triple genuflexión que realizan cuando se encuentran frente a un perfecto o una perfecta.

Al formar parte del mal y también del bien, el concepto de pecado no es tan grave ni tan extenso como en la religión católica. Hacen caso omiso del pecado carnal. Si bien es cierto que tienen en cuenta que el cuerpo es corruptible y que el sexo forma parte del mundo del maligno, también lo es que necesitan del nacimiento de niños y niñas para asegurar la reencarnación del alma y que ésta alcance la sabiduría y, por tanto, la salvación.

La reencarnación es un tema complejo, ya que, según las enseñanzas cátaras, un alma puede reencarnarse en un hombre, una mujer o un animal. Por tanto, se podría interpretar que padre e hija o madre e hijo no tiene ninguna vinculación familiar y que podrían mantener relaciones sexuales. Nada más lejos de la realidad, el hereje defiende que el incesto es pecado.

El matrimonio no está prohibido, pero la Iglesia cátara prefiere y difunde el concubinato. Los perfectos consideran que el matrimonio es una simple ceremonia para encubrir las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer y este hecho no es observado como pecado. En las épocas de asedio se llegan a realizar algunos matrimonios, aunque no en el sentido católico, sino como una unión de amor entre dos personas.

El objetivo final del creyente es vivir para salvar su alma evitando los pecados mortales, llevar una vida coherente con su pensamiento y mejorar día a día para que su alma sea finalmente liberada. Siempre bajo la dirección espiritual de los perfectos. Los creyentes buscan la manera de estar en contacto con sus perfectos, con sus sacerdotes, y lo

consiguen a través de la realización de las ceremonias y liturgias y mediante la asistencia a los debates públicos que se celebran entre cátaros y católicos antes del terrible acoso de la Santa Sede y los cruzados. El creyente debe dirigir su vida hacía el bien y pensar que algún día puede convertirse en un Buen Hombre.

La gran cantidad de creyentes que moviliza el catarismo demuestra la importancia y la influencia que ejerce sobre la sociedad civil de la Occitania medieval, pues afecta a todas las clases sociales y económicas.

Hay un aspecto principal en el que el catarismo ofrece un aire liberador y emancipador. Es el caso de la mujer. La mujer en la Edad Media vive absolutamente supeditada al hombre y al trabajo, sobre todo en las clases más desfavorecidas. La mujer no tiene apenas importancia en una sociedad en la que el hombre parece ser el dueño de todo. A pesar de las diferencias estamentales, la mujer del noble o la del artesano comparten el silencio. Silencio que no pueden romper, ya que la sociedad no se lo permite. La mujer del gran noble vive recluida en un castillo en el que no hay espacio ni para su propia intimidad. Los castillos poseen grandes espacios interiores y oscuros rincones para perderse por ellos, pero los aposentos de los señores son compartidos con las sirvientas. Además, durante este periodo, la habitación del noble está constantemente transitada, ya que allí es donde recibe a sus visitas. El mismo lugar en el que guerreros y nobles se sientan a conversar con el señor del castillo, es donde la mujer debe dormir, asearse y vestirse.

Así, la mujer noble queda en un segundo plano durante la Edad Media, ya que su papel pasa a ser meramente de comparsas de sus maridos.

El catarismo proporciona a la mujer noble un aire de libertad y una relevancia que no tenía entre los muros del castillo. Una vez convertida en perfecta, adquiere más facilidades para abrir una casa, en la que es casi siempre una maravillosa anfitriona de sus invitados. Además, los cantos de sirena del amor de los trovadores la inducen a disfrutar de una libertad y de un libertinaje desconocidos hasta ese momento. Blanca de Laurac y Esclaramonda de Foix son dos de las grandes damas cátaras de este periodo. Abren las puertas de sus casas

y de sus corazones al nuevo cristianismo y son las encargadas de explicar sus nuevas creencias a hijas y nietas, a las damas de los castillos más cercanos y a las campesinas que cultivan sus campos. Pero entre todas ellas destaca la *Loba.* Etiennette de Pennautier es la dama más bella conocida en toda Occitania. A pesar de estar casada con un Trencavel (la primera familia de la alta nobleza que adopta el catarismo), es normal que los trovadores y los nobles corran a cortejar a esta magnífica dama. Aunque pocos de ellos se llevan la recompensa de sus favores. Un solitario trovador canta melancólicamente:

> "*Et ab joi li er mos treus entre ge i e vent e neus. La Loba ditz que seus so, Et a. n be dreg e razo, y voto a que, per ma fe, melhs sui seus que no sui d'autrui ni meus*".
> (Voy hacia ella con alegría surcando el viento y la nieve. La Loba dice que soy suyo, Dios que está en lo cierto: le pertenezco más que a nadie, más que a mí mismo.

La manifiesta libertad y el gran protagonismo que adquieren las mujeres, sobre todo las nobles, provoca la ira de la Iglesia católica, que ve en ello el más impío de los pecados que puede cometer una mujer: el libertinaje. Por ello, decide perseguirlas, incluso con más saña que a los propios perfectos. Las grandes damas cátaras, dando gran muestra de fe y fidelidad a unos valores en los que asientan sus vidas, soportan la persecución hasta el final; incluso mientras las hogueras abrasan su dulce existencia, nunca se les oye gritar en contra de su religión.

La llamada de alarma de la Santa Sede se hace implacable. Su voz retruena en los pasillos y las enormes salas. Los obispos reclaman justicia divina y piden a los nobles occitanos que persigan a las herejes, incluso a sus propias madres. Lo cual no llega a suceder nunca, ya que ningún católico, por muy devoto que sea, se ve capaz de perseguir a aquella mujer que le ha dado la vida y le ha criado. En realidad, los nobles occitanos bastante trabajo tienen en controlar a sus bellas damas, que corren el peligro de ser perseguidas por encantadores trovadores y por intrépidos nobles.

La familiaridad y la frecuencia con que todo el mundo cruza el aposento de la señora crea situaciones embarazosas. Los castillos son propicios para la relajación y la lujuria. En Occitania, los nobles, sobre todo porque no se decantan especialmente por el arte de guerrear, prefieren luchar con las hermosas damas para ganar sus servicios carnales. Aunque no hay que engañarse. A pesar de esta pretendida libertad, la mujer siempre está subyugada al dominio masculino. La presión psicológica a la que están sometidas es muy fuerte. Siempre deben estar preparadas para cuando llegue su marido y, con todo, puede ser repudiada por el simple hecho de ya no gustarle al señor o por cualquier motivo sin sentido. La mujer del burgués, seguramente más rica que la del señor feudal, sufre las mismas situaciones. Aunque tiene más dinero y se puede permitir el lujo de comprar ricos ropajes y caros maquillajes, sufre la soledad del marido mientras acogen a amantes para, incluso, tan sólo conversar.

El destino de la mujer es el de estar maniatada por el yugo marital, pero en una sociedad donde el libertinaje es muy usual, las mujeres utilizan su belleza como arma y signo de libertad. Desde la aparición de los trovadores, el amor deja de ser un acto sucio para convertirse en un juego apasionado. La mujer se ve realizada con el amor cortés e impulsa el juego con diferentes amantes. Es posible que el libertinaje sea utilizado por las mujeres nobles y burguesas como un símbolo de poder, de dejar de estar ligadas a las decisiones del noble. En definitiva, ellas juegan y son las que deciden sobre su cuerpo. Es una reacción contra el orden social establecido y contra las vejaciones que sufren en manos de sus esposos durante siglos de dominación del hombre.

Por el contrario, las campesinas y las mujeres de los jornaleros no tienen forma de luchar contra la desigualdad que sufren. Su situación económica tan opresiva que no pueden pensar en una posición mejor.

Las mujeres que son repudiadas, las viudas o todas aquellas que por razones familiares o económicas se encuentran en una situación de soledad y de casi pobreza, suelen retirarse tras los gruesos muros de los conventos católicos. La vida en el convento es tranquila, placentera y con la casi seguridad de comer todos los días. Desarrollan una

vida de oración y contemplación en silencio. A pesar de su aparente tranquilidad, la vida en los conventos no deja de ser la misma que fuera. Están sometidas al sistema feudal que tanto les priva de libertad. Poco pueden hacer y menos pueden protestar.

La verdadera emancipación de la mujer llega, curiosamente, a través de la religión. Durante los siglos XII y XIII, la aparición de nuevos evangelismos como los valdenses y los cátaros le da la oportunidad de ser libre incluso para predicar. Dos novedades son las que aportan los valdenses al mundo religioso del siglo XIII: la predicación del Evangelio en cualquier lugar y en lengua vulgar, y la implicación en la predicación por parte de las mujeres.

La mujer necesita sentirse útil y libre. Libre para andar por el mundo, libre para vivir y libre para expresarse como quiera. Durante el siglo XIII, tan sólo el catarismo abre las puertas a la emancipación de la mujer en un entorno oscuro y cerrado. Las mujeres descubren que además del libertinaje para desmarcarse de los hombres, el mundo religioso les concede esta oportunidad. Son muchas las que buscan el abrigo de la nueva herejía al descubrir que también ellas pueden luchar por la salvación de sus almas. El catarismo les ofrece refugio, a ellas y a su alma, les enseña la manera de acercarse a Dios y de vivir dignamente y, sobre todo, las prepara para seguir una vida según los Evangelios de predicación y amor a Dios.

Las mujeres pueden acceder a ser perfectas. No hay ningún impedimento para llevar a cabo las mismas acciones que los hombres. La mujer que quiere llegar a ser Buena Mujer tiene que pasar por el mismo aprendizaje que los hombres y recibir el *consolament*. Una vez se convierte en perfecta, goza del mismo derecho y la misma obligación que cualquier perfecto: vivir de manera humilde y predicar la palabra de Dios. De todas formas, en la práctica las mujeres cátaras desempeñan un papel distinto al de los perfectos dentro de la estructura de las comunidades de los herejes. Las perfectas no se dedican a la peregrinación ni a la predicación itinerante. Normalmente dirigen las casas donde viven en comunidad, trabajan y presiden las ceremonias públicas. No llegan a tener el estatus de un diácono y tampoco pueden acceder al obispado; su misión fundamental es mantener viva

y latente la comunidad. En realidad, tienen el papel de grandes madres que cuidan de sus familias.

El lugar donde desempeñan su función de madres de la comunidad son las llamadas casas cátaras. Éstas son un tanto distintas a las de los perfectos. En estas casas, las mujeres conviven entre ellas como si se tratara de una sociedad igualitaria. Recibe el mismo trato la joven noble que la mujer de un campesino. Ése es uno de los mayores logros de las mujeres cátaras en el mundo feudal. Sus casas están abiertas a todo aquél o aquella que quiera acercarse y escuchar, hablar, predicar o trabajar. Son lugares de libertad, privilegiados, centrados en el recogimiento y en el trabajo. Todo ello conduce a una vida más pura y, por tanto, a la salvación del alma.

El catarismo acerca a distintas clases sociales, muy separadas entre sí por el sistema feudal. En Occitania, y también en otras zonas europeas, la religión de los Buenos Hombres es acogida por clases tan distantes como la nobleza y el campesinado. Occitania se revela como un territorio propicio a los contactos entre las diversas clases sociales, ya que la vida se desenvuelve en los pequeños burgos donde se mezclan los nuevos burgueses, con los artesanos y la, casi siempre, decadente aristocracia feudal.

La implantación social del movimiento cátaro

Es en Occitania donde el catarismo llega a profundizar con más intensidad. Su doctrina fluye entre las capas sociales como el agua en la tierra. Nadie puede detener su influencia. Los primeros años de su aparición, la herejía deviene un movimiento totalmente elitista. Por diferentes motivos, cuaja en la alta y la pequeña nobleza y en la burguesía. Aunque son estas dos últimas las que realmente acogen el nuevo evangelismo como una religión y no como un divertimento social. Los campesinos, incultos y llenos de supersticiones, no asumirán la nueva religión hasta muy al final de su existencia. Lo curioso es que el pueblo, la gente de condición más baja, es el que al final del camino defenderá al catarismo a ultranza, incluso hasta llegar a sacrificar su vida por él. De hecho, la nueva religión se mantiene durante tantísimos

años al ganar, poco a poco, como fieles seguidores a las clases más populares.

La alta nobleza se toma el catarismo como un juego. Como algo que ve diferente a los vetustos predicadores católicos y como una manera nueva y distinguida de conseguir la salvación del alma. Pero durante años esta alta nobleza se ha ido empobreciendo debido a la división de sus territorios y a que han de compartir las ganancias con algunos copropietarios. En poco tiempo se va debilitando de tal manera que tan sólo le quedan los divertimentos típicos de los aristócratas. Hasta hay campesinos que, materialmente, son más ricos que ellos. Además, la gran nobleza va perdiendo peso en las grandes ciudades, allí dónde ha aparecido una nueva clase social, la burguesía, que se convierte en un poder político real y coloca a gente de confianza, los cónsules, para dirigir las grandes urbes. En cambio, la pequeña nobleza, que no tiene otro remedio que adaptarse a su situación, se acerca a los cátaros de corazón, ya que para el pequeño noble éstos constituyen la salvación en un mundo que no les es muy favorable.

La gran nobleza occitana, al igual que toda la nobleza europea, se caracteriza por vivir y pensar tan sólo para la guerra y las influencias políticas, en definitiva, para el poder. A ella no le importa la existencia de un grupo más o menos numeroso cuyo interés es viajar y a predicar un nuevo estilo de cristianismo. Los nobles suelen ser bastante incultos y dedican la mayor parte de la jornada a preparar combates, a celebrar grandes festejos y a divertirse lo máximo posible; a vivir bien, como Dios manda. Sus pretensiones por un territorio determinado o por una celebración concreta aparecen en función de los intereses que tengan, pero, sobre todo, se dejan influir por los miembros de la pequeña nobleza que tienen a su alrededor. Este factor queda perfectamente demostrado con el catarismo. Si la alta nobleza abraza la nueva religión no es porque sean grandes devotos ni porque de repente hayan visto la luz divina, sino que acogen, con gusto, la moda que proviene de sus vasallos (si bien es cierto que algunos de los grandes nobles acogen y defienden con profunda sinceridad el catarismo, eso sí, a su manera). Es el caso de las dos grandes familias nobles de la Occitania del siglo XIII: los condes de Tolosa y los condes de Foix,

además de los Trencavel antes mencionados. Por motivos diversos y por circunstancias distintas, protegen a los herejes hasta el punto de perder sus territorios e incluso la vida. Los perfectos suelen reunirse en los patios de sus castillos para predicar el mensaje de Dios a la luz de las antorchas y del brillo de la luna. Los grandes nobles incluso llegan a permitir, más adelante, que se produzcan duelos teológicos entre prelados católicos y perfectos cátaros sin ningún peligro para estos últimos. De esta forma, la alta nobleza occitana ejerce un vínculo de protección hacia el mundo cátaro.

La pequeña nobleza y los caballeros se comportan de una manera muy distinta con el catarismo. Abrazan de verdad la nueva religión, sin reservas. Se abren totalmente hasta este nuevo mundo que les promete más libertad y la salvación de sus almas. Con el movimiento cátaro comparten muchas ideas y maneras de vivir. La pequeña nobleza suele ser pobre y es en sus envejecidos castillos dónde realmente se expande el catarismo a través de los encuentros diarios con los perfectos. En los patios de sus castillos se mezclan los comerciantes con los campesinos y los perfectos. Todos ellos, incluso los nobles, tienen una cosa en común: una vida humilde y pobre. Los castillos de esta menguada nobleza no son tales, ni siquiera grandes edificios con inmensas murallas preparadas para luchar y soportar los interminables asedios. Son ciudadelas, burgos, que se forman a partir de la fortificación de diversas comunidades en las que viven los campesinos, los burgueses, los comerciantes y los nobles. Menerba y Las Corberas son dos ejemplos de estos burgos que tanto han ayudado a la proliferación de la herejía. En estos asentamientos se entremezclan los tejidos de la verdadera sociedad occitana. Una sociedad sin muchas distinciones, donde la prosperidad de unos va ligada a la mayor productividad de otros, donde el campesino tiene en sus manos el futuro del comerciante y donde el burgués controla el porvenir del campesino, vende sus productos en los mercados y gana dinero para mejorar la producción. Incluso donde sobrevive en mejor posición la nobleza, que controla los ingresos procedentes de sus tierras. El catarismo se expande a través de estas comunidades con una facilidad pasmosa. Los perfectos se sienten útiles y cómodos predicando tanto entre nobles como entre

comerciantes. Su gran versatibilidad es su riqueza y su adaptación al medio su victoria.

El catarismo y el comercio

El catarismo fundamenta parte de su éxito en ser un movimiento que encaja perfectamente con los nuevos aires comerciales que aparecen en el siglo XIII. Occitania se encuentra en un cruce entre una zona de características feudales y un territorio de gran expansión comercial en la que confluyen todo tipo de mercancías provenientes de todos los puertos del Mediterráneo. La organización cátara parece estar hecha a medida para convivir en un mundo mercantil. Los sacerdotes cátaros, los perfectos, viajan constantemente para predicar la palabra de Dios. En sus viajes, se acercan a las zonas de comercio e incluso ellos mismos comercian para poder subsistir. La filosofía cátara es que los Buenos Hombres deben trabajar para alimentarse, al margen de las ideas cluniacenses, en las que la contemplación es el objetivo principal de la vida. Es por ello que los burgueses y la pequeña nobleza aceptan de buen grado a los cátaros. Los identifican con los mismos lugares que ellos frecuentan, los ven vendiendo en los mercados y predicando en las casas. No son unos desconocidos.

Por su parte, la burguesía emergente todavía no se acomoda a los nuevos tiempos. El territorio rural deja de ser su ámbito natural para pasar a serlo el urbano. En las ciudades se relacionan con comerciantes de otros lugares y venden sus productos en los mercados. Es un tipo de burguesía que se parece mucho a la nobleza, ya que tan sólo comercia a través de intermediarios, pero no es la burguesía que se acerca a los cátaros.

Los comerciantes, por entonces, se ven maniatados por los preceptos establecidos en el importante concilio de Letrán del año 1097, porque la Iglesia católica establece como usura, y, por tanto, pecado, cualquier tipo de crédito que realicen los fieles. La clase comerciante se ve perjudicada por esta prohibición, puesto que para comerciar se precisa de la letra de cambio. La primera letra de cambio aparece durante esta época en Tolosa. La Iglesia católica rechaza cualquier intercambio

prestatario entre cristianos, mientras que los cátaros no lo consideran así. Por ello, la burguesía ve una luz de esperanza en el catarismo. Para ellos representa la posibilidad de conseguir la salvación del espíritu a través de un cristianismo que no se entromete en los problemas materiales. Mas aún, a pesar de ser una iglesia en la que sus sacerdotes transmiten una gran humildad, es una iglesia rica. No es suntuosa como la católica, no posee grandes palacios ni los prelados visten con rojas y preciosas sedas. La Iglesia cátara es rica porque todos sus creyentes y los perfectos trabajan para vivir y mantener las casas donde viven y predican la palabra de Dios.

La buena gestión de sus trabajos y su honradez les convierte en merecedores de la confianza de la nueva burguesía. De hecho, se parecen mucho a ellos. No es una religión que construya catedrales ni compre grandes territorios para edificar monasterios. Todo el dinero que ganan lo utilizan para la administración de sus casas y como depósitos monetarios en el mercado.

La experiencia, su rectitud y su gestión hacen que los comerciantes confíen en los cátaros para que les guarden y les administren enormes cantidades de dinero. Los cátaros se convierten así en potenciales banqueros. De esta forma, el catarismo penetra en una sociedad que, aunque posea grandes riquezas, está desamparada espiritualmente. La conversión de la burguesía al catarismo no es absoluta, pero sí muy importante para que este cristianismo se expanda y arraigue cada vez más en la sociedad occitana del siglo XIII.

Otra vía muy importante para la expansión del catarismo la constituyen los artesanos. El artesano es aquel que fabrica un producto y lo vende él mismo en una tienda que, por norma general, esta situada en su propia casa. Y fabrica todo tipo de mercancías, desde zapatos a vasijas. Pero si hay un artesano que destaca entre la sociedad artesana occitana es el fabricante de tejidos. Los paños son útiles para todo tipo de actividades. Tejen desde paños de lujo hasta telas para vestir. Esta actividad artesanal es la que consigue una mayor aceptación de los ciudadanos hacia los cátaros, ya que la mayoría de ellos trabajan como tejedores. Los artesanos, a través de las organizaciones de defensa de sus intereses, establecen una red que favorece la implantación cátara.

En alguna de estas organizaciones, como en el caso del textil, la totalidad de sus miembros pertenece a la herejía.

A pesar de que la burguesía es totalmente favorable a las tesis cátaras, el catarismo no se difunde de una manera definitiva en las ciudades. No es un movimiento urbano, ni tan siquiera rural. Se origina y crece entre la pequeña y mediana nobleza. Las ciudades, sobre todo las más importantes, no abrazan el catarismo como algo propio. Esto no significa que sean contrarios. Los habitantes de las ciudades occitanas suelen tolerar sin ningún problema a los perfectos que se encuentran entre ellos, en las plazas, en las calles y comerciando en cada uno de los mercados.

La Iglesia católica en las grandes ciudades

La herejía encuentra sin embargo un freno en las grandes ciudades. Éstas son sede de los grandes obispados católicos. Por lo tanto, como baluartes de la Santa Sede, protegen al máximo la espiritualidad de sus conciudadanos. Y no únicamente eso, sino que la mayoría de las veces los párrocos urbanos suelen ser más cultos que los rurales. Por tanto, su capacidad de discusión con los perfectos cátaros es mayor. De todas formas, ello no impide que exista cierto movimiento cátaro dentro de las ciudades, aunque tan sólo sea por el apoyo incondicional de la burguesía comerciante.

Por otra parte, las grandes ciudades no dejan de ser vasallas de un noble y, por ello, se sitúan del lado de sus señores. Sin embargo, la sociedad civil de ciudades como Tolosa y Carcasona acepta al catarismo como algo natural y, cuando se inicia la cruzada contra los albigenses, son estas ciudades las primeras en defenderlos y en no entregarlos a los prelados católicos para que sean quemados en la hoguera. Los cónsules, el verdadero control político de las urbes, se niegan a aceptar la entrega de perfectos. El ejemplo más claro es la lucha hasta el final del conde Raimundo VII de Tolosa para que la cruzada no ataque ni sus territorios ni, por supuesto, a sus vasallos.

En resumen, el catarismo es un movimiento elitista en sus inicios. Por ello, su difusión entre el campesinado es casi nula en los primeros tiempos de su existencia. Aunque al final de la cruzada serán los

campesinos quienes defenderán hasta la muerte a los perfectos. Los primeros viven en una sociedad, rural, muy tradicional y plagada de supersticiones. Además, el continuo y agotador trabajo que deben realizar en el campo les impide reflexionar sobre hechos que no sean directamente la cosecha, el hambre o las enfermedades. Más tarde, al convertirse en pequeños burgueses rurales, tienen más tiempo para alimentar su espíritu con nuevos planteamientos religiosos. A pesar de no ser un movimiento rural, los perfectos frecuentan las aldeas y son acogidos muchas veces por las familias campesinas. Poco a poco, la sociedad rural va tomando conciencia de que la Iglesia católica le está usurpando toda la productividad de sus campos y, encima, les obliga a pagar impuestos como el diezmo. Su lucha para la liberación de estas cargas se convierte en aceptación de los cátaros. Ven en ellos a hombres humildes que les enseñan ideas agradables y que no les piden dinero a cambio. Aunque el catarismo nunca ha sido un movimiento popular durante los últimos años, antes de su aniquilación, son los campesinos quienes encabezarán la defensa de este nuevo cristianismo.

El movimiento cátaro representa una tremenda dualidad en un mundo en que el Dios castigador y la guerra son las principales fuentes de riqueza espiritual y económica. El catarismo no bebe de la misma fuente que la Iglesia católica. Rechaza la idea en sí misma de la sociedad en la que se desarrolla. Desecha cualquier tipo de violencia, tanto sea la guerra, como los divertimentos, aristocráticos, como la caza. El mundo feudal pertenece al mundo del maligno. La jerarquía, el poder y la muerte son obra del maligno, no del Dios de la Verdad. El surgimiento de este nuevo cristianismo abre una profunda brecha en la sociedad feudal. La herejía representa el final de una época oscura y el inicio de la luz. Significa el fin del feudalismo como concepto de vida. Por esta razón, la Iglesia católica percibe este movimiento evangélico como el más peligroso de toda la historia. Paradójicamente, el catarismo, siendo el causante de la herida de muerte del feudalismo, se desarrolla inicialmente a través de él y de sus máximos representantes, los nobles.

El desarrollo de la Iglesia de los Buenos Hombres va desgajando poco a poco los cambios políticos y sociales en la Occitania medieval. Su dogma nos abre un mundo nuevo que, sin embargo, es reflejo de

aquellos primeros cristianos que siguieron los preceptos de Jesús y sus apóstoles. Los Buenos Hombres representan aquello que, con toda seguridad, los seguidores de Jesús reclamaban: honestidad, humildad y santidad. Por todo ello, la herejía se difunde rápidamente por todo el territorio. Es cierto que la Occitania del siglo XIII posee una serie de condicionantes que facilitan la entrada de este nuevo cristianismo. Pero tampoco se puede olvidar que los cátaros hablan en nombre de Dios y se creen los directos representantes de los apóstoles. Desde los patios de los castillos, con sus sermones, los viejos perfectos se ganan uno a uno a sus adeptos.

Tiempos peores se avecinan. Los vientos del Norte traen susurros de guerra. Inocencio III, seguramente el papa más importante de la Iglesia medieval, abre las puertas a una cruzada contra los propios cristianos. Apoyado por la ambición de la Francia del Norte, Occitania y los Buenos Hombres no pueden escapar a los terribles zarpazos de los cruzados. A partir de ahora, la guerra, la Inquisición y las espantosas quemas de herejes marcarán para siempre de forma sangrienta la historia de este hermoso territorio y sus bellas historias de amor.

El peligro latente

Desde el momento en que el catarismo aparece como una iglesia más pura y a la vez más asequible y más sencilla para la gente del Languedoc, la inquietud empieza a mostrarse en las mentes de aquellos que dirigen el catolicismo más estricto, en especial el papa.

El catarismo surge como una fuerza demoledora capaz de destrozar cualquier edificio espiritual, por muy fuertes que sean los cimientos. La nueva herejía ha fomentado su fuerza en saber expresar de una manera humilde y sencilla su doctrina, pero también aprovechando las circunstancias sociales y políticas implantadas en la Occitania medieval. El catarismo oscila entre su origen noble y su difusión a las capas más desfavorecidas.

La nobleza y la burguesía buscan en el nuevo cristianismo un punto de apoyo para su propio desarrollo. La incipiente burguesía es quien más se aprovecha de la nueva fe. Su crecimiento es paralelo a la nueva Iglesia. Acatan toda la doctrina, pero a su vez el catarismo absorbe todas las técnicas comerciales inherentes a estos nuevos fieles. Eso no significa que toda la burguesía sea cátara, ni mucho menos. Pero la mayor parte de ella se convierte a la fe promovida por los viejos perfectos. La nobleza, por su parte, acepta la fe cátara con el distanciamiento de apreciarla como una nueva moda, algo que es circunstancial y que la divierte. Las dos clases sociales más privilegiadas acogen la nueva doctrina como algo que les puede ayudar a su propio crecimiento.

La nobleza occitana se encuentra en un momento crucial. Tiene el suficiente dominio territorial para establecer un Estado, pero es demasiado pobre y carece de poder real para crearlo. Y está alerta ante el interés de los Capetos, la dinastía reinante en el norte de Francia, de integrar Occitania a sus dominios. La nobleza occitana siempre ha estado bajo la atenta mirada de los nobles del norte francés, pero

también de los ingleses de la Bretaña y, sobre todo, en el pensamiento de los monarcas de la Corona de Aragón. Es un territorio permanentemente codiciado por los reinos vecinos, aunque una inteligente política de alianzas y de vasallajes ha permitido que los nobles occitanos mantengan su frágil independencia frente a la ambición territorial de los grandes reinos.

La vulnerabilidad de la Occitania medieval es propicia para que, bajo la excusa de una cruzada, los nobles de otros reinos intenten anexionársela. No se puede negar este afán de ocupación de las tierras occitanas cuando el mismo Inocencio III escribe a Felipe Augusto de Francia para que organice la cruzada contra los cátaros, con la condición de agregar las tierras del Sur a sus dominios.

> "Confiscad los bienes de los condes, de los barones y de los ciudadanos (...). No tardéis en unir su territorio a vuestro dominio real".

La cruzada o cualquier conflicto bélico medieval conlleva la modificación de las fronteras. La incorporación de los territorios conquistados es tan necesaria como lógica dentro del contexto de una Europa a medio civilizar. Las cruzadas son la respuesta bélica a un problema religioso. Aunque es fácil comprender que la guerra no es la solución para eliminar una creencia.

Más allá de cualquier consideración militar, no se puede considerar la cruzada contra los cátaros como un intento de ocupación territorial. Inocencio III llama a todos los nobles a unirse porque siente un gran desasosiego frente a la aparición de una nueva fe que perturba no tan sólo a un territorio, sino que significa el asentamiento de una nueva Iglesia paralela en el corazón de Europa, lo que conlleva un debilitamiento del catolicismo y la práctica aniquilación de los cimientos que empezó a crear Gregorio VII. Inocencio III, a través de los múltiples debates que se han producido entre los herejes y los católicos y, sobre todo, por la aportación de Domingo de Guzmán, es conocedor de la manera en que predican los Buenos Hombres y es plenamente consciente de que la mayoría de sus sacerdotes son culturalmente incapaces de rebatir cualquier dilema teológico.

El papa no sólo debe armar un ejército, sino que también tiene que formar un cuerpo teológico para desarmar el peligro hereje. La Europa del siglo XIII está convulsa y él debe poner orden. Su misión, al fin y al cabo, consiste en mantener y mejorar el legado pontificio de sus antecesores. Es vicario de Cristo y nada o nadie puede doblegar su voluntad.

La lucha contra la herejía introduce un elemento nuevo que hasta ahora no se había producido nunca: una guerra santa en Europa y contra cristianos. Para muchos nobles es difícil encontrar una excusa para someter a sus propios conciudadanos, a sus vasallos, a sus familias. Por eso esta cruzada es especial. No ataca ni somete a gentes de culturas lejanas y extrañas y en países que tanto da si quedan arrasados o no. Se mata a sus vecinos y se destruyen sus propias tierras.

Este nuevo concepto de cruzada provoca el enfrentamiento entre amigos y el resurgimiento de rencillas que siempre han estado latentes, pero que nunca, hasta ahora, se habían manifestado.

El destino lleva a reyes y a nobles a luchar, pero esta vez con el temible apoyo de una cruel institución creada exclusivamente para la destrucción de las ideas y que ha perdurado más de seiscientos años: la Inquisición.

Varios son los principales protagonistas de esta sangrienta lucha por la destrucción de una fe y por la ocupación de una zona estratégica de los Pirineos, pero quien realmente sufre los saqueos, las violaciones, y las grandes matanzas es la gente sencilla que vive en las ciudades y en sus casas con la única preocupación de comer cada día. Hasta que llegan unos salvajes con sus brillantes armaduras y, enarbolando la espada y la hoguera en nombre de Dios, matan a todo cristiano que se les cruce por el camino.

De entre los muchos personajes que luchan en ambos lados de la contienda, cabe destacar a cuatro de ellos, dos por bando, sin cuya participación la historia hubiese sido distinta: Inocencio III, Simón de Monfort, Raimundo VI y Pedro de Aragón, llamado el Católico, sin olvidar la participación importantísima de santo Domingo y de Arnaud Amaury, jefe espiritual de la cruzada.

Inocencio III

Cuando, durante el frío febrero de 1198, el cardenal Lotario dei Conti di Segni pasea por las calles de Roma, se siente feliz y humilde, se ha convertido en pastor, en guía de la Iglesia católica. Su cara refleja la humildad de quien se convierte en la voz de Cristo en el mundo. "¡Hay tantas cosas que arreglar!", piensa. No es suficiente con mantener la Iglesia tal como está, la debe preparar para el cambio de siglo. La nueva Iglesia será fuerte e independiente. Preparada para erigirse en el imperio más importante conocido, tanto espiritual como temporal.

El recién elegido nuevo papa, con el nombre de Inocencio III, se ve a sí mismo como el sucesor directo de Cristo, no de los apóstoles. En sus primeras palabras como sumo pontífice queda definido su postulado:

> "No soy el vicario de ningún hombre ni apóstol, sino el del propio Jesucristo".

Con tan sólo treinta y siete años, se asienta en el solio pontificio una nueva manera de concebir el papado. Tiene fama de ser culto, inteligente, y sabe que lo primero que ha de hacer es maniatar con firmeza cualquier disidencia que perturbe su tarea.

Poco a poco avanza por las calles de su ciudad. Ya puede percibir, entre la multitud que le observa, la puerta de San Juan de Létran, su iglesia como obispo de Roma, catedral donde puede hacer frente a sus preocupaciones con santidad, ya que, ochocientos años atrás, la madre del emperador Constantino mandó colocar en la basílica la escalera de la residencia de Poncio Pilato, la misma por la que Jesús había subido. Paso a paso, encamina su cuerpo hacía la entrada principal mientras observa en los rostros de los nobles de la ciudad un gesto de preocupación. Este nuevo papa ambiciona desposeerles del poder que han ejercido durante tantos siglos. Un hombre solo pretende desmontar la Roma eterna.

Pero ese hombre, ahora vicario de Cristo, va más allá. Está convencido de que Dios no le ha traído a este mundo para pasar de puntillas por él. Debe finalizar la gesta que empezó Gregorio VII, la teocracia

pontificia. Inocencio III cree firmemente que su poder procede directamente de Dios y, por tanto, éste debe ser superior a cualquier poder temporal. Ningún imperio ni cualquier monarca pueden estar por encima del papa.

Una vez asentado en Roma, Inocencio III inicia las reformas. Para empezar, tiene que eliminar el gran obstáculo que significa los antiguos patricios romanos. El Senado romano está dirigido por familias corruptas, ávidas de riquezas y con un sentido demasiado particular del poder. Así que desmantela totalmente el Senado y lo reforma, creando la figura del único senador, elegido directamente por él. Una vez controlada Roma, puede controlar la cristiandad.

Si el control de Roma es importante, más lo es el control sobre el poder temporal, sobre el Imperio. Inocencio III pretende ampliar la reforma gregoriana mediante la teoría de la *traslatio imperii*, esto es, el final del Imperio como institución eclesiástica. Pero la Santa Sede necesita un imperio que la proteja. Ésta es la razón por la que el imperio y el pontificado están en permanente conflicto.

El nuevo papa es un gran estadista y un perfecto estratega político. Durante su juventud, Lotario había llevado a cabo varios viajes por toda Europa, pero sobre todo a París y a Bolonia, donde había estudiado teología y leyes. Desde muy joven muestra su habilidad y su sabiduría, y escribe tratados como el *De miseria conditionis humanae*, con el que se gana el respeto de toda la jerarquía intelectual del momento. En poco tiempo consigue introducirse en esta minoría y llega a lo más elevado de la intelectualidad medieval, gracias también al impulso que recibe de su tío, el papa Clemente III.

Su personalidad y su forma de dirigir la cristiandad se basan en tres preceptos que Inocencio III domina a la perfección: la teología, la legislación eclesiástica y sus dotes como jurista. Todo su pensamiento queda recogido en las decretales *Veneralibem*, *Per veneralibem* y *Solitae*.

Centra su pontificado en establecer la Iglesia católica por encima de cualquier otro poder y en la lucha por eliminar cualquier desviación. Su gran fe en Cristo y en la cristiandad es el motor que le lleva a emprender cruzadas contra los propios cristianos, como en el caso de los cátaros, o a permitir, sin ninguna vacilación, la salvaje y cruel

ocupación de Constantinopla durante la cuarta cruzada. Aunque el ataque a esta ciudad por los cruzados es terrorífico, para Inocencio III significa la oportunidad de unir y dirigir desde Roma la Iglesia católica y la ortodoxa.

A pesar de utilizar la guerra y el fuego para eliminar a aquellos que se desvían de la doctrina de Roma, su diplomacia le permite abrir distintos caminos y explorar posibles salidas al problema de las herejías y en especial del catarismo. Desde un principio deja debatir a sus prelados con los cátaros, con el fin de averiguar cuál es el mensaje de los herejes y socavar las mentes de aquellos que han aceptado el nuevo cristianismo. La idea es buena, pero no parece tener buen resultado.

Inocencio III traba entonces amistad con dos personajes, muy distintos entre sí, que, en pocos años, se convertirán en el brazo doctrinal para conseguir la desaparición del catarismo. Domingo de Guzmán y Francisco de Asís son los promotores del intento de convencer —más que vencer— a los herejes para que retornen a la fe verdadera. La aparición de las órdenes mendicantes encabezadas por los dos santos será la última prueba antes de la llamada a la guerra.

Inocencio III se convierte en el papa más importante de la Edad Media. Su talante, su cultura y su ambición de transformar la Iglesia católica en un verdadero imperio marcan un punto de inflexión en la historia. El camino recorrido durante la reforma gregoriana culmina con el IV Concilio de Letrán, en 1215, que reúne a más de un millar de prelados y en el que se pone solución a todas las disfunciones doctrinales y estructurales de la Iglesia. Su gran fe es el motor que mueve el engranaje de su pontificado.

Su firme voluntad de eliminar la doctrina de los cátaros no reside en ninguna ambición terrenal, sino en el miedo de que el catarismo llegue a eclipsar al catolicismo en un momento en que éste se puede apagar como un simple soplido apaga la luz de una vela.

Fallece el 16 de julio de 1216.

Simón de Montfort

Es el guerrero por excelencia. Héroe y santo para unos y despiadado para otros. Temido por su extrema crueldad, no deja de ser un ejemplo perfecto del soldado medieval.

Nace en 1150 en la cuna de una familia noble. Su padre es el barón de Montfort, de la Îlle de France, mientras que su madre es la heredera del condado normando de Leicester. Su carácter altivo y prepotente se atribuye a su pertenencia a tan alto rango. A principios de la década de los ochenta del siglo xii sucede a su padre como señor de Montfort y en el año 1190 se casa con su inseparable esposa, Alicia de Montmorency. A diferencia de la actitud normal de un noble de esta época con tendencia al libertinaje, Simón permanece siempre al lado de su esposa. Y en esto es plenamente correspondido, ya que su mujer le sigue allí donde vaya, sea una ciudad o el campo de batalla.

Su faceta de noble no le satisface del todo. En el año 1199, durante la cuarta cruzada, deja todas sus obligaciones en la baronía y cabalga junto a la mayoría de nobles a liberar Tierra Santa. La cruzada se desvía de su camino y se decide atacar Constantinopla. Al comprobar Simón de Montfort que los cruzados prefieren el pillaje y atacar a los propios cristianos, abandona.

En 1208 y tras años de búsqueda de nuevas contiendas, es convocado por Inocencio III para encabezar la cruzada contra los herejes del sur de Francia, los cátaros. Es durante esta expedición cuando demuestra su implacable capacidad bélica. Se revela como un gran estratega y como un feroz y despiadado guerrero. Durante el verano de 1209 entra en Béziers y ordena la aniquilación de cualquier persona que viva dentro de las murallas de la ciudad, sea hombre, mujer o niño. Tras esta sangrienta victoria, la fama de Simón se extiende por toda Europa y le es concedido el vizcondado de Carcasona. A pesar de ser el guerrero más laureado, su personalidad también crea aversión.

El vizcondado que regenta es vasallo de la Corona de Aragón. Pedro el Católico rechaza a Simón de Montfort como vasallo suyo. No puede creer que un personaje que ha ordenado la matanza de Béziers ahora se convierta en su vasallo. Pero Simón no se arredra y

lucha para afianzar sus nuevas posesiones. Presiona al rey de Francia para que éste ejerza su poder frente a un monarca menor como el de Aragón. La amenaza surte efecto. El 27 de enero de 1211, Pedro el Católico se ve obligado a aceptar a Montfort como vasallo. Para ello, prepara el enlace de su hijo, de tres años por aquel entonces, con Amicia, la hija del bravo guerrero. A petición de Montfort, se le entrega el hijo de Pedro el Católico, el futuro Jaime I el Conquistador, como símbolo de cumplimiento del pacto y del enlace. Triste destino para un niño junto al hombre que al cabo de pocos años matará en combate a su padre.

La paz entre Simón y la Corona de Aragón parece sellada y fortalecida con el futuro enlace, pero la realidad es otra. En verano de 1213, el rey aragonés prepara a sus tropas para ayudar a Raimundo VI de Tolosa contra el asedio perpetrado por Montfort a esa ciudad. La suerte está echada y el destino de los dos guerreros también. El 12 de septiembre de 1213, tras la muerte en combate de Pedro el Católico, los cruzados entran en Tolosa con Simón de Montfort al frente.

Muerto el monarca aragonés y dadas las pretensiones de conquista de Montfort, Inocencio III fuerza a éste para que devuelva al hijo del monarca, que quedaría bajo custodia papal. Finalmente, un año más tarde se entrega al futuro Jaime a manos templarias.

Con la victoria de Tolosa, Simón se afianza en la conquista de las tierras occitanas. Raimundo VI es desposeído de todos sus títulos y posesiones, que pasan a manos de un feliz Montfort. Pocos son los años de paz que encuentra Simón para disfrutar de sus nuevas propiedades, puesto que el papa Inocencio III fallece y su protección queda pendiente de un hilo. Raimundo VI y su hijo intentan reconquistar el territorio y, en 1217, los antiguos condes de Tolosa vuelven a entrar en su ciudad. Simón no espera ni un segundo y pone sitio a la gran capital. Tras diez meses de asedio, el 25 de junio de 1218, un confiado Montfort recibe una pedrada en la cabeza y muere.

Raimundo VI

Conde de Tolosa desde 1194 a 1222, es quien va a sufrir toda la presión y la furia de la cruzada contra los cátaros. Su permisividad ante la proliferación de la herejía por sus territorios, hace que el papa Inocencio III le excomulgue (1207). Durante los primeros años del siglo XII, busca unir sus fuerzas con la burguesía urbana y con los diferentes condados vecinos para evitar injerencias exteriores.

Después de ser excomulgado, promete al sumo pontífice atacar a los herejes y no permitir la predicación cátara en su condado. En agosto de 1207 recibe el perdón de la Santa Sede. Pero todo continúa igual. Su política ambigua y, también, claramente favorable a los cátaros le vuelve a producir enfrentamientos con Inocencio III. La plana mayor de la Iglesia católica en Occitania decide excomulgarlo de nuevo y él, en otro intento conciliador, invita a Pedro de Castelnau, legado papal, a su castillo para discutir sobre su perdón. Las conversaciones finalizan sin ningún acuerdo. Días más tarde, el legado papal es asesinado y Raimundo VI es acusado del crimen. Como consecuencia de este terrible hecho, Inocencio III predica la cruzada.

Raimundo vuelve a pedir perdón a cambio de convertirse en cruzado y luchar contra los herejes. Esto le garantiza que ningún ejército ataque su territorio y, por su parte, durante su pertenencia a los cruzados nunca ordena un ataque contra los cátaros. Pero Raimundo siempre está bajo sospecha y, finalmente, la guerra de conquista de Simón de Montfort apunta directamente a Tolosa. A pocos kilómetros de la ciudad, Raimundo VI y su aliado Pedro el Católico se enfrentan a los cruzados. Sus tropas son derrotadas en Muret y la ciudad es entregada, en 1215, al papa. Ese mismo año, en el Concilio de Letrán, Raimundo VI es desposeído de todas sus pertenencias.

Pero durante su retiro no deja de planear la reconquista del condado. En 1217, con un ejército formado por leales suyos y catalanes, entra de nuevo en Tolosa y consigue mantener parte de su antiguo territorio hasta su muerte, en el año 1222.

Su hijo, Raimundo VII, le sucede al frente del condado. Al igual que su padre, debe enfrentarse contra un ejército de cruzados. Éste,

mucho más potente, capitaneado por el propio rey de Francia. En el año 1229 firma la Paz de París, por la cual mantiene Tolosa pero pierde casi todo el Languedoc. Además, a su muerte, sus bienes deben pasar a su hija Juana, quien se casará con el heredero de Francia. Esta cláusula es la que hace realmente perder el condado a sus antiguos condes.

Raimundo VII, más batallador que su predecesor, se rebela constantemente contra el tratado y contra los franceses. Muere en el año 1249 sin haber conseguido sus objetivos.

Pedro el Católico

Nace en el año 1177, hijo de Alfonso el Casto y Sancha de Castilla. Permanece en el trono desde el 1196 hasta el 1213. Su reinado es polémico. En el interior de la Corona de Aragón su política casi lleva a la bancarrota de las arcas reales. Pero si hay un hecho importante durante su reinado es la proyección exterior de la Corona hacia Occitania y, por tanto, su papel en la cruzada anticátara promulgada por Inocencio III.

En el año 1204 inicia su política de expansión hacia el sur francés casándose con María, la heredera de Montpellier. De está unión nace, cuatro años más tarde, su hijo Jaime, el futuro Jaime I el Conquistador. La Corona de Aragón domina desde el momento de esta boda gran parte del suelo francés. Pedro el Católico reina sobre Béziers y toda la zona pirenaica, mientras su hermano Alfonso controla toda la Provenza. Además, Eleonor, hermana del rey, se casa con el conde Raimundo VI de Tolosa. Ante tal dominio, es imposible que el monarca viva alejado de los problemas que puedan sufrir sus vasallos. Por esta razón, deberá enfrentarse a la gran cruzada papal contra los cátaros.

El monarca se encuentra ante una muy difícil decisión. Apoyar a sus vasallos, por deber feudal, a pesar de que la mayoría sean cátaros, o ponerse del lado del papa, ya que su dinastía es una gran defensora de la Iglesia católica. En 1204, se traslada a Roma para ser coronado y así hacer desaparecer cualquier sombra de duda sobre su lealtad a la Santa Sede. Años más tarde, su victoria contra los almohades en

Navas de Tolosa le proporciona el sobrenombre de Católico, distinción que sólo puede conceder el papa a aquellos que defienden los valores cristianos.

Mientras, Simón de Montfort lleva a cabo los terribles asedios a Béziers y Carcasona. El monarca, por ésta y otras razones, rehúsa aceptar a Montfort como vasallo, aunque la situación parece mejorar cuando se pacta el matrimonio del hijo del rey con la hija de Simón. Pero Pedro se conciencia de que no puede tolerar más ataques a sus vasallos e inicia una serie de contactos diplomáticos para que el conde Raimundo VI no sea castigado. Fracasa en el intento. En enero de 1213, se reúne con el conde de Tolosa, el de Foix y el de Comenge. Todos le juran vasallaje. De esta manera, Pedro el Católico pasa a dominar toda la Occitania y expande la Corona de Aragón más allá de los Pirineos, creando el embrión de un futuro Estado medieval. El rey envía una misiva a Simón de Montfort que, en realidad, es una autentica declaración de guerra. Las espadas recobran el brillo y el enfrentamiento entre los dos hombres no tarda en llegar.

El combate se fragua delante de Tolosa, en Muret. La madrugada del 12 de septiembre de 1213, el joven rey de 35 años se encuentra más ocupado en proporcionar placer a una joven que en preparar el combate ante los cruzados. La mañana siguiente será terrible. Pedro el Católico, dormido aún, sube a su caballo dispuesto a la lucha. Nada se puede hacer, pierde la batalla y muere. Su derrota significa la desaparición de la Corona de Aragón en los territorios del sur francés. Se desvanece, por tanto, la posibilidad de crear un imperio catalano-aragonés en Europa. A partir de estos momentos, la Corona de Aragón apuntará sus objetivos territoriales hacia el interior de la península y, sobre todo, a las tierras bañadas por el mar Mediterráneo.

Tiempo de debate

Los protagonistas políticos de la cruzada ya están preparados para la contienda pero, antes de convocar la cruzada, Inocencio III permite iniciar una serie de debates entre católicos y cátaros con el fin de vencer a estos últimos mediante el mensaje y el ejemplo.

Así, desde el inicio de siglo XII hasta los preludios de la cruzada, Occitania se convierte en la zona europea más rica en debates teológicos. Los prelados católicos, a pesar de aborrecer las teorías cátaras, acogen con interés estos debates, que se realizan en los castillos de los nobles del Languedoc. Éstos aceptan a los dos bandos sin distinciones ni impedimentos. Por un tiempo, los patios y los salones de los castillos se convierten en aulas de teología.

Los cátaros defienden ser los legítimos herederos de los apóstoles, los que llevan el auténtico mensaje de Dios, ese Dios de la verdad, que no ha creado el mundo terrenal, sino las almas y el bien. Defienden la expansión del mensaje de Dios a través de la humildad y la pobreza, tan sólo con la palabra. Los eclesiásticos católicos se niegan a aceptar la lectura que hacen los cátaros de los Evangelios, sobre todo porque procede de las traducciones a la lengua vulgar. Los prelados creen que el verdadero mensaje está en los Evangelios escritos en latín, la lengua de la Iglesia. A pesar del éxito que constituye reunir a ambos protagonistas del conflicto y sentarlos para debatir, el distanciamiento y antagonismo entre unos y otros son cada vez mayores. Insultos, gritos y toda clase de menosprecios son algunas de las conclusiones con que se cierran estos encuentros.

El papa se da cuenta entonces de que los debates entre los cátaros y los eclesiásticos católicos no son la mejor solución –ni siquiera son una solución–, puesto que no dan ningún resultado. Inocencio III está convencido de que lo que se debe hacer es erradicar de una vez por todas esta herejía de las tierras francesas. Entre 1204 y 1207, envía cartas al rey de Francia pidiendo su intervención en forma de cruzada contra los herejes y contra aquellos nobles que los apoyen, como Raimundo VI. La idea de la solución militar ya está sobre la mesa. Felipe II Augusto de Francia se niega repetidas veces. Ya tiene suficiente con sus enfrentamientos con Inglaterra. Además, la ley feudal prohíbe alzarse contra sus propios vasallos. Inocencio III debe buscar otra solución mientras convence al monarca de que él está por encima del poder temporal y ha de obedecer sus órdenes. ¿Cómo afrontar el problema?, se pregunta. Por un lado, la acción bélica deberá esperar y, por otro, los debates han sido un fracaso. De repente, se da

cuenta de que lo mejor que puede hacer es reformar con urgencia los obispados de Occitania. En cierta manera, las desviaciones dogmáticas no hubieran aparecido si el clero hubiera estado a la altura de las circunstancias. Debe echar a aquellos prelados que han provocado con su conducta impropia –y consentido– la aparición de la herejía.

Inocencio III empieza por Tolosa. Allí reside Raimundo de Rabastens, un obispo muy amigo del conde Raimundo VI y con fama de libertino y de malgastador de las arcas de la Iglesia. El papa convoca a Fulko de Marsella, un personaje muy curioso, y que será clave en el desarrollo de los acontecimientos. Fulko ha sido comerciante, trovador y sacerdote, un popurrí de actividades que le conceden cierta ventaja para poder evaluar y solucionar el conflicto en Tolosa. Por esta razón, Inocencio III le concede el obispado de la ciudad más peligrosa, ya que Tolosa es el núcleo central del catarismo. La actuación del nuevo obispo es mala. Paulatinamente va solventando los problemas económicos del obispado y se gana el respeto de todos. Desde Roma, Inocencio III sabe que poner a Fulko al frente del obispado le ha solucionado varios asuntos, pero aún le queda por decidir cómo resolver el poco éxito en los debates. Y llega a la conclusión de que tiene que abordar la cuestión desde su raíz, el territorio, no permitir que los herejes sean libres para explicar sus tesis heréticas.

En el año 1203, Inocencio III decide enviar tres legados papales con la finalidad de reformar los hábitos de aquellos sacerdotes que no se hayan adaptado a los preceptos eclesiásticos, de convertir a cuantos más herejes mejor y someter bajo el poder papal a todos aquellos nobles que apoyen a los cátaros. Arnaud Amaury, Pedro de Castelnau y Raúl de Fontfroide son los tres legados escogidos.

Arnaud Amaury es abad de la orden del Císter y recibe el encargo papal de ejercer de jefe espiritual de la cruzada contra los herejes. En realidad, Amaury es el perfecto ejemplo de cómo los poderes temporal y espiritual continúan entremezclados, ya que es duque de Narbona y, también, arzobispo. Estas dos posiciones de poder le otorgan una fuerza increíble para enfrentarse a quien quiera. Incluso llegará a utilizar el poder espiritual para excomulgar a Simón de Montfort cuando éste le dispute el ducado. Raúl de Fontfroide es el prelado más

sosegado, aquel que busca la mediación y la solución, aunque tenga muy presente que su misión es eliminar la herejía. Al empezar su cometido, muchos les temen por su fanatismo y su poder, pero si hay alguien a quien temer es a Pedro de Castelnau. Es el más exacerbado de todos, el único que no acepta ninguna discrepancia y que resuelve cada uno de los debates con drásticos enfrentamientos; y será él, al fin y al cabo, quien desate la cruzada.

Los tres legados inician su labor y muy pronto se dan cuenta de las enormes dificultades que les surgirán en su largo camino de predicación. No son bien vistos en el Languedoc, ni por los propios sacerdotes ni por los nobles y, evidentemente, tampoco por los creyentes cátaros. Si hay algo que caracteriza a los perfectos es que son gente humilde, pobre, y que recorre a pie las tierras para transmitir su mensaje. Lo cual les hace ser aceptados y comprendidos porque predican la palabra de Cristo con el ejemplo. Para los habitantes del Languedoc, el mensaje de los perfectos cátaros no contiene palabras vacías, sino extraordinarios ejemplos de humildad y de amor al prójimo.

Los tres legados llegan al Languedoc con su prédica de palabras vacías y ataviados con elegantes vestidos y, por ello, son rechazados por la población. Durante los años que disponen de libertad para realizar su misión, discuten varias veces con los cátaros, pero su posición es inamovible. En los debates proponen aquello que más rechaza la herejía, por no decir toda Occitania: estar sujetos a un poder absoluto, el papa. Durante tres años se dedican plenamente a conseguir algún resultado, hasta que finalmente se ven vencidos por el desánimo. El más tenaz de ellos, Castelnau, piensa en dimitir, aunque ruega a Dios que le dé fuerzas para continuar. Sentados alrededor de una mesa en Montpellier, deciden abandonar la misión que les ha encomendado el pontífice.

Las esperanzas de Inocencio III se rompen en pedazos. Es consciente de que los herejes le han vencido y es por ello que cada vez está más convencido que nunca de que debe pedir a los nobles cristianos que se levanten en armas para salvar la fe.

Un día, en Montpellier, un par de monjes extranjeros se acercan a los tres legados para preguntar sobre su quehacer. Inocencio III ve en

aquellos dos hombres la solución a muchos quebraderos de cabeza, sobre todo en el más joven, un español llamado Domingo de Guzmán.

Santo Domingo de Guzmán

El futuro santo nace en Caleruela (Burgos) en el año 1170. Muy pronto se da cuenta de su vocación hacia Dios y entra como canónigo regular, siendo bien acogido por Diego de Acevedo, obispo de Osma. Su gran inteligencia y su fe inquebrantable hacen que el obispo le requiera para varios viajes al norte de Europa con fines diplomáticos. En el año 1205, a su regreso de Dinamarca, el obispo de Osma y Domingo se desvían hacia Roma para ser recibidos por el papa. Inocencio III, aunque mayor que Domingo, se convierte en su gran amigo. Ambos comparten una única pasión, el amor a Cristo. Sus vidas son paralelas y, aunque la pomposidad del pontificado aleja muchas veces a Inocencio de la realidad, su amistad con el español le hace comprender lo que realmente está sucediendo. La impresión de Domingo sobre el papa es tan grande que éste ordena a los dos castellanos que no regresen a sus hogares, sino que le ayuden a resolver el problema de los herejes del sur de Francia. El obispo de Osma y su ayudante acceden a la propuesta y, en marzo del año 1206, se dirigen a Montpellier para encontrarse con los tres desesperados prelados enviados anteriormente y que sólo han cosechado fracaso tras fracaso.

A su llegada, se reúnen con los prelados. Los dos españoles traen las nuevas del papa y les explican sus ideas acerca de cuál debe ser la manera de hacer frente al catarismo. En su opinión, la manera de predicar de los prelados no ha sido eficaz por una razón fundamental: los franceses no creen a los que van predicando el Evangelio de Cristo ataviados con suntuosas prendas y con brillantes anillos. En su viaje a través del Languedoc han observado la manera de predicar de los cátaros, mucho más austera y creíble. Un mensaje sencillo, en lengua vernácula y con un constante ejemplo de pobreza, la pobreza apostólica. Los perfectos viven como los apóstoles y esta vida es la que atrae a campesinos, burgueses y nobles del Languedoc. Diego de Acevedo y Domingo convencen a los tres cistercienses de que, por algún tiempo, deben

predicar como los apóstoles lo hacían. De hecho, es Diego de Acevedo quien lanza la idea de una guerra contra los cátaros, pero no de las que se ganan en el campo de batalla, sino en la espiritualidad. Los dos años siguientes son fundamentales para Domingo, ya que su obispo debe volver en repetidas ocasiones a Castilla. Por ello, se convierte en el director del intento de reconquista espiritual del Languedoc. Domingo pide a los tres prelados que combatan la herejía llevando una vida pura y religiosa, lejos de toda ostentación. Vivir y predicar tal como lo hizo Cristo, tal como lo hacen los perfectos.

Los años 1206 y 1207 son de predicación, de pobreza y de ejemplo. Los habitantes del Languedoc no pueden creer lo que ven. Nada más y nada menos que a los legados papales descalzos y rezando, predicando de un lugar a otro. Domingo utiliza las mismas armas que los perfectos. Habla y predica delante de las multitudes, incluso en centros tradicionalmente cátaros como Fanjeaux; y no sólo eso, sino que acepta todo tipo de debates con cualquier perfecto. Pero un santo no es un santo únicamente por predicar, sino por hacer milagros. Y cuentan que Domingo durante ese tiempo realiza varios. Uno de ellos, durante un debate: ante el calor de las discusiones y de que éstas la mayoría de veces terminan sin convencer ni a unos ni a otros, se quiso comprobar quién tenía razón y quién no. Uno de los presentes propuso tirar al fuego las notas de Domingo y del perfecto cátaro. Los escritos que se salvasen de las llamas del fuego serían los de quien llevase razón. Los apuntes del hereje se quemaron rápidamente, mientras que los de Domingo fueron lanzados tres veces al fuego y no se consumieron. Las notas del santo salían repelidas por las brasas, se elevaban hasta quedar enganchadas en una viga y volvían a caer para ser repelidas otra vez por el fuego. Domingo de Guzmán ya tiene su milagro, pese a lo cual en los dos años de predicación no consigue convertir a un gran número de cátaros.

Domingo está convencido de que estas acciones no son suficientes para convencer a los creyentes cátaros y que para ganar el pulso a la herejía debe ganarse antes a los occitanos. A finales de 1206 acoge un grupo de mujeres cátaras que viven en una casa en no muy buenas condiciones y las reúne en una iglesia de un pequeño pueblo cercano

a Fanjeaux, Prouille. Allí funda su primer convento para estas cátaras conversas, establece la clausura y nombra como priora a Guilhelmine de Fanjeaux. Es así como inicia su camino una de las ordenes religiosas más importantes de la historia, los dominicos, aunque no se establecerá la regla que rige la orden hasta años más tarde.

A partir del 1207, Domingo parece desaparecer y no se le vuelve a ver hasta el año 1211. Hay quien lo sitúa predicando por todo el Languedoc, como es el caso de nueve sacerdotes que, en el año 1233, explican en las actas de canonización de Domingo que lo han visto predicar durante esos años. Otros, en cambio, cuentan que realiza varios viajes a Castilla. De todas formas, testimonios como los de Iohanis Hispani, un navarro que ingresa en la orden en el año 1215 o unos informes inquisitoriales del año 1243 emplazan a Domingo predicando el mensaje de Cristo por todos los pequeños pueblos del sur de Francia.

En 1207, a la vez que Domingo decide ir a predicar por esos caminos de Dios, el grupo formado por los tres legados papales se disuelve debido a su poco éxito: Amaury se retira a Borgoña a presidir la asamblea general de su orden, el hermano Raúl recupera su vida diaria de reflexión pero queda el temible Pedro de Castelnau. Sus acciones a partir de este momento condicionan para siempre la vida del Languedoc. Pedro inicia un viaje por todo el Languedoc con la intención de presionar a los pequeños nobles y al mismo Raimundo de Tolosa para que se sometan a la voluntad de la Iglesia católica. Los nobles aceptan inicialmente sus propuestas, aunque en privado las rechacen. Menos diplomático es, sin duda, el conde Raimundo VI, que se niega desde un principio. Castelnau, enfurecido, excomulga al conde y le espeta:

> "El que os desposea será considerado virtuoso, el que os mate se hará acreedor de una bendición".

Buen discurso para un sacerdote.

En agosto del mismo año, Raimundo VI obtiene el perdón, pero, a finales de año, Pedro vuelve al ataque y excomulga de nuevo al

noble. Raimundo VI opta entonces por llegar a un acuerdo con el legado. Le convoca a reunirse en su castillo para negociar una nueva absolución. Las discrepancias marcan el encuentro, el noble no soporta al monje y el monje odia al noble. No hay remedio que cure las cicatrices de las duras palabras que uno y el otro se cruzan. El conde llega a levantar el puño y a amenazar de muerte a Pedro. El 13 de enero de 1208, se rompen definitivamente las conversaciones.

De camino a Roma, Pedro de Castelnau y su séquito se detiene en Arlés para cruzar el río Ródano. La espera es larga, pero para el legado será eterna. Mientras observa el curso del agua, un jinete se acerca al galope, levanta el brazo y clava su espada en la espalda de Castelnau.

El legado ha sido asesinado presuntamente por un hombre de Raimundo VI. Los debates han finalizado. Inocencio III debe aplicar un escarmiento ejemplar.

Ha llegado la hora de las espadas y las hogueras.

Las órdenes mendicantes

La cruzada se inicia con la terrible matanza de Béziers. Las hogueras empiezan a quemar a los primeros perfectos y perfectas, pero el papa es consciente de que en Europa han surgido otras disidencias doctrinales, como los valdenses, que son consideradas herejías pero que, sin embargo, marcan el inicio de una nueva forma de expresión de la Iglesia, la Iglesia del pueblo. Y no tan sólo los valdenses, ya que Inocencio III se enfrenta al dilema de discurrir por qué a unos se les condena como herejes, mientras que a otros, con las mismas características dogmáticas, se les convierte en parte del enorme edificio espiritual y terrenal construido por la Santa Sede. ¿Cuál es la diferencia entre los valdenses y los franciscanos? Para responder a esa pregunta, Inocencio III debe cambiar en profundidad el sentido de la Iglesia católica, debe reformarla para que no surjan nuevas herejías como la de los cátaros.

Entre 1210 y 1220, Inocencio III da el vuelco preciso a la Iglesia. En él influyen de manera muy determinante su amistad con Domingo de

Guzmán y, posteriormente, con el casi mendigo Francisco de Asís. Hasta ese momento, la fe ha estado en manos de los clérigos, en los monasterios, lejos del alcance de la gente corriente. La fe ha sido transmitida al pueblo a través de los sacerdotes, la mayoría de ellos incultos y de vida bastante libertina. El papa llama "perros que no saben ladrar" a los sacerdotes del sur francés que, por su inoperancia, han permitido la aparición del catarismo. En la apertura del concilio de Letrán de 1215, Inocencio III pronuncia estas palabras:

> "Acontece casi siempre que los obispos, debido a sus múltiples obligaciones, placeres de la carne e inclinaciones belicosas y, en especial, su pobre formación espiritual y la falta de celo pastoral, son incapaces de proclamar la palabra de Dios".

La escasa espiritualidad transmitida por los sacerdotes católicos impulsa a muchos laicos a estudiar y a traducir a lengua vernácula los Evangelios y a propagar el mensaje de Cristo ellos mismos. Son personas que no desean parecerse a los prelados católicos, sino que quieren vivir como los primeros discípulos de Cristo, con humildad y en la pobreza. La indigencia pasa a ser el signo vital de esta nueva manera de vivir la Iglesia, lejos de palacios, de riquezas y de corrupciones. El primer movimiento de estas características es el valdés, que rompe con todas las estructuras eclesiales y por ello es considerado herejía. Pero de repente aparecen Domingo de Guzmán y Francisco de Asís. Domingo propone luchar contra los cátaros con sus mismas armas, la pobreza y la palabra como únicas herramientas. Inocencio accede en un principio a este modo de enfrentarse a los herejes.

Un día, Inocencio III hace llamar a un italiano, un mendigo sumido en la más absoluta miseria, que predica el mensaje de Cristo y que ha ganado mucha popularidad en Italia. Lo recibe y, después de una larga conversación, se despide de él con el espíritu conmovido. Al anochecer, el papa sueña con un edificio que se está derrumbando y con el joven mendigo que lo sustenta en sus brazos. Es el momento en que Inocencio se da cuenta de que el futuro de la Iglesia pasa por las manos de Francisco de Asís.

San Francisco de Asís

Francisco nace en el año 1182 en la ciudad de Asís, en el seno de una familia acomodada. Su padre, Pedro Bernardone, es un rico comerciante de ropa. La juventud de Francisco es la de un joven de su posición. Disfruta de la buena vida, de las riquezas y de los muchos amoríos con las jóvenes italianas. Su azarosa vida le lleva a enrolarse como caballero bajo las órdenes de Gualter de Brienne para luchar en las guerras internas entre las diversas ciudades italianas. Pero un día le sucede un hecho que le cambiará la vida para siempre. Por un camino se encuentra un leproso que pide limosna. De repente recuerda el episodio de Jesús limpiando al leproso. Francisco se acerca al enfermo y le besa. En ese momento, todo lo que era importante para él deja de existir. A partir de entonces tan sólo existe Jesús. Ese día decide que su vida será un espejo del Evangelio, quiere vivir según las escrituras, en la pobreza. Se despoja de todas sus vestiduras y de todo su dinero. Vive en la mendicidad con el objetivo de llevar el mensaje de Cristo a todos los rincones y a todos los hombres.

La sorpresa se produce cuando Inocencio III, el gran papa, aprueba la misión de Francisco. Sorprende porque el pontífice considera herejes a los valdenses, que al fin y al cabo defienden el mismo postulado que Francisco. Pero el pontífice ha sabido ver la diferencia sin ninguna dificultad: Francisco se siente miembro de la Iglesia católica; los valdenses, no. La concesión del papa es oral, sin necesidad de ninguna regla escrita, pero a Francisco le es más que suficiente para llevar a cabo su misión. Al momento se le unen muchos seguidores para vivir su modo de vida y la manera de predicar la palabra de Cristo.

Un día se acerca a Francisco una joven rica, Clara Offreducci, y le pide que la acepte a su lado como discípula. El predicador italiano accede y con ella creará más tarde la Orden de las Clarisas.

La Orden de los Hermanos Menores, tal como ellos mismos se denominan, va creciendo mientras Francisco dedica su vida a la predicación. El interés por parte del fundador de la orden por dirigir a sus discípulos es cada vez menor y deja sus responsabilidades y la dirección de la orden al cardenal Hugolino, futuro Gregorio IX, gran

amigo suyo. En 1226, Dios llama a su siervo. Francisco de Asís muere a los 45 años.

Es la influencia de este personaje, junto con la de Domingo de Guzmán, lo que lleva a Inocencio III a reformar la Iglesia. En el año 1215, el papa convoca el cuarto Concilio de Letrán, el más grande e importante de la historia de la Iglesia. Es muy posible que Domingo y Francisco se conocieran en el transcurso de este encuentro y, según cuentan, hicieran gran amistad. Este concilio es asimismo importante para el Languedoc, ya que Inocencio III, durante su transcurso, aprueba la apropiación de todas las tierras del conde de Tolosa a favor de Simón de Montfort, y también porque legaliza un modo de vida evangélico que deja de ser exclusivo de los cátaros: las órdenes mendicantes.

La aparición de las ordenes mendicantes es decisiva en el contencioso que mantiene la Santa Sede con los cátaros. Inocencio III se percata de que la solución militar no ha conseguido la total eliminación de la herejía y de que ha llegado el momento de utilizar otros métodos, como el enfrentamiento ideológico. Pero, para ello, antes debe reformar la estructura eclesial y potenciar el nuevo modo de vida que le proporcionan Domingo y Francisco. La reforma del Concilio de 1215 no es estructural, sino espiritual. El vuelco importante, el cambio determinante es que Inocencio III prioriza por primera vez, y por necesidad, la espiritualidad sobre la praxis.

La Orden de los Hermanos Menores, los franciscanos, se dedica a predicar con el ejemplo. Los franciscanos son más parecidos a los herejes que los dominicos, aunque siempre se sienten parte de la Iglesia católica. Pero Francisco no les deja crecer como orden, ya que no cree en reglas ni ataduras, tan sólo en su amor a Dios. Tanto Inocencio III como el cardenal Hugolino le insisten en la necesidad de redactar una regla, pero él se niega reiteradamente. Es a partir de la muerte del santo que la orden se constituye como tal, y sus sucesores proyectan una orden más intelectual y con capacidad de incidir en las mejores universidades.

Por su parte, la orden de los dominicos, fundada por Domingo de Guzmán, se constituye claramente con el objetivo de entablar un

combate ideológico contra aquellos que disienten de la ortodoxia. Se preparan a fondo y deben estudiar durante un año antes de que la orden les dé permiso para predicar y combatir la herejía. Para ello, Domingo procura que todos los miembros de la orden estudien en París y en Bolonia, con el fin de que obtengan una sólida formación tanto teológica como jurídica. En el año 1221 se celebra la constitución de la orden, en la que se deja clara la necesidad de la formación teológica para la expansión de la fe católica. Fruto de esta lucha ideológica contra el catarismo es la creación de la Universidad de Tolosa en el año 1229.

Aunque pronto la orden de los dominicos traerá el terror a toda Occitania. Tras la muerte de Inocencio III, el nuevo papa, Gregorio IX, les encomienda la funesta tarea de organizar el Tribunal de la Santa Inquisición. El encargo es compartido con el Císter, pero son los dominicos los que dirigen esta nueva institución. Domingo de Guzmán tiene suerte de morir antes y no ver en lo que se convierte su orden.

La Santa Inquisición

Tras la muerte de Domingo, los dominicos continúan la misión para la que fueron creados: vencer a la herejía por medio de la predicación, de los debates. Su objetivo es convertir a los herejes mediante la confrontación en el diálogo. Pero, años más tarde, los buenos frailes se convertirán en los odiados inquisidores. En el año 1227, Gregorio IX sucede al gran papa Inocencio III. Desde el inicio, centra su pontificado en la lucha contra el catarismo por la vía religiosa, pero de manera muy distinta a la de su predecesor. Se sirve de las mismas órdenes mendicantes que tanto han combatido a los herejes, pero ordena a éstas, en vez de dialogar y predicar, juzgar y castigar.

Al principio, Gregorio IX impulsa unos tribunales controlados por los obispos que, en casos excepcionales, pueden detener a un hereje y, si es culpable, juzgarlo y entregarlo al noble que corresponda para que se haga efectiva la sentencia. Este tribunal es utilizado en escasas ocasiones debido a la falta de organización y a la poca preparación de los obispos.

En el año 1231, Gregorio IX se percata de que debe impulsar un tribunal directamente controlado por él y que actúe de manera decisiva en la eliminación de la herejía. En su mente están presentes los diez años de inútil cruzada y los años de debate entre cátaros y prelados, que tampoco han cosechado éxito. Todo ello le ha convencido de que se tiene que eliminar de raíz la base de la herejía y, para ello, crea el *Inquisitio Heretice Pravitas*, el primer tribunal de la Inquisición, en Renania, para eliminar a los herejes aquellas tierras. Inquisición significa investigación y, por tanto, debe ser un tribunal que dé garantías a todos aquellos que son testimonios, acusadores y acusados. Garantías de un juicio digno y justo. Pero la realidad no es así. Se crea la Inquisición como último recurso para suprimir el catarismo, borrar sus redes socio-económicas y eliminar el mayor numero de perfectos. Una fe sin dinero ni pastores desaparece.

Las afiladas espadas de los cruzados han servido para matar en nombre de Dios, pero es la primera vez que una institución creada por un papa sirve para llevar el terror y la muerte a una población cristiana. En nombre de Dios se quema a los herejes, como si las llamas pudieran purificar el alma.

El tribunal de la Inquisición está formado por un juez eclesiástico, ya que lo que se juzga son delitos doctrinales, pero siempre secundado por el poder civil, que es el que ejecuta las decisiones del tribunal. Los procedimientos con los que actúa el Santo Tribunal están detallados en el manual que escribe Bernardo Gui, inquisidor francés, si bien el método de trabajo viene determinado por el instructor y por el propio funcionamiento que genera. El objetivo del inquisidor es investigar, a través de testimonios y de pruebas, si las personas acusadas son herejes o protectores de los herejes. Mediante estas investigaciones e interrogatorios, se abren numerosos registros de nombres para identificar a los perfectos. El manual *La técnica de inquisición* de Bernardo Gui, inquisidor de Tolosa entre 1307 y 1323, detalla los procedimientos que seguir por el inquisidor mediante preguntas que hagan confesar al acusado:

“-¿Cree usted que el cuerpo de Cristo está en el altar?

A lo que el acusado responde:

-Creo que un cuerpo está allí, y que todos los cuerpos son de Nuestro Señor."

Ésta es una respuesta que puede hacer sospechar al inquisidor que el acusado es hereje. No reconoce el cuerpo de Cristo, ya que, para los cátaros, Cristo es un ser espiritual que nos viene a guiar para la salvación de nuestras almas, no el hijo de Dios hecho hombre, porque esto representaría que Jesús era de carne y hueso, cuando para ellos el cuerpo es corruptible y pertenece al mundo creado por el maligno.

El procedimiento es siempre el mismo. El inquisidor llega al pueblo donde le han informado de la presencia de herejes. En un sermón en la iglesia ante los fieles de la parroquia, hace un llamamiento para que los herejes se entreguen antes de iniciar las investigaciones. Tras el llamado periodo de gracia, que dura algo más de una semana, el inquisidor llama a todos los sospechosos para ser interrogados. Aquellos que no se presentan son considerados culpables, perseguidos y confiscados todos sus bienes. Algunos escapan, ya que, desde el momento que están bajo sospecha, el inquisidor ordena encarcelarlos. Tras días de encarcelamiento en las peores condiciones, se lleva al reo ante el tribunal, compuesto por el propio inquisidor, dos sacerdotes y un notario civil. En paralelo, sin que lo vea el acusado, los acusadores y testigos también son interrogados. El acusado no siempre confiesa su pecado de herejía y, con el fin de conseguirlo, el inquisidor está autorizado por la Santa Sede para utilizar instrumentos de tortura con la única condición de que no sean los causantes de la muerte del detenido. Una vez torturado, el hereje confeso es llevado de nuevo ante el tribunal, que dicta sentencia. El prelado papal lee en público el veredicto.

Las sentencias a las que están sometidos los acusados dependen de la gravedad del delito. La pena máxima, la hoguera, se aplica tan sólo a los perfectos que no quieran abjurar de su pecado. Otros castigos son más leves, no implican la muerte del acusado, tales como la confiscación de bienes; el *strictus* o prisión en una celda muy pequeña, con los pies y manos atados, y la prisión *largus*, donde el cautivo tiene libertad para moverse por el recinto. A los simples creyentes, los fieles a la

doctrina cátara que no han llegado a ser perfectos, se les castiga con penas muy suaves, como llevar una cruz amarilla sobre sus vestiduras.

La Inquisición crea un sentido de inseguridad y pánico en todo territorio donde se instaura. Las acusaciones privadas, los registros de nombres, los interrogatorios tanto a cátaros como a católicos provocan que la gente de los pueblos se sienta aterrorizada y acosada por los inquisidores.

A pesar de toda su maquinaria procesal, la Inquisición no llega a pronunciar más de un uno por ciento de sentencias a muerte a lo largo de todos los procesos abiertos. Esto es debido a que en muchos casos es imposible detener a los herejes, ya que, la mayoría de las veces, los cátaros huyen a la fortaleza de Montsegur o a tierras italianas y catalanas. Durante mucho tiempo, los perfectos se las ingenian para engañar a los inquisidores: viajan hombres y mujeres juntos como si fueran matrimonio y las casas cátaras cierran sus puertas.

El primer caso del que se tiene que ocupar la Inquisición es en la Renania. El papa concede plenos poderes a Conrado de Marburgo, un prelado que encuentra cátaros incluso allí donde no vive nadie. Cientos de personas son llevadas a la hoguera. Marburgo expande el terror por toda aquella zona hasta que un sacerdote franciscano le asesina.

En abril de 1231, haciendo caso omiso de lo ocurrido en Renania, Gregorio IX da poderes a tres prelados para que inicien la formación del tribunal en Occitania, concretamente en Albi, Carcasona y Tolosa. Pedro Seila y Guillermo de Montpellier son los nombres de los primeros inquisidores del Languedoc. Se ponen manos a la obra y empiezan los primeros interrogatorios. Es una zona repleta de herejes, pero ellos son capaces de encontrar aún más que los existentes. Los presuntos acusados de herejía son interrogados durante horas, obligados a responder a cientos de preguntas similares para inducirles al error. Los inquisidores exigen a los acusados que faciliten los nombres de cátaros para poder llegar a ellos. Sin embargo, estas presuntas delaciones permiten a los cátaros iniciar una picaresca que en un principio les salva del castigo. Facilitan centenares de nombres de personas ya fallecidas. Por un lado, obedecen las exigencias del inquisidor y se salvan; y por otro, el inquisidor queda satisfecho. Pero pronto se aperciben los

inquisidores del engaño y toman una medida que llega a crear verdadero terror: desentierran al denunciado muerto, lo pasean por todo el pueblo y lo queman. Y van más allá: confiscan los bienes de la familia del fallecido e incluso encarcelan a los familiares.

Por otra parte, el miedo a ser condenado provoca acusaciones falsas. En poco tiempo, las listas se llenan con los nombres de amigos, de vecinos, de familiares. Las detenciones se multiplican. En Moissac, los legados papales llegan a quemar a más de doscientas personas.

La situación tiene un límite y empiezan a aparecer las primeras revueltas contra el Santo Tribunal, como en Narbona y Albi. En esta ciudad, los ciudadanos matan de una paliza al inquisidor. El 15 de octubre de 1235, el conde Raimundo VII de Tolosa expulsa a Raimundo du Fauga, legado papal, y a todos los dominicos por su tremenda crueldad. El conde es excomulgado, pero recibe la ayuda de Blanca de Castilla y de san Luis de Francia y obtiene el perdón con la condición de que los legados vuelvan a entrar en Tolosa.

El punto culminante de las revueltas y el hecho que va a desencadenar la espeluznante matanza del último baluarte cátaro, Montsegur, es el asesinato de los legados papales en Avignonet. El 28 de mayo de 1242, Guillermo Arnold y su compañero inquisidor se detienen a dormir en la casa de Ramón de Alfaro, procurador del conde de Tolosa. Éste les ofrece los mejores aposentos y las más ricas comidas mientras va avisar a los cátaros de Montsegur de que el franciscano y el dominico están en su casa. Por la tarde se perpetra el asesinato. Un grupo de hombres sale del castillo, armados con poderosas hachas y cuchillos afilados. Entran sin hacer el menor ruido en la casa de Alfaro y, a través de los silenciosos pasillos, llegan ante los aposentos. Revientan la puerta y, sin conceder ni un momento de piedad, parten de un hachazo el cráneo de Guillermo Arnold. El inquisidor franciscano, sin poder hacer nada, recibe también la tormenta de hierro que se le viene encima. Los hombres se ensañan con rabia con los cuerpos hasta destrozarlos.

El asesinato de los inquisidores produce una revuelta por todo el país, los asesinos han salido de Montsegur y el pontífice lo sabe, por lo que se ve obligado a autorizar el asalto a la última fortaleza hereje en la montaña sagrada, Montsegur.

La Inquisición es una maquinaria cuyos engranajes funcionan mejor cuanto más poder y más terror pueda infligir. El punto culminante del Santo Tribunal es cuando, en el año 1252, el papa Inocencio IV aprueba la decretal *Ad estirpanda*, que permite la tortura del acusado, aunque sin llegar a mutilarle ni causarle la muerte.

El tribunal de la Inquisición utiliza cuatro métodos para conseguir la confesión del acusado bajo tortura, aunque con el paso de los años estos métodos irán perfeccionándose y multiplicándose. Antes de torturar a un acusado, se le deja en una sala amordazado y encadenado, desnudo, y no se permite comer durante largos periodos de tiempo, o se le despierta cada vez que intenta conciliar el sueño.

Los cuatro métodos de tortura más usuales son:

–La flagelación del prisionero con un látigo en que las tiras de cuero están bañadas en agua y sal, para producir un dolor añadido cada vez que el latigazo arranca un trozo de piel. También puede azotarse al reo con un látigo cuyas tiras están formadas por finas cadenas.

–La estrapada: se atan las manos del prisionero a la espalda y se hace pasar la cuerda por una polea situada en el techo de la sala. Se eleva al sujeto dos o tres metros y se le deja caer violentamente contra el suelo.

–Carbones: se aplican carbones al rojo vivo por cualquier parte del cuerpo.

–El potro: el prisionero es atado sobre una rueda de madera. Sus brazos y sus piernas se sujetan a un torno que gira cada vez que el acusado niega su culpabilidad. Los brazos y las piernas se tensan de tal manera en direcciones contrarias que el reo sufre un dolor insoportable.

Así, cualquiera confiesa lo inconfesable. No es de extrañar, pues, que el Santo Tribunal se convierta en el verdadero verdugo del catarismo.

Gregorio IX crea la Inquisición para derrotar una herejía a la que ni las reformas de Inocencio III ni la destrucción de la guerra han hecho desaparecer. El gran éxito del tribunal inquisitorial es la desarticulación de las redes de colaboración del catarismo y, sobre todo, la eliminación de todos los perfectos. La fe no se puede propagar sin

recursos ni pastores, y esto es el mayor logro del Santo Tribunal. Aunque la victoria de la Inquisición viene precedida por el excelente trabajo de predicación que realizan las ordenes mendicantes. Franciscanos y dominicos lideran una primera etapa en la que el diálogo y la predicación son las armas para combatir la herejía. Inocencio III estaba convencido de ello. La segunda etapa, dominada por los dominicos y su tribunal de la Inquisición, utiliza la fe para juzgar y castigar. En realidad, la desaparición del catarismo se debe realmente a las iniciativas pontificias y no a diez años de guerra que destruyen la economía y la sociedad de un país.

LA CRUZADA

"Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros"
Juan 15,20

Prouille, julio de 1209

Bertrán está sentado frente a lo que hace unos años era una parroquia. ¡Cuánto ha cambiado su vida familiar durante este tiempo! A su joven edad, no pasa de los veinticinco, recuerda a su abuelo sentado en el atrio de la iglesia, después de celebrar la misa dominical. Por entonces, los campos eran verdes y tranquilos. Durante el atardecer, el rojizo del sol se confundía con el polvo que levantaban los carros de los campesinos al volver a sus hogares, dejando atrás los pecados y sintiéndose reconfortados al haber recibido a Dios. Su abuelo habitaba desde corta edad en la parte trasera de la parroquia. Junto a su mujer formaron una feliz familia. Cada día comían gracias a su pequeño huerto y la poca ayuda que recibían de su señor. Mientras, él dedicaba sus horas a aprender el mensaje de Cristo. Lástima, pensaba mientras intentaba memorizar las palabras. Lástima porque no comprendía muy bien qué significaba todo aquello, pero merecía la pena porque de ello se alimentaban.

El joven muchacho sigue viendo con los mismos ojos aquellos paisajes que le traen imágenes de sus abuelos y de su padre, un rudo campesino que a su vez renegaba del trabajo de su padre. Para él, el alimento se gana con el sudor del trabajo, no contando mentiras sobre un ser que viene a salvarnos de no sé qué demonio. El diablo viene en forma de sequía, de malas cosechas y de escasez de alimentos. La vida de su padre, el párroco, le ha traído más de una desgracia. Continuas peleas con su señor, el obispo, a quien le debe entregar el diezmo. La batalla entre el cielo o el infierno es una quimera: si comes, vives; si no, mueres. Bertrán recuerda cómo su padre lo castigaba si iba a visitar a su

abuelo y, sobre todo, si asistía a una de sus misas. Los párrocos, sea quien sea, engañan a la gente con sus extrañas y absurdas historias.

Bertrán, de niño, se sienta a la puerta de la iglesia y escucha con atención la historia de un recién nacido, adorado por unos reyes, que tiene un extraño poder. Se imagina, de mayor, acompañándolo por esas extrañas y lejanas tierras, viendo cómo sana a los enfermos y disfrutando, junto a esas gentes, de su presencia. Sufre cuando sabe que el niño, hecho ya hombre, y llamado Jesús, es perseguido y castigado. No comprende por qué las personas pueden ser tan malas. Sufre, como niño, la pasión de Cristo. A pesar de que se maravilla con las historias de su abuelo, no llega a entender cómo alguien puede creer que un trozo de pan y un poco de vino pueden formar el cuerpo de Cristo. Alguna vez le han contado los milagros de algunos santos, pero para él eso ya es demasiado.

Un día, mientras ayuda a su padre a recoger la cosecha, se encuentra a un hombre con larga barba y vestido de negro, que le pide un poco de agua. Sus vestimentas son las de un pobre, pero su mirada y sus palabras son las de un santo. Aquel hombre de negro se presenta como un Buen Hombre, como un ferviente creyente en los Evangelios. Mientras bebe, el predicador se sienta a un lado del camino y le explica que es un pastor, un sacerdote del verdadero Dios, que está de camino hacia Fanjeaux, donde debe encontrarse con otros sacerdotes de su Iglesia. Ellos, le explica mientras señala la parroquia, creen en un Dios malo, que castiga y que ha creado este mundo de corrupción. En cambio, los Buenos Hombres creen en un Dios bueno, verdadero, creador de las almas. Todo lo demás, el mundo y sus disputas, son obra del maligno. A Bertrán le empieza a gustar esta manera de pensar, encaja más con lo que él ha pensado mil veces que con las historias que inventaba su abuelo. Deja la cosecha y decide acompañar al extravagante hombre hacia el centro mismo de esta nueva religión, para aprender e iniciarse en esta nueva manera de vivir.

Han pasado diez años desde su encuentro con aquel perfecto. Ahora Bertrán es uno de ellos. Recibió el *consolament* días antes de que un monje español se acercara a Fanjeaux para participar en un debate. Su maestro, el viejo perfecto, era uno de los debatientes. Bertrán

no cree en la necesidad de enfrentarse a los sacerdotes que envía Roma, es absurdo. Mienten y quieren hacer creer que su mensaje es el correcto, cuando no se dan cuenta de que Cristo predicó con humildad, no con prepotencia, y que Jesús vivía en la pobreza y no en enormes palacios. Sin embargo, al observar al joven español, se da cuenta de que éste es distinto a los demás. Tiene algo que le llena de asombro. Es la primera vez que ve a un enviado del papa predicando como ellos, los perfectos, desde la pobreza. El joven monje español consigue cambiar muchas cosas, incluso las vidas de muchos.

El calor del verano es insoportable. El sol del mediodía machaca sin piedad las piedras del camino. Bertrán se sienta bajo un pequeño árbol, en la margen del sendero, frente a la antigua parroquia, a medio camino de Fanjeaux. Su mirada está teñida de tristeza y piensa cómo ha cambiado su vida y la de sus gentes. La casa donde vivían sus abuelos, al lado de la parroquia, se ha convertido en el refugio de unas mujeres que, en su opinión, han renunciado a vivir en la verdad. En esta casa pobre, Domingo de Guzmán, el español, ha instalado a un grupo de mujeres a las que ha convertido en su particular lucha contra los Buenos Hombres, y ha instaurado la clausura para ellas. Bertrán sabe que ya nada es igual. Se sentía feliz escuchando la vida de Jesús, sentado a la puerta de la iglesia, y ahora es cuestionado y odiado por aquellos que tienen el mismo oficio que su abuelo. Bertrán no entiende de política ni de armas, tan sólo sabe que su misión en la vida es llevar consigo el mensaje de Dios, el verdadero, y comunicarlo al mundo. Sentado, bajo el árbol, espera a que su compañera, también perfecta, le alcance. No son matrimonio porque, según sus preceptos, el matrimonio es un pecado, pero deben parecerlo para no ser sorprendidos.

Oye un ruido, pero no es ella y sigue esperando. Corren los rumores de que, hace algo más de un mes, se ha formado un gran ejército cruzado para invadir su país y para perseguirles. Él y su compañera abandonan la zona, como todos los habitantes de Fanjeaux. La ciudad que vigila con sus enormes torreones desde lo alto de la loma se ha quedado vacía. Se gira e intenta descubrir dónde está su compañera, pero lo que ve le aterroriza. El brillo del sol le ha ocultado lo que está

sucediendo alrededor. Parece como si hubiera estado dormitando y hubiese despertado de repente sin reconocer dónde está. El ruido tenue de antes se vuelve cada vez más, mucho más, intenso. Sale de su refugio, se sube encima del pequeño muro del convento de mujeres y no da crédito a sus ojos. A lo lejos, miles de túnicas blancas se dirigen a Fanjeaux, la ciudad fantasma. Poco a poco, el gran mar blanco se detiene y empieza a moverse como un torbellino. Miles de hombres descabalgan de sus caballos y comienzan a montar sus tiendas para acampar. Bertrán observa a esos hombres que han llegado con el único propósito de matarlos. Por fin, su compañera llega y deciden marchar, rápida pero silenciosamente.

El inicio de la guerra

El 15 de enero de 1208, Pedro de Castelnau sale de Tolosa totalmente contrariado por la actitud del conde Raimundo VI. No ha conseguido hacer ver al conde que está protegiendo a herejes y que debe cambiar de actitud si quiere ser bien recibido por la Iglesia otra vez. El fuerte carácter de Castelnau le convierte en un déspota que lo único que quiere es ver convertidos en ceniza a aquellos que se alejan de los preceptos de Roma. Es un personaje tan odiado que, ese mismo día, cuando se dispone a coger una barcaza para atravesar el río Ródano, mientras espera para hacerlo, un jinete se acerca a él y, con tremenda rapidez, le clava su espada y lo mata.

El agua ha rebasado el vaso. Ante esta noticia, Inocencio III no tiene más remedio que llamar a la cristiandad para que se una en una cruzada con el fin de extirpar de una vez por todas el mal de la herejía. Envía para ello una carta al rey Felipe Augusto de Francia en la que le insta a capitanear el ejército cruzado. Pero Francia tiene otros problemas que ir a aniquilar a unos pocos hombres harapientos. Además, ¿quién es el papa para dar órdenes a un emperador? Felipe Augusto se niega, como ya lo había hecho en anteriores ocasiones, a encabezar la locura de Inocencio III. Ante esta negativa, el pontífice insiste, aunque ahora puntualiza que, en lugar del monarca, sea su hijo quien luche contra los herejes. Felipe de Francia, sin mucho

convencimiento, cede y da permiso a sus barones, los que quieran, a participar en la cruzada. Inocencio III quiere formar un gran ejército y, para ello, necesita ahora convencer a la gran mayoría de los barones franceses. Les ofrece el mismo trato que recibirían si la cruzada se dirigiera a Tierra Santa: servir durante cuarenta días como cruzado libra de todos pecados, las deudas contraídas quedan eliminadas y tendrán derecho a percibir parte del botín conquistado. Y todo ello sin tener que desplazarse a tierras extrañas ni muy calurosas. Todos los barones franceses aceptan. La primera cruzada en tierras cristianas es para esos nobles como ganar la lotería. Sin realizar un largo y penoso viaje, sus deudas quedarán saldadas e incluso volverán enriquecidos en tan sólo cuarenta días fuera de sus hogares.

Mientras, Raimundo VI es acusado por Fulko, su obispo, de ser el instigador de la muerte de Pedro de Castelnau. De pronto, el conde ve con temor que la cruzada destruya todas sus tierras y aniquile a sus vasallos. Sabiéndose inocente, decide enviar cartas al papa para llegar a una reconciliación y conseguir su perdón. El pontífice le contesta que debe tratar el tema con Arnaldo Amaury, el jefe espiritual de la cruzada. El conde no acepta, porque sabe perfectamente que hablar con el cruel e irascible legado papal será imposible, pues no llegará a ningún acuerdo con él. Inocencio III acepta las excusas de Raimundo y pide al conde que trate con Milo, un notario apostólico y amigo de él. En cualquier caso, Raimundo VI debe demostrar que no es el asesino de Castelnau; de lo contrario, él y sus dominios desaparecerán para siempre.

En todo caso, las explicaciones de Raimundo no llegan a buen puerto y el conde decide pedir perdón y recibir un castigo. Milo le ruega que acepte unas condiciones que parecen severas, pero que le salvarán la vida. A partir de ese momento, el conde tiene que entregar siete de sus castillos, ceder los bienes religiosos de sus tierras y acceder a no formar un ejército ni a contratar mercenarios para formarlo. Además, debe humillarse como buen cristiano y pedir perdón a toda la jerarquía eclesial que haya ofendido y luchar decididamente contra los herejes.

El 18 de junio de 1209, un año después del asesinato de Pedro de Castelnau, Raimundo VI accede a ser flagelado públicamente en su feudo, en la iglesia de Saint-Gilles, y delante de todos sus vasallos, algo

nada habitual y que demuestra el grado de humillación que debe soportar. El verdugo es el propio Milo. Le desnuda de medio cuerpo para arriba, le ata las manos y le ordena arrodillarse. Los latigazos empiezan a restallar sobre la piel del noble. Cada chasquido marca un rojo surco.

Una gran multitud se ha congregado para ver la vejación que sufre su señor. No es corriente ver a un poderoso noble siendo castigado, eso solo les ocurre a ellos, a la gente menos favorecida. El sudor en la frente de Milo y la ensangrentada espalda de Raimundo VI dan a entender que la flagelación ha finalizado. La gente reunida empieza a vociferar. Quiere ver de cerca de su señor. Milo y Raimundo intentan atravesar la iglesia donde se ha llevado a cabo la humillación, pero les es imposible. La gran cantidad de gente les obliga a avanzar a codazos hasta la puerta. Porque, para que la degradación pública sea mayor, los legados obligan a Raimundo VI a pararse ante la tumba de Pedro de Castelnau y rezar en silencio. El asesino debe rendir homenaje al monje muerto.

Raimundo VI no deja de sorprender a los legados y, después de ser azotado y humillado, pide unirse al ejército cruzado que avanza lentamente desde el norte. Nadie se fía de su palabra, pero su proposición es aceptada. No es que Raimundo haya cambiado un ápice desde el castigo, pero su objetivo es salvar sus tierras. Si se une a los cruzados, no las atacarán.

Pocos días después, Raimundo VI y sus nobles cabalgan hacia Valence, donde se encuentra estacionado el temible ejército. Cuando llegan, son testigos de un asombroso espectáculo: miles de hombres preparados para matar, centenares de catapultas y otras máquinas de guerra, y miles de estandartes que tiñen con sus vivos colores el verde de las tierras francesas. Allí, son recibidos por Arnaldo Amaury, a quien el papa ha nombrado el dirigente espiritual de la misión. La recíproca aversión que se tienen Raimundo y Amaury hace que el legado papal no esté de acuerdo con la inclusión del conde en la cruzada y le pida al pontífice que no le permita participar.

Inocencio III, en una carta, le responde:

"Sed prudente y ocultad vuestras intenciones. Dejadlo solo, al principio, para atacar a aquellos que son rebeldes. No será fácil derrotar a los

herejes si se unen para defenderse en común, pero será más fácil aniquilarlos si el conde les ayuda".

A finales de junio, una extensa marea de hombres armados de más de cinco kilómetros de largo se pone en movimiento para iniciar la cruzada contra los cátaros.

El ejército cruzado está formado por unos veinte mil caballeros, más unos diez mil soldados de infantería. Los nobles van montados en sus caballos, con sus brillantes armaduras y cotas de malla, con una lanza y el estandarte en una mano y el escudo en la otra. Los escudos, en forma de almendra, llevan las insignias de cada casa noble. Los caballos van protegidos para la batalla. Todo ello conlleva que el paso sea realmente lento, ya que el peso que los pobres animales han de soportar es considerable. La infantería, por otro lado, viste una malla corta y más ligera. Empuña lanza y escudo mientras se desplaza a pie a todos los lugares.

Esta milicia no tan sólo está compuesta por los nobles y sus ejércitos, sino que, además, incluye un gran grupo de *ribaunds*. Los *ribaunds* son los mercenarios contratados por los nobles para realizar las acciones más rápidas y crueles. No perciben un sueldo, sino que, a cambio de luchar, ganan parte del botín. Para ello escogen un representante, que es el encargado de negociar con los nobles la cantidad de botín que se quedan durante el saqueo a las ciudades.

Y como en todos los ejércitos medievales, a éste le acompaña una multitud de campesinos con sus familias, mujeres y niños, los siempre presentes clérigos y también un gran número de prostitutas.

La inmensa máquina de matar se acerca, sin prisas, a la primera ciudad donde deben rendir cuentas los malvados herejes, Béziers, territorio del noble Raimundo Roger, de la familia de los Trencavel, gran defensor del catarismo. Pero antes las tropas cruzadas hacen un alto en Montpellier, ciudad que el mismo papa ha pedido que respeten, ya que es totalmente católica.

Desde Béziers, el vizconde Raimundo Roger observa con preocupación la llegada del ejército y, con él, el conde de Tolosa. Inmediatamente se apercibe de que su territorio es el elegido para empezar las

acciones militares y decide encaminarse hacia Montpellier para negociar con los cruzados y evitar una masacre.

Raimundo Roger de Trencavel se presenta ante Arnaud Amaury y toda la elite de nobles para pedir perdón y ponerse bajo las órdenes de los cruzados. Al igual que Raimundo VI, conde de Tolosa, el vizconde pretende evitar que ataquen sus tierras. Amaury puede ser cruel y muchas veces olvidar sus preceptos morales en beneficio de la más brutal violencia, y tiene buena memoria. Recuerda que años atrás el joven Trencavel estaba rodeado de cátaros, e incluso que uno de sus mentores había sido Bertrán de Saissac, un conocido guía de los herejes. Amaury sabe que el vizconde de Albi, Carcasona y Béziers miente, que trata de salvarse con la más ruin de las mentiras: abrazar a Dios sin creer en él.

Ante la negativa del perdón por parte de los cruzados, el vizconde cabalga sin detenerse de regreso a Béziers. Allí convoca una asamblea de toda la ciudad y expone la situación. El ejército cruzado está al caer y no serán especialmente cordiales con la ciudad, vienen a destruirla. Los ciudadanos de Béziers deciden resistir: la ciudad almacena víveres suficientes y no es de fácil acceso. Piensan que un ejército tan grande no soportará un largo asedio bajo el sol de verano. ¡Qué equivocados están!, el sol de verano de 1209 verá una de las mayores matanzas de la historia.

Béziers en llamas

El 22 de julio, los cruzados llegan frente a los muros de la ciudad. Elevan la vista y comprueban las enormes dificultades que tendrán para abatirla. Será un largo y caluroso asedio. Empiezan a preparar el campo para pasar los meses que hagan falta. Talan árboles, construyen los pabellones donde se reúnen los nobles, elevan los estandartes, preparan el avituallamiento, todo lo necesario para equipar un campamento para más de veinte mil hombres. En lugar de la llegada de un ejército, parece que haya surgido una nueva ciudad de la nada.

Cuando el campamento está apenas levantado, los especialistas en asedios se acercan a los inmensos muros de la ciudad para descubrir

cuáles son los puntos más vulnerables y centrar el ataque en esos lugares. Los cruzados poseen enormes catapultas que pueden destruir los muros en cualquier momento, pero para ello necesitan que haya alguna pequeña brecha o alguna debilidad en la muralla. No encuentran ni un resquicio por donde se pueda empezar el ataque. Los nobles se reúnen para decidir qué hacer y plantear un largo asedio. Pero el destino hace que el 22 de julio sea un trágico día.

Como en todo asedio medieval, primero se concede un periodo para ver si el asediado se rinde. El obispo de Béziers, que está entre las filas cruzadas, se dirige a la muralla de la ciudad con una última oferta: entregar a todos los perfectos y, sólo así, el resto de los ciudadanos se librará de una muerte segura. La respuesta de Béziers no puede ser más contundente:

> "Preferimos ahogarnos en el mar a cambiar nada de nuestro gobierno".

Los ciudadanos de Béziers, los llamados *biterrois*, miran desde las murallas ese océano de colores que dibujan los estandartes de los nobles apostados en el campo. La brisa del atardecer hace que las banderas oscilen y creen una majestuosa visión. La brisa también les trae el ruido, el estruendo provocado por los invasores mientras levantan el asentamiento, limpian sus monturas y preparan la comida. Abajo, en el campamento, muchos están finalizando sus tareas y se disponen a ir al río a lavarse un poco. La dura jornada los ha dejado cubiertos de polvo y sudor. Un grupo de trabajadores accede a un camino cercano a las murallas para darse un refrescante baño. Los hombres de Béziers los observan desde las almenas sin llegarse a imaginar que ese pequeño grupo y su codiciado baño supondrá el fin de toda una ciudad.

Los *biterrois* empiezan a insultar al pequeño grupo, mientras los otros, desde abajo, se ríen ostensiblemente de la posición de los asediados. Sobre las murallas se apostan jóvenes que, con su ímpetu, quieren demostrar a los asediantes que no se pueden reír de ellos. La sangre joven les llama a darles una lección. Los jóvenes se reúnen cerca de una de las puertas de la ciudad. Empuñan garrotes, lanzas y espadas. Nadie les ha dado ninguna orden, pero están dispuestos a propinar una

lección a aquellos que los han insultado. Sin embargo, su rabia y la bravuconería les hacen olvidar una de las premisas más importantes en una batalla en la Edad Media: nunca atacar un ejército los primeros días del asedio, ya que la mayoría de los caballeros están frescos, descansados y con unas enormes ganas de matar.

Los jóvenes de Béziers, escasamente armados, abren la puerta y se dirigen con rapidez hacia el grupo que se está aseando en el río. Uno de ellos es alcanzado sin apenas darse cuenta, le golpean y le hieren hasta dejarlo inconsciente. Lanzan al río al pobre hombre desde un puente. Pero, desde el campamento cruzado, los *ribaunds* (mercenarios) han oído el fragor de la riña, descubren con asombro que la puerta de la ciudad ha sido abierta y, sin apenas dar un respiro, se lanzan al ataque. En menos de un día de asedio han encontrado la manera de entrar en la ciudad. En pocos minutos, más de un centenar de hombres furiosos corren hacia las puertas de Béziers. Desde las murallas, la gente intenta avisar al grupo de jóvenes de la desgracia que se les viene encima. Éstos oyen el desesperado aviso, pero no llegan a alcanzar la puerta, son abatidos en un momento. Desde las altas almenas se puede ver que los atacantes son muy numerosos. Los defensores descienden a toda prisa hacia la puerta para defender la ciudadela.

Mientras, en el campamento cruzado, los nobles están reunidos para decidir la estrategia a seguir durante el asedio. Cuando la batalla entre los *ribaunds* y los *biterrois* ya ha empezado, se dan cuenta de que algo pasa. Oyen el inconfundible fragor del asalto: gritos, llantos, golpes. Los cruzados se visten con sus armaduras y se preparan para lanzar el ataque definitivo. Uno de ellos pregunta a Amaury cómo, una vez dentro de la ciudad, distinguirán a los herejes de los cristianos. A lo que el legado papal da una respuesta indigna:

> "Matadlos a todos. Dios reconocerá a los suyos".

En nombre de Dios ha dado permiso para que se organice una auténtica orgía de sangre en el interior de Béziers. Los nobles entran al galope en una ciudad que ya está siendo cruelmente abatida por los mercenarios. En la puerta se encuentran con cuerpos mutilados y sólo

tiene que seguir el rastro de sangre de las calles. Matan, queman y violan a toda persona que se encuentran por delante, incluso a los niños. En una de las fatídicas avanzadas, un grupo de sangrientos combatientes entra en la iglesia de Santa María Magdalena, donde se ha refugiado una multitud de personas que rezan con la inútil esperanza de que Dios detenga aquel horror. Precisamente, el día del ataque a Béziers es el día de la celebración de la santidad de María Magdalena, patrona de la ciudad. Tan pronto como entran los atacantes, propinan hachazos a diestro y siniestro, golpean los cuerpos ya mutilados, matan sin contemplaciones a los niños y persiguen y violan a las mujeres, en la misma iglesia, en nombre de Dios.

En pocas horas aniquilan literalmente toda la ciudad. Una vez asesinada toda la población, los mercenarios empiezan el saqueo para conseguir el botín que tienen prometido. Penetran en las casas y roban todo lo que pueden, pero no se comportan según lo estipulado. Ellos no pueden quedarse todo el botín, son los nobles quienes deben repartirlo. Éstos, al ver la situación, deciden enfrentarse a los mercenarios para frenar el saqueo. Los *ribaunds*, al ver que nada pueden hacer contra las armas de los caballeros, queman la ciudad. Béziers entera se convierte en una gran bola de fuego. Los soldados no tienen más remedio que abandonar el recinto amurallado y esperar a que se convierta en cenizas.

Un exultante Amaury envía una misiva a Inocencio III para explicarle la matanza, y finaliza con estas palabras:

> "La venganza divina ha sido majestuosa".

Los cruzados permanecen durante tres días más junto a la ciudad destruida para recoger los restos de botín y preparar la marcha hacia la capital del territorio de los Trencavel, la imponente Carcasona. Las escasas tres jornadas de descanso también sirven para que los nobles reciban en sus tiendas a los pequeños señores, vasallos de Trencavel, que al ver la masacre sufrida por Béziers, prefieren rendir honor a los cruzados que pasar por el cuchillo.

Siguiente objetivo: Carcasona

Mientras, Raimundo Roger, en su castillo de Carcasona, recibe también a sus vasallos, aquellos que no quieren rendir a las tropas cruzadas y buscan refugio dentro de la fortaleza. El vizconde se ha librado de la muerte al salir de Béziers en la víspera de la matanza. Con los ciudadanos había decidido ir en busca de ayuda en los castillos cercanos para llegar a tiempo de salvar la ciudad. Ahora, desde las murallas de Carcasona, con la vista perdida en el Aude, Raimundo Roger llora la terrible muerte de sus vasallos. Lleno de rabia, decide que no se lo va a poner fácil a esa banda de asesinos y maldice al conde de Tolosa por ser participe en todo aquello, aunque no sabe que Raimundo VI no ha enviado ni un solo soldado al ataque de Béziers. El vizconde ordena arrasar las tierras cercanas, destruir los molinos y quemar los víveres y alimentos que no quepan en la capital. Quiere que los cruzados se encuentren con una tierra destruida, inhóspita, sin alimentos.

El 1 de agosto, sin apenas tiempo para organizar la defensa, los ciudadanos de Carcasona ven aparecer ante sus murallas el gran ejército. El vizconde es llamado para que contemple el espectáculo. Entra deprisa en la sala donde están reunidos los demás nobles y les pide que no demoren el combate, que suban a sus caballos y que ataquen por sorpresa al enemigo que aún no se ha aposentado. Sus amigos más cercanos le recriminan está actitud y le piden prudencia, más vale esperar unas buenas condiciones de combate que presentar batalla a ciegas a un ejército tan poderoso.

Los cruzados empiezan otra vez a montar las tiendas, a limpiar las armas. Se preparan para un largo asedio. No creen que el de Carcasona pueda resolverse de manera tan fácil como en Béziers. Los nobles cruzados se reúnen una vez más para planificar la batalla. La situación de Carcasona es muy distinta a la de Béziers. Para empezar, la ciudad está situada en la cumbre de una colina, y en el valle que la precede se han formado dos pequeños suburbios extramuros. El *burg* es el suburbio norte, mientras que el llamado *castellar* está situado en la ladera sur. La estrategia de los cruzados será, sin duda, atacar y ocupar estos suburbios, para desde ellos tener un mejor acceso a la ciudadela.

Los cruzados deciden hacer una incursión al *burg* para ver cómo resiste. Los caballeros se lanzan al galope, mientras los defensores utilizan piedras y ballestas para defenderse, pero los muros son débiles y ceden tras el primer envite de una de las catapultas. En pocas horas, los defensores del *burg* se retiran a las murallas de Carcasona, dejando libre el paso a los cruzados. Pero la consecuencia real de esta pérdida no está en el control de una de las entradas de la ciudad, sino en la pérdida del control del agua. La zona conquistada, el norte, está repleta de pozos de abastecimiento de la ciudad. Los cruzados han ganado más que una posición, ahora controlan los recursos de agua de una ciudad repleta de gente. Desde este momento tienen la victoria en la mano, sólo es cuestión de tiempo que Carcasona se rinda.

Mientras, Pedro el Católico se ha enterado de la matanza de Béziers a través del obispo de Narbona, pariente suyo. Al ver el terrible ataque del ejército cruzado, decide viajar hasta Carcasona para evitar una catástrofe mayor en unas tierras que le rinden vasallaje.

Por otro lado, tras la caída del *burg* Raimundo Roger envía misivas al rey catalán para que interceda por él ante el papa. Pero Pedro el Católico ya está en camino y al día siguiente de la caída del *burg* se presenta ante los nobles de la cruzada. Los nobles y, sobre todo, Amaury, piden al monarca que primero hable con el vizconde y después se verá si es posible o no una solución diplomática. Por su parte, el legado papal pone toda clase de impedimentos a un acuerdo con los sitiados. La derrota de los Trencavel y la aniquilación de la herejía tienen que ser totales y sólo la acción militar posibilita tal victoria. Pedro monta su caballo y, sin armas, se dirige al castillo. La ciudadela le recibe entre vítores, pero el semblante del monarca refleja cansancio y preocupación.

Saluda a Raimundo Roger y le aparta de la multitud para poder hablar en privado. Una vez solos, el rey le recrimina su postura:

> "A pesar de mis consejos, no habéis expulsado a los herejes y estáis en esta situación por haber permitido su creencia".

La decisión no es fácil, Raimundo Roger no esperaba una reprimenda, sino ayuda. No tiene más salida que pedir al monarca que

interceda por él. Pedro sale de la ciudad convencido de su éxito y se reúne de nuevo con la elite de los nobles. Les habla de la buena disponibilidad de su vasallo para llegar a un acuerdo. Los nobles no dicen que no, les queda poco tiempo para cumplir los cuarenta días estipulados y en su interior no quieren ver a uno de su misma condición, humillado de aquella manera. Pero el oscuro Amaury está presente y consigue variar la opinión de todos los presentes; y le dice al rey Pedro que su vasallo no tiene ni una oportunidad. El debate se alarga y por fin el monarca consigue arrancar un pacto del prelado. Un pacto que realmente es una vergüenza, pero que se ve obligado a transmitirlo a Raimundo Roger: puede escoger a doce hombres y abandonar la ciudad. El resto de los ciudadanos quedará a disposición de los cruzados. El vizconde rechaza la denigrante oferta y a Pedro el Católico no le queda más remedio que marcharse y volver a sus tierras, enfurecido por el trato recibido por Amaury.

El 7 de agosto, tres días después de la llegada de Pedro el Católico, los cruzados vuelven al ataque. Planean atacar el segundo suburbio de la ciudad, el *castellar*, situado al sur. Los gritos de los cruzados alertan a los defensores. Desde las murallas descubren una inmensa oleada de hombres que corren hacía las murallas. Al llegar al foso, los atacantes son masacrados por una incesante lluvia de piedras y flechas. Muchos de ellos caen heridos o muertos. El *castellar* deviene una dificultad que los cruzados no esperaban. Los suburbios sur de la ciudad son defendidos con gran fiereza. Los nobles cruzados se dan cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos y abandonan este intento con el fin de iniciar un ataque típicamente feudal. Las catapultas comienzan a lanzar piedras, pero la defensa es tan encarnizada que los cruzados deciden que el asedio debe terminar lo más rápidamente posible a causa del gran número de bajas. Así, ordenan a un grupo de soldados que crucen el foso, se acerquen a la muralla del *castellar* y excaven profundos agujeros para minar el muro. Así lo hacen: parapetados para que no les alcancen los proyectiles de los defensores, empiezan la ardua labor de cavar. Cuando los profundos túneles han pasado ya por debajo de la muralla, los apuntalan y los llenan de brea y paja. Con teas encienden la paja y huyen corriendo para evitar las flechas. En pocos segundos

surge un humo espeso por debajo de la muralla y ésta finalmente cede. Se ha abierto una gran brecha por la que penetran los cruzados dispuestos a llevar a cabo otra de sus matanzas. Las calles del suburbio se llenan de sangre.

Satisfechos, los cruzados vuelven a sus tiendas, momento que aprovecha el vizconde Raimundo Roger para salir sigilosamente de Carcasona con un grupo de jinetes y acuchillar a los pocos soldados que quedan dentro de las calles del arrabal. Tras realizar esta rápida batida, regresan al interior de la ciudadela.

Es un momento clave. Abatidos los dos barrios exteriores de la ciudad, los cruzados tienen controlados los accesos, pero Carcasona es una fortaleza inexpugnable. Ambos contendientes prevén un largo sitio. La situación es complicada, debido al espantoso calor del mes de agosto, pero a los ciudadanos de Carcasona les toca la peor parte, ya que, poco a poco, empiezan a carecer de agua. La suciedad y la carroña de los animales, que han caído presa del hambre y la sed, favorecen la aparición de fuertes infecciones, causa de muertes y enfermedades a niños y adultos. La situación de la ciudad se vuelve insostenible.

Un día, aparece frente a las puertas un jinete que se identifica como pariente del vizconde. Trae consigo un mensaje de los cruzados. Raimundo Roger le permite la entrada y se reúne con él. El misterioso pariente le convence de que tiene un salvo conducto para poder ir a negociar con los nobles. El vizconde no duda de su palabra, monta su caballo y lentamente se acerca al campamento cruzado. Piensa en pedir clemencia y en salvar la vida de los miles de ciudadanos, pero también en una derrota honrosa por su parte.

Los caballeros le reciben con muestras de honor, ya que es uno de ellos. Sin embargo, en ese momento aparece el omnipresente Amaury, quien, sin dudarlo, ordena apresar al vizconde. El legado ha roto, y no por primera vez, un juramento feudal.

Una vez hecho prisionero, los cruzados se acercan a la ciudad y obligan a todos sus ocupantes a abandonarla sin llevar nada encima. Deben dejar todas sus pertenencias. Con la ciudad vacía, sin nadie por las calles, es el momento en que permiten al vizconde entrar de nuevo en su ciudad, aunque, por mandato de Amaury, para ser encerrado en

sus propios calabozos. Tres meses después, Raimundo Roger muere en prisión.

La tierra de los Trencavel ha sido arrasada y conquistada por los cruzados. La cuarentena está apunto de vencer y por fin pueden volver a sus hogares. Pero alguien debe gobernar los nuevos territorios y el prelado Amaury cree haber encontrado la persona idónea para ello. Durante el asalto a los suburbios, los cruzados han observado a un pequeño noble que se revela como un formidable atacante y un buen estratega, Simón de Montfort. El 15 de agosto de 1209, Monfort es nombrado vizconde de Béziers y de Carcasona.

Los cruzados abandonan el Languedoc, menos unos centenares de ellos que se establecen con el nuevo vizconde. Simón hace prometer a los cruzados que regresarán si se les necesita.

La diplomacia de Raimundo VI

La contienda del verano de 1209 ha sido muy dura para el Languedoc y sus gentes. En pocos meses dos ciudades han sido arrasadas, miles de personas asesinadas y los señores occitanos derrotados. El que parece haber tenido mejor fortuna es el conde de Tolosa. A pesar de haber sido excomulgado varias veces y obligado a participar en la campaña militar, se sitúa en una posición más o menos cómoda: su territorio no es atacado y evita participar en las masacres.

Al finalizar la contienda, Raimundo VI llama a su hijo para que sea presentado ante toda la nobleza francesa y de ésta manera asegurar el respeto de ésta hacía el futuro conde. Pero sobre Raimundo VI se cierne una sombra que no le deja vivir, el tenebroso Amaury. El legado papal no se fía ni por un momento del conde y está plenamente convencido de que su presencia ante los cruzados ha sido una mera artimaña. Le acosa hasta el punto de que, en septiembre, vuelve a excomulgarlo. La dominante burguesía tolosana no entiende por qué hay tal animadversión hacia Tolosa. Junto al conde, deciden visitar al papa para que éste les dé explicaciones sobre los abusos de su legado. Inocencio III los recibe en Roma y parece que las explicaciones y las negociaciones van por buen camino. Durante dos meses hablan y

discuten, pero el pontífice sabe que Raimundo ha sido protector de los herejes y no se lo puede perdonar, aunque también conoce de los excesos de Amaury. En enero de 1210 el papa llega a la conclusión de que el conde no debe ser castigado con tanta dureza, hay que permitirle probar su inocencia. Por tanto, propone que se cree un tribunal eclesiástico que dé a Raimundo VI la oportunidad de rebatir todas las acusaciones.

Las plácidas pero a veces tensas conversaciones entre el conde y el papa les hacen olvidar los problemas reales del Languedoc. Los hay, y muchos: Simón de Montfort inicia una nueva oleada de batallas contra los herejes y los señores que los protegen mientras en Tolosa se desata una auténtica guerra civil. Aprovechando la ausencia del conde, el obispo Fulko inicia una campaña de limpieza dogmática en la ciudad; en definitiva, intenta expulsar de ella a todos los herejes o, por lo menos, a los que él cree que lo son. Lo intenta, pero nadie le hace el menor caso, ya han pasado los años en que la gente se molestaba a escuchar los sermones de los sacerdotes. Antes, nadie creía en ellos, pero ahora, tras la guerra, menos aún. La derrota moral del obispo le impele a tomar una enérgica decisión: si no acaba con la herejía a través de las palabras, lo hará por la fuerza. Fulko crea un grupo armado llamado la Hermandad Blanca. Las acciones de la milicia de Fulko son terribles, funestas. La Hermandad Blanca asesina a una multitud de personas a las que creen judíos o herejes. Curiosamente, los afectados por tal brutalidad crean, a su vez, una milicia para contrarrestar estos ataques, la Hermandad Negra. Negros y blancos desatan una guerra civil que poco va a favorecer los intereses del conde cuando éste regresa de Roma para preparar su intervención ante el tribunal eclesiástico.

Durante los meses en que se está organizando la audiencia que debe juzgar de nuevo a Raimundo VI, el conde deambula por todo su territorio intentando cumplir las promesas impuestas en el perdón de la excomunión, para así presentarse delante de Amaury y el tribunal sin facilitarles excusas para condenarle.

El 10 de julio de 1210 se reúne, finalmente, el tribunal. Los sacerdotes encomendados por el papa asisten con la misión de escuchar

detalladamente cada una de las exposiciones del conde. Pero Amaury no piensa permitir que Raimundo VI sea perdonado cuando él sabe que es culpable, y decide urdir una estratagema que le asegure el éxito. Toma primero la palabra y expone con vehemencia que el conde no ha cumplido sus promesas y que, además, miente cuando intenta justificarse. Raimundo es un perjuro y, por lo tanto, no tiene derecho a hablar delante de un tribunal de la Iglesia. Convencidos por Amaury, los clérigos reunidos en cónclave deciden que al conde no le está permitido defenderse y, por tanto, que la excomunión queda prorrogada indefinidamente. Los intentos de diplomacia que mantenían la esperanza de Raimundo VI se estrellan contra el muro de odio de algunos hombres de Dios.

Guerra de conquista

El primer año de cruzada ha sido intenso y las victorias han potenciado la figura de Simón de Montfort, quien, finalmente, es nombrado vizconde de Béziers y Carcasona, las dos ciudades más importantes de la dinastía de los Trencavel. La mayoría de los cruzados ha vuelto a sus hogares después de haber pasado la cuarentena, pero con la obligación de regresar si el nuevo amo del Languedoc necesita su ayuda. En realidad, para Montfort la cruzada no ha finalizado: aún tiene que limpiar de herejes una gran parte del territorio. Es verdad que controla las grandes ciudades, pero los cátaros, ante la orgía de violencia desplegada por los cruzados, se han refugiado en los castillos más alejados, donde permanecen concentrados en gran número, o esperan en la fortaleza de Montsegur.

Durante los primeros meses de 1210, Simón pone en marcha a los pocos caballeros que le acompañan en la creencia de que serán suficientes para acabar con los perfectos que han sobrevivido. Ponen rumbo a Cabaret, pero la zona no es la más propicia para un ataque, ya que el terreno es montañoso. Pese a ello, intentan un rápido asalto que se salda con una clara derrota. Simón se retira a la espera de conseguir más efectivos que le permitan responder con contundencia. Por fin, a principios de marzo llega su mujer, Alicia de Montmorency, con

refuerzos suficientes para iniciar de nuevo la cruzada. Alicia es un caso único en el medievo. Participa en las reuniones militares con los nobles, su voz es escuchada y desafía a la muerte al lado de su marido en todas las batallas.

Montfort levanta el campamento y vuelve a movilizar la cruzada. Pero esta vez se da un pequeño matiz que cambiará el concepto del primer año de cruzada. Simón de Monfort gobierna tan sólo en el terreno militar, mientras que el espiritual sigue bajo la intransigencia del oscuro Amaury. La mezcla de estos dos caracteres provoca que la cruzada sea más violenta si cabe, y, además, surge un espíritu de conquista. Montfort ya no sólo quiere eliminar la herejía, sino también convertirse en el amo y señor de Occitania. Sentido de conquista, porque quiere gobernar, pero con las leyes del norte francés. Y para conseguirlo, debe eliminar a todas las familias nobles del sur.

El 2 de abril de 1210, el ejército cruzado llega a las puertas de Bram, sitia la ciudad y espera el momento de la batalla. Los meses que llevan sin combatir apremian y los cruzados se lanzan como locos contra la población. La violencia del choque es tremenda y desproporcionada, y pronto la ciudad se rinde. El resultado de la ofensa marca un punto de inflexión: ni Montfort ni Amaury volverán a tener jamás un mínimo de clemencia con los occitanos. Tras el ataque, separan a un centenar de prisioneros y les cortan la nariz y un labio, y les arrancan los ojos a todos menos a uno, al que dejan un ojo para que haga de guía. Los sacan de la ciudad en fila y los dejan ir para que actúen como emblema del terror, ejemplo de los posibles castigos para el resto de las ciudades que no se dobleguen. Acto seguido, los cruzados levantan el campamento y reanudan su ruta de conquista, pero el avance no es fácil debido a que se encuentran con cierta oposición por parte de un grupo armado que, a la larga, no les causa el menor daño. Se trata de los *faydits*, la unión de los jóvenes nobles desposeídos de sus tierras para combatir a los invasores. Los *faydits* carecen de una organización que les dirija y tan sólo consiguen mantener dos castillos, los de Termes y Cabaret, como últimos reductos de la resistencia occitana.

Durante la primavera, Simón conquista algunos castillos menores y sin mucha importancia, pero poco a poco se va convirtiendo en amo

y señor de toda la zona. El 15 de junio llega a las puertas de Menerba, ciudad que le costará un largo asedio y en la que se llevará a cabo la primera gran hoguera de la cruzada. La ciudad está rodeada por grandes murallas y defendida también por una importante defensa natural, un precipicio en uno de sus lados. El acceso, por tanto, es muy complicado, por lo que Simón ordena utilizar las catapultas para destruir los muros. Poco a poco se va abriendo una brecha en ellos, pero Montfort necesita dar el golpe de gracia para que el cerco sea lo más breve posible. Ordena construir una catapulta aún mayor, esta vez con el objetivo de derribar el muro de protección de las reservas de agua. Los enormes proyectiles destruyen los accesos a los depósitos, una ciudad sin agua es una ciudad vencida. En poco tiempo, el olor a podredumbre de los cuerpos de los muertos se hace insoportable. Para evitar enfermedades, los ciudadanos de Menerba deciden arrojar, durante la noche, los cuerpos sin vida por el precipicio.

Finalmente, Menerba se rinde. Guillermo de Menerba, el señor de la fortaleza, entrega todas sus tierras a Montfort. Pero para el jefe espiritual de la cruzada, Amaury, la entrega de estas posesiones no es suficiente castigo para alguien que protege a los herejes. Ordena a todos los ciudadanos que abandonen la ciudad y juren obediencia a Roma. Los que no lo hagan, serán considerados herejes e irán a la hoguera. La mayoría de los que viven dentro de la ciudadela son sólo creyentes y no les importa mentir, pero los perfectos no pueden hacerlo. Su pureza les impide abjurar de su creencia. El asedio a Menerba finaliza con ciento cuarenta perfectos quemados en una gran hoguera.

En agosto, los cruzados se lanzan a la conquista de los castillos dominados por los *faydits*. Primero cae Termes, tras un largo cerco, aunque sin graves pérdidas, y en segundo lugar Cabaret, derrotada después de casi cinco meses de asedio.

Pero aún queda un último castillo en las tierras de los Trencavel, en Lavaur. Quizá es ésta la victoria que más placer le produce a Simón de Monfort. A principios de mayo de 1211, tras castigar las murallas con incesantes bombardeos de piedras, los soldados entran en la ciudad dejando a su paso pocos supervivientes. Pero la crudeza de la matanza no se ve reflejada en la acción del ejército, sino en las represalias de los

caudillos de los cruzados contra los nobles que han encabezado la defensa de Lavaur. Más de ochenta señores occitanos son colgados sin ninguna compasión y los cuatrocientos perfectos encontrados en el interior de la ciudad son quemados en la mayor hoguera humana de la cristiandad. Una vez más, la determinación de Montfort de suplir la nobleza del sur por la del norte queda reflejada en su salvaje proceder. Y no acaba allí. La ciudad de Lavaur es famosa por la persona que la gobierna, Dama Geralda, una conocida creyente cátara. En un arranque de rabia, Simón coge violentamente por el brazo a la gran Dama y la arroja a un pozo, en donde es víctima de una lapidación hasta la muerte.

Lavaur es una ciudad cercana a Tolosa. Cuando Montfort se da cuenta de que ya no le queda qué conquistar, decide centrar su atención en las poderosas murallas tolosanas. Las continuadas victorias le hacen creerse invencible y capaz de todo. Pero la segunda mitad de 1211 no le será del todo favorable. El ejército cruzado pone rumbo a Tolosa junto a los miles de soldados de la Hermandad Blanca que Fulko ha ordenado unirse al ejército cruzado antes del sometimiento de la ciudad de la Dama Geralda.

En pocos días se sitúan delante de los grandes muros tolosanos, pero Monfort se da cuenta enseguida de que no es el momento propicio ni la situación idónea. Los tolosanos han decidido defenderse hasta la muerte a pesar de las amenazas que reciben desde dentro por parte del obispo Fulko y, por otra parte, las murallas de Tolosa son inexpugnables. Simón de Montfort renuncia al ataque y se siente profundamente herido en su corazón de guerrero, aunque esta rabia interna le convierte en un enemigo más peligroso. Durante todo un año, enfoca su estrategia a destruir las tierras cercanas a Tolosa. Arrasa con todo, no queda ni un campo sin quemar ni un pueblo sin devastar. Allí donde va, se respira fuego y muerte.

La única dificultad con que se encuentra es la aguerrida defensa que hacen de sus territorios Raimundo Roger, conde de Foix, y su hijo. Los condes realizan rápidas y feroces acciones contra los atacantes, como capturar a un grupo de caballeros, torturarlos hasta la muerte y después despedazarlos.

Los tolosanos, al verse amenazados por las zarpas del león que Montfort lleva en su estandarte, piden ayuda a Pedro el Católico, que se encuentra en Cataluña. Inicialmente, el monarca decide no inmiscuirse demasiado y envía al vizconde de Bearn para que dirija un grupo de hombres junto a las tropas de Raimundo VI de Tolosa. Este ejército se dirige a enfrentarse a los cruzados sin dilación. Son mayores en número pero deben ir con mucho cuidado, los cruzados son combatientes valerosos. Montfort, temiendo un ataque por sorpresa, decide ser él quien vaya al encuentro de los tolosanos. Para ello, se refugia tras los muros de Castelnaudary a la espera del conde de Tolosa. Cuando el conde de Foix y Raimundo VI se reúnen frente a la ciudadela, inician el ataque. Pero una deficiente estrategia y el aguante de Montfort dentro de la ciudad llegan a desesperar a los tolosanos, que finalmente deciden levantar el asedio y abandonar el lugar. Han desperdiciado la única oportunidad de derrotar a Simón de Montfort.

Montfort se siente cada vez más poderoso. Sale de Castelnaudary y se dirige a la ciudad de Pamies. Es el momento de dejar la espada y abordar la organización de sus tierras. Siempre ha tenido la intención de que Occitania se vea libre de esa pequeña nobleza que ha permitido y defendido a los enemigos de Roma. Por ello, en Pamies promulga algunos decretos que suponen la desarticulación de la nobleza del sur y su sustitución por los señores del norte. Distribuye entre sus hombres todas las tierras conquistadas e impone las costumbres francesas. Es diciembre de 1212.

Las negociaciones de Pedro el Católico

Mientras Simón de Montfort realiza estragos por tierras occitanas, el monarca está muy preocupado por la situación en que se encuentran sus vasallos y amigos del Norte. Al principio se mantiene alejado de cualquier disputa, ya que él es un monarca importante dentro de la cristiandad y no puede permitir que sus vasallos ayuden a los herejes, pero tampoco puede atacar a su propia gente, a sus vasallos. La situación se agrava sobre todo después de la caída de ciudades como Termes y Menerba, y empieza a darse cuenta de que debe participar

en el conflicto para pactar una solución y que finalice, de una vez por todas, la guerra en el Languedoc.

El 22 de enero de 1211 se reúne en Narbona con Amaury, Simón de Montfort y el conde de Tolosa. Durante largos días e interminables debates no se llega a ningún acuerdo sobre la posición que debe tomar Raimundo VI, aunque no todo son malas noticias: el monarca consigue arrancar una tregua de los cruzados con el conde de Foix a cambio de que éste cumpla con las prerrogativas papales.

Pedro el Católico desea fervientemente llegar a una solución favorable con el conde de Tolosa y, por ello, una vez finalizada la reunión de Narbona, invita a los mismos debatientes a trasladarse a su casa de Montpellier para continuar allí las negociaciones. Una vez en Montpellier, el monarca tiene escondida una baza, un golpe de efecto que quizá le pueda permitir llegar al ansiado acuerdo. Está de acuerdo con el vasallaje de Simón de Montfort y el futuro enlace de su hijo, el que será Jaime I con Amicia, la hija de Montfort, y además le cede la educación de su hijo durante tres años en el castillo de Carcasona. Todo esto a cambio del perdón de Raimundo VI y la finalización de las excomuniones. Amaury, con una sorprendente amabilidad, acepta las condiciones, que deben ser ratificadas en Montpellier en un consejo ante abades y prelados.

El mes de febrero, el monarca y Raimundo VI cabalgan juntos para encontrarse con los legados y conocer la sentencia definitiva sobre el conde. Ha pasado sólo un mes desde el primer encuentro, pero el ambiente se ha vuelto frío, distante, como si en el aire flotase una maldición. Los prelados han finalizado su discusión. Amaury sale de la sala para pedir a los nobles que entren. El legado pontificio se sitúa delante del conde y, entre las sombras que proyectan las velas, le lee las condiciones: para ser perdonado, Raimundo VI tiene que derribar todos sus castillos y todas sus fortalezas, se le prohíbe vestir con elegantes atuendos y debe entregar todos sus bienes a los cruzados. En definitiva, tiene que dejar de vivir y comportarse como un noble. Está declaración es considerada por el Pedro el católico como un acto de vejación hacia Raimundo. El conde, con lágrimas en los ojos, abandona Montpellier para refugiarse en su ciudad, tras ser de nuevo excomulgado.

Es el momento en que Simón de Monfort intenta asediar Tolosa, pero fracasa. Raimundo VI, ante la amenaza de los cruzados, vuelve a reclamar la ayuda de su soberano. Pedro el Católico decide insistir y se desplaza a Tolosa, donde es recibido con vítores. Desde allí envía cartas a Amaury para preparar otro encuentro entre el legado, el conde y él. A mediados de enero de 1213, se reúnen, esta vez con la inesperada presencia de Montfort, que ha aparecido sin previo aviso pero con el consentimiento del legado. Pedro intenta lo imposible y solicita la restitución total de las tierras a Raimundo VI bajo la condición de que él y todos sus vasallos cumplan las promesas realizadas al papa. Al cabo de una semana de debate entre el legado y varios obispos, comunican al monarca catalano-aragonés el rechazo a todas sus peticiones. Éste, sumamente contrariado, va a llevar a cabo dos acciones que marcarán el futuro de Occitania. Primero, días después de la resolución de Amaury, el monarca congrega a Raimundo VI y a los señores de Foix, Bearn y Comenge y les hace jurar fidelidad y vasallaje a su persona. Desde este momento, Pedro el Católico se convierte en el señor de toda Occitania y en el monarca de un vasto territorio que va desde Aragón y Cataluña hasta Marsella. En segundo lugar, su tenacidad le lleva a enviar una carta al papa con las mismas peticiones que realiza a Amaury.

En Roma, Inocencio III lee con paciencia y comprensión los alegatos de Pedro. En la carta le explica que sus súplicas vienen dadas por el abuso de la guerra por parte de Montfort. Cuenta que el vizconde de Béziers y Carcasona ha utilizado la fuerza cruzada para su uso personal de conquista. Inocencio III cree al soberano y, el 18 de enero, envía una misiva a los legados reunidos pidiéndoles que sean indulgentes con Pedro el Católico y que abran un concilio en donde debatir con libertad todas las cuestiones. El resultado final será ratificado por el propio papa. Al mismo tiempo, escribe unas cartas personales a Amaury y a Montfort. Al primero le pide que se ponga bajo las órdenes del rey aragonés, mientras que Simón se lleva la peor parte. El papa ordena a Montfort que devuelva todas las tierras y los castillos conquistados.

Amaury, sorprendido por la reacción del pontífice, envía inmediatamente una delegación a Roma que explique al papa que Raimundo VI

y Pedro el Católico protegen a los herejes y merecen un castigo. La delegación informa al pontífice de que Pedro el Católico ha mentido al papa al negar la tolerancia de los occitanos con los cátaros. Inocencio III escucha a los delegados y, tras pasar varias noches en vela sin saber qué decidir, finalmente, se decanta por la fe. Ordena al monarca catalán que no vuelva a defender nunca más a sus vasallos tolosanos y que se olvide totalmente de estas tierras. El 21 de mayo de 1213, Inocencio III declara que la guerra contra la herejía aún no ha finalizado y emplaza a toda los nobles a luchar contra los que atacan la fe católica.

Pedro el Católico recibe el mensaje de Inocencio III en Lérida en junio de 1213. La decisión papal le ha humillado, a él, que ha sido un gran defensor de la cristiandad al derrotar en la batalla de Navas de Tolosa a los invasores musulmanes; a él, que ha recibido el título de Católico por su fe demostrada en el campo de batalla. Tiene que hacer algo. Por fin, toma una grave decisión: a principios de septiembre se pone en marcha junto a su ejército para combatir a los cruzados. El 10 de septiembre de 1213 llega a Muret.

La batalla de Muret

Muret es una población situada a más o menos veinticinco kilómetros de Tolosa, muy propicia para poder controlar los suministros que llegan a la capital, dada su excelente posición entre dos ríos y una intersección de caminos. Flanqueada por los ríos Garona y Loja y fuertemente amurallada, se convierte en una ciudad difícil de atacar, y eso los saben perfectamente tanto Simón de Montfort como Pedro el Católico. El primero ataca y conquista la ciudad con el objetivo de eliminar cualquier ayuda que pueda recibir la ciudad del conde Raimundo VI, mientras que el segundo piensa utilizar Muret como trampa para poder atrapar y derrotar a Montfort.

Cuando Pedro el Católico atraviesa los Pirineos con un ejercito más bien escaso, formado por unos dos mil caballeros y unos cinco mil de infantería, el llamamiento del monarca para luchar contra el ejército cruzado no ha tenido mucha repercusión entre la mayoría de los nobles catalanes y aragoneses. El motivo es muy sencillo: ¿para qué

ir a luchar en unas tierras que no les aportarán ningún beneficio y en contra de la Iglesia? Mas aún, ¿por qué motivo deben enfrentarse a un ejército profesional como el de los cruzados? Los ejércitos formados por los monarcas suelen estar compuestos por nobles que poseen sus tierras y que quieren volver pronto a ellas, enriquecidos pero pronto, e incluso los componen señores que nunca han combatido con anterioridad. En cambio, el ejército capitaneado por Simón de Montfort es profesional, formado por hombres que no tienen quien les espere, sin familia y sin tierras y con dedicación exclusiva al asesinato, al pillaje y a arrasar con todo aquello que se les ponga delante.

El 10 de septiembre de 1213, el ejército de Pedro el Católico se encuentra por fin con los nobles tolosanos, que han conseguido que los hombres de Montfort que defienden Muret se encierren dentro de las murallas. Los dos ejércitos unen sus fuerzas y acampan al norte de la ciudad, al lado del río Garona.

Mientras, Simón de Monfort hace tiempo que se ha enterado de la puesta en marcha del ejército de Pedro el Católico y, por ello, se dirige apresuradamente a Muret, en ayuda de los hombres que ha dejado allí previamente.

Pedro el Católico conoce a su enemigo y sabe que sólo tiene dos maneras de poder derrotarlo: en una batalla a campo abierto o permitiendo que entre en Muret e iniciar un largo asedio. A pesar de su carácter apasionado en otros aspectos muy distintos al de guerrear, como demostrará también en este momento, el soberano es un gran estratega y en poco tiempo establece con precisión el plan que deben seguir: cuando llegue el ejército cruzado, le dejarán entrar en la ciudadela. Una vez dentro, dirigirá un ataque contra las murallas con el objetivo de colocar torres de asalto y provocar que Simón y sus hombres salgan de la fortaleza para atacar a los asaltantes. Una vez los hombres de Montfort salgan a la carga, les estará esperando con la caballería y acabará con ellos. Una buena estrategia.

El 13 de septiembre, a primera hora de la mañana y después de misa, Pedro el Católico convoca a sus hombres para preparar el ataque que tendrá lugar esa mañana. El monarca llega dormido y de malhumor. Cuentan que ha pasado toda la noche retozando con una bella

mujer y que no está en condiciones para luchar. Pero el monarca está decidido. Se presenta el plan y, al conocerlo, Raimundo VI se opone, pues opina que la mejor opción es empalizar el campamento, esperar el ataque de los cruzados y acabar con ellos con las ballestas y diversos ataques sorpresa de la caballería. Al escuchar sus palabras todos los señores que le rodean se mofan descaradamente de él y un malhumorado Pedro le ordena callar: qué vergüenza, los atacantes pasarían a ser los asediados, y voluntariamente. Raimundo VI, avergonzado, abandona la reunión.

La salida del sol marca el inicio de la batalla. La infantería tolosana sale a combatir y a preparar la maquinaria suficiente para el asalto a las murallas de la ciudad. Se libra una lucha tremenda, los cruzados hacen uso de ballestas, piedras, de todo lo que disponen para evitar que los zapadores causen algún estrago en el muro. Mientras, Pedro ha ordenado a la caballería catalana que se sitúe en el río Loja para atacar en el caso de que Montfort y los suyos salgan a luchar a campo abierto. La batalla se alarga más de lo esperado, la estrategia de Pedro ha fallado en un aspecto, ya que los cruzados no han contraatacado, pero el rey está satisfecho, la infantería ha hecho un buen trabajo y lo ha dejado todo preparado para intentar el ataque definitivo a la ciudad.

Al atardecer, la infantería, agotada, se retira a cenar y a descansar después de la incesante lucha. Y he aquí que éste es el punto final de la batalla. El ejército dirigido por Pedro ha cometido un terrible error. Se ha retirado a descansar pensando que Montfort no se atreverá a llevar a cabo ninguna acción. Tanto se confían que apenas dejan una guarnición exigüa, entre la que se encuentra el monarca, a cierta distancia del campamento. Y Montfort decide que ya es hora de dar una lección a esos herejes inmundos.

La batalla se va a definir en pocos minutos. Los cruzados salen de la fortaleza por la puerta de Salas, la única que queda fuera del alcance de la vigilancia de los atacantes. Cruzan el río Loja y se lanzan al galope con sus brillantes armaduras. El ruido sordo de los cascos de los caballos despierta al rey Pedro y a la guarnición. Los tienen encima, no pueden hacer nada. Las espadas afiladas se dibujan en el sol del atardecer. El monarca, en un acto de valentía, se prepara como

puede y se pone al frente de la defensa gritando que él es el rey y nadie lo doblegará. El choque es tremendo, el ruido ensordecedor, el rey cae herido de muerte y la guarnición es asesinada sin compasión. Los jinetes ni tan siquiera se detienen a recoger a los heridos o a los muertos, sin demora se dirigen al galope hacia el campamento del ejército real, donde los soldados se preparan precipitadamente para la defensa, aún sorprendidos por la muerte de su rey. Son aniquilados sin piedad.

El arzobispo Rodrigo Ximénez de Rada, en el año 1243, escribe:

> "Et Moguer que el rey don Pedro era buen cristiano, pero que viniera en ayuda del conde con quien auíe debdo a defender los hereges que son yente sin Dios, quiso Dios que muriesse".

La batalla de Muret no es brillante estratégicamente ni heróica, es una lucha rápida y sucia, sin piedad y muy sangrienta, pero cuyo resultado final influirá directamente en el desarrollo político europeo durante los siglos siguientes. La muerte de Pedro el Católico significará que nunca más la corona catalano-aragonesa luchará por obtener y mantener los territorios al norte del Pirineo. La idea de crear un estado mediante la unión de la Corona de Aragón con los territorios occitanos bajo el denominador de una lengua y unas costumbres semejantes se desvanece para siempre. Al cabo de pocos años, Occitania volverá a formar parte definitivamente de la monarquía francesa y en el año 1259 Jaime I firma con Luis IX de Francia el tratado de Corbeil, por el cual el monarca aragonés renuncia a los territorios occitanos a cambio de que el monarca francés abandone sus pretensiones hereditarias sobre los condados catalanes como heredero de Carlomagno.

La ambición de Montfort

La victoria de Simón de Montfort en Muret le proporciona orgullo y prestigio, que aprovecha para continuar su guerra de conquista y afianzar sus territorios. El enemigo más peligroso, Pedro el Católico, ha muerto y sin él todo será más fácil. Simón se desplaza por todo el

territorio llevando el terror consigo. Parece convencido de que la mejor política para eliminar a los herejes es pasar cuchillo a todos aquellos infieles a la Iglesia. Las gentes de Marmanda son las primeras en probar la política del crecido Montfort. Entra en la pequeña ciudad, que además no tiene ninguna significación hereje, y la arrolla. La destrucción y los asesinatos sólo son comparables a los de Béziers.

En Roma, un cansado Inocencio III desea pacificar todo el territorio de una vez. Además, es consciente que Montfort utiliza la guerra contra los herejes como herramienta para conseguir más poder y riquezas, y que ya no se habla de lucha contra la herejía, sino de conquista. Simón disputa durante 1214 el ducado de Narbona a uno de sus mejores colaboradores, al legado papal Amaury. El papa le había concedido a su legado el ducado y el obispado de esta ciudad por los servicios prestados a la fe y por su ferviente lucha contra el catarismo. La amistad entre los dos combatientes de la fe católica deviene en cólera, ira e insultos. El pontífice no sabe cómo solucionar la cuestión de Narbona y, finalmente, decide imponer en aquel obispado a otro legado menos conflictivo. Pero Montfort no cejará en su empeño de conseguir otro título para sus arcas.

Al nuevo legado le toca vivir un periodo muy difícil. Al terror que sigue practicando Montfort se une la necesidad de dar una salida a la situación de Raimundo VI. El mismo nuevo legado es partidario de que el papa restituya las tierras al viejo conde, pero se encuentra con la oposición de los abades y demás obispos, que reclaman la titularidad de Tolosa para el fiel siervo de Dios Simón de Montfort. Finalmente, el papa llega a una conclusión: el territorio conquistado por los cruzados debe pertenecer a Montfort, al que, sin embargo, no concede la titularidad de Narbona. La decisión final la tomará en el Concilio de Letrán que se celebrará siete meses más tarde.

En el mes de noviembre de 1215, Inocencio III preside el IV Concilio de Letrán, la más importante reunión de clérigos, sacerdotes y obispos jamás vista hasta entonces. Cerca de mil prelados decidirán sobre el futuro de una Iglesia que está asentando sus pilares, y estructurarán la institución para los siguientes cien años. Algunas de las decisiones tomadas en el año 1215 aún forman parte del funcionamiento de la

Iglesia actual. Se abren las sesiones y los prelados empiezan a discutir sobre el papel de los monarcas y, sobre todo, del emperador frente al pontificado. Las discusiones entre los partidarios de una Iglesia sin control imperial y los que ven con buenos ojos la protección del emperador suben tanto de tono que hasta el papa abandona avergonzado el concilio.

Pero, al margen del cónclave, Inocencio III tiene preparada una serie de reuniones para intentar dar solución la problemática del Languedoc. En los aposentos contiguos a la asamblea de prelados se encuentran personajes que han sido importantes en la vida de todo un territorio. Por un lado, el obispo Fulko y el legado Amaury van a defender la entrega total del Languedoc a Montfort, frente a la fuerte oposición de Raimundo VI y su hijo, acompañados por el temible conde de Foix, Raimundo Roger.

En una gran sala y ante Inocencio III, Fulko abre la discusión. El obispo utiliza todo su arte de antiguo trovador para encontrar la oratoria perfecta que ayude a convencer al pontífice de que los allí presentes son herejes y como tales deben ser juzgados. Con todo lujo de detalles, explica a la audiencia cómo el conde de Foix atacó a un grupo de cruzados y los asesinó sin contemplaciones. Según las palabras de Fulko, el conde mató y despedazó a cada uno de los soldados cruzados que encontró por el camino. Las palabras del obispo colman poco a poco la paciencia de los representantes del sur y Raimundo Roger está a punto de morder el anzuelo de la trampa tendida por Fulko. El obispo es inteligente y confecciona un discurso, con palabras muy medidas, para que los herejes confiesen.

Sin apenas darse cuenta de lo que está haciendo, Raimundo Roger se levanta para replicar al prelado. Con la cara enrojecida por la ira, confiesa haber asesinado a esos hombres, se enorgullece de ello y lamenta que algunos escaparan, ya que los habría pasado a todos por la espada antes de que pudiesen proferir un solo grito. Argumenta el conde de Foix que los cruzados se merecían la muerte por haber arruinado el país y asesinado a centenares de personas inocentes. Raimundo Roger, sin dejar hablar a nadie, mira a Inocencio III directamente a los ojos y le espeta:

> "Por sus actos, sus palabras y su conducta, os prometo que (Fulko) es más un anticristo que un enviado de Roma."

Ante la mirada atónita del obispo y el silencio general producido por estas últimas palabras, Inocencio III suspende la sesión y se retira para meditar lo escuchado. Pese a pedir que le dejen solo, Fulko y los demás obispos le presionan para que dicte sentencia a favor de Montfort. Durante largo rato escucha, silencioso, las alegaciones de los obispos y toma una determinación que marca el destino de los presentes y de todo un país. Concede plenos poderes a Simón de Montfort sobre las tierras ocupadas durante la cruzada excepto unas situadas en la Provenza, pertenecientes a Raimundo VI, que quedarán en manos de su propietario. Simón de Montfort se convierte oficialmente, pues, en el amo y señor de toda Occitania al obtener un nuevo y codiciado título, el de conde de Tolosa. Los occitanos salen claramente perdedores. El conde Raimundo VI no puede volver a sus tierras y se exilia a Inglaterra; Raimundo Roger, conde de Foix, recupera su castillo, aunque bajo una severa vigilancia y con el sempiterno juramento de suprimir cualquier brote herético en sus posesiones.

Simón de Montfort, orgulloso de su nuevo título, viaja hasta París para agradecer la ayuda al rey de Francia y presentarle su vasallaje. Mientras Simón se pavonea ante el rey francés y su corte, en el Languedoc empiezan a surgir algunos movimientos interesantes.

Arde Tolosa

El joven Raimundo VII, junto algunos nobles provenzales, toman la ciudad de Beaucaire. Al enterarse, Simón de Monfort regresa de París como un relámpago para propinar un escarmiento a los que se han atrevido a sublevarse contra su autoridad, pero Raimundo VII organiza una excelente defensa de la ciudadela y Montfort, tras casi tres meses de asedio y lucha, se da cuenta de que la batalla está en punto muerto. Sin apenas ánimo, ordena levantar el campamento y renuncia a la victoria.

Las esperanzas de los hombres del sur se renuevan tras está pírrica victoria. Además, se produce otro hecho que puede hacer pensar en

una posible solución al conflicto: el 16 de julio de 1216, muere repentinamente Inocencio III.

La noticia de la ajustada, aunque significativa victoria de Raimundo VII se difunde tan velozmente que en pocos días llega a los oídos de los tolosanos. Éstos, eufóricos, inician una revuelta que les devuelve la ilusión perdida después de tantas luchas y tantos muertos. Deben enfrentarse a Montfort y demostrarle de una vez por todas que Tolosa no se rinde. Pero Simón es demasiado inteligente como para no sospechar que su derrota en Beaucaire puede provocar ciertas ilusiones a sus vasallos tolosanos. Monta en su caballo y ordena al ejército dirigirse al galope a la capital del Languedoc. En tres jornadas se planta delante las murallas de Tolosa y despliega su ejército para preparar el ataque a su ciudad, al menos de título. Y ordena a los cruzados incendiarla. Arde Tolosa como si fuera el mismísimo hogar del diablo. Tolosa ha quedado prácticamente arrasada.

El ataque convierte Tolosa en una ciudad fantasma, en ruinas, aunque de repente se enciende una luz de esperanza para los tolosanos que al final será traicionera. El siempre sombrío obispo Fulko reúne a los poderes de la ciudad para proponerles llegar a un acuerdo con Montfort: a cambio de la entrega de las armas, los ciudadanos de Tolosa recibirán compensaciones por las pérdidas producidas en el asalto de los cruzados. Para ello, deben reunirse con Simón y cerrar el trato. ¡Qué ingenuos! Una vez fuera de la ciudad, la traición de Fulko se consuma: los cónsules son apresados. Ahora Montfort tiene los ases en la mano. Hace un llamamiento a Tolosa: si los tolosanos quieren recuperar a los prisioneros, han de demoler las murallas de la ciudad y los edificios fortificados. Pero Tolosa hace caso omiso de la amenaza y Simón decide acabar de arrasarla, mientras se abandona a los prisioneros en un campo bajo juramento de no volver a pisar la ciudad. Finalmente, los tolosanos no tienen más remedio que ceder ante la brutalidad de los cruzados y aceptan a Monfort como conde, al que deberán pagar un duro impuesto de treinta mil marcos de plata para evitar la destrucción total de sus hogares, aunque lo que le interesa realmente a Simón es que se trata de su ciudad y desea conservarla.

El retorno del conde

Una vez resuelto el problema tolosano, Simón de Monfort vuelve a las andadas. En lugar de restablecer el orden en el condado y de asegurarse el homenaje de todos los nobles del Sur, se dedica durante un año a combatir cualquier castillo y ejército que pertenezca a los condes de Foix o sean amigos de los cátaros.

Pero se producirá un hecho inesperado y que alterará todos sus planes. Raimundo VI, legítimo conde de Tolosa, ha proseguido su exilio en Cataluña, donde se instaló tras su estancia en Inglaterra. Su prioridad continúa siendo conseguir el máximo apoyo posible para volver al Languedoc y recuperar sus posesiones. Por ello, es informado minuciosamente de todos los movimientos de su enemigo, hasta tal punto que son los mismos cónsules de la ciudad quienes le avisan para que regrese. Un día, se levanta y decide que ha llegado el momento. Con un grupo de nobles, cabalga hacia su ciudad.

Al alba del 13 de septiembre de 1217, unos misteriosos caballeros embozados hasta los ojos entran en la ciudad recién despertada. La gente los mira, parecen caballeros altivos, pero ¿cuál es la razón que explica que se ocultan bajo las capas? De pronto, uno de ellos descubre su cara y la gente que pasa por su lado queda asombrada. Un grito despierta al resto de vecinos. Es el conde Raimundo VI, que ha vuelto para liberarlos de las garras del mal. La gente le aclama, pero no hay tiempo para celebraciones, sin duda Simón de Monfort se enterará muy pronto de su presencia en la ciudad y llegará en pocas jornadas. Tienen que prepararse para la defensa. Eliminan con rapidez la poca resistencia francesa que encuentran en el interior de la ciudadela. Raimundo, ejerciendo de nuevo de señor de Tolosa, manda volver a construir las murallas y cavar profundos fosos para llenarlos de agua y así impedir el paso de los cruzados.

Como es de esperar, Simón de Montfort llega a principios de octubre a las puertas de la ciudad. Tolosa le trae demasiados quebraderos de cabeza y empieza a sentirse furioso ante esta desagradable situación. Quiere gobernar Tolosa, pero ve que, primero, debe destruirla para levantarla de nuevo sin nobles del sur que obstaculicen el desarrollo de su

política. Sin previo aviso ni preparativos de ataque, lanza su ejército en pos de la matanza de todo aquello que se interponga en su camino. Pero se topa con la mejor defensa de las que se ha enfrentado hasta ahora. Cabalgando al galope, los soldados, tiene que esquivar todo tipo de armas arrojadizas. Entre sangrientas e inútiles batallas transcurren más de ocho meses de cerco. Simón ataca desde todos los flancos posibles y los tolosanos se defienden con toda su bravura. Aunque se encuentran ya al límite de sus fuerzas, parece que los atacantes no están mucho mejor.

Otra sorpresa anima a los tolosanos. Un jinete se escabulle como puede de la vigilancia cruzada y entra en la ciudad. El conde Raimundo está preparando la estrategia de un nuevo ataque cuando le llega la noticia de que su hijo Raimundo está en Tolosa. La llegada del joven conde y la situación de estancamiento de la batalla obligan a Simón de Monfort a pedir refuerzos a Francia una y otra vez. Al final le es concedida la ayuda y miles de franceses se unen a los cruzados; aunque no llegarán a ser determinantes en el resultado final, ya que uno de los protagonistas morirá de manera repentina.

La mañana del 25 de julio de 1218, los defensores salen a realizar un ataque sorpresa. Consiguen pillar a todo el mundo desprevenido, incluso a Simón, que está en misa, como acostumbra a diario. Antes de acabar el oficio, Simón de Monfort sale con su brillante armadura y se une a los combatientes, que ya están luchando cuerpo a cuerpo. Las batallas son casi siempre idénticas: cuerpos despedazados, cabezas aplastadas a golpes, y olor a muerte mientras atacado y atacante esquivan las flechas y las lanzas arrojadas desde los muros de la fortaleza.

En un lance de la batalla, el orgulloso Montfort levanta la cabeza y ve a un amigo malherido. Cuando se dispone a acercarse para socorrerle, sólo tiene tiempo de oír un golpe sordo y el gruñido que surge de su propia garganta. El magnífico y cruel Simón de Montfort es derribado por el golpe de una enorme piedra en la cabeza y fallece al instante. Unas crónicas relatan el suceso de esta manera tan clara:

> "Una piedra dio allí dónde debía y alcanzó a Simón justo sobre su casco, de manera que los ojos, el cerebro, los dientes y la frente le saltaron a pedazos".

Cuando los cruzados se dan cuenta de la muerte de su capitán, retroceden y abandonan la lucha, mientras los clérigos que viven dentro de Tolosa hacen sonar las campanas para celebrar la victoria. El hijo de Simón toma las riendas del ejército, pero se siente incapaz de continuar la lucha, levanta el asedio y se dirige a Carcasona.

La vuelta a la normalidad

La muerte de Simón de Montfort tiene unas consecuencias muy negativas para el desarrollo de la cruzada. Nadie quiere encabezar el ejército, nadie excepto su hijo Amaury, que carece de carisma y de tenacidad para encabezar una lucha como la que había dirigido su padre. Fulko y Alicia de Montmercy, la viuda de Monfort, dirigen una carta a Felipe Augusto de Francia para que sea su primogénito Luis quien capitanee la causa cruzada.

A mediados de 1219, el rey francés ordena a su hijo que se dirija hacia el Sur para combatir a los herejes. Luis y sus soldados han puesto la condición de volver cuando se cumpla la cuarentena, pero no tiene ningún apuro en hacerse notar en tan poco tiempo. El ejército de Luis llega a una pequeña población llamada Marmande, ciudad sin ningún tipo de importancia cátara ni de rebeldía señorial. Tal como llegan y sin pensárselo dos veces, arrancan al galope, desenvainan sus espadas y matan a todos los habitantes. Queman las casas, matan a los hombres, degüellan a los niños y violan a las mujeres. En junio de 1219, después de no llevar a cabo más que la matanza de Marmande, el heredero francés opina que la cuarentena ha finalizado y regresa a París. La ayuda francesa ha sido un verdadero fiasco.

Los años pasan y el Languedoc se va recuperando en todos los aspectos. A comienzos de los años veinte, las acciones de los *faydits*, los nobles sin castillo, permiten recuperar varias ciudades, como Montreal. Unos desaparecen del mapa político y otros vuelven a resurgir. Durante el verano de 1222 fallece Raimundo VI a los sesenta y cinco años, mientras descansaba a la sombra de una iglesia, y al año siguiente morirá Felipe Augusto de Francia. En pocos años han desaparecido los grandes protagonistas de la cruzada contra los cátaros, mientras éstos

han conseguido sobrevivir. Con la muerte de Montfort y la disminución de la intensidad de la guerra, los cátaros vuelven a organizarse por todo el territorio y llenan de vida lugares como Fanjeaux y Cabaret, antiguas plazas cátaras destruidas por los cruzados. Es tal el restablecimiento cátaro en el Languedoc, que en el año 1226, en la ciudad de Pieusse, se reúne un centenar de perfectos con la pretensión de crear una nueva diócesis. Los años veinte se viven con la intensidad dereconstruir de un país destrozado por la guerra y con la ilusión de volver a oír predicar a aquellos hombres de negro que explican las enseñanzas de Cristo. Se inicia así un periodo de tolerancia y de esperanza.

Esperanza que pronto se verá truncada por una importante y grave decisión del hijo de Montfort respecto de las posesiones de su padre, a las que renuncia y ofrece en 1224 al rey de Francia. Sin embargo, no está todo perdido, ya que la familia Trencavel ha reconquistado Carcasona y el joven conde de Tolosa, Raimundo VII, encabeza la recuperación del territorio.

La vida da muchas vueltas e incluso a veces presenta paradojas impensables años antes, y con los mismos personajes como protagonistas. Es el caso de la iniciativa del joven conde de recuperar sus tierras, apoyada por Arnaud Amaury, el legado que permitió la matanza de Béziers, el personaje que ha maltratado a su padre hasta la saciedad, el látigo castigador de herejes. Los dos se presentan ante los obispos en un concilio celebrado en Montpellier en el año 1224. Raimundo VII propone jurar vasallaje al rey de Francia, expulsar a los cátaros y pagar un impuesto a los Montfort. El nuevo papa, Honorio III, encuentra legítimos los razonamientos planteados por el conde y, además, piensa que no es justo condenar al hijo por las culpas del padre. Pero encuentra una fuerte oposición por parte de Amaury de Montfort y una parte del obispado que alega que el Languedoc está ahora más infectado de la epidemia herética que antes de iniciarse la cruzada. Honorio pospone la decisión hasta el Concilio de Bourges, en noviembre de 1225. El concilio se abre con los mismos participantes, aunque aparece un nuevo protagonista que dará un giro de ciento ochenta grados a la reunión, Luis VIII de Francia. El monarca francés, que conoce perfectamente el Languedoc, rechaza una a una todas las propuestas de

Raimundo VII; es más, con el apoyo de los obispos, propone iniciar de inmediato una nueva cruzada para arrancar de raíz la enfermedad que asuela el sur francés.

La cruzada de Luis VIII

Honorio III concede las mismas indulgencias al rey francés que si se tratase de una cruzada a Tierra Santa. De nuevo el terror se ciñe en el Languedoc. Volverán las imágenes de pánico, de violaciones y de matanzas.

A mediados de 1226, el enorme ejército cruzado se pone en marcha. Es posible que esta hueste gane muchas batallas sin luchar siquiera, ya que su presencia es suficiente para atemorizar a cualquier población. Pero el Languedoc es especial y el camino siempre es incierto. Así el rey francés tiene la desdicha de topar con Aviñón. Los aviñonenses, muy hábiles, han levantado el puente para cruzar el río Ródano y no permiten pasar a los cruzados. El ejército intenta atacar la ciudad, pero le es imposible cruzar el río. Se produce una situación de asedio a dos bandas: por un lado, la ciudad está cercada por el ejército, pero éste está sitiado por el cauce del río. Transcurren los meses y los cruzados no consiguen continuar avanzando. Y éste no es el mayor de los problemas a los que se enfrenta Luis VIII. Al permanecer durante tanto tiempo en un territorio anegado de aguas pantanosas, empiezan a aparecer las primeras enfermedades y, con ellas, la muerte. Pero, en esta ocasión, a Luis VIII le sonríe la suerte. Cuando el ejército cruzado está al límite de lo soportable, la ciudad se rinde, pues se ha quedado sin suministros.

La caída de Aviñón y el miedo que infunde un ejército tan poderoso provocan que muchas ciudades se rindan a su paso. Carcasona, ante el temor de un ataque, expulsa al vizconde Trencavel y rinde homenaje al rey de Francia. No es que los occitanos sean hombres temerosos, pero años de guerra y matanzas conllevan estas situaciones impensables en otros tiempos. Pero Raimundo Roger, conde de Foix, no se arredra. Arma de nuevo a hombres y emprende una guerra de guerrillas contra el invasor, mientras Raimundo VII aguanta en Tolosa a la espera del ataque a su ciudad. Sin embargo, la buena suerte

ha abandonado definitivamente al monarca francés. Las epidemias contraídas durante el asedio a Aviñón le juegan una mala pasada. Cae enfermo y el 3 de noviembre de 1226 fallece a los treinta y nueve años.

La muerte de Luis VIII de Francia es una buena noticia para el Languedoc, ya que el ejército se queda sin señor y, por tanto, supone el fin de la cruzada. Pero con lo que no cuentan los languedocianos es que el ataque final provenga de más al sur. Blanca de Castilla, viuda de Luis VIII y regente de Francia, ordena continuar la cruzada. Su fe e ímpetu político la llevan a dirigir, desde la distancia, una auténtica batalla contra el catarismo y sus protectores. La estrategia es iniciar una guerra de desgaste contra los señores del sur. Los cruzados reciben la orden de arrasar el territorio, de no dejar un cultivo sin quemar. El conde Raimundo VII se percata del límite de su aguante. Su gente le reclama comida, los campos han sido arrasados y no hay nada con que alimentar a la población. Decide entonces, para detener de una vez este saqueo constante al Languedoc, arrepentirse ante la Santa Sede y acceder a todas las condiciones que imponga el papa.

El 1 de enero de 1229, en Meaux, se abre el concilio que debe debatir el perdón al conde tolosano. Pasan los meses entre discusiones y excusas sin ninguna resolución. Por fin, en abril se llega a una decisión final. Raimundo VII será perdonado si cumple con una serie de obligaciones: combatir la herejía, ser fiel a la Iglesia de Roma y al rey de Francia, restituir los bienes eclesiásticos a sus propietarios y fundar una universidad en Tolosa donde se impartirá teología con el propósito de divulgar al más alto nivel el catolicismo; y, de esta manera, acabar definitivamente con la herejía. Aunque esto no es todo, el papa también le impone unas disposiciones de carácter político: se le deja ostentar el título de conde de Tolosa, bajo vasallaje al rey de Francia, y se le conceden algunas tierras en la Provenza, pero debe casar a su hija con un hermano del rey de Francia. Está es la peor exigencia de todas. Los hijos que nazcan del matrimonio heredarán el condado y, en caso de que no haya descendencia, Tolosa será propiedad del rey francés. Al igual que en Muret, esta decisión define las futuras fronteras europeas y la propia historia. La Francia de la dinastía de los

Capetos ha reincorporado por fin el sur, configurándose de este modo el casi definitivo territorio francés.

El tratado de Meaux no sólo significa la definitiva derrota del Languedoc, sino también el principio del fin del catarismo. El movimiento cátaro se convierte en clandestino y ya no tiene señor alguno que lo proteja. Pero Dios protege a todos, debe pensar Raimundo VII antes de ser azotado. Dios exige penitencia ante los pecados y esto es lo que le reclama Honorio III. Años más tarde de la humillación pública de su padre, él va a sufrir la misma situación. El 12 de abril de 1229 se azota públicamente al conde frente a la catedral de Notre Dame en París, ante la atenta mirada de Blanca de Castilla y el futuro Luis IX, san Luis. Después de restallar el último latigazo, Raimundo VII se levanta como un nuevo cristiano.

Parece que los años hayan menguado el carácter combativo del conde de Tolosa, sin embargo siempre estará pendiente de cómo poder derogar las imposiciones del fatídico tratado de Meaux. Tan sólo puede hacer una cosa, casarse de nuevo y tener un heredero. Después, Dios dirá.

A la caza del cátaro

En otoño de 1229, el cardenal romano convoca un concilio en Tolosa con el único objetivo de fomentar medidas contra la herejía. Durante esta asamblea se establecen diferentes definiciones sobre lo que es la herejía y sobre los métodos que utilizar para combatirla. En realidad, se lleva a cabo una compilación de cómo tratar la herejía y cuáles son las sanciones que se deben imponer. Es el precedente a los futuros manuales inquisitoriales.

A partir de este instante se establecen unas normas que marcarán el normal desarrollo de la población y crearán situaciones de miedo y de denuncia. Los hombres mayores de catorce años y las mujeres a partir de los doce tienen la obligación de denunciar, ante una comisión, a cualquier persona en la que observen conductas heréticas. El hereje denunciado será llevado ante el obispo y, si no abjura de su disidencia, será entregado al brazo secular para que sea condenado.

De hecho, se instaura un auténtico sistema policial de persecución y denuncia. Por primera vez en muchos años, las llamas de las hogueras vuelven a asesinar a algún hereje. Sin embargo, este sistema funcionará escasamente, ya que, por un lado, las diversas comisiones que juzgan a los herejes, la mayoría de las veces no funcionan o no llegan a establecerse, y por otro, no hay mecanismo alguno para obligue a la población a presentarse ante el tribunal y realizar la denuncia.

En Roma se ha elegido un nuevo papa, Gregorio IX, que observa con preocupación que el método implantado no acaba de ser eficaz. El nuevo pontífice quiere encontrar un sistema que unifique todos los procedimientos, todas las metodologías, y ponerlo en manos de gente experta que imponga respeto y la voluntad de Roma. En el año 1233, Gregorio IX crea un tribunal sin precedentes en la historia, la Inquisición. Los largos años de guerra tan sólo han servido para ocupar un país, pero no para erradicar el catarismo. A partir de 1233, es el tribunal de la Inquisición el que se hará cargo del acecho a la herejía; de hecho, su impecable e imparable persecución conseguirá en diez años la total eliminación de la fe cátara.

Mientras la Inquisición realiza su funesto trabajo, Raimundo VII no se queda de brazos cruzados. Es consciente de que le queda poco tiempo para deshacerse del tratado que le mantiene sometido, y también de que debe provocar una revuelta popular que le proporcione la excusa para llevar a cabo sus planes, pero ésta no llega nunca hasta que el 28 de mayo de 1242, un grupo rebelde refugiado en la fortaleza de Montsegur avanza en la oscuridad, llega a Avignonet y asesina sin contemplaciones a dos inquisidores que descansan en sus habitaciones. La matanza de Avignonet provoca una revuelta que conducirá a la derrota del catarismo en la montaña de Montsegur.

El plan de Raimundo VII de crear un ambiente de alzamiento popular para poder eliminar los decretos del tratado de Meaux ha surtido efecto. El asesinato de los dos inquisidores en Avignonet abre una puerta de esperanza a la liberación y así lo entienden los señores del sur, que con rapidez recuperan plazas como Menerba y Narbona. Pero la revuelta no es suficiente si no se cuenta con apoyos exteriores. Coincidiendo con los asesinatos de Avignonet y la recuperación casi total de

los territorios del Languedoc por parte del conde de Tolosa, el rey Enrique III de Inglaterra planea desembarcar en Francia y recuperar la zona de Poitou, perteneciente a la estirpe de los Plantagenet. Un posible enfrentamiento entre franceses e ingleses favorece y mucho los planes de Raimundo VII de suprimir el tratado de Meaux y convertir el Languedoc en un estado. Pero Luis IX de Francia, san Luis, percibe de inmediato esta posibilidad y envía un potente ejército para enfrentarse a los ingleses antes de que éstos ocupen el territorio. El 22 de julio de 1242, los ingleses son claramente derrotados en la batalla de Taillebour, lo que obliga al monarca inglés a retirarse de la contienda.

La derrota inglesa provoca el miedo y la deserción de muchos de aquellos que pretendían ayudar a la causa occitana, como es el caso de Jaime I, pero el caso más destacado es la deserción, por decirlo de alguna manera, de Raimundo Roger, el temido conde de Foix. La familia de los Foix ha sido una de las grandes defensoras del Languedoc ante las cometidas del ejército cruzado. Raimundo VII no puede creer que su amigo y compañero de lucha se haya puesto al lado de aquellos que asesinaron a su familia y a sus amigos, pero el Languedoc ha sido devastado durante muchos años y la población y la mayoría de los nobles no quieren revivir una situación igual.

En octubre del mismo año, a Raimundo VII no le queda otro remedio que volver a capitular ante Luis IX, y así lo hace. La rendición se oficializa con la firma de la Paz de Lorris, en enero de 1243, cuando Raimundo VII rinde homenaje a Luis IX en París. La paz firmada estipula que el conde deberá respetar para siempre los edictos del tratado de Meaux y asimismo tiene la obligación de acabar definitivamente con el catarismo.

Sin embargo, pese a la firma de la paz, la Iglesia católica no ha quedado satisfecha y constantemente recuerda al rey Luis la necesidad de encontrar a los salvajes asesinos de Avignonet.

Todo el mundo sabe dónde se esconden, en la fortaleza cátara de Montsegur.

Philippa pasea por el camino que lleva a la puerta de la fortaleza. Hace tiempo que reside allí junto a su marido, su hijo y a su hermana. La vida es tranquila, sosegada, aunque siempre alberga en el corazón el miedo de que aquellos brutos soldados de la cruz ataquen el castillo. Mientras se acerca a la fortaleza, piensa que ya son demasiados los que se han refugiado en el interior y que un ataque sería definitivo. Diez años antes, en la fortaleza tan sólo vivían algunas mujeres cátaras y algunos perfectos con la única intención de llevar una existencia ordenada y contemplativa, pero poco a poco las dependencias se han ido llenando y ya no se cabe. En el año 1204, Raimundo de Mirepoix le pide a Raimon de Pereille, señor de estos territorios, que reconstruya la fortaleza. Y éste así lo hace.

Cuando llega a la puerta de acceso, Philippa siente un ligero cosquilleo de temor al observar el gran torreón reconstruido para albergar una cisterna de agua mucho mayor que la antigua, justo al lado del nuevo recinto construido en forma pentagonal. Un diseño realmente extraño, se dice, aunque puede que constituya una mejor defensa. La mujer llega al patio, donde se encuentra con todo el bullicio de las personas que trajinan objetos y que incluso cocinan al aire libre, siempre que el tiempo se lo permita. El castillo es pequeño y no todos pueden gozar de un alojamiento espaciado o de lugares de reunión para hablar y trabajar. En la parte alta del torreón, que es bastante ventilada y espaciosa, viven los nobles, mientras que los caballeros duermen en los cobertizos. Los perfectos permanecen separados del resto de la población. Se apartan para huir de los ruidos de la aglomeración constante en el patio de la fortaleza y para buscar un rincón donde trabajar y predicar. Se alojan en unas casas de madera adosadas a la roca, con una puerta y poco más, sin ningún tipo de ventilación. En el interior se sitúan una cama, los Evangelios y la escasa ropa. En invierno lo mantienen caliente mediante un hogar encendido con una única salida de humos en el techo o a través de la puerta abierta.

Los perfectos mantienen viva la esperanza de llevar la salvación a las almas y continúan realizando los rituales y las ceremonias cátaras.

Normalmente, cuando comen juntos, realizan la bendición del pan, de significado muy distinto al del rito católico de su conversiónen el cuerpo de Cristo, y una vez al mes, en el patio del castillo, realizan el *apparelhament* o *servicium*, que es la confesión pública de los perfectos, aunque muchas veces ésta se efectúa en privado, dependiendo del grado de pecado. Los perfectos que viven en Montsegur representan la salvación, el momento en que el alma acude a su reunión con el verdadero Dios. La fe y la fortaleza que de ellos emana es lo que, en definitiva, infundirá fuerza y valentía a todos aquellos que resistirán al terrible asedio y que se enfrentarán al trágico destino de la muerte.

La familia de Philippa se instala en el castillo cuando Guilhabert de Castres, uno de los perfectos más importantes, le pide a su amigo Ramón de Pereille que convierta Montsegur en algo más que en un centro de reunión: quiere que la fortaleza de la cima de la montaña se transforme en la capital del catarismo, en el centro desde el cual resistir y poder salir a cualquier parte a predicar. A partir de este instante empiezan a llegar creyentes desde los cuatro puntos cardinales, incluso de Cataluña, donde el catarismo se ha afianzado en el señorío de Castellbó, cercano a Montsegur.

La montaña ya es el centro de lo que queda del catarismo. Se construyen hospitales para cuidar a los enfermos y casas donde tejer y predicar, pero sobre todo Montsegur se convierte en el centro diplomático y estratégico de la herejía. Allí se reúnen los más importantes perfectos, los guías de la nueva fe, y desde allí envían multitud de embajadas para solicitar ayuda y protección, incluso al mismísimo conde de Tolosa. Todo ello obliga a los perfectos a resolver un acuciante problema: cómo abastecer a la cantidad de gente que se está congregando en la cima de la montaña. El invierno de 1235 es especialmente gélido, lo que provoca una crisis de subsistencia, aunque gracias al esfuerzo recaudador de los cátaros los almacenes vuelven a llenarse en poco tiempo. Todo este trajín requiere dinero para pagar a los comerciantes, a los intermediarios y a los soldados que protegen el castillo, y para subvencionar las constantes embajadas que se dirigen a lugares distantes. Este dinero lo obtienen a través de las donaciones de los creyentes moribundos o de los depósitos que les hacen los comerciantes.

Así, en el castillo llegan a acumular un gran tesoro que les permite financiar la defensa de la fortaleza. Durante el asedio de los cruzados y antes de la rendición final, Pedro Roger de Mirapeis oculta a cuatro perfectos que deben salir de la fortaleza con el tesoro para guardarlo en lugar seguro. Estos hombres se esconden en unas cavernas y al anochecer se deslizan barranco abajo hasta llegar a caminos que se han mantenido ocultos entre la maleza y que el ejército cruzado no ha podido controlar. El secreto está servido: muchos siglos más tarde, Montsegur no es conocida tanto por los doscientos perfectos que perecieron abrasados como por el misterio del tesoro de los cátaros.

Junto a la familia de Philippa, se han reunido casi cien familias nobles y unos doscientos perfectos que han conseguido sobrevivir a las terribles matanzas que los cruzados han realizado durante estos años. La familia Pereille, seguidora de los cátaros, reconstruye la fortaleza de la cima de Montsegur en el año 1204, siendo éste el momento en que aparecen los primeros refugiados. Pero no es hasta la aparición de la Inquisición que se llena la ciudadela y se han de construir viviendas adosadas a las murallas. La gente refugiada vive de su trabajo, los perfectos rezan y ejercen de médicos o de tejedores, y el resto de la población realiza trabajos artesanales.

Esta vida sosegada y aparentemente tranquila del refugio cátaro se ve truncada cuando el obispo de Albi y Hugo de Arcis, senescal de Carcasona, reúnen un ejército para encontrar y ejecutar a los responsables de los asesinatos de los dos inquisidores en Avignonet.

Una mañana de intenso calor, los aldeanos de la fortaleza descubren con el miedo dibujado en sus rostros cómo han comenzado a subir miles de hombres por las laderas del monte. Es mayo de 1243, el asalto a Montsegur ha empezado.

La situación para ambos bandos es distinta. Por un lado, los habitantes de la fortaleza ya habían previsto la posibilidad de un ataque y, por lo tanto, llenaron las bodegas de alimentos y agua, dispuestos a soportar un largo asedio. Por otro lado, los miles de hombres que forman el ejército no son suficientes para rodear toda la fortaleza y dejan de vigilar algunos pasajes que serán fundamentales para los defensores. Además, la fortaleza está situada en una zona muy escarpada, por lo que

las catapultas y la maquinaria de asalto no son útiles en este caso. Los atacantes deben pensar en una manera distinta a la convencional de derrotar la ciudadela. Pasa medio año y todavía no se ha producido ningún ataque a las murallas, aunque si las primeras escaramuzas, durante las cuales los atacantes intentan ascender por la abrupta ladera y son rechazados mediante piedras y flechas. Mientras, los defensores han utilizado los pequeños pasajes escondidos entre la maleza para subir víveres, enviar mensajes y abastecerse de armas. Pronto llega el invierno y tanto unos como otros saben que no resistirán mucho más tiempo después de los seis meses de asedio que ya han transcurrido. Alguien debe tomar la iniciativa, pero los defensores no pueden, son muy pocos.

Hugo de Arcis llama entonces a un grupo de vascos y gascones y les ordena que escalen por una empinada pared rocosa que se eleva unos ochenta metros por debajo de la ciudadela y que da a la parte trasera de la fortificación. Desde allí, será más fácil abatir las murallas con la maquinaria de guerra. Una fría noche de invierno, los asaltantes empiezan a escalar la pared de la montaña cargados con armas y con las primeras piezas de las catapultas. Tienen que avanzar con sumo cuidado, las manos congeladas les impiden agarrarse bien a los salientes y cualquier caída alertaría a los defensores, quienes lo tendrían muy fácil para matarlos. La suerte les acompaña y llegan a la cima, sorprenden a los pocos hombres que duermen en un pequeño baluarte y los arrojan al vacío.

Esta pequeña victoria de la hueste de Hugo de Arcis es una grave derrota para los refugiados. Desde el bastión pueden aniquilar ahora rápidamente las defensas de Montsegur. Llega el momento trágico para toda la Occitania, el momento de la rendición. El 2 de marzo de 1242, Pedro Roger de Mirapeis, jefe de los defensores, entra en negociaciones con el senescal de Carcasona. Hugo de Arcis no es ni mucho menos una persona cruel y accede a unas condiciones que Simón de Montfort no hubiera aceptado nunca. Las negociaciones quedan definidas: los defensores tienen quince días para entregarse, obtendrán el perdón por sus faltas anteriores, incluso por los crímenes de Avignonet, con la única obligación de abandonar el lugar y presentarse

ante la Inquisición para someterse a un interrogatorio. Todas las personas encerradas en Montsegur serán libres, excepto aquellas que no abjuren de la fe cátara, cuya pena será la muerte en la hoguera. Los dos bandos están de acuerdo y así lo comunica Pedro Roger de Mirapeis a los habitantes de la ciudadela.

Para los ciudadanos que han defendido con uñas y dientes la fortaleza son momentos de dolor. Les quedan quince días para poder despedirse de las personas que han tenido al lado y que han combatido con ellos, pero sobre todo es el momento de decir adiós a los perfectos, ya que éstos se niegan a abjurar de su fe y prefieren morir en las brasas de Dios. Los doscientos perfectos reparten sus pertenencias entre sus compañeros y se despiden definitivamente de sus familias. El 13 de marzo se da una circunstancia más dolorosa si cabe y sorprendente. Una veintena de personas, entre los que se encuentran Raimon de Pereille, su esposa y su hija, piden recibir el *consolament* para acompañar en la muerte a sus fieles amigos.

Tres días después, el 16 de marzo, vence la fecha en la que se deben entregar los habitantes de Montsegur. Caminando despacio, por la ladera del monte desciende un río de personas que se dirigen a la libertad. Sin embargo, sus rostros reflejan una profunda tristeza. Les sigue la hilera de la muerte, son los más de doscientos perfectos cuyo destino es la hoguera. Tal como llegan al valle, los soldados que les esperan los van atando uno a uno a los postes rodeados de todo tipo de leña. La pira funeraria se enciende con lentitud, pero en pocos segundos se convierte repentinamente en una enorme masa de fuego. Los hombres han vuelto a matar en nombre de Dios.

La guerra ha finalizado, algún castillo, como el de Queribus, ofrecerá cierta resistencia, pero acabará sucumbiendo. El conde Raimundo VII se rinde definitivamente e incluso llega a participar en la persecución de los herejes y ordena llevar a la hoguera a ochenta perfectos en la ciudad de Agen. Meses después fallece, dejando en manos de su hija y su yerno, Alfonso, el condado, tal y como estipula el tratado de Meaux.

Su sueño de ver una Tolosa recuperada por su familia se ve truncado cuando en el año 1271, y con pocos días de diferencia, fallecen su

hija y el marido de ésta. Definitivamente, Tolosa pasa a manos del rey de Francia.

Denuncia y exilio

La derrota del baluarte cátaro de Montsegur es el inicio de un periodo de denuncias y de retractaciones por miedo a perder la vida. Durante la década de los años cincuenta, la persecución de la Inquisición se hace más intensa y el Santo Tribunal acosa a aquellos que ve como posibles herejes amenazándoles con el castigo de la hoguera si no abjuran o delatan a sus amigos. Se llega a situaciones esperpénticas, como es el caso de un creyente llamado Pedro García, que es denunciado por un fraile franciscano amigo suyo, después de conversar con él como hacían diariamente desde muchos años atrás.

Durante los primeros años después de la caída de Montsegur, los perfectos y creyentes que sobreviven se ven obligados a huir. Muchos de ellos deambulan por los campos y ciudades del Languedoc, malviviendo y sin apenas posibilidades de alimentarse; si bien es cierto que aún encuentran ayuda en las redes sociales que ellos mismos han fomentado en los momentos de más esplendor y que les facilitan comida y refugio. Muchos de los perfectos que vagan sin destino fijo por los montes se agrupan con los *faydits*, antes grandes nobles y ahora pobres míseros que han perdido sus hogares y sus riquezas.

El cerco constante de los inquisidores y las condiciones infrahumanas de la vida en el monte obligan a los cátaros a buscar mejor suerte en otros países, más tolerantes con su religión y en los cuales no tendrán ningún problema para vivir. La mayoría de ellos se decantará por ciudades italianas como Pavía o Génova. Las ciudades italianas, al contrario de las francesas, tienen un estatus independiente, y no dependen de ningún monarca que les imponga su ley. Son ciudades comerciales y, por ello, con facilidad a abrazar el catarismo, aun teniendo en cuenta que el catarismo ya se ha implantado hace años en Italia. Cataluña también es uno de los destinos escogidos por los herejes, por su proximidad geográfica, pero en mucha menor medida, ya que en ella existe la presencia de la Inquisición. Algunos de los perfectos que huyen hacia

Cataluña se instalan en los pueblos más cercanos a los Pirineos. Alguno, como Belibaste, se trasladará al sur del principado, pero no configurarán más que una pequeña comunidad.

Pese al exilio, son muchos los que siguen defendiendo el catarismo como un asunto propio de estado. La derrota de la nueva fe significa el fin de la estructura social y económica del Languedoc. En 1285, la burguesía comercial de Carcasona está fichada en los registros de la Inquisición. El peligro es importante, ya que, sin motivo aparente, los inquisidores pueden ir por cualquier comerciante y encarcelarlo o, peor, ejecutarlo por ser sospechoso de herejía. Los cónsules de la ciudad, representantes de la burguesía, organizan un complot para robar y destruir los archivos del Santo Oficio. La conjura sufre graves contratiempos y, finalmente, uno de los conspiradores denuncia el complot a la Inquisición.

La Inquisición ha aniquilado la herejía en el Languedoc, pero los años van pasando y aquellos creyentes que se exilian se convierten en perfectos, y poco a poco va surgiendo la idea de volver a casa, de llevar la fe otra vez al Languedoc. Esto es lo que piensan los hermanos Autier, dignos notarios que, aprovechando una peregrinación masiva hacia Roma para el jubileo del año 1300, emprenden sigilosamente el camino a sus antiguos hogares. Se desplazan de noche, se esconden de día y aparecen de tanto en tanto por alguna parroquia para no despertar sospechas. Por fin llegan a la zona montañosa de Foix, donde se establecen. El camino no ha sido fácil, aunque, sin duda, la despreocupación de la Inquisición por un territorio considerado limpio les ha favorecido. En muy poco tiempo encuentran a doce creyentes que vagabundean por las montañas. Pedro y Guillermo Autier son unos excelentes predicadores, se asemejan mucho a los primeros perfectos del siglo XII. Su predicación se basa en un dualismo muy puro que respeta las reglas de manera minuciosa. En dos o tres años por los campos de Foix, los hermanos Autier arrastran a un millar de personas bajo su fe. Así, el catarismo vuelve a extender sus redes por el Languedoc, aunque ahora lo hace de manera clandestina, sin la protección de los nobles, y a la luz de la luna para no ser descubiertos.

Pero la Santa Sede y la Inquisición empiezan a sospechar que algo se está moviendo en el Languedoc. En principio, no creen que se haya

vuelto a extender la mancha de la herejía, pero, con el fin de averiguarlo, el papa nombra a tres inquisidores con la misión de descubrir lo que está sucediendo. Godofredo de Ablis, Bernardo Gui y Jacques Fournier, el futuro papa Benedicto XII, son los encargados de tan arduo cometido.

La lógica de la persecución hace que pronto alguien delate a los hermanos Autier. La maquinaria inquisitorial se vuelve a poner en marcha y se llevan a cabo autenticas redadas policiales en los pueblos para descubrir a los herejes. Entre 1305 y 1309, casi todos los perfectos de la nueva oleada instalados en el Languedoc son encarcelados y quemados en la hoguera, incluso Guillermo Autier es sorprendido y ejecutado con rapidez. Pedro, su hermano, intenta escapar, pero es apresado durante el verano de 1309. Pese a los interrogatorios, en los que se llega a utilizar la tortura, Autier no abjura y es condenado a muerte. En abril de 1310, Pedro Autier purifica sus culpas en una hoguera en el centro de Tolosa.

El último cátaro

Una noche de invierno, alrededor de un fuego, un grupo de cátaros escucha las palabras del perfecto. Cada día les explica qué diferencia hay entre el bien y el mal, y quién es ese Dios verdadero que les liberará el espíritu de este mundo falso y cruel. Las palabras del perfecto se entremezclan con las exclamaciones de los creyentes cuando conversan relajadamente de su país, de las lejanas tierras que han tenido que abandonar por la persecución de aquellos malvados dominicos. Es una gélida noche de 1317, en Morella.

Los creyentes se disponen a dormir, pero uno de ellos, Arnaud Sicre, posiblemente el discípulo más tenaz, se sienta con su maestro y le pregunta sobre todas las dudas que le surgen tras la oración nocturna. Pero su intención es otra, la de ganarse la confianza del perfecto para que éste le acompañe al Languedoc, a las antiguas posesiones de los Foix. Belibaste, el perfecto, le contesta que es imposible, que él no debe volver a las tierras donde es buscado y perseguido. Arnaud hace un gesto de decepción mientras escucha una vez más la historia de su maestro.

Belibaste es hijo de una familia campesina rica de la zona de Las Corberas. Su oficio es el de pastor y pasa largas jornadas yendo y viniendo por los montes con los rebaños. Su vida puede resumirse en ir sobreviviendo sin grandes sobresaltos. Sin embargo, una pelea en otoño de 1306 cambia por completo su vida. El resultado de la bronca es la muerte del contrincante y la huida del joven pastor, puesto que la justicia francesa le persigue. Por los lugares más recónditos de la abrupta meseta de Las Corberas conoce a grupos de creyentes cátaros que se esconden para evitar encuentros desafortunados con la Inquisición. Empieza un noviciado y en muy poco tiempo es ordenado por Felipe d'Alayrac. Casi sin darse cuenta, se ha convertido en uno de los miembros del grupo de los hermanos Autier. La Inquisición hace tiempo que está detrás de ellos y finalmente, después de una redada en un pueblo, los detiene. La verdadera aventura de Belibaste empieza ahora. Logra escapar de la prisión junto a su buen amigo D'Alayrac y, con un grupo de creyentes, cruzan los Pirineos en el año 1309, estableciéndose por un tiempo en Torroella de Montgrí. Viven momentos de paz hasta que su compañero inicia una misión cerca de la frontera francesa. Allí es sorprendido, detenido y llevado a la hoguera. Belibaste se queda solo al frente del grupo de exiliados. Recorren toda Cataluña hasta instalarse en Morella y Sant Mateu, cerca de Tarragona. La vida del grupo retorna a la tranquilidad a pesar de la azarosa vida de Belibaste. Es cierto que cumple con todos los deberes de la fe cátara e incluso llega a predicar mucho mejor que los hermanos Autier, pero las malas costumbres le arrastran y comete pecados inconcebibles para un perfecto. Para pasar desapercibido ante miradas inquisidoras, comparte vivienda con una mujer, Raimunda Martín, que en realidad es su amante. De hecho, la obliga a casarse con un amigo para disimular un embarazo.

Un día, un occitano pasea por el mercado de Morella y descubre a varias personas que, hablando catalán, tienen el acento de su querido Languedoc. Se aproxima a una muchacha, se presenta y la convence para que le lleve ante el perfecto. Conoce a Belibaste y dice llamarse Arnaud Sicre, creyente fugitivo. En un primer encuentro, explica que su tía y su hermana han tenido que quedarse en Francia debido a la

mala salud de la primera, pero que en cuanto pueda irá a buscarlas. Poco a poco, el recién llegado se va integrando en el grupo, aprende diversos oficios y escucha atentamente las enseñanzas de su maestro. Su facilidad de aprendizaje le convierte en el predilecto de Belibaste, e incluso hay quien rumorea que será el futuro sucesor del maestro al frente de la comunidad. Tanta perfección es imposible y el joven Sicre es un claro ejemplo. En realidad, Belibaste lo descubrirá demasiado tarde. Sicre proviene de una familia reducida a la nada por la Inquisición. Su madre y su hermana han sido quemadas en la hoguera y todos sus bienes confiscados. Desesperado, Arnaud se había dirigido al tribunal inquisitorial para ofrecerse a colaborar con ellos a cambio de recuperar sus posesiones. Sicre se convierte así en un auténtico agente doble.

En 1319, Arnaud y Belibaste son inseparables y éste, al final, le da permiso para que vaya en busca de su tía rica y su hermana a Francia y las traiga a Sant Mateu. Si Belibaste hubiera sabido el alcance de la traición, le hubiera matado en ese instante. Pasan los meses sin tener noticias de Sicre, pero un buen día Arnaud reaparece por la comunidad. Vuelve solo y les cuenta que su madre está enferma y que su hermana ha querido quedarse a cuidarla. Para hacer más creíble la historia, trae consigo una considerable suma de dinero que, según cuenta, le ha entregado su tía para la comunidad. La alegría del perfecto es inmensa y piensa que un día u otro tendrá que recompensar la ayuda de su amado discípulo. Y ese desafortunado día llega en la primavera de 1321, cuando Belibaste le pide a su amigo que le acompañe a Francia a visitar a la tía enferma que tan generosamente se ha portado con ellos. La traición esta en marcha. Antes de la partida, un compañero de Belibaste, Maury, le comenta a éste que no ve con buenos ojos su viaje al Languedoc y que no se fía de la palabra de Arnaud. Para contentar a su fiel amigo, Belibaste le ordena que prepare una estratagema para descubrir si Sicre es un traidor o no. Una noche, los dos intentan emborrachar a Arnaud, conocedores de que en los estados de embriaguez se cuentan las verdades ocultas. Sicre se percata del juego y finge emborracharse. En un momento de la noche, Maury le acompaña a acostarse. Sicre finge que a duras penas se mantiene en pie y

entonces Maury le pregunta acerca de la posibilidad de entregar a Belibaste, ya que es buscado en Francia y les darían una gran recompensa. El falso borracho contesta airado que ni loco haría una cosa semejante. El perfecto y su protector se quedan tranquilos.

Tras una semana de andar a escondidas, el grupo llega a Tirvia, un pueblo del condado de Foix. Mientras duermen placidamente en una posada a la espera de visitar a la tía de Sicre, unos hombres armados derriban la puerta y detienen a todos menos a Sicre, el rico agente doble.

Belibaste, conducido a la prisión y, encadenado, le dice a su traicionero amigo:

> "Si pudieses volver a tener mejores sentimientos y te arrepintieras de lo que has hecho en mi contra, yo te ordenaría y después, juntos, nos tiraríamos desde este torreón y tu alma y la mía subirían al lado del Padre celestial".

El testamento de un verdadero cátaro. En otoño de 1321, Belibaste es conducido al patio del castillo de Villerouge-Termenés, donde arde en la hoguera. Con la muerte de Belibaste no desaparecen los creyentes, aunque cada vez son menos, pero las llamas encendidas por la traición de Sicre hacen desaparecer al último Buen Hombre.

El catarismo en la Corona de Aragón

Durante la Edad Media, La Corona de Aragón mantiene lazos de unión con los territorios más allá de los Pirineos. En el medievo hay dos maneras de influir o de conquistar territorios: a través de los matrimonios concertados entre las familias nobles o mediante las campañas bélicas. El caso del Languedoc y de la corona catalano-aragonesa es sobre todo el primero, apoyado por una tremenda red familiar entre ambos lados del Pirineo. La Corona de Aragón no ocupa nunca el Languedoc, pero sí lo rodea gracias a los múltiples tratados familiares. Por un lado, el Conflents, el Vallespir, la Cerdaña y el Rosellón son territorios propios de la Corona; y por otro, las uniones matrimoniales de Ramon Berenguer III con Dulce de Provenza y Pedro el Católico con María de Montpellier proporcionan a la monarquía catalano-aragonesa el control de la Provenza y del señorío de Montepellier. Cuando llega la decisiva batalla de Muret, la Corona de Aragón controla casi todas las zonas limítrofes con el Languedoc.

Sin embargo, aunque el desenlace de la batalla de Muret hubiera sido favorable al lado catalán, facilitando así la unificación de los territorios aragoneses y occitanos, los distintos monarcas nunca han considerado la posibilidad de crear un estado propio en el sur de Europa. Si la monarquía catalano-aragonesa se ha planteado alguna vez la creación de una entidad mayor a la existente en aquel momento, lo desbarata definitivamente Jaime I en el año 1258 al firmar, junto a Luis IX de Francia, el Tratado de Corbeil, por el que el rey conquistador renuncia a los territorios occitanos y el soberano francés al territorio catalán, como sucesor de Carlomagno.

El contacto permanente de ambos países no viene dado tan sólo por el control político de determinados territorios, sino que, a lo largo de siglos, los habitantes del Languedoc y de Cataluña han compartido características culturales, tradiciones, comercio e incluso un idioma muy parecido. Por esta razón, es muy fácil que el trasvase de la herejía se produzca con normalidad entre una zona y otra y, sobre

todo, en los territorios más cercanos a la frontera. El movimiento cátaro siempre ha tenido lazos de contacto con los territorios de la Corona aragonesa, sobre todo con Cataluña. El principado centra el movimiento cátaro en el sur de los Pirineos, aunque algunos creyentes deciden establecerse en el norte de Aragón, en su zona más montañosa, u otros más aventureros llegan a establecerse en Burgos y Palencia, en Castilla.

Son muchas las razones por las cuales el catarismo occitano se ve relacionado con su país vecino, pero las relaciones familiares entre los nobles de ambas partes de la frontera y la terrible persecución inquisitorial puede que sean los dos principales factores de que aparezca el catarismo en tierras catalanas. Otro motivo por el cual los perfectos y los creyentes cruzan los valles pirenaicos para llegar al otro lado de la frontera es el comercio. Los perfectos son gente trabajadora, predican con el ejemplo y enseñan que la vida de Jesús fue de pobreza y humildad, mientras que la Iglesia católica predica con el ejemplo del maligno, con las riquezas. A pesar de criticar duramente las riquezas de la Iglesia de Roma y su misión es llevar el mensaje de Dios mediante la sencillez, el catarismo no es pobre, ya que todos sus miembros trabajan y participan del comercio. Por esta razón, la fe cátara se establece en lugares donde empieza a surgir una importante clase burguesa que se libera de las ataduras de la Iglesia católica y de los nobles; en definitiva, que se aparta de las tradiciones feudales. Cataluña posee todo lo que necesita el catarismo para desarrollarse. En algunas zonas del principado, la burguesía comercial tiene cada vez más un papel preponderante, además, como en todos los lugares donde se aposenta el catarismo, la burguesía ve en esta nueva fe la posibilidad de mantener los negocios sin apartarse de la doctrina o burlarse de Roma. Sin embargo, no todos los comerciantes y nobles llegados de Occitania pertenecen a la nueva fe, pero al menos la respetan y no la persiguen. Por ello, los perfectos llegados al principado viajan con toda tranquilidad y pueden establecerse en lugares como Lleida y Tarragona, sin olvidar, por supuesto, las dos mayores concentraciones herejes en Cataluña: Josa y Castellbó.

Cataluña

El catarismo no penetra de igual manera en Cataluña que en Occitania. Su incidencia en el principado es de un calado muy inferior al del otro lado del Pirineo. La persecución de la Inquisición y la eliminación masiva de los perfectos hacen que en el principado no llegue a formarse un núcleo importante de cátaros que después pueda ejercer la predicación por todo el territorio, pero las diferencias entre ambas zonas vienen dadas, principalmente, en que los procesos de feudalización son distintos y conllevan rasgos diferentes sustanciales de dominio y de sustrato social.

Cuando el principado se deshace de la atadura carolingia, se forman una serie de condados, cada uno de ellos con su propia dinastía a la cabeza. En poco tiempo, los condados se van uniendo para presentar un frente común contra el islam, que está en permanente acoso, y por las uniones matrimoniales entre las distintas familias. El conde de Barcelona se erige en el máximo dirigente de todos los condados catalanes, estableciendo las bases para la creación de un estado feudal a través de una administración y de una constitución, los *Usatges*.

El Languedoc no sufre el mismo proceso. La feudalización llega tarde y con un mapa muy fragmentado a causa de la aparición de muchos nobles en pequeños condados, mientras que el poder se establece en Tolosa, posiblemente porque es la heredera del antiguo dominio carolingio. Sin embargo, los condes de Tolosa no ejercen el mismo efecto unificador y de liderazgo que los condes de Barcelona y, además, tienen que estar en permanente alerta para evitar los constantes conflictos entre los vizcondados. Tolosa no es aglutinadora y, por tanto, no se consolida un estado feudal. Occitania se convierte en una tierra de nobles sin rey, lo que facilita que sea una tierra sin control y muy permeable a las herejías, como el catarismo. Cataluña, bajo el férreo control del conde de Barcelona, impide que sus nobles apoyen a una fe extranjera que contradice los preceptos de Roma.

Pese a ello, la fe cátara se extiende por diversas zonas catalanas, sobre todo en el Pirineo y en las ciudades. En los montes pirenaicos viven nobles que están enfrentados a la Iglesia de Roma por su deseo

de apoderarse de los ricos territorios eclesiásticos para aumentar sus feudos, mientras que en las ciudades se concentra la nueva burguesía comercial, que se enfrenta al pontificado por prohibir éste realizar créditos a los propios cristianos. Las dos clases, muy distintas entre ellas y muy distantes en sus intereses, abrazan el catarismo como una solución venida del cielo que les puede proporcionar estabilidad y prosperidad. Aunque desde un principio se encuentran con el rechazo del conde de Barcelona.

El catarismo tiene dos vías principales de entrada a Cataluña: una es la del valle de Arán, debido a su situación geográfica, y otra es el condado de Castellbó, enfrentado desde hace años al poderoso obispado de Urgell. La herejía llega de las manos de los comerciantes y de los contactos con la industria textil. La industria de la lana es un importante motor económico de Cataluña, mientras que Occitania no es precisamente una de las zonas más desarrolladas en este aspecto. Los comerciantes compran la lana y la venden en ferias como la de la Seu d'Urgell, Y no sólo es la lana, sino que en el siglo XIII es muy frecuente el comercio de todo tipo de utensilios y materiales entre los dos territorios, como también de animales. El comercio entre las dos zonas se produce en lugares cercanos a la frontera, pero los occitanos también llegan a lugares como Tarragona, las montañas de Prades o Lleida. Se encuentran en poblaciones muy alejadas de sus hogares, lo que es normal si se piensa que algunos occitanos siguen las rutas de la trashumancia. Curiosamente, ciudades como Foix y Montblanc quedan unidas por el movimiento migratorio de los rebaños de ovejas. A partir de 1230 y, sobre todo, de 1240 se inicia un periodo de gran llegada de cátaros, debido a la persecución de la Inquisición en Occitania.

El paso muy frecuente de nobles y comerciantes occitanos por el valle de Arán y otros puntos fronterizos a causa de la persecución por parte de los cruzados es una de las posibles causas de la aparición del catarismo en el principado, aunque no todos los occitanos que llegan a Cataluña para comerciar sean seguidores de la nueva fe. Por la frontera no sólo entran comerciantes, sino que, además, la cruzan muchos trovadores que quieren dejar atrás la miseria y desolación que Simón de Montfort y los suyos han dejado en el Languedoc. Los trovadores

ya no encuentran damas a quienes dedicar sus canciones ni castillos donde cantar sus cantares. Perseguidos y desesperados, llegan se refugian en la Cataluña de Jaime I. El monarca los acoge en su corte y crea un sistema de mecenazgo para que sigan imaginando y conquistando con sus canciones. De hecho, los trovadores occitanos no consideran pasar como una emigración, ya que la lengua y las tradiciones se asemejan tanto que puede decirse que están en su propio país.

Una canción trovadoresca de la época identifica Cataluña con Occitania:

"*Monges, digatz, segons vostra sciensa,*
qual valon mais, catalan o francés.
E met de sai Guascuenha e Proensa
e Limozin, Alvernh'e Vianès,
e de lai met la terra dels dos res..."

(Monje, decidme, según vuestro conocimiento,
Quienes valen más, catalanes o franceses.
Y poniendo los primeros a la Gascuña y Provenza
y el Lemosín, la Avernia y el Vienés,
y de la otra parte la tierra de los dos reyes...)

Jaime I permite sin problemas que los trovadores se establezcan en Cataluña, aun sabiendo que con frecuencia cantan a damas herejes y que han vivido en castillos de los nobles del Languedoc que protegen la herejía. La relación del monarca con Occitania es obvia desde el momento en que su padre muere en la batalla de Muret. Con tan sólo nueve años, la presión que recibe para que no ayude a los cátaros es enorme. En diciembre de 1217, Honorio III le hace llegar una bula en la que le amenaza con una cruzada en sus reinos si ayuda a sus vasallos del norte:

"de tal manera podríais provocarnos en tu contra, Nosotros y la Iglesia Romana, a que nos viésemos obligados a oprimir tus reinos por gente extraña".

En abril de 1226, el soberano catalano-aragonés decide apelar a su fe y a su protección a la Iglesia católica para emplazar a sus vasallos a no ayudar al conde Raimundo VII en su particular guerra con Luis IX de Francia. Además, Jaime I tiene una espina clavada con Occitania: es el lugar donde muere su padre por ayudar a unos herejes. En la crónica escrita por él mismo, *Llibre dels feits del rei en Jaume*, muestra su enfado hacia su padre por la poca preocupación que demuestra por sus reinos y por las muestras de poca fe. Jaime I explica a los nobles que no pueden inmiscuirse en la guerra del Languedoc porque "somos hijos especiales de la Santa Iglesia Romana y estamos constituidos bajo su protección y custodia". Sin embargo, el monarca no renuncia ni a Tolosa ni a la Provenza, ni quiere oír hablar de que estas posesiones pasen a manos francesas. Por ello, en 1239 acude a Montpellier, la ciudad natal de su padre, para reunirse con Raimundo VII e intentar solucionar el problema sucesorio surgido del tratado de Meaux diez años antes. Los acontecimientos posteriores llevan a la casa de Barcelona a perder todos los territorios al norte de los Pirineos menos Montpellier, el Omelades y el Carlat, firmando la pérdida definitiva en el año 1258 en Corbeil.

El rey Jaime I rechaza siempre entrar en guerra por la causa occitana, pero acoge a los trovadores y es conocedor de que en Cataluña se han establecido cátaros. Es cierto que se proclama gran defensor de la Iglesia católica y que ayuda a Ramón de Penyafort a establecer la Inquisición, pero lo es también que para las conquistas de Valencia y, sobre todo, de Mallorca estará acompañado por nobles occitanos que se han establecido en el principado huyendo de la cruzada contra los cátaros.

A diferencia de Occitania y de otros países europeos, el catarismo no arraiga de manera muy importante en territorio catalán, de hecho casi no se puede hablar de catarismo propio de la zona, sino de catarismo occitano en Cataluña. Lleida y Tarragona son dos de los lugares preferidos por los cátaros. Belibaste, el último perfecto, y su grupo viven en Morella, al sur de Tarragona, durante cerca de doce años, sin ningún problema, aunque no deja de sorprender que más de una década de predicación de la nueva fe por Tarragona no sea suficiente para crear una comunidad propia catalana.

A pesar de ello, encontramos dos lugares concretos donde el catarismo se establece con fuerza, los dos únicos casos en que los creyentes son familias nobles catalanas: Josa y Castellbó.

Josa es una pequeña población situada en la zona montañosa del Cadí. Ramon de Josa, el señor de esa zona, es conocido por recibir a numerosos perfectos en su casa, aunque nunca se ha podido demostrar que él haya abrazado la herejía, ya que realiza las mismas promesas que el conde de Tolosa ante la Iglesia de Roma: perseguirá los herejes y será un fiel defensor de la fe católica.

Más descarado es el caso de Castellbó. Castellbó está situado muy cerca de la Seu d'Urgell y de Josa, de camino a Andorra. Su situación geográfica convierte este condado en candidato idóneo a recibir la infección de la herejía, aunque su caso es un poco especial. En 1208, Ermesinda de Castellbó se une en matrimonio con Roger Bernat de Foix, hijo del conde Raimundo Roger. Este enlace ya constituye un punto importante para la aparición del catarismo, pero también abre una ruta geográfica. A partir de este momento, Castellbó marca el final de un camino por el que perfectos y creyentes huyen de la persecución desde Foix. El refugio cátaro de los Pirineos es investigado con frecuencia por la Inquisición catalana, dirigida por Ramón de Penyafort, como en el año 1237, en el que se hace prisionero a 45 perfectos. La persecución inquisitorial es impecable e implacable y, al igual que en el Languedoc, se juzga y quema a herejes ya muertos. En 1269, el inquisidor Pedro de Cadireta condena a la hoguera a Arnau de Castellbó y a su hija Ermesinda, fallecidos años atrás. Sus cuerpos son exhumados, quemados y sus cenizas esparcidas. Como en el caso de Josa, es poco probable que Arnau fuera hereje, aunque las principales sospechas recaen en su hija, casada con un Foix.

La intervención de la Inquisición catalana es la respuesta a la preocupación del papa Gregorio IX, quien, el 26 de mayo de 1232, envía la bula papal *Declinante* al arzobispo de Tarragona, en la que manifiesta que la herejía cátara se ha establecido en Cataluña y le pide que facilite a los dominicos su trabajo de erradicación. Al año siguiente, en un concilio en Tarragona, Ramón de Penyafort redacta unas constituciones, *Constitutiones pacis et treguae*, en las que se aprueba la

creación de la Inquisición en la Corona de Aragón, y que son ratificadas el 7 de febrero de 1235 por el mismo pontífice y por el rey Jaime I. Ramón de Penyafort es el encargado de crear las normas que deben regir la nueva institución. Las directrices marcadas por Penyafort son las de encarcelar a los culpables del crimen de herejía y actuar mediante las investigaciones de un tribunal. El papa concede el privilegio de dirigir la Inquisición a los dominicos, siendo los miembros del tribunal escogidos directamente por el pontífice. En el año 1242, Ramón de Penyafort redacta el primer manual del inquisidor, continuado años más tarde por el francés Bernardo Gui. El manual del catalán establece por primera vez el concepto jurídico de depravación herética, clasificando el tipo de delitos, la tipología de los culpables y las penas.

Los interrogatorios inquisitoriales muestran cómo en zonas como en Andorra, Berga y en poblaciones cercanas a Vic aparecen pequeños núcleos de herejía, pero son poco importantes. En el año 1257 se nombra inquisidor general de la Corona de Aragón a Pedro de Cadireta, llamado así posteriormente porque será asesinado a pedradas, sentado y atado a una silla, en 1279. Pedro de Cadireta es el inquisidor que condena a Ramón de Josa por ser protector de la herejía.

La impecable persecución de la Inquisición de Penyafort no disminuye la entrada de cátaros en el principado. Además, la herejía no sólo penetra en Cataluña, sino que también se expande por los territorios conquistados a los musulmanes y que deben ser repoblados, como el reino de Mallorca y Valencia.

Los cátaros en el Reino de Mallorca

La derrota en Muret significa el fin del interés catalán por Occitania, pero abre las puertas a la expansión mediterránea de la Corona de Aragón. Para Jaime I, las Baleares son un objetivo clave para la futura conquista de Valencia y para la apertura hacia los mercados de Oriente. Además, el poder almohade ha quedado muy debilitado tras la derrota de Navas de Tolosa.

En el año 1228, en Tarragona, un rico mercader ofrece un banquete en honor del rey. Durante la cena, el anfitrión habla maravillas de

una posible ocupación de las islas Baleares y de lo beneficioso que sería. Los nobles, entusiasmados, convencen a Jaime I para que organice una expedición en pos de la conquista del reino islámico de Mallorca. El 20 de diciembre del mismo año, las Cortes de Cataluña aprueban el proyecto del monarca. El mando del ejército –formado por nobles catalanes y provenzales, de Occitania, como la familia de Nuño, conde de Rosellón-Cerdaña, o los Montcada, condes de Bearn– queda en manos del conde de Barcelona.

El 5 de septiembre de 1229, zarpa la expedición desde Tarragona, Salou y Cambrils. Una vez conquistada Medina Mayurqa, la ciudad de Mallorca, y toda la isla, el soberano inicia la repartición entre los participantes en la conquista. Una gran parte de la isla se la queda el rey, mientras que el resto se divide entre los nobles occitanos.

La repoblación de Mallorca se lleva a cabo con ciudadanos de Occitania y catalanes, que crean feudos importantes, ya que allí nada está establecido de antemano. No es como en la Cataluña vieja, donde los nobles ya poseen sus feudos familiares. En Mallorca los feudos son nuevos, lo que facilita la incorporación de mucha gente a la repoblación. Además, surge la base de una manufactura textil que competirá con los productos traídos por los comerciantes procedentes de Narbona y el sur de Francia.

El catarismo se introduce, pues, en las tierras dominadas por los occitanos, apareciendo y desapareciendo, pero, eso sí, dejando constancia de su existencia. No son muchos, aunque el papa se siente desconcertado al encontrar un reducto hereje en tierras nuevas. En el año 1240, el prelado escribe un breve pontificio en el que se pide a los obispos que actúen contra la herejía.

El Reino de Valencia

Jaime I tiene una fijación enorme en la conquista de Valencia mucho antes de plantearse ocupar las islas Baleares. En el año 1225 se lanza al asalto de Peñíscola, pero la poca fuerza militar de que dispone y su precipitación le obligan a retirarse. Entonces, dirige su mirada hacia Mallorca. Los aragoneses están descontentos con esta elección, ya

que para ellos Valencia es su salida natural al mar y, si continúa ocupada por los musulmanes, pierden la oportunidad de levantar una economía masacrada durante los primeros años del siglo. Así que deciden emprender la acción por su cuenta.

En el 1232, los aragoneses lanzan una ofensiva y sin mucha dificultad se apoderan de Morella, lo que provoca la ira del monarca, ya que no se ha contado con él. El rey, sin embargo, reúne en 1233 un ejército suficiente para conquistar las tierras del norte valenciano. En estos primeros años, el aragonés Blasco de Aragón conquista Peñíscola y toda la zona de Castellón.

Hasta aquí todo han sido meras incursiones en territorio musulmán, pero Jaime I quiere más, y tres años más tarde convoca Cortes en Monzón para aprobar la cruzada contra los musulmanes de Valencia. Inicia la campaña en 1237, saliendo con su ejército desde Teruel. La hueste cruzada es más bien escasa en número como para poder asediar una ciudad como Valencia, por lo que el rey decide dejar el grueso del ejército cerca de la ciudad e inicia una campaña para reclutar soldados. No encuentra muchos, pero gracias al obispo de Narbona reúne un grupo suficiente, formado por gentes de Occitania, para iniciar el cerco.

El 28 de septiembre de 1238 la ciudad de Valencia se rinde ante Jaime I y éste inicia el periodo de *repartiment* o reparto de las tierras conquistadas con las familias nobles que han luchado a su lado. A los occitanos, de Motpellier, les concede un total de ciento cincuenta casas en la ciudad, un barrio entero, y algunos pueblos de los alrededores. Los occitanos se establecen en dicho barrio y ejercen tranquilamente de artesanos y de comerciantes. Sin embargo, la conquista prosigue en el sur del reino y, entre 1239 y 1245, Jaime I ocupa ciudades como Denia, Cullera y Játiva.

Diez años después de la rendición de Valencia, un grupo de musulmanes provoca una revuelta que acabará en nada, pero que da pie a una serie de expropiaciones de las tierras de los amotinados. Estas tierras, las comprendidas en el valle del Marinyen, son concedidas a occitanos, pero, no se sabe por qué razón, éstos no llegan nunca a ocupar sus nuevos hogares.

La participación de los occitanos en la conquista de Valencia no es tan numerosa como en la de Mallorca debido a varios factores, entre ellos:

– La crisis política y situación de guerra que está sufriendo en esta época Occitania a causa de la cruzada contra los cátaros.

– Las cruzadas se caracterizan por la participación de los reinos europeos que forman la cristiandad a petición de la Santa Sede. La cruzada contra los musulmanes de Valencia la realiza la Corona de Aragón sin ningún tipo de ayuda exterior. Por esta razón, los occitanos no consideran prioritaria la cruzada valenciana.

La escasa participación occitana en la reconquista de Valencia y los pocos occitanos establecidos en el nuevo reino inducen a pensar que el catarismo apenas existió en Valencia, excepto en Morella y en la zona más cercana a Tortosa. Pero es posible que los occitanos que se quedan a vivir en sus nuevos hogares valencianos sean seguidores del catarismo y, por tanto, puede pensarse en la existencia de algún pequeño grupo hereje, aunque con muy poco futuro.

Andorra

Entre los siglos XI y XII, Andorra y el vizcondado de Castellbó pertenecen al condado de Urgell, que es feudo exclusivo del obispo del condado. Su situación geográfica la convierte en puerta de acceso tanto para Occitania como para Cataluña y, por tanto, en lugar de paso de los cátaros y enclave ambicionado por más de un noble.

En el año 1277, el conde Roger Bernardo III de Foix, congrega un ejército de más de diez mil hombres e invade los valles andorranos.

Pedro III de Aragón y II de Cataluña, hijo de Jaime I, no puede permitir que el conde de Foix invada una parte –tan importante– de sus tierras. Pronto recupera algunos de sus castillos y cita al conde para parlamentar. El 20 de agosto de 1278 ambos se reúnen y acuerdan detener el conflicto bélico mediante la concesión de una serie de prerrogativas al conde de Foix sobre Andorra. En septiembre del mismo año, el conde

de Foix y el obispo de Urgell firman un acuerdo según el cual ambos pasan a ser los titulares del territorio andorrano. Se suceden los años y los conflictos vuelven a recrudecerse, y en el año 1288 se firma una ampliación de la sentencia arbitral con alguna condición nueva, como la demolición de los castillos que haya construido el conde de Foix. Los tratados de 1278 y 1288 fijan la constitución real del Principado de Andorra.

El catarismo penetra en los valles andorranos a través de los condados de Foix y de Castellbó. Los verdes valles sirven de cobijo durante muchos años a los herejes que huyen de la cruzada. Los cátaros se instalan con tal libertad que continúan con idéntica vida que la que hacían en Occitania: abren talleres textiles y predican la palabra de Dios.

Andorra es uno de los reductos donde los cátaros viven con mayor libertad dentro de los dominios del conde de Barcelona. Valencia y, sobre todo, Mallorca han acogido a muchos nobles que deciden huir del tormento de la guerra occitana; sin embargo allí la herejía no llega nunca a consolidarse. En Aragón se encuentra alguna pequeña comunidad cátara en Jaca, pero de mínima importancia.

La fe cátara no llega a expandirse más allá de las fronteras de la Corona de Aragón, salvo en un caso excepcional o, mejor dicho, en tres casos excepcionales: Burgos, Palencia y León. Nada tiene que extrañar que los cátaros lleguen a estas ciudades, ya que son puntos importantes dentro del Camino de Santiago. Posiblemente, es en León donde la herejía llega a consolidarse de una manera más intensa, pero en los tres casos no se puede hablar de un catarismo bien definido. Posiblemente se trata más de un movimiento contrario a la ortodoxia romana.

La expansión de la fe cátara por los distintos reinos peninsulares se debe fundamentalmente a la facilidad con que perfectos y creyentes cruzan las fronteras por el Pirineo, y a la repoblación de territorios conquistados a los musulmanes. Más allá de estas consideraciones, es casi imposible encontrar un catarismo propio en la Corona de Aragón con posibilidades de establecerse y tener un desarrollo igual que en Occitania.

Morella, 1321

Hace frío, el invierno es de los más duros de los últimos decenios, o al menos es lo que cuenta la gente de por aquí. Roger se encuentra en su casa solo, pero este tipo de soledad no le asusta. Desde hace meses teme salir a la calle y hablar con la gente, con sus vecinos. Le pueden considerar un hereje y denunciarlo a la Iglesia. Doce años atrás se había trasladado desde Fanjeaux, la tierra de sus padres, para vivir de manera humilde y servir a Dios. En Morella predicaba junto a sus hermanos occitanos hasta que, un buen día, su pastor se marchó a Francia y no volvió.

Roger siente el cuerpo helado y no tiene más compañía que sus viejos libros y su diminuta casa. Sus amigos, con los que le gustaba salir, comer y enseñar el mensaje de Cristo, han huido, se han dispersado por la zona. Mejor que no les vean juntos, son para muchos una epidemia, peor que la peste.

Frente al hogar, observa cómo las llamas del fuego crecen y decrecen y calientan su pequeña casa. Para él, el fuego es reconfortante, pero también algo monstruoso. Mientras mira las llamas chispeantes recuerda a su pastor, a Guillermo, quemado en una de las terribles hogueras que los sacerdotes de Roma les imponen como castigo. Roger está solo, posiblemente es el último de su fe, de su especie. Lo sabe. Una lágrima le cae por el pómulo mientras se pregunta si alguna vez serán recordados.

Quizás algún día.

Leer sobre los cátaros es entrar en un mundo fantástico, en una visión increíble de la sociedad, y a veces, en un universo de fantasía. La sociedad feudal es tan lejana y extraña para la gente de nuestro siglo que la mitificamos y abrimos nuestras mentes a lugares exóticos, a personajes heroicos y a guerras fraticidas. Vemos la sociedad feudal como si fuera un mundo de princesas y aventureros de espada y cruz. Lo curioso es que no nos acercamos ni al uno por ciento de la realidad. La sociedad feudal, comparada con la actual, es cruel y alejada de los valores que podemos considerar como básicos para la dignidad humana.

La lejanía de la Edad Media y los escritos realizados en esta época, que ensalzan a caballeros y damas, dan pie a todo tipo de especulaciones sobre hechos que puedan tener cierta trascendencia, mutilando muchas veces la realidad histórica. Es el caso del catarismo. ¿Cuántas personas conocen el verdadero dogma cátaro?, ¿cuántos saben qué predicaban esos Buenos Hombres por la Europa medieval? Pocos. Sin embargo, la mayoría conoce o ha oído hablar de Montsegur y del fantástico tesoro cátaro, incluso equiparando el catarismo con los templarios, y desconoce qué sucedió realmente hace setecientos años en la fortaleza cátara. Muchos, mientras suben por el estrecho camino que lleva desde el pueblo hasta la fortaleza, esperan encontrar cuevas y pasadizos escondidos que les revelen los secretos de aquella sociedad que huía de los cruzados allá por el año 1243.

Los investigadores de mitos y leyendas buscan en las piedras y hasta incluso en la estructura del castillo para dar explicaciones a los hechos que pasaron allí. El historiador Niel, en los años cincuenta del siglo xx, desarrolla la teoría solar de Montsegur. Niel es un gran estudioso de todo lo referente a la herejía y, por aquel entonces, propone que el castillo está construido de manera muy especial para que coincidan ciertas oberturas internas con determinados momentos de iluminación del sol. Está convencido de que el castillo es un templo y no

una fortaleza. Años más tarde, se ha demostrado que las ruinas del castillo actual, el mismo que estudió Niel, corresponden a una fortaleza posterior a la que defendieron los cátaros. Por tanto, una de las teorías queda fuera de lugar. Pero no es la primera teoría sobre el secreto de Montsegur. A finales del siglo XIX empiezan las especulaciones.

En 1877, un pastor calvinista que acude a los Juegos Florales de Tolosa escribe una obra titulada *Historia de los albigenses*, en la que ya se da una visión bastante romántica del catarismo y de los sucesos de Montsegur. A finales de siglo, aparece un revista llamada *Montsegur*, donde se identifica la fortaleza con el Santo Grial. Pero el texto que revoluciona el panorama místico aparece en 1906, titulado *El secreto de los trovadores* y escrito por J. Peladan. El autor relaciona Montsegur con el castillo de Montsalvatge aparecido en la obra *Parsifal* de Wagner. Ésta señala el castillo de Montsalvatge como el lugar donde se encuentra escondido el Santo Grial, aunque no es la historia original. Wagner se basa en el *Parsifal* de Wolfran von Eschenbach.

Eschenbach fue un trovador alemán que vivió entre los años 1170 y 1220 y que escribió su obra recogiendo historias contadas en los patios de los palacios. En *Parsifal* describe el Grial como una fuente de poder sin límite alguno que puede curar y solucionar cualquier circunstancia adversa. De hecho, la leyenda del Grial se fundamenta en las obras de Eschenbach y de Chretién de Troyes. Este último también fue un trovador que vivió a finales del siglo XII y que escribió obras como *Erec y Enide* y el famoso *Libro de Perceval o Cuento del Grial*, donde narra las aventuras del joven caballero que debe buscar el cáliz sagrado.

Las fascinantes historias descritas por Troyes y Eschenbach iluminan a un joven alemán que, en 1929, decide pasar varios años a la sombra de Montsegur investigando los misterios de aquellos hombres que un día fueron asesinados en la hoguera por defender algo más que una fe. Otto Rhan, en un viaje a Francia, queda fascinado por la historia del Grial y decide resolver el misterio. Está claro que no lo conseguirá nunca, pero su controvertida obra fue, durante años, la referencia de cualquiera que quisiera investigar sobre el cáliz de Cristo y, sobre

todo, influyó en el mayor peligro del siglo xx, el nazismo. Rhan cree que el relato de Eschenbach es, en realidad, la historia de los cátaros. El hecho de que el trovador fuera contemporáneo de la cruzada anticátara puede que diera más fuerza a la teoría del alemán. Otto Rhan encuentra paralelismos entre el Montsalvatge de *Parsifal*, dónde se encuentra escondido el Grial, y Montsegur y, también, identifica a Parsifal con la familia Trencavel, vizcondes de Carcasona. En 1933 escribe el libro *Cruzada contra el Grial*, en el que expone sus teorías sobre el misterio de los cátaros. El libro del alemán fascina a Heinrich Himmler, creador de las terribles SS nazis, quien ve en el Grial un foco de poder inigualable. Se dice que, a partir de este momento, Himmler encarga a Rhan la búsqueda del Grial. Rhan muere sin conseguirlo poco antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial.

Tras el terrible conflicto bélico, un grupo de franceses, entre los que destaca René Nelli, el mayor historiador del catarismo en ese momento, vuelve a poner el tema de los cátaros sobre el tapete público. Nelli, junto a Antonin Gadal, funda *Cahiers d'Études Cathares*. René Nelli es quien realiza por fin un estudio serio sobre el catarismo y descubre para el mundo aquella fe que había vivido en sus tierras setecientos años atrás. Su obra *Los cátaros del Languedoc en el siglo XIII* es el punto inicial de todos los estudios históricos, no míticos, que aparecen en la actualidad. Todos los historiadores se basan en sus descubrimientos. A pesar de su rigurosidad histórica, Nelli, no deja de lado el misterio que envuelve a los cátaros y su preciado tesoro. En 1972, su pasión por los cátaros le lleva a fundar el Centro de Estudios Cátaros, con sede en la misma capital de los Trencavel, Carcasona.

Durante los años setenta aparecen multitud de dudosos estudios que relacionan el catarismo con los templarios, pero nada tienen que ver unos y otros, más allá de su coexistencia en Occitania y que los soldados-sacerdotes nunca se unieron a la cruzada impulsada por Inocencio III contra los herejes. Algunos estudios plantean que los templarios se crean para la defensa del Grial y, que dentro de su organización, existe un círculo cerrado, hermético, lo que impregna de cierto esoterismo la idea católica de la defensa de lo sagrado y va un poco más allá en los conocimientos místicos del catolicismo. Estos

autores asimilan e identifican el ritual de la fe cátara con los posibles ritos iniciaticos que, según cuentan, realizaban los templarios. Algo así como el ritual de entrada a una sociedad secreta. Estas teorías son falsas, pero se basan en algunas realidades, como el hecho, ya mencionado, de que los templarios no quisieron perseguir a los herejes. Los templarios no aceptan la idea de perseguir y castigar a los cristianos, ellos se han constituido para defenderlos, no para aniquilarlos. Por otra parte, la orden del Temple posee tierras y castillos en Occitania, al igual que en toda Francia y en los reinos hispánicos. De hecho, los templarios llegan a financiar la reconquista de los reinos hispánicos e incluso cabe recordar que Jaime I fue educado en el castillo templario de Monzón. Por esta razón, no es de extrañar que existiera una relación entre los nobles occitanos y los templarios, lo que no significa que el catarismo y la orden templaria tengan ninguna relación con el esoterismo ni con misterio alguno.

En la actualidad son más conocidas las posibles elucubraciones sobre el tesoro cátaro que el catarismo en sí. La literatura de divulgación y pseudocientífica hace que llegue a miles de hogares el asedio de Montsegur que llevó a doscientos perfectos a la hoguera, pero se ignora por qué ocurrió tal locura. Eso sí, se conoce perfectamente la historia de los cuatro perfectos que huyeron montaña a través para salvar un misterioso tesoro.

Los cátaros y el Grial

Según esa historia, el 16 de marzo de 1243, cuatro creyentes cátaros abandonan la fortaleza de Montsegur a través de la vertiente norte, la zona más escarpada y peligrosa. Descienden, ocultos por la oscuridad de la noche, por túneles y caminos secretos que nada más conocen ellos. Tienen la suerte de cara, ya que los soldados cruzados no pueden vigilar toda el área de la montaña, son insuficientes en número. Los cuatro hombres llevan consigo un gran tesoro vital para los intereses de los cátaros, y deben esconderlo antes de que sea interceptado por el enemigo. Según cuenta la leyenda, llegan a esconder el tesoro en alguna cueva de la zona del Sabartés, aunque nunca se ha podido demostrar nada.

El relato medieval de Eschenbach identifica el lugar donde permanece escondido el Grial con un castillo en el Pirineo. Incluso para los contemporáneos, Montsegur puede ser el lugar indicado por el trovador medieval. Por esta razón, para muchos, el catarismo está relacionado con el misterio de los misterios, con la leyenda del Santo Grial. Incluso se ha llegado a plantear que la cruzada contra los herejes no era sino una excusa de Inocencio III para destruir el significado del Grial y a sus defensores.

Los teóricos que defienden el principio de la relación entre la herejía y el Grial establecen que los cátaros son los guardianes del cáliz de Cristo, o de lo que puede representar la sangre de Jesús, coincidiendo con un periodo en que se cree que la copa de la última cena se ha llevado a Francia para su protección. La leyenda del Grial se ha extendido tanto que han surgido varias teorías sobre su significado. Para algunos, el Grial es el cáliz en que Jesús realizó la última cena, para otros es la sangre de Cristo, su linaje, su descendencia.

Las leyendas del Grial

Existen varias líneas en la definición de qué es el Grial y dónde puede estar escondido. Las leyendas provienen sobre todo de los relatos medievales que se han encontrado. Uno de estos romances o historias medievales cuenta que José de Arimatea, comerciante y amigo de Jesús, es quien se queda con el cáliz sagrado después de la muerte de Cristo. Manda bajar el cuerpo de Jesús de la cruz y lo entierra en la tumba que en realidad tenía preparada para él. La leyenda dice que José de Arimatea utiliza el cáliz para depositar en el la sangre de Jesús. La persecución de los romanos a los cristianos es tan cruel que José decide huir y esconder el preciado cáliz. Se embarca y, tras largos meses de viaje, llega a las lejanas tierras de la Britania romana, a Glastonbury, donde construye una pequeña capilla en la que aloja la copa sagrada. Con el paso del tiempo, la pequeña ermita se convierte en una importante abadía, hasta que en el siglo xv decae y sus monjes deben abandonarla debido a un incendio. Cuentan que éstos salvaron de las llamas una pequeña copa de madera muy antigua. Los

monjes se trasladan a Gales y se llevan consigo el cáliz, donde aún permanece.

Otra leyenda cuenta que el Grial se esconde en Jerusalén tras la crucifixión de Jesús y no se encuentra hasta mil años después, durante la primera cruzada. En el mes de julio de 1099, los cruzados capitaneados por Godofredo de Bouillion conquistan la ciudad sagrada. Godofredo se erige en el primer monarca del Reino Latino de Jerusalén. Años más tarde, ocho soldados franceses, que habían constituido la orden del Temple, llegan a Jerusalén y se instalan en una parte del antiguo templo de Salomón. Los templarios empiezan a excavar en los sótanos del templo y encuentran enterrado el Santo Grial, que custodian hasta 1307, cuando de produce la desaparición de la orden. Los monjes-soldados, que hasta ese instante habían sido los grandes defensores de la cristiandad, son perseguidos y se convierten en proscritos. Un grupo de templarios huye llevándose el Grial a Escocia, al castillo Rosslyn, en Edimburgo, donde se dice que está enterrado.

Otra leyenda llega a plantear una teoría mucho más radical y peligrosa para la Iglesia. La leyenda cuenta que el Grial no es un recipiente, sino una genealogía. Esta teoría cuenta que Jesús se casó con María Magdalena y tuvieron descendencia antes de que él muriera, y se basa en el llamado Evangelio de Felipe, un texto cristiano primitivo descubierto en la ciudad egipcia de Nag Hammadi. Por primera vez aparece la figura de María Magdalena como una persona importante dentro del círculo de Jesús. La leyenda cuenta que José de Arimatea se lleva el Grial a Glastonbury, pero, en lugar de ser un cáliz, es la descendencia de Jesús, sus hijos. Los descendientes de Cristo se mantienen siempre en la oscuridad, sin salir a la luz. Hacia el siglo VIII, el linaje de Jesús se traslada a Francia y allí, con los años, emparenta con los nobles merovingios. Cuando la dinastía merovingia es destronada, los descendientes de Jesús se trasladan al sur de Francia, en donde encuentran un movimiento cristiano de fe verdadera que predica con humildad el mensaje de Cristo, los cátaros. Se cree que los Buenos Hombres se convierten en los guardianes del secreto del Grial. Así, los cuatro hombres que huyeron de Montsegur, tenían la intención de poner a salvo el Grial, pero no escondiendo un cáliz, sino protegiendo la vida del

descendiente directo de Jesús. Cuando los cuatro hombres lograron poner a salvo el Grial, encendieron una hoguera en el pico Bidorta para anunciar, a los cientos de personas que aún estaban encerradas en Montsegur, que el tesoro estaba a salvo. En ese momento, los perfectos no dudaron en entregarse y sucumbir a las llamas.

La realidad histórica

Todas las leyendas medievales ofrecen una visión fantástica y mítica de los cátaros. A raíz de estas leyendas, muchos estudiosos han dejado de lado la parte real, histórica, del catarismo para enlazarlo con historias de secretos esotéricos y de griales que han de cambiar el mundo. Por suerte la realidad es otra. Gracias a historiadores como René Nelli conocemos la verdad de la existencia de la herejía catara.

Las leyendas y las historias fantásticas sobre griales, secretos y linajes de reyes no nos deben hacer abandonar la perspectiva de los hechos reales e históricos que sucedieron en la Occitania medieval.

El catarismo fue un movimiento autentico y puramente cristiano, que influyó en la población de toda Europa, pero, sobre todo, al norte de Italia y el sur francés, durante el siglo XIII. Se pueden dilucidar muchos elementos para explicar la aparición de una fe que casi derribó a la todopoderosa Iglesia católica, pero el éxito aplastante de esta nueva fe se debió, sin duda, a la poca preparación de una Iglesia católica que no estaba ni estructurada ni bien aposentada en el territorio.

La fe cátara se expande gracias a la voluntad y ejemplo de aquellos perfectos que dan su vida por la creencia en un Dios verdadero, y no en virtud de la magia de un cáliz ni al poder de un linaje. La expansión del catarismo nada tiene que ver con percepciones esotéricas ni con grandes misterios.

Pero, ¿conoceríamos la historia de los cátaros si no fuese por el enigma que la persigue?

Bibliografía

Adroer, A.M., *Càtars i catarisme a Catalunya*, Barcelona, 1996.

Alomar Esteve, G., *Cátaros y occitanos en el reino de Mallorca*, L. Ripoll, Palma de Mallorca, 1978.

Alvira Cabrer, M., "La cruzada albiguense y la intervención de la Corona de Aragón en Occitania. El recuerdo de las crónicas hispánicas del siglo XIII", *Hispania*, 60-206, (2000), pp. 947-976.

Baigent, M., *El enigma sagrado*, Madrid, 2001.

Bisson, T.N., *Història de la corona d'Aragó a l'Edat Mitjana*, Barcelona, 1986.

Brenon, A., *El veritable rostre dels càtars*, Lleida, 1998.

Casanovas, M. A., *Historia de les Illes Balears*, Mallorca, 1998.

Colom de Juneda, M., *Francesc d'Assís, l'home evangèlic*, Barcelona, 1995.

Cohn, N., *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas míticos de la Edad Media*, Madrid, 1981.

D'Abadal, R., *Moments crucials de la història de Catalunya*, Barcelona, 1962.

Dedieu, J.P., *La Inquisición*, Bilbao, 1990.

De la Cierva, R., *Templarios: la historia oculta*, Madrid, 1998.

De Montoliú, M., *La llengua catalana i els trobadors*, Barcelona, 1957.

Dhondt, J., *La Alta Edad Media*, Madrid, 1971.

Duby, G., *Economía rural y vida campesina en el occidente medieval*, Barcelona, 1973.

—, *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid, 1989.

Duvernoy, J., *La captura del cátaro Belibaste: Delación ante el tribunal de la inquisición de Pamiers, el 21 de octubre de 1321*, Barcelona, 1987.

Fallaci, O., *Carta a un niño que no llegó a nacer*, Barcelona, 1976.

García Guijarro Ramos, L., *Papado, cruzadas y órdenes militares: siglos XI-XIII*, Madrid, 1995.

Fossier, R., *La Edad Media. La formación del mundo medieval 350-950*, Barcelona, 1988.
—, *La Edad Media. El despertar de Europa 950-1250*, Barcelona, 1988.
Genicot, L., *El espíritu de la Edad Media*, Barcelona, 1990.
—, *Europa en el siglo XIII*, Barcelona, 1976.
Guichard, P., *Estudios sobre historia medieval*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1987.
Hernández, F. X., *Història militar de Catalunya*, Vol. II, Barcelona, 2002.
Labal, P., *Los cátaros: herejía y crisis social*, Crítica, Barcelona, 1984.
Ladero Quesada, M.A., *Católica y latina. La cristiandad occidental entre los siglos IV y XVII*, Madrid, 2000.
Lambert, M., *La herejía medieval: movimientos populares de los bogomilos a los husitas*, Madrid, 1986.
Legoff, J., *La Baja Edad Media*, Madrid, 1990.
—, *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial (siglos XI-XVIII)*: Comunicaciones y debates del Coloquio de Royaumont, Madrid, 1987.
Llorca, B., *Historia de la Iglesia católica. Edad Media*, Madrid, Ed. Católica, 1996.
Lortz, J., *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, Madrid, 1982.
Luddy, A.J., *San Bernardo: El siglo XII en la Europa cristiana,* Madrid, Rialp, 1963.
Mestre i Godes, J., *Els càtars. Problema religiós, pretext politic*, Barcelona, Edicions 62, 1994.
—, *Els càtars explicats als meus nets*, Barcelona, Editorial Empúries, 2004.
Mitre Fernández, E., "Las herejías medievales", *Historia 16*, Madrid, (66), 1985.
—, "La herejía medieval", *Cuadernos de Investigación medieval*, 1 (1984).
Monell Masjuan, C., *Herejía rural del mundo antiguo y medieval*, Madrid, 1978.
Monjas Manso, L., *Les visites pastorals: dels orígens medievals a l'època contemporània*, Gerona, 2003.

Mundy, J.H., *Europa en la Alta Edad Media. 1150-1309*, Madrid, 1980.

Muñoz Fernández, A., *Las mujeres en el cristianismo medieval: Imágenes teóricas y causas de actuación religiosa*, Madrid, 1989.

Museu d'Historia de Catalunya, *Càtars i trobadors. Occitania i Catalunya: Renaixença i futur*, Barcelona, 2003, Generalitat de Catalunya.

Nelli, R., *Los cátaros del Languedoc en el siglo XIII*, Palma de Mallorca, 2002.

Nieto Soria, J.M., *El pontificado medieval*, Madrid, 1996.

—, *La época medieval: Iglesia y cultura*, Madrid, 2002.

Orlandis, J., *Historia de la Iglesia. La Iglesia antigua y medieval*, Vol.1, Madrid, 1974.

Pladevall i Font, A., *Història de l'Esglesia a Catalunya*, Barcelona, 1989.

Prat, J., *El estigma del extraño. Un ensayo antropológico sobre sectas religiosas*, Barcelona, 1997.

Pericot, L., *La España primitiva*, Barcelona, Editoriales Barna, 1950.

Pirenne, H., *Historia económica y social de la edad media*, México, 1947.

Prieto Prieto, A., *Inocencio III y el sacro-romano imperio*, Colegio Universitario de León, 1982.

Puech, H.C., *Historia de las religiones*, Madrid, 1977-1993.

—, *En torno a la gnosis. La gnosis y el tiempo*, Madrid, 1982.

Rucquoi, A., "La mujer medieval: fin de un mito", *Historia 16*, Madrid, 1978.

Sendón de León, V., *La España herética*, Barcelona, 1986.

Soldevilla, F., *Jaume I. Pere el Gran*, Barcelona, 1987.

Valls i Taberner, F., *Sant Raimon de Penyafort*, Barcelona, 1996.

Ventura, J., *Els heretges catalans*, Barcelona, 1976.

—, *Pere el Católic i Simó de Montfort*, Barcelona, 1960.

Vicens Vives J., *Noticia de Cataluña*, Barcelona, 1954.

Vilar, P., *Catalunya dins l'Espanya moderna*, Barcelona, 1964.

Títulos publicados

Vivir en Guerra.
Historia ilustrada. España 1936-1939
Javier Tusell

Los almogávares.
La expansión mediterránea de la Corona Aragón
David Agustí

España 1900. De 1898 a 1923
Fernando García de Cortázar

País Vasco 1900
Imanol Villa

Egipto.
De la Prehistoria a los faraones
Pilar Pardo Mata

Las cruzadas
Carlos de Ayala

Cuarteroni y los piratas malayos 1816-1880
Alicia Castellanos Escudier

Napoleón. La aventura de España
Manuel Moreno Alonso

Al-Andalus. El Islam y los pueblos ibéricos
Pedro Damián Cano

Santiago de Cuba.
La Batalla que pudo no haberse perdido
Juan Batista González

Trafalgar. Tres armadas en combate
Víctor San Juan

Gattinara. Carlos V y el sueño del Imperio
Manuel Rivero Rodríguez

Cervantes. Biografía razonada
Manuel Lacarta

Los Borgia.
Iglesia y poder entre los siglos XV *y* XVI
Óscar Villarroel González

La España de Riego
Raúl Pérez López-Portillo

Napoléon. De ciudadano a emperador
Manuel Moreno Alonso

Historia breve de la India
Enrique Gallud Jardiel

La vida cotidiana en la Barcelona de 1900
Teresa-M. Sala

Los cátaros.
El desafío de los humildes
David Agustí Belart

Próxima aparición

Las Guerras Carlistas
Antonio Manuel Moral Roncal

Los Agotes
Mª del Carmen Aguirre Delclaux

Historia breve de Argentina
Antonio Tello Argüello

Historia breve de Navarra
Jesús María Usunáriz

Historia breve de Aragón
Enrique Solano Camón

Historia breve de las islas Británicas
Jesús López-Peláez Casellas (coord.)

Los cátaros. El desafío de los humildes, narra la aparición de una nueva fe cristiana que construye una iglesia paralela a la católica, convirtiéndose en uno de los mayores azotes que nunca ha sufrido el pontificado. La Iglesia se enfrenta a un nuevo concepto de fe, a una visión de Dios que acerca el mensaje de Cristo a los hombres pero que no acepta la opulencia y la prepotencia de los dictámenes de Roma. Una fe que aplica un modo de vida más parecido al de los discípulos de Jesús y que intenta imponer su visión evangélica del mundo. El catarismo se contrapone a una Iglesia muy debilitada por las luchas de poder entre el Santo Padre y el emperador del Sacro Imperio Germánico y por el pecaminoso tipo de vida de sus sacerdotes. El papa tan solo puede recuperar el poder sobre la cristiandad a través de la Reforma Gregoriana y del *dominium mundi*.

La herejía cátara es una enfermedad que la Santa Sede debe sanar y para ello utiliza métodos no muy pacíficos: primero intenta vencer a través de la confrontación espiritual pero no puede doblegar a una fe que cada vez está más arraigada en la población, en el corazón de cada campesino, de cada comerciante y de cada noble. En segundo lugar, el sumo pontífice no tiene más remedio que utilizar la vía militar. Los cátaros son perseguidos y quemados en tremendas hogueras, mientras Occitania es devastada por un inmenso ejército cruzado. Pero la diabólica presencia del ejército santo no es suficiente para rendir a la fe cátara. Tan sólo la mejor máquina de crear terror que ha existido durante más de seiscientos años consigue extirpar el catarismo del Languedoc: la Inquisición. Los peores defectos de la Europa medieval quedan recogidos en esta historia de guerra abierta a una fe, de persecución a los propios cristianos y de la eliminación total de una manera de pensar distinta a la establecida. En definitiva, este libro recoge los episodios de extrema crueldad que la Iglesia católica utilizó para exterminar a los cátaros de la faz de la tierra.

ISBN 847737167-9



